



# La señora Parkington

Louis Bromfield

Lectulandia

En los años posteriores a la gran crisis del 29, en una espléndida mansión de Manhattan, somos testigos de la extravagante vida de los Parkington, una estirpe en la que lujo y refinamiento conviven con la vulgaridad.

Quien no ha sido aniquilado bajo el peso del aburrimiento, se ha casado de la peor manera; quien no ha especulado y engañado, se ha dejado estafar persiguiendo quimeras. Únicamente los une la expectación ante la muerte de la matriarca, Susie Parkington. Sin embargo, la salud de Susie, pese a sus ochenta y cuatro años, es envidiable. La explicación de su longevidad habría que buscarla, quizá, en su pasado como humilde camarera en Nevada. El único miembro de la familia que merece el respeto de la anciana es su bisnieta Janie, la encargada de finiquitar para siempre el espíritu de decadencia de una generación débil para mostrar el espíritu renovado de un país que aún confía en la gente honesta.

El perfil de una mujer fuerte e inteligente, las intrigas y los sobornos de Wall Street, el día a día de una ciudad como Nueva York a mediados del siglo XX, hacen de La señora Parkington una novela que podemos leer como la digna continuación de La edad de la inocencia.

**Lectulandia**

Louis Bromfield

# **La señora Parkington**

ePub r1.0  
MadU 07.09.13

Título original: *Mrs. Parkington*  
Louis Bromfield, 1942.  
Traducción: Antonio Valencia  
Ilustraciones: Jill Battaglia  
Diseño portada: Nora Grosse

Editor digital: MadU  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

Caía una espesa nevada de grandes copos, de modo que el sonido del tráfico de Park Avenue que se filtraba por las cortinas corridas era apagado y distante. La señora Parkington, sentada ante su espejo con un botellín de champán al lado, pensaba en cuán agradable era que la Navidad de ese año pareciese auténtica. Bien sabía que a la mañana siguiente la nieve se habría derretido y convertido en sucio lodo, y que las grandes máquinas compradas por el apuesto y presuntuoso alcalde la recogerían para arrojarla al río North; pero la nieve —la mera idea de la nieve— era agradable. Solo verla caer en blancos copos entre los halos luminosos de las farolas producía felicidad y satisfacción. Y también despertaba recuerdos, viejos recuerdos, de los días en que no era una molestia ciudadana, pues la gente sacaba los patines de hielo y los trineos; en el parque se organizaban carreras de trineos, y el tintineo de sus campanillas se oía por toda la ciudad. A Gus le apasionaban; se adecuaban a su naturaleza ardorosa. Cuando se tienen ochenta y cuatro años, salud, buen ánimo y una copa de Lanson todas las tardes justo antes de la cena, la memoria se aguza. Los recuerdos lejanos tal vez sean moneda corriente entre los ancianos, pero unos recuerdos tan henchidos de emoción y elementos novelescos como los de la señora Parkington eran infrecuentes.

Estaba peinándose, colocando las ondas de cabello en su lugar. Siempre se había arreglado ella misma el pelo y ahora, a su edad, no estaba dispuesta a dejar de hacerlo. Se lo había cortado diez años atrás, no como una concesión a la moda, sino porque así era más fácil peinarlo y llevarlo arreglado. Detestaba a las mujeres desaliñadas. Unos cabellos que cayesen lacios sobre el cuello indicaban debilidad de carácter y dejadez.

Cuando acabó la copa, gritó:

—¡Mattie! ¡Mattie!

Al sonido de su voz asomó por la puerta del dormitorio contiguo una mujer rechoncha de cerca de setenta años. Tenía una figura curiosa, casi redonda, como esos muñecos que vuelven a la posición vertical por mucho que los empujen. En realidad, Mattie parecía una muñeca en muchos aspectos. Tenía la cara redonda y regordeta, con la nariz respingona, los cabellos canos, recogidos en un moño apretado en la nuca. Llevaba un vestido gris con botones hasta el cuello y falda con mucho vuelo. Había nacido en Suecia y en conjunto era una mujer extraordinaria. Masajista, peluquera, secretaria y amiga, poseía un asombroso conocimiento íntimo de todo lo que le había ocurrido a la señora Parkington en los cuarenta y un años que llevaban juntas.

—Sí, señora Parkington —dijo Mattie.

—Dígale a Taylor que traiga otra copa.

Mattie la miró en silencio un momento y dijo:

—¿Le parece prudente, señora? Si va a beber vino en la cena, mañana tendrá una acidez de estómago terrible. Parecerá una botella de vinagre.

La señora Parkington se rió.

—No beberé vino en la cena. ¡Haga lo que le he dicho!

—Muy bien, señora Parkington, pero mañana no se queje. Ya sabe cómo suele encontrarse después de las navidades.

La anciana no dijo nada y Mattie se retiró; al cabo de unos minutos la señora Parkington se levantó del tocador y entró en su gabinete. Su figura era esbelta y erguida, sus manos y pies, hermosos. Llevaba un vestido de noche negro adornado con encaje del mismo color para disimular la delgadez de la garganta, de los hombros y de las muñecas, recorridas por finas venas azules. Sus ojos eran llamativos, azules y muy brillantes, como la titilante superficie de un lago al sol.

El gabinete era pequeño y estaba atestado de muebles, libros, fotografías y bibelots colocados en mesitas. Todos los objetos eran caros, y muchos de ellos feos, pero la señora Parkington les tenía cariño. Cuando se había mudado de su mansión de la Quinta Avenida para dejar paso al progreso y a un rascacielos de setenta plantas, había salvado, para lo que Mattie llamaba el «buduá», los objetos que deseaba conservar por su valor sentimental o porque le traían recuerdos felices. El resultado era esta habitación, entrañable y abarrotada pero acogedora. Contenía objetos procedentes de su «coqueto rincón» de las décadas de 1880 y 1890; objetos adquiridos durante los viajes en yate por el Mediterráneo y Extremo Oriente: dos sillas doradas horrorosas por las que había pagado un precio exorbitante, como si fuesen auténticas, sesenta años antes, cuando aún no entendía de esas cosas; muchos libros, la mayoría novelas francesas e inglesas desconocidas u olvidadas, escogidas no por su calidad literaria, sino porque le había interesado algún personaje o episodio; una *chaise longue*; un espejo alargado con marco ornamentado e innumerables fotografías de excursiones marítimas y picnics en Newport y de partidas de caza en Escocia y Austria. Casi todas eran fotografías de grupo, como si su vida entera hubiese transcurrido entre multitudes. Esparcidos entre ellas había unos cuantos retratos: uno del Mayor Parkington, su difunto esposo; uno de cada uno de sus hijos, William y Herbert, ambos fallecidos; otro de su hija, la duquesa; un retrato con dedicatoria de Eduardo VII cuando era príncipe de Gales, otro de la princesa y un daguerrotipo, amarillento y desvaído por los años, de un hombre de semblante enérgico con la mano sobre el hombro de una mujer menuda y hermosa ataviada con un austero vestido negro con el cuello de encaje blanco. El daguerrotipo estaba en el secreter, enmarcado, como una miniatura valiosa, en ónice y diamantes. En la parte inferior llevaba una inscripción dorada, ahora descolorida, que rezaba: «Forsythe y Wicks, fotógrafos, Leaping Rock, Nevada». Y había una pequeña fotografía

anticuada, cuyo marco de ónice y diamantes parecía indicar que tenía un significado especial, de una mujer elegante pero más bien fea, sentada muy erguida. En la fotografía se leía, en letras descoloridas, la dedicatoria:

«À ma chère amie Susie, Aspasia».

Su nieta Madeleine —la que eligió un vaquero como cuarto marido— solía decir que el gabinete parecía el nido de una urraca, pero la señora Parkington se reía del comentario porque poca gente entraba en él y, de cualquier modo, hacía años que las burlas y la desaprobación habían dejado de afectarla. El gabinete era solo suyo, el sitio al que acudía cuando necesitaba estar sola, en los momentos en que sentía el impulso de ocultarse del mundo que se desmoronaba a su alrededor para refugiarse en los recuerdos de aquellos tiempos en que todo era agradable y parecía que no había problemas en el mundo.

Cuando entró en el gabinete se dirigió hacia el viejo espejo para mirarse. El cristal presentaba desde hacía tiempo grietas y manchas, pero no se había molestado en mandarlo a azogar. Ya no había razón para preocuparse; haría su servicio mientras ella viviera y luego nadie lo querría. No era de esos objetos que cobran valor con los años; era feo, y nadie lo compraría a no ser por puro capricho, como los que ahora adquirirían objetos victorianos porque estaban de moda.

La moda era algo curioso. A lo largo de su vida había conocido incontables modas en muebles, arquitectura y vestidos. Aunque desaprobaba algunos cambios, en general reconocía que el gusto de los estadounidenses había mejorado sobremanera y que la moda actual no solo era bonita, sino además sencilla y práctica.

Se contempló en el espejo agrietado durante un momento, pensando: «Estás vieja y ajada, pero has resistido el paso del tiempo mejor que el espejo. Habéis visto muchas cosas; algo por lo que ambos deberíais dar gracias».

Tenía el rostro lleno de arrugas, finos surcos dejados por una vida vivida de forma insensata unas veces, prudente otras, pero a todo tren; aunque ella no era la culpable del derroche. Siempre había habido dinero, tanto que llegó a perder su valor. Siempre había tenido cuanto se le antojaba con solo pedirlo. La gente decía ahora que tal o cual persona era rica, pero nadie sabía qué significaba ser rico como lo había sido el difunto Mayor. Había poseído un capital inmenso, casi incalculable, sin impuestos que lo devorasen antes de llegar a sus manos; no había habido motivo para calcular cuánto se llevaría el fisco y cuánto quedaría para satisfacer todos los caprichos.

Todavía era riquísima y, como con el paso de los años le interesaban cada vez menos el lujo y la ostentación, podía decirse que era tan rica como siempre. En ciertos aspectos no era malo tener menos dinero: para empezar, le había dado un pretexto para desembarazarse de aquel absurdo palacete situado entre tiendas y

rascacielos de la Quinta Avenida, sin árboles ni parques, ni siquiera una brizna de hierba, en los alrededores. El Mayor hubiera deseado que viviese allí hasta su muerte y que después pasase a sus hijos, pero había fallecido sin advertir el profundo cambio que experimentaba el mundo. No había llegado a conocer el nuevo Estados Unidos, donde las leyes lo hubiesen condenado a la cárcel hasta el fin de sus días por los mismos actos que cuando vivía se habían considerado una «contribución al desarrollo de los recursos del país». La señora Parkington no se engañaba respecto a su marido, quien había acumulado una inmensa fortuna pero en el fondo siempre había sido un bandido. Admitía que tal vez en su juventud, cuando había muchos como él en Estados Unidos, nunca se le había ocurrido pensar que era un ladrón, un trapacero y un superestafador.

Tras un discreto golpe en la puerta entró Mattie. Entre sus faldas aparecieron, como masas vivientes de sedosas plumas, Bijou y Mignon, los dos perros pequineses, saltando y ladrando. Inmediatamente después entró Taylor, con otro botellín de champán y una copa sobre una bandeja de plata. Tenía el mismo aspecto de siempre, digno y severo. También él llevaba mucho tiempo con la señora Parkington, a quien su dignidad y severidad en ocasiones provocaban el deseo irreprimible de reírse de él, dado lo bien que se conocían y el mucho tiempo que hacía que estaba a su servicio. Pero nunca se reía porque sabía que lo heriría más que cualquier reprimenda o sarcasmo que pudiera dirigirle. Taylor tenía una mentalidad determinada y creía que solo era posible vivir ateniéndose a ella. Había nacido en Inglaterra, pero hasta la mentalidad inglesa comenzaba ahora a resquebrajarse.

Dejó la bandeja en la mesita que había junto a la *chaise longue*.

—Gracias, Taylor —dijo ella.

Estaba muy rígido, como si, al igual que Mattie, desaprobaba el segundo botellín.

—¿Desea algo más la señora?

—No, gracias. ¿No ha llegado nadie todavía?

—No, señora.

—Luego bajaré a echar un vistazo a las flores.

—Creo que están muy bien, señora.

—No lo dudo, pero el florista siempre las coloca de un modo demasiado rígido y perfecto.

—Como quiera, señora.

Lo de las flores venía de antiguo. El florista, al igual que Taylor, tenía una mentalidad determinada, de la que nunca se apartaba, y sus flores parecían impregnadas de esa mentalidad. En la forma de disponerlas se veía que era un ser vulgar. Carecía de gusto para las flores. Le gustaba conseguir un «gran efecto». Taylor era parecido. No se había resignado a que hubieran abandonado la pompa e importancia de la vieja mansión. La vulgaridad, pensó la señora Parkington, era algo



extraño, a la vez simple y complejo. Algunos nacían con ella. Muchos aprendían por experiencia qué era y se desprendían de ella. Pero la mayoría nacían vulgares y seguían siéndolo hasta el fin de sus días. Por otra parte, había muchas formas de vulgaridad, no solo la ostentación, sino también la hipocresía, la falsa sencillez y la presuntuosidad... Bien, ya reflexionaría sobre ello en otro momento. Le gustaba la normalidad. La gente normal nunca caía en el imperdonable pecado de la presunción.

Pronto llegarían los invitados y deseaba estar lista para recibirlos. Siempre había sido puntual, y solía esperarlos junto a la chimenea para darles la bienvenida conforme llegaban. Los buenos modales y la puntualidad eran muy importantes; así se lo había enseñado la vida. Únicamente las personas dotadas de una gran belleza o genialidad podían permitirse la pereza, pero no había ninguna otra excusa. Y ni siquiera esa era del todo satisfactoria.

Se sentó junto a la bandeja mientras Mattie escanciaba el champán con la destreza de un camarero parisiense. Mattie era una mujer extraordinaria. Todo lo hacía bien.

Los dos pequineses saltaron a su regazo y le lamieron las manos. Los acarició durante un segundo, y el afecto dulcificó su arrugado rostro. Muchos detestaban a los pequineses, especialmente los hombres, porque no los entendían. No se daban cuenta de que su valentía, dignidad y orgullo eran demasiado grandes para sus cuerpos menudos, motivo por el cual, al igual que los hombres que carecían del sentido de la proporción, en ocasiones parecían bulliciosos e irritantes.

La señora Parkington miró a Mattie.

—Tome esta copa, Mattie, y tráigame la mía del tocador.

Mattie la miró, y sus ojos azules, de edad indefinible, reflejaron reprobación.

—La señora sabe que nunca bebo champán.

La anciana se rió.

—Sí, pero esta noche va a beberlo. Es Navidad. Beberemos como viejas amigas, y no quiero tonterías.

Mattie fue en silencio por la otra copa. «Probablemente —pensó la señora Parkington—, imagina que con los años me he vuelto infantil, y quizá tenga razón. Pero no importa. Mattie lo aceptará, como ha aceptado otras muchas cosas».

Cuando Mattie volvió, levantaron las copas y la señora Parkington dijo: «Feliz Navidad y feliz Año Nuevo». Mientras bebía, pensó, sin temor ni pesar, que quizá no viviese para ver el año siguiente. La muerte la asustaba menos que otras tragedias que habían acaecido en su larga vida. Había conocido tantas, y tan violentas, que a veces la gente decía que debía de ser una mujer sin corazón para haberlas soportado y sobrevivido a ellas. Pero la gente no entendía, no sabía que a través de las penas había adquirido sabiduría y paz. Estaba preparada para morir esa misma noche de Navidad, pero tenía la curiosa sensación de que seguiría viviendo porque se avecinaba una nueva tragedia. Esta clase de corazonadas no era nueva, las había

experimentado muchas veces desde aquella primera ocasión, muchos años atrás, en que supo que no debía esperar más a su padre y a su madre, porque ambos habían fallecido. Sus presentimientos eran casi infalibles.

Dejó la copa y dijo:

—Bien, aquí estamos, Mattie, otra Navidad. —Se acercó a la mesa, abrió el joyero y sacó un collar de brillantes—. Venga, Mattie, abróchemelo —dijo—; hará que me sienta más animada.

Necesitaba el collar por la misma razón que había necesitado una segunda copa de champán. La perspectiva de ver a toda la familia la agotaba. Podía soportarlos por separado, pero juntos la deprimían, salvo Jane, su bisnieta. El resto eran tediosos, absolutamente tediosos. Oh, Dios, qué tediosos eran. Su nieta Madeleine la hacía reír a veces, eso era cierto; Madeleine, con sus maridos y ahora con su vaquero, era vulgar y apasionada, como si el Mayor hubiera renacido en forma de mujer.

Ahora tendría que verlos a todos una vez más en la fiesta anual de Navidad, como venía sucediendo desde hacía treinta años. Estaba harta de su descendencia y de la descendencia de su descendencia. Desde hacía tiempo se sentía desapegada de ellos, como si estuviesen unidos a ella únicamente por un hilo finísimo que podía romperse en cualquier momento y dejarla por fin libre.

Cuando Mattie le hubo abrochado el collar de brillantes, dijo:

—No deje que los perros bajen, Mattie, porque ponen nerviosa a la duquesa.

—Muy bien, señora —repuso Mattie. Y de pronto añadió—: ¿Cómo está la duquesa, señora? Hace tiempo que no la veo.

—No ha cambiado mucho.

No dejaba de ser curioso que, aunque su hija Alice se había casado dos veces desde su divorcio del duque, Mattie, ella misma y el resto de la familia siguieran llamándola duquesa... Probablemente porque Alice, incluso cuando bebía más de la cuenta, tenía dignidad..., una especie de dignidad trágica, hueca y desangelada. Era una reliquia de los años noventa, cuando las millonarias estadounidenses se casaban con nobles arruinados.

La señora Parkington traspuso con un suspiro la puerta que Mattie le abrió. La sirvienta no la cerró de inmediato, sino que observó desde el umbral a su señora hasta que esta entró en el ascensor y cerró la puerta. Todavía permaneció inmóvil, con el oído aguzado, hasta que oyó que el ascensor se detenía dos pisos más abajo y Taylor lo abría. Entonces cerró la puerta del *boudoir* para descubrir el lecho y poner en orden el tocador. Durante su trabajo se detuvo a mirar los retratos del «buduá», y por último tomó una pequeña fotografía de los dos hijos de la señora Parkington cuando eran niños. Estaban delante de las cuadras de Newport, con la brida de sus respectivos caballos, ya ensillados, en la mano, vestidos con las anticuadas ropas de principios de siglo.

Al cabo de un buen rato dejó la fotografía, suspiró y, volviéndose, dijo:

—¡Mignon, Bijou!, venid, que os daré de cenar. —Pero era evidente que su pensamiento se hallaba lejos de los perros. Su rostro, redondo y terso, revelaba abstracción y lástima, como si se hubiese perdido en el laberinto de un pasado remoto.

En el saloncito, la señora Parkington fue de jarrón en jarrón para arreglar los suntuosos ramos, dando un ligero toque a cada uno, lo suficiente para corregir la rigidez del florista y devolverles su derecho a la existencia como flores. Adoraba las flores, no ya por su belleza, sino como símbolos del campo, del aire libre y de la naturaleza misma, de la que había estado demasiado tiempo alejada por las vicisitudes de su vida.

Esta estancia era muy distinta del «nido de urraca» del piso de arriba. Era un salón hermoso, ella lo sabía y estaba secretamente orgullosa de él como un símbolo de su triunfo, ya que había comenzado su vida en una triste pensión de Leaping Rock, Nevada, había tenido un gusto horroroso durante muchos años y al final había adquirido un conocimiento extraordinario sobre los períodos arquitectónicos, la historia de la pintura y la decoración. No había recibido una educación, aparte de aprender a leer, escribir y sumar, pero poseía una inteligencia natural y Dios le había concedido una memoria que nunca olvidaba nada. A los ochenta y cuatro años, hablaba francés, alemán e inglés y era una autoridad en algunas materias. No eran los colegios los que educaban a las personas, sino algo que se hallaba dentro de ellas.

Y la belleza del salón no se debía solo al dinero, sino a su conocimiento y gusto personal, cosas que, a pesar de las ideas del Mayor, nunca podrían comprarse.

Cuando terminó de arreglar las flores se acercó a la chimenea y se quedó bajo el cuadro de Romney, de espaldas a la lumbre, disfrutando de su tibia caricia. Le parecía que el salón tenía una especie de esplendor, producto de la caoba, el jade, el cristal y las flores.

Se preguntó quién sería el primero en llegar. Confiaba en que no fuese la duquesa. Se sentía incómoda con su propia hija, como si esta, que a sus más de sesenta años seguía siendo una niña, fuese una desconocida. Su sola presencia la desasosegaba, porque Alice era como un símbolo de algo que incluso ahora, transcurridos cuarenta y cinco años, tenía el poder de hacerla enrojecer y sentirse avergonzada.

Se sintió decepcionada, solo por un momento, cuando Taylor abrió la gran puerta de caoba y, con su voz de político inglés, un tanto deformada por el deje *cockney* de su juventud, anunció: «¡La señora Sanderson!». Sabía que, si Taylor hubiese podido elegir, habría hecho caso omiso de los posteriores matrimonios de Alice, tan desafortunados como el primero, y habría anunciado: «La duquesa de Brantès»; pero hacía tiempo que ella había puesto fin a tal esnobismo. La señora Parkington consideraba una estupidez anunciar a los invitados de una comida familiar, pero no

tenía valor para negar a Taylor esa satisfacción.

Entró su hija, vestida con un traje que la anciana juzgó, tras la primera ojeada, demasiado juvenil para ella. Alice nunca había sabido escoger los vestidos adecuados y se negaba tozudamente a que alguien los escogiera por ella. Llevaba en el cabello, sobre el rostro cetrino, un ridículo adorno de flores artificiales, lentejuelas y tul. Solo una joven hermosa podría haberlo lucido, y Alice no lo era. Había salido a la familia del Mayor, era alta y daba muestras de lo que la anciana consideraba un desaliño congénito y heredado. Su afición a la bebida no contribuía en nada a su pulcritud y distinción. Sin duda su doncella conseguía darle un aspecto elegante, pero al anochecer, a veces incluso antes de la cena, Alice perdía la compostura: aparecía con el cabello desarreglado, el corsé subido, las medias arrugadas. Últimamente le había dado por verter cosas en la mesa. El problema no era solo el descuido congénito de Alice; la señora Parkington sabía que la bebida lo agravaba. La última semana, Alice se había caído de la silla durante el concierto que siguió a la cena de los Desmond.

Mientras su hija cruzaba la habitación, la anciana la observaba en busca de señales externas de su estado. No vio ninguna. Alice parecía bastante «serena», como decía su padre en los viejos tiempos, pero nunca se sabía cuánto había bebido en el cuarto de baño. También se parecía a su padre en este aspecto, pero con la diferencia de que el Mayor tenía una cabeza prodigiosa. La señora Parkington le había visto beber cuatro veces más que cuantos lo rodeaban, que solían caer borrachos sin que él mostrase el menor signo de ebriedad. Era un talento que había usado en sus tratos para ganar millones de dólares.

Alice estaba ya junto a ella. Abrazó a su madre, besó sus arrugadas mejillas y le deseó una feliz Navidad. Aunque la anciana volvió la cabeza, percibió su fuerte aliento.

—Feliz Navidad —dijo—, y gracias por la bonita cajita de plata.

—Es antigua —comentó Alice con brusquedad—, creo que holandesa. ¿Vienen todos esta noche?

—Todos. Por primera vez desde hace años toda la familia está en Nueva York en estas fechas.

—Quiero ver al vaquero de Madeleine —dijo Alice—. Esa chica es insaciable.

—Es una mujer sana y un poco consentida.

—Confío en que este sepa meterla en cintura mejor que los demás. Lo malo de Madeleine es que es una persona moral por naturaleza. Si fuese más promiscua y se casase menos, no saldría tanto en los periódicos.

—¡Alice! —exclamó la señora Parkington.

—Lo he dicho sin mala intención. Por el bien de Madeleine, deseo que sea un hombre bueno y fuerte.

A la señora Parkington le incomodaban tales conversaciones. Serían muy

«modernas», pero no se había acostumbrado a ellas ni le gustaba la picardía femenina. No obstante, reconocía que Alice tenía cierto derecho a hablar así, pues recordaba los insultos que Madeleine le había dedicado: «la duquesa chasqueada», «la bebedora del baño» y frases por el estilo. Aun así, prefirió cambiar de tema.

La duquesa tomó asiento, con aspecto fatigado. Su forma de sentarse dejaba entrever que no solo estaba cansada, sino también aburrida, desesperadamente aburrida. Solo había tedio en sus párpados caídos y en su papada. Acudía a la cena porque era una ceremonia tradicional y porque era más divertido que estar sola en casa. Observándola, su madre pensó, incluso mientras charlaban, en cuán extraordinario era que una mujer que había tenido tanto dinero y tantas oportunidades en la vida contase con tan pocos recursos. A Alice no le gustaba leer; no tenía ninguna afición, no le interesaba nada. Parecía mucho más vieja que su propia madre.

Jamás había existido afinidad ni comprensión entre ellas. La señora Parkington no encontraba nunca la forma de sostener una conversación con su hija. Sus diálogos eran siempre una serie de arranques en falso que no conducían a ninguna parte. En aquel momento, casi desesperada, preguntó:

—¿Qué has hecho últimamente?

—Poca cosa. El viernes fui a la ópera, al palco de los Geraghty.

—Es una gente rara. En mi vida he visto tanto armiño como el que lleva la señora Geraghty encima.

—Supongo que en cierto modo lo necesita para hacerse valer. Un mar de armiño blanco es tan bueno como cualquier otra cosa. Al menos el armiño puede comprarse si se tiene bastante dinero.

La señora Parkington no dijo una palabra. En sus tiempos había visto ir y venir a muchas mujeres como la señora de Benjamin Franklin Geraghty. Ya ni siquiera la aburrían, porque durante años se había dedicado calladamente a eliminar de su existencia a quienes tenían que comprar armiño para hacerse valer. Por supuesto, no podía eliminar a su propia familia, por mucho que la aburriese.

La duquesa abrió el bolso y sacó una cajita esmaltada, de donde tomó una pastillita que se tragó enseguida. Su madre lo vio sin mirarla, con el rabillo del ojo, y se preguntó si sería un medicamento, un caramelo para disimular el aliento o algún producto moderno. En ese momento oyó la voz de Taylor, que anunciaba a los señores Swann, y todos sus sentidos se aguzaron ante la perspectiva de ver al último marido de su nieta.

Apenas se fijó en Madeleine, que avanzaba hacia ella con el entusiasmo de un grupo de novillos que fueran a embestirla. La anciana pensó que algún día, en una de esas carreras vertiginosas, Madeleine sería incapaz de detenerse y el resultado sería desastroso para alguien. Su nieta era una mujer grandota y ordinaria de treinta y nueve años, con una buena salud insolente y la apariencia y los modales de una

cocinera.

Los ojos de la anciana buscaban al marido, y en cuanto lo vio pensó: «En fin, es mejor que el argentino y los otros dos. Es un hombre y es fuerte, y tal vez sea eso lo que necesita Madeleine. Dicen que los hombres bajitos y duros como este son buenos».

Madeleine logró detenerse a tiempo y dio a la anciana un beso húmedo y entusiasta en la mejilla. La señora Parkington, que era remilgada, no pudo reprimir una mueca de desagrado que su nieta no advirtió mientras decía con entusiasmo:

—Abuela, este es Al, mi marido.

Al le estrechó la mano.

—¿Cómo está usted, señora? —dijo, y al oír su fuerte acento la anciana pensó: «¡Un verdadero vaquero! ¡Un ranchero!». Su mano era grande, áspera y desproporcionada en relación con su pequeña estatura; la mano de un trabajador, llena de durezas, y la señora Parkington advirtió que el esmoquin no lograba ocultar aquel principio de abdomen que los vaqueros, por muy jóvenes y delgados que fueran, adquirirían de tanto galopar sobre la silla de montar mexicana.

Su primer pensamiento fue que era vulgar, increíblemente vulgar, pero que a Madeleine, obsesionada con un solo propósito, no le importaba; al contrario, dados sus gustos fuertes, sin duda lo consideraría un mérito. Era delgado, de rostro enjuto y curtido, con arrugas, pero tenía unos ojos hermosos, azules y vivaces, y unos labios sensuales. A la señora Parkington le gustó por sus ojos y su boca.

—Encantada de conocerle —dijo.

A continuación Madeleine se lo presentó a la duquesa, que había observado la escena con un leve destello de humor en sus ojos mortecinos y demasiado maquillados.

Entonces llegó Amory Stilham con su mujer y su hijo —la nieta y el bisnieto de la señora Parkington—. Se dirigieron directamente hacia ella, que en el fondo no tenía ganas de verlos. Con un esfuerzo suavizó su semblante para dedicarles una sonrisa de bienvenida.

Helen, su nieta, no se parecía a su hermana Madeleine. Era una mujer delgada, nerviosa, cuyos labios se curvaban con amargura hacia abajo en las comisuras, como si guardara rencor a la vida por haberle negado algo que deseaba más que las muchas cosas que le había dado. Cualquiera habría pensado que lo tenía todo. Estaba casada con un Stilham, un hombre alto y apuesto pero estúpido; era rica, tenía una casa en la ciudad y otra en Westbury. Tenía caballos, un yate y dos hijos, chico y chica. No obstante, sus finos labios se torcían en las comisuras, algunas veces de forma casi brutal.

Helen era la única de la familia que poseía inteligencia, una inteligencia capaz de crear o realizar cosas, pero al parecer solo se dedicaba a cumplir tareas aburridas en

incontables comités. No era posible comunicarse con ella; la señora Parkington lo había descubierto hacía tiempo. Daba la impresión de que Helen vivía dentro de una concha, una de esas conchas que requieren un cuchillo y bíceps para abrirlas. Su apretón de manos era flojo.

La anciana estrechó luego la mano de Amory, el marido de Helen: colegio Saint Bart, Harvard, Carnelian Club, descendiente del Stilham que fundó Barchester, Massachusetts. La señora Parkington sentía una fuerte repulsión hacia su nieto político desde el mismo día, ya lejano, en que Helen y él entraron en el inmenso salón de la casa de la Quinta Avenida para anunciarle que estaban prometidos. «Es vulgar —pensó entonces—, increíblemente vulgar». Le sorprendía que Amory considerase que había algo distinguido en ser agente de bolsa. Era alto y agraciado pero vulgar; mucho más vulgar que el Mayor lo había sido nunca, incluso en su época chabacana, cuando le gustaba llevar grandes diamantes. El Mayor había sido vulgar, pero audaz, auténtico y con personalidad, mientras que Amory era solo vulgar. No dejaba de ser curioso, ya que en general se creía que una persona con sus orígenes y formación tendría que ser elegante y con buen gusto.

—Abuela, está estupenda, nunca la había visto tan joven —dijo Amory—. Si hasta la duquesa y sus nietas parecen mayores que usted.

A la señora Parkington se le puso la carne de gallina, pero acertó a responder con calma:

—El mes que viene cumpliré los ochenta y cinco, pero todavía estoy en mis cabales, Amory.

El hijo de Amory se inclinó ligeramente y tomó su mano.

—Feliz Navidad, abuela —dijo.

—Feliz Navidad, Jack.

Era un joven guapo, con una belleza decadente. Viéndolo, pensó la señora Parkington, se habría dicho que debería tener más sentido común del que demostraba dejándose fotografiar con chicas atractivas en clubes nocturnos y en Palm Beach. Por lo visto no tenía dos dedos de frente. Era más Blair que Parkington..., un Blair cruzado con un Stilham. ¿Qué se podía esperar?

—¿Dónde está Janie? —se apresuró a preguntar la anciana a Helen—. Supongo que vendrá.

—Claro que sí. Iba a algún sitio a tomar un cóctel, no sé dónde. Últimamente está muy misteriosa. —En cuanto dijo esto, las comisuras de sus labios cayeron de nuevo. Hablaba de forma sentenciosa, como si tras sus palabras se ocultasen mundos de misterio y desaprobación.

La señora Parkington estaba estupefacta por la ansiedad que había revelado su propia voz. Era asombroso que a su edad le importase tanto que una muchacha de dieciocho años faltase a una cena de Navidad. En el fondo sabía la razón. Janie

significaba para ella más que toda la familia junta.

Y justo en ese instante llegó Janie con Charlie van Diver, el antiguo pretendiente de la señora Parkington. Charlie asistía a las cenas de Navidad como si fuera un miembro de la familia.

Llegaban tarde y cruzaron deprisa el salón. La señora Parkington se fijó en el absurdo contraste entre ambos, ella tan joven y bonita, el otro tan anciano, tan ajado, procedente de otro siglo, de otro mundo. A sus setenta y ocho años, Charlie conservaba los modales de un caballero anticuado del Union Club.

Los ojos de la anciana se iluminaron en cuanto vio a su bisnieta, y cuando la muchacha la besó, hubo calidez en el abrazo.

—Lo siento mucho, abuela, pero nevaba y no he podido encontrar un taxi.

—No importa, Janie, no hay prisa. Siempre invito a los comensales media hora antes de la cena.

A la señora Parkington le gustaba comer bien y tenía una excelente cocinera que no deseaba perder porque llegaran tarde aquellos que apreciaban más los cócteles que la buena mesa.

—Y usted, Charlie —dijo—, ¿qué excusa tiene?

—La misma que Janie. La veo admirablemente bien, Susie.

—Me habré puesto más colorete que de costumbre.

Taylor se acercó para servir los cócteles, seguido de su compañero Albert, el lacayo, que le ayudaba llevando una gran bandeja de plata con los entremeses. La señora Parkington y Charlie cogieron sendos cócteles de champán y, cuando los criados se alejaron, ella comentó:

—Procuro tener el mejor aspecto posible en las cenas de Navidad para enojar a Amory. —Y añadió en voz baja—: Sospecho que piensa que voy a vivir siempre.

Charlie van Diver sofocó una risita. Amory le resultaba tan poco simpático como a la señora Parkington. Amory pertenecía a una generación de hombres que eran profesionales... Una mala generación, decía siempre Charlie, la de los hombres de entre cuarenta y sesenta y cinco años. No habían aprendido nada en la universidad y siempre estaban asistiendo a reuniones de ex alumnos. Solo hablaban del mercado de valores y de lo mucho que habían bebido la noche anterior. Eran todos, al igual que Amory, eternos adolescentes que, si no morían por el exceso de alcohol o de trabajo antes de los sesenta años, se encontrarían solos y aburridos. Charlie era lo bastante viejo para pertenecer a una generación que viajaba a Europa, coleccionaba pinturas, vivía de rentas y consumía su vida sentada al fondo de los palcos de la ópera. Además, como era un esnob, pensaba que Amory había traicionado a su club y a su casta.

Miró de reojo a Amory, que hablaba con la duquesa, y pensó con satisfacción cuánto debía de enojarlo ver a la señora Parkington yendo y viniendo, rebosante de



salud, energía y fuerza, interponiéndose entre él y su deseo de poseer la gran fortuna de las Parkington. Charlie van Diver, delgado, apergaminado, elegante e impertinente, era maligno. Por eso lo apreciaba la señora Parkington, por eso lo había mantenido cerca durante veinte años, desde la época en que había abandonado toda ilusión de vanidad o amor. Los comentarios mordaces y afeminados de Charlie la divertían y con él se sentía a salvo. Charlie la había admirado durante más de cuarenta años, pero nunca había habido el menor peligro de que se mostrase «pasional».

Mientras él observaba a Amory y a la duquesa con sus miopes ojos negros y maliciosos, tan entornados que tenía un aspecto monstruoso, como un mono viejo y astuto, la señora Parkington pensó en cuánto tiempo había pasado, en cuántas cosas podían descubrirse y aprenderse en ochenta y cuatro años... y en cuántas cosas no aprenderían nunca algunas personas por más que viviesen para siempre.

—La comida está servida, señora —anunció Taylor con voz pomposa.

Y, dirigiéndose a todos con el aire de una gallina que cuidara de sus alocados polluelos, la señora Parkington dijo:

—¡Vamos, vamos! —Y, asida al brazo de Charlie, indicó el camino.

En el centro de la gran mesa de caoba había un árbol de Navidad, iluminado, con regalos para cada miembro de la familia y para Charlie van Diver, elegidos por la señora Parkington y Mattie durante largos días de afanosas compras.

La señora Parkington colocó a su derecha al marido de Madeleine, y a su izquierda, a Charlie van Diver. Lo hizo con el deseo medio inconsciente de enojar a Amory. Junto al vaquero mandó sentar a Janie, para tenerla cerca; a su lado, a Amory y, más allá, a Madeleine. (Había cierta malicia en esto, puesto que Amory, con su mentalidad de Saint Bart y Harvard, consideraba el atolondramiento amoroso de Madeleine como una vergüenza para la familia). A continuación colocó al bisnieto, a la duquesa y, junto a Charlie van Diver, a Helen, con su mirada severa y su rictus amargado. Sabía que no era una buena disposición, pero, habida cuenta del material con que contaba, era tan buena como cualquier otra. Tras una larga vida atendiendo a invitados, se había ganado el derecho a la compañía más interesante, y en lo que respectaba a los hombres, no cabía duda de que esa noche eran Charlie y el vaquero.

Decidió que el vaquero le agradaba. De vez en cuando olvidaba su nombre, pero, hasta que Madeleine se cansase de él y se divorciase, siempre sería «el vaquero» para ella, del mismo modo que el primer marido de Madeleine había sido «el argentino»; el siguiente, «el muchacho del Racquet Club», y el tercero, «el preparador de caballos». Era mucho más sencillo así.

Sentado a su lado, el vaquero contestaba a sus preguntas con un educado «sí, señora» o «no, señora», mientras comía alimentos que jamás había probado, con el dedo meñique de su mano grande y huesuda un poco levantado y curvado, como si no

supiese qué hacer con él. La señora Parkington se figuró que Madeleine le había llamado la atención sobre esto porque, de vez en cuando, se acordaba de la advertencia y bajaba el dedo. Pero casi al punto se alzaba de nuevo. La anciana suponía que había aprendido a curvar el meñique en su esfuerzo por igualarse a los divorciados que había conocido en Reno.

«¡Qué mundo! —pensó—. ¡Qué mundo, donde un hombre honrado como este tiene que corromper sus buenas costumbres para parecerse a una serie de fantoches concupiscentes que no saben lo que hacen»!

No transigía con el divorcio, al que siempre se refería como un adulterio legal y deshonesto.

En dos o tres ocasiones Charlie van Diver, sentado a su izquierda, intentó atraer su atención para que participara en la conversación que se desarrollaba en la mesa, pero ella contestó con viveza: «Déjeme en paz, Charlie. Estoy divirtiéndome. Esto es una cena familiar».

Deseaba descubrir muchas cosas sobre el vaquero: si había vivido con otras mujeres como Madeleine, qué pensaba de aquella extraña reunión familiar. Su curiosidad no tenía nada de morboso: solo quería saberlo por la más profunda y humana de las razones. Su interés era casi científico. Sentía curiosidad porque el vaquero le inspiraba simpatía, porque se compadecía de él viéndolo en aquella habitación espaciosa y elegante, con el rostro enrojecido por el esfuerzo de llevar esmoquin y procurar conducirse como creía que debía comportarse la gente en esa casa, mientras los ojos de Madeleine estaban fijos en él, lo devoraban. Le habría gustado decirle: «No se preocupe. Todo esto es solo pompa y la mayoría de estas personas, mis descendientes, son vulgares y presuntuosas, y son vulgares y presuntuosas porque tienen miedo; tienen miedo porque en el fondo saben que son seres inferiores y que ni siquiera el dinero puede modificar esa realidad. No se preocupe ni se agobie. ¡Todo va bien!». Pero era lo bastante lista para saber que si lo dijese él no entendería ni una palabra y que eso solo serviría para desconcertarlo más. No podían conocerse entre aquella maraña de sandeces que complicaban las relaciones humanas en esa sala: la estupidez y presunción de Amory, el cansancio y la desesperación de la duquesa, el miedo y la insatisfacción de Helen, el aire de Venus generatriz frustrada de Madeleine y todas las sutiles trabas derivadas del hecho de que todos ellos eran demasiados ricos. Janie, pensó mirando con cariño a la muchacha, era distinta. Todavía era posible salvarla.

La señora Parkington supo de pronto, en medio de la conversación general, por qué se aburría: todas las personas que la rodeaban, salvo Janie y tal vez el vaquero, con sus grandes manos y su forma de llamarla «señora», estaban muertas. Más muertas de lo que lo estaría ella cuando yaciese en el ataúd. Nunca les había sucedido nada, ni siquiera a la duquesa, pese a su aire de cansada actriz trágica; ni siquiera a

Madeleine, para quien el amor era una cuestión mecánica, como una de esas máquinas que engullían cosas. A Charlie, sentado a su izquierda, no le había sucedido nunca nada; había pasado toda su vida coleccionando cuadros o sentado al fondo de los palcos de la ópera. Charlie era, pensó la anciana, el mejor frecuentador de palcos, el mejor suplente, el mejor cotilla. La gente había murmurado a veces sobre su indeterminación sexual, pero la señora Parkington era perspicaz respecto a ese género de cosas. Charlie había sido siempre una persona asexual. Por eso le propuso matrimonio cuando sabía que no había el menor peligro de que ella aceptase.

No, ninguno estaría sentado a esa mesa si no fueran su familia, la mayoría el fruto de su propio seno. Eran «muertos vivientes», como las extrañas personas que habitaban lugares como Pasadena y Santa Bárbara.

Siguió escuchando dos o tres conversaciones a la vez, captando fragmentos de una y otra, con la esperanza de que alguna frase o comentario encendiese una chispa —como el acero al chocar contra el pedernal— que iluminara y aniquilara la sensación de ahogo que se apoderaba de ella mientras escuchaba la cháchara de Charlie.

Y de repente tuvo su recompensa. Fue algo que dijo la duquesa. Amory criticaba al señor Roosevelt y al Partido Demócrata. Era una diatriba habitual, a la que se lanzaba con el menor pretexto.

—Fijaos en Wall Street —decía—. Siempre había sido el barómetro de la prosperidad nacional. Ahora no sirve como barómetro. Ya no puede deducirse nada leyendo un informe de la Bolsa.

La duquesa comenzaba a aburrirse. El efecto del alcohol, de los fármacos o de lo que quiera que animara su espasmódica vida había cesado, y el enorme peso de la estupidez de Amory le resultó insoportable. Entonces atacó, como un áspid, mirándolo con sus mortecinos ojos de párpados caídos.

—Amory, he pensado que sería una buena idea que tu club celebrara su reunión anual en Sing-Sing —dijo—. Sería un detalle por vuestra parte hacia los compañeros que no pueden salir.

La señora Parkington vio cómo el semblante de Amory palidecía y luego se teñía de rojo, de un intenso rojo apopléjico, y supo cómo moriría si no tenía la suerte de estrellarse en un avión o ser arrollado por un automóvil. Amory vaciló un segundo antes de contestar:

—Alice, ese es un comentario desagradable y descortés. Sabe tan bien como yo que ni Bill Jennings ni Percy Harris son culpables de ningún delito. Han sido perseguidos, eso es todo, y usted lo sabe.

Pero el estímulo que había espoleado a la duquesa todavía actuaba.

—A veces pienso —repuso— que, con las leyes de hoy, mi padre, el gran caballero a quien debemos nuestra fortuna, se hubiera pasado la vida entera en la

cárcel, junto con todos los peces gordos de su época. Eran todos unos bribones sin escrúpulos.

La esposa de Amory salió en defensa de su marido.

—Es escandaloso que hable así de su padre, Alice.

—¿Acaso sabéis algo de mi padre —se limitó a decir la duquesa—, aparte de lo que habéis leído en esa sarta de disparates escritos por un plumífero que necesitaba dinero para el alquiler?

Mediante un esfuerzo de voluntad, la señora Parkington se abstraigo de la conversación. Si sus invitados querían pelearse, allá ellos. No tenía intención de intervenir. Por lo menos sucedía algo en la cena.

Se volvió hacia el marido vaquero de Madeleine y dijo:

—Yo nací en Leaping Rock, Nevada. Era una ciudad bastante importante en aquellos tiempos. Lola Montez estuvo allí.

Mientras hablaba, empezó a sonar en el vestíbulo una música suave, que poco tenía que ver con el carácter del grupo reunido. (¿Qué podía significar aquella música vienesa para un hombre como Amory, para su amargada esposa o para el vaquero)?

Desde hacía más de diez años contrataba músicos para que en la cena de Navidad interpretasen música como la que sonaba, suave, romántica, que al venir del lejano vestíbulo no molestaba a los demás, pero que la ayudaba a aplacar los nervios y disipar el aburrimiento. Mientras la oía ahora, buscaba en su memoria el título del vals, que retrotraía a una parte de ella a un pasado remoto y brillante del que surgían, mientras seguía hablando de Leaping Rock con el vaquero, imágenes románticas y titilantes, como figuras surgidas de la niebla. Al pronunciar el nombre «Leaping Rock», había puesto fuego a la pólvora.

—¿Que si conozco Leaping Rock, señora...? —dijo el vaquero—. Como la palma de mi mano. Nací a menos de diez millas, en las colinas. Cuando era un crío nos retábamos a entrar solos en el teatro de la ópera. La gente decía que estaba encantado.

—Seguramente así era —repuso la señora Parkington—. ¿Existe todavía?

—No, señora; el tejado se hundió hará unos cinco años.

De repente, mientras el vaquero hablaba de Leaping Rock y del color de los montes dolomíticos del oeste al amanecer, cuando el sol asomaba por la cadena montañosa al otro lado del valle, se acordó del título del vals que estaban tocando; era «Música de las esferas», y al instante se olvidó de Leaping Rock y se encontró en un barroco salón de baile de Viena. Todo él era blanco, rosado, azul celeste y oro, y alguien decía: «... *présenter le Comte Eric Wallstein*». Al mismo tiempo, se dio cuenta de que el vaquero cobraba vida. De pronto era un ser de carne y hueso — mucha carne y mucho hueso—, y no un autómatas que Madeleine movía mediante hilos.

Luego oyó a Madeleine decir, por encima de la voz del vaquero, que estaba

hablando de Nevada:

—Abuela, ¿podemos levantarnos ya de la mesa?

—Sí, querida —respondió la señora Parkington, y retiró la servilleta de su regazo para levantarse. Le molestaba tener que interrumpir la conversación con el vaquero, que se sentía a gusto por primera vez..., tal vez por primera vez desde que Madeleine lo había conocido y lo había traído al Este. Sus ojos azulísimos brillaban. Su timidez había desaparecido. La llamaba «señora» con total naturalidad y no como un actor de Hollywood que interpretara el papel de vaquero—. Debe venir a verme mientras esté en la ciudad —le dijo al ponerse en pie—. Venga a tomar el té y hablaremos de Nevada a nuestras anchas.

El resto de la velada transcurrió para la señora Parkington como si la envolviera una nube de aburrimiento, salvo en dos ocasiones. Una de ellas fue cuando Amory, al salir del comedor, se acercó a ella y dijo:

—Abuela, ¿puedo hablar con usted a solas?

Lo miró preguntándose qué podría querer, y una vez más la sorprendió la estupidez de ese rostro grande, sonrosado y hermoso. Decían que era un agente de bolsa sagaz, y ella sabía que se tenía por tal. «Comparado con el Mayor, es un pobre idiota», pensó. Ya no quedaban hombres con el empaque del Mayor. Había sido todo un personaje.

—Desde luego, Amory —contestó—. Pasemos a la salita.

La siguió a la habitación y cerró la puerta a su espalda. Era una estancia pequeña, íntima y femenina en su suavidad y elegancia. La anciana observó a Amory con cierta malicia, e incluso en la penumbra advirtió que al cerrar la puerta su actitud cambiaba bruscamente. El aire de confianza y orgullo rayano en la arrogancia pareció evaporarse. Sabía que se sentía a sus anchas entre un grupo de hombres, cuando representaba el papel de «pez gordo». En cambio, estando a solas con ella se mostraba incómodo y tímido, y la señora Parkington se preguntó si se comportaba de la misma forma cuando se encontraba a solas con otro hombre. Nunca se había dejado engañar por él. Todas las defensas de Amory, erigidas con la familia, los clubes, el esnobismo, la satisfacción de sí mismo y la riqueza, se desmoronaban delante de la señora Parkington, porque ella no sentía el debido respeto por ninguna de esas cosas cuando se esgrimían como lo hacía él.

Cuando cerró la puerta y la miró, ella tuvo la impresión de que no solo se sentía incómodo, sino también atemorizado. Amory permaneció en silencio durante un minuto insoportable, hasta que la anciana tomó asiento y dijo:

—¿De qué se trata, Amory?

Él se sentó también y encendió un puro.

—De dinero, abuela.

Era absurdo que la llamase «abuela». Tenía más de cincuenta años y su

pomposidad le hacía parecer aún mayor. En cualquier caso, a ella le desagradaba que su familia política la llamase «madre» o «abuela».

—¿Qué ocurre? —preguntó ella—. Creía que habías capeado el temporal. Todo el mundo dice que actuaste con gran inteligencia durante la crisis.

Él vaciló un momento.

—No es eso. En efecto, supimos capearla. Pero me sería de gran ayuda un préstamo, solo durante unas cuantas semanas, seis meses a lo sumo.

Ella no respondió, sino que se limitó a aguardar, casi cruelmente, dejándole a él el peso de la conversación. Al cabo de unos instantes Amory prosiguió:

—Estoy un poco apurado. Compré unos títulos de empresas de servicio público que no han funcionado muy bien. El gobierno ha arruinado ese mercado, como casi todo lo demás.

—Creía que el gobierno había puesto fin a esa clase de especulación.

—No era especulación —dijo él con voz apagada, y la anciana se dio cuenta de que no solo estaba asustado, sino también cansado. Al mismo tiempo recordó que había despreciado con su actitud al tímido y nervioso vaquero de ojos azules.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó a bocajarro.

Él no respondió de inmediato. Cuando por fin lo hizo, evitó mirarla a la cara.

—Unos setecientos mil.

—Es mucho dinero.

—He pensado que... —dijo Amory, todavía sin mirarla—, hasta que se lo devuelva, podría deducirlo de mi parte de la herencia.

Esas palabras no solo la escandalizaron, sino que le impidieron replicar de inmediato.

—Todavía no estoy en la tumba, Amory —dijo por fin.

—No he querido decir tal cosa.

—Por otro lado, es la herencia de tu mujer. El Mayor me lo dejó todo para que dispusiese de ello como considerara adecuado.

—Lo siento. No pretendía ser desconsiderado.

—No importa —musitó ella—. De todos modos, setecientos mil dólares es mucho dinero. Cuando a mi muerte se reparta todo, quizá la parte de Helen sea inferior a esa cifra.

Amory la miró con sorpresa y alarma mientras ella proseguía:

—Hay muchos herederos, y los impuestos de sucesión son enormes. —Con una sonrisa, añadió—: El dinero no vale lo que antes, como bien sabes.

—¿Quién puede saberlo mejor que un agente de bolsa?

La señora Parkington oía el vals que tocaba la orquesta en el vestíbulo. Deseaba poner fin a la conversación con Amory, escapar de él y de cuantos eran como él, y por eso dijo:

—En cualquier caso, no puedo prestar ni siquiera una suma menor sin conocer los pormenores.

La anciana recordaría más tarde cómo Amory había estirado el labio inferior. El gesto le confirió una expresión airada, casi malévola, que su esposa debía de haber visto muchas veces. Pensó que tal vez por eso la boca de Helen se curvaba en las comisuras. Era la expresión de un niño malcriado y terco al sentirse contrariado. Había nacido en un mundo con todas las ventajas posibles, le habían enseñado que los Stilham poseían un carácter especial, y a los cincuenta años todavía se ofendía ante cualquier duda acerca de su capacidad y sus notables dotes.

—No puedo darle ahora los pormenores.

—¿Y no puedes pedir el dinero a tus socios? —le preguntó ella.

—No disponen de esa cantidad en efectivo.

—Tengo que pensar en los demás. En cierto sentido, es su dinero el que te prestaría. ¿Quieres que les pida permiso?

—No. No se lo darían..., desde luego ni Madeleine ni la duquesa. Siempre me han detestado por razones que nunca he llegado a comprender.

Ella hizo ademán de levantarse.

—En cualquier caso —dijo—, no puedo prestarte esa suma sin conocer al detalle tus circunstancias financieras. ¿No es así como proceden los banqueros?

—Sí.

—Bien, cuando decidas explicármelas, Amory, meditaremos sobre las posibilidades.

Él no dijo nada, y su silencio hizo que el desasosiego de la anciana y su deseo de escapar se volviesen casi insoportables.

—Se lo contaré todo si lo juzgo necesario. Las circunstancias pueden ser desesperadas.

—Y, aunque te arruinases, yo procuraría velar por Helen y tus hijos.

—¿Arruinarme? —repitió él—. ¿Arruinarme yo?

Ella experimentó una grata sensación de poder y de satisfacción al usar ese poder casi con crueldad. Amory era un necio si creía que no tenía más que pedir setecientos mil dólares para recibirlos. Por otro lado, la entrevista no conducía a ninguna parte. Se levantó, impaciente por volver a la música.

—Lamento no poder complacerte, Amory. Seguro que tienes amigos que pueden proporcionarte esa suma... en Wall Street y en los bancos, además de tus compañeros de Harvard.

—No estamos en los tiempos del Mayor. Ahora no se permite que los capitalistas se ayuden. Va contra las leyes del condenado New Deal sacar a un amigo de un apuro. —Se sonrojó—. Le ruego que excuse mi rudeza; he perdido la compostura.

Ella se echó a reír.

—Viví cuarenta años con el Mayor. —Se dirigió hacia la puerta—. Si la situación empeora y te ves en condiciones de explicármelo todo, vuelve otra vez.

Él le abrió la puerta para que pasase. Al salir de la salita la anciana se sintió aliviada y libre otra vez. La pequeña orquesta tocaba el «Vals de los patinadores». Esa música también le traía recuerdos; recuerdos de otro mundo más alegre y menos tenso y atormentado. Volvió a ver el barroco salón de baile de Viena y el andén de la estación de Salzburgo.

No tuvo la oportunidad de terminar la conversación con el vaquero porque Madeleine se lo llevó poco después de que ella regresara al salón.

—Abuela, tenemos que tomar un avión para Nassau por la mañana. Espero que nos disculpe.

—Desde luego, querida.

—Buenas noches, señora —dijo el vaquero—, y gracias por la velada y por la excelente cena.

Cuando fijó sus ojos azules en los de la anciana, hubo en ellos un destello que la hizo sentirse muy joven y le recordó que ambos compartían un secreto.

Conocían el color de la montaña en el horizonte de Leaping Rock cuando el sol asomaba por la cordillera del este. Pensó que debía de tener al menos cincuenta años cuando nació el vaquero y que llevaba más de sesenta sin ir a Leaping Rock, pero no importaba. La montaña seguiría en su sitio cuando ambos hubiesen muerto y otras personas aún no engendradas compartirían su secreto y sentirían por la magnífica montaña lo mismo que ellos. Era extraño, se dijo, que ese vaquero, nacido y criado en Nevada, le recordase, al igual que «Música de las esferas», a Eric.

—No olvide que ha prometido venir a tomar el té —dijo, y en voz baja, con la coquetería de una jovencita, añadió—: a solas. —Rápidamente se volvió hacia Madeleine—. Queremos hablar de Leaping Rock y de los viejos tiempos.

—Ya me lo figuro —repuso Madeleine—. Le encanta ese lugar. Ni siquiera le apetece ir a Nassau.

El segundo momento llegó al final de la velada, cuando todos se levantaban para marcharse.

—Bisabuela —dijo Janie—, ¿puedo hablar con usted un momento cuando los otros se hayan ido?

—Desde luego, hija mía.

—¿No está muy cansada?

—En absoluto.

Unos minutos antes se sentía agotada, pero, cuando Janie habló, el cansancio desapareció. La muchacha no entendería que una anciana de ochenta y cuatro años se sintiera halagada por algo tan simple como que una jovencita de dieciocho quisiera hablar a solas con ella.



Janie no era guapa a primera vista, pero sí atractiva, con su cabello claro, sus ojos azules y su cutis perfecto. Tenía la boca demasiado grande, la frente demasiado amplia, la nariz demasiado aguileña para los cánones de la belleza norteamericana corriente. Era su expresión lo que la volvía extraordinariamente atractiva, la movilidad de aquella carita inteligente, que se nublaba y ensombrecía y al momento siguiente brillaba como el sol de la mañana. Tenía la clase de belleza que le permitiría ser hermosa a los treinta y cinco años, cuando la mayoría de las mujeres empezaban a declinar. A los dieciocho, ya poseía lo que ninguno de los otros había tenido nunca: distinción.

La muchacha le pidió a su hermano que la esperase abajo, en el vestíbulo, y, cuando los demás se marcharon, dijo:

—Bisabuela, estoy enamorada.

La anciana sonrió.

—Enamorada... ¿de quién?

—No lo conoces.

—¿Le parece bien a tus padres?

—No, eso es lo malo.

—¿Y quién es?

—Trabaja para el gobierno, tiene veintisiete años y nació en South Bend, Indiana.

La señora Parkington sonrió de nuevo.

—Ahora entiendo por qué se opone tu padre.

—Mamá tampoco lo aprueba.

—¿Cómo os conocisteis?

—Eso es lo gracioso. Lo conocí por medio de mi padre, que le invitó a pasar un fin de semana en el campo para tratar con él de negocios. Lo curioso es que al principio papá parecía apreciarlo mucho y me dijo que fuese amable con él y que procurase que lo pasara bien. Lo hice lo mejor posible, pero, cuando he vuelto a verlo en Nueva York, papá y mamá se han enfadado.

—¿Qué dicen? —preguntó la señora Parkington.

—Dicen que es un don nadie, que no tiene dinero ni porvenir, que debo dejar de verlo antes de que sea demasiado tarde, que a mi edad no tengo criterio para juzgar esas cosas... En fin, lo que se suele decir en las películas y las novelas.

La señora Parkington se puso más seria.

—Puede que tengan razón. ¿Cómo es él?

Janie desvió la vista hacia la chimenea, como si intentase recrear una imagen clara del muchacho. Su bisabuela la observaba pensando: «¡Qué joven es! ¡Y qué raro que esta característica se saltara dos generaciones para aparecer de nuevo en la hija de Helen y Amory! ¡Parece imposible!».

—Es alto —dijo Janie—. Tiene las manos grandes pero bonitas, los dientes muy

blancos, el cabello negro, bastante ondulado..., mucho pelo, y la piel morena, pero no cetrina, sino de un moreno saludable. —Se echó a reír—. Tiene las mejillas sonrosadas y la voz dulce. —Se interrumpió un momento, como si pensara en algo, y añadió—: Y es honrado. Guapo y honrado.

La señora Parkington soltó una risita.

—No te he pedido un retrato en tecnicolor ni un certificado sanitario. Solo quería saber por qué te has enamorado de él.

La muchacha volvió a mirarla y sonrió. La sonrisa de Janie podía enternecer a una piedra. Al sonreír, sus labios se curvaban hacia arriba.

—No lo sé, bisabuela —respondió, todavía sonriendo—. Es difícil explicarlo. Me encanta estar con él y estoy segura de que si esperase cincuenta años no encontraría otro mejor. —Bajó la vista hacia sus manos, cohibida—. He pensado incluso en los hijos que tendré, y me gustaría que él fuera el padre.

La señora Parkington miraba a su bisnieta con semblante severo.

—Bueno —dijo—, son razones convincentes, y muy modernas. ¿Es serio?

—En algunas cosas es muy serio, pero tiene sentido del humor, un gran sentido del humor.

—¿Dónde estudió?

—En un colegio público de Wisconsin y después en la Facultad de Derecho de la Universidad de Columbia.

—Comprendo. Pertenece al futuro más que al pasado.

De repente el rostro de la muchacha se iluminó.

—¡Sí, eso es, bisabuela! Eso pienso yo, aunque nunca he sido capaz de verbalizarlo. Es usted muy inteligente por haberlo entendido.

—Tal vez se deba a mis años.

—No es como los muchachos que conozco. No es que tenga nada en contra de ellos..., de los jóvenes con quienes a papá y a mamá les gustaría que me casase..., pero parece que no quieren ir a ninguna parte. Como si no hubiese ningún sitio en el mundo para ellos. Parecen vacíos..., muertos, y no quiero esa clase de vida. Quiero una vida emocionante. Y él consigue que todo, el presente y el futuro, parezca emocionante.

La señora Parkington suspiró.

—Sí, lo sé. Yo dije eso mismo una vez, hace mucho tiempo. Y desde luego ha sido emocionante. Por eso estás tú aquí, querida.

—Usted sí me entiende, bisabuela.

—Sí, creo que sí. —Se levantó y dijo—: Es muy tarde, querida. Ya te diré qué debes hacer. De momento, tráelo algún día a tomar el té conmigo, alguna tarde..., pronto.

—¿De veras? Es usted muy amable, bisabuela.

—¿Qué tal el jueves?

—Se lo diré. Está siempre muy ocupado, pero estoy segura de que encontrará un hueco.

La anciana la besó y se quedó junto a la lumbre mirando a la muchacha, que abandonó la estancia y bajó por la escalera para reunirse con su hermano. Cuando se marchó, la señora Parkington pulsó el timbre y, mientras esperaba que llegara Taylor, pensó en cuánto se había parecido a Janie más de medio siglo atrás, en Leaping Rock; cuán extraordinario era que ella procediese de una zona minera y Janie del mundo decadente que la había rodeado esa velada, un mundo tan diferente de Leaping Rock como la noche del día. Le había pedido a Janie que llevase al joven a tomar el té en lugar de a cenar porque una cena habría implicado varias horas. Janie podía estar equivocada y el chico tal vez fuera horrible. La señora Parkington sabía mucho del amor y lo que este podía hacer.

Taylor apareció.

—Es muy tarde, Taylor —dijo la anciana—. No se molesten en recoger esta noche. Mañana almorzaré fuera y tendrán todo el día para hacerlo.

—Muchas gracias, señora.

—¿Han pasado bien la Navidad?

—Sí, señora. ¿No está cansada?

—No, Taylor. —Se dirigió hacia la puerta y él la siguió—. No hace falta. Subiré a pie. Me apetece.

—Muy bien, señora.

No sabía por qué había decidido subir por la escalera, pero le convenía a su estado de ánimo. Subió despacio, pensativa, como si cada escalón la condujese a otro mundo, el mundo de los recuerdos, como si cada peldaño la hundiese cada vez más profundamente en el pasado.

## 2

Todas las mañanas se sentaba junto a la ventana para empaquetar almuerzos mientras el sol asomaba tras las montañas. El espectáculo comenzaba cuando la luz rosada alumbraba el gran pico en el extremo más alejado del verde valle, mucho antes de que el sol, oculto detrás de las montañas, fuese visible. Un río de aguas claras corría por el centro del valle, límpido y poco profundo, serpenteando aquí y allá perezosamente a la luz del sol estival. En sus orillas crecían sauces, álamos y juncias, poblados de pájaros silvestres, e incluso en la estación seca los árboles permanecían verdes y brillantes, en contraste con el amarillo de la hierba agostada y el rojo de las montañas que se veían desde la pensión.

Porque en realidad era una pensión, no un hotel, pese a su nombre altisonante, lo que se alzaba frente al Wilder Gap Saloon, en la larga y única calle de Leaping Rock. La fachada posterior daba al picacho, y por eso Susie, que trabajaba en la cocina, lo veía en el otro extremo del valle. A los diecisiete años no entendía por qué el paisaje que contemplaba desde la ventana de la cocina hacía que el corazón le brincara de alegría. Era vasto, despejado, abierto, tan vasto que la invasión humana no podría alterar ni modificar su belleza, tan esplendorosa que había momentos en que le parecía un valle del paraíso. A medida que avanzaba el día y el sol ascendía por el arco del cielo, no parecía un único valle; se transformaba en muchos valles; con la luz cambiante y trémula del mediodía se convertía en un iridiscente espejismo de fuego, y se teñía de púrpura al caer la noche.

A primera hora de la mañana, la turbulenta calle de Leaping Rock, en cuyas aceras se alineaban burdeles, cantinas y casas de juego, estaba envuelta en una sombra azul mientras el resto del valle se caldeaba lentamente con el resplandor rosado del sol naciente. Al mediodía, el valle entero se inundaba de calor y luz, que hacían que las plumosas hojas de los turbintos del patio que se veían desde la ventana colgaran flácidas, y los sauces y las brillantes juncias que bordeaban el río bailaban y se mecían. Por la tarde, poco antes de la puesta del sol, la sombra azul de la montaña avanzaba lenta, suave e inexorablemente sobre la tierra llana bañando el paisaje en una oscuridad que por fin caía sobre Leaping Rock, mientras los mineros volvían, las lámparas de petróleo comenzaban a brillar en los burdeles y las cantinas, y el cielo pasaba de rojo a morado y a añil hasta convertirse en el terciopelo azul oscuro en el que las estrellas brillaban como diamantes. Las noches eran lo mejor: noches claras y frescas, en las que el aire era como el champán que se vendía en el bar del teatro de la ópera, la enorme masa de las montañas se fundía en la oscuridad y solo había espacio, vacío, sensación de libertad y éxtasis del espíritu.

Susie siempre veía amanecer porque ella y su madre se levantaban de madrugada para preparar los almuerzos de los hombres que trabajaban en las minas. Mientras la

luz rosada aumentaba y las montañas surgían de la oscuridad como un decorado de ópera, Susie y su madre envolvían los bocadillos y llenaban de café los recipientes. Su madre era delgada y activa, como un lebre, de ojillos azules y labios finos. Era una de esas mujeres que trabajaban sin descanso impelidas por una fuerza interior. La vida sin actividad física ni trabajo duro hubiese sido intolerable para ella, y en la figura esbelta de Susie había parte de esa inquietud apasionada y de esa desesperada necesidad de actividad. Pero en su caso estaban atemperadas por un sentido romántico que en ciertos momentos parecía hipnotizarla y sumirla en una especie de paz soñadora.

El Grand Hotel era el mejor establecimiento de su clase en aquella ciudad tumultuosa. Las habitaciones, de las que se ocupaban criados chinos, eran limpias y frescas. Las comidas eran sencillas pero buenas, y el salón y la sala de fumadores tenían un aire de hogar, nacido del espíritu de la madre de Susie, que, si hubiese podido, habría dispensado cuidados maternos al mundo entero.

Susie había heredado de ella la constitución y las facciones delicadas y el escurridizo aire de familia, así como la inteligencia y una curiosa objetividad que la protegía y la hacía salir indemne de todas las conmociones y tragedias de su vida. Le confería la facultad de observarse a sí misma en plena calamidad como si fuese dos personas: ella misma y una especie de narrador de una tragedia griega. La gente decía a veces que era dura de corazón e insensible, y hacia el final de su vida afirmaban que únicamente una mujer con el corazón de piedra habría podido sobrevivir a los reveses que había sufrido. Pero la gente no lo entendía. Era esa cualidad, heredada de su madre, junto a la severa educación que de ella había recibido, lo que la sostuvo la mañana en que la vida de Leaping Rock y el valle entero se vieron sacudidos por la catástrofe.

Del padre —reflexionaba Susie muchos años después— no había heredado sino el buen humor y la serenidad que su madre nunca había poseído. Esta se afanaba y preocupaba, gracias a lo cual el Grand Hotel había llegado a ser el mejor establecimiento de Leaping Rock. Su padre jamás se preocupaba por nada, y por eso todo el mundo lo apreciaba, aunque nunca había llegado a nada y su familia lo hubiese pasado muy mal de no haber sido por su esposa. Susie quería a su padre, mientras que a su madre solo la respetaba.

Esos sentimientos la inquietaban y en ocasiones la desasosegaban mientras contemplaba el valle encantado desde la ventana de la cocina. Durante su larga vida, de vez en cuando la angustiaba pensar que no era capaz de querer a quienes respetaba ni de sentir respeto por aquellos a quienes amaba.

Tal circunstancia la hizo cavilar mucho sobre Augustus Parkington. Lo respetaba y, en cierto sentido, le quería, aunque, por supuesto, no de la misma manera que a su padre. A los diecisiete años, comenzaba a distinguir los diversos modos en que se

podía querer a las personas. Quería a su padre porque era dulce, alegre y despreocupado. En ocasiones pensaba que lo quería porque era muy diferente de su madre, quien todo lo hacía bien, estaba siempre preocupada y no paraba desde que se levantaba con la aurora hasta que se apagaban las luces de las cantinas y casas de juego de Nevada Street. Su padre trabajaba. Se encargaba de controlar la entrada y la salida de los mineros, pero no permitía que el trabajo lo agobiara. No albergaba el menor deseo de llegar a capataz ni de realizar prospecciones con la esperanza de reunir enseguida una gran fortuna como Augustus Parkington. Se contentaba con estar sentado en su garita, sonriente, intercambiando anécdotas con los trabajadores que entraban y salían, del mismo modo que le gustaba sentarse en el porche delantero del Grand Hotel para conversar con los huéspedes. Estos, al igual que Susie, se animaban con solo verlo, un hombretón amable, cuyos ojos grises brillaban cuando volvía de las minas al atardecer.

Augustus Parkington era muy diferente. Para empezar, procedía del Este, de Nueva York, y era lo que la madre de Susie definía como «un petimetre». Hasta para ir a las minas se ponía sus mejores galas: zapatos bien lustrados por Sam Young, el mozo chino, camisas de fina seda, corbata violeta sujeta con un alfiler adornado con un diamante, y la gruesa cadena de oro del reloj cruzada sobre el chaleco de cuadros. Lucía un gran brillante en el meñique. El único hombre que Susie había visto tan bien vestido era Aristides Vedder, el tahúr, que durante el año realizaba varias giras por Leadville, Virginia City y Leaping Rock. Pero los lujosos atuendos de Aristides Vedder no producían el mismo efecto que los de Augustus.

Cuando Susie se descuidaba, se encontraba pensando en él como «Augustus», aunque no había razón alguna para tal familiaridad. Al fin y al cabo, era un hombre de mediana edad, a punto de cumplir los treinta y tres, e importante, dueño de la mitad de la gran mina Juno, que seguía descubriendo filones de plata en la gran montaña que se alzaba en el otro lado del valle. La gente decía que poseía ferrocarriles en el Este y que era un reputado agente de bolsa. Decían que era millonario y que ni él mismo sabía a cuánto ascendía su fortuna, lo que en realidad tampoco le importaba, puesto que no estaba tan interesado en el dinero en sí como en ganarlo.

Susie no sabía casi nada del Este, y por eso las historias que oía carecían de realidad para ella. Todas tenían el carácter fantástico de *Las mil y una noches*. Nunca había ido más allá de Denver; el Este se le antojaba un país extranjero, y Nueva York, una ciudad llena de grandes restaurantes, luces deslumbrantes, mujeres hermosas y hombres ricos. Mientras trabajaba en la cocina con su madre, pensaba mucho en esos lugares y se decía que un día tendría que ir allí, porque su menudo cuerpo albergaba una ambición devoradora. En esto se parecía más a la madre que al padre. Algunas noches le costaba dormir porque sus ambiciones se agitaban y retorcían dentro de

ella, como si tuviera una indigestión.

Ni siquiera la belleza del valle la ayudaba a disipar sus anhelos. Sabía que era imponente y esplendoroso, pero también se daba cuenta de que su belleza era estéril. En Leaping Rock no había porvenir para ella. Con el paso de los años, comenzó a comprender qué había convertido a su madre en una mujer afanosa, angustiada y triste, que durante todo el día y hasta bien entrada la noche iba de un lado a otro, inventándose trabajos donde los había. Todo el día, toda la noche, hasta que caía dormida, su madre huía de algo, y al final Susie supo de qué huía.

El descubrimiento se produjo un día a media mañana. Estaban las dos limpiando el salón cuando, para su sorpresa, su madre se sentó de pronto y dijo:

—Susie, quiero decirte algo.

Susie se asustó, porque su madre nunca había hecho nada parecido. Vivía rodeada de una especie de muro que se interponía entre ella y su hija. Con el instinto agudo y confuso de una adolescente, Susie comprendió que el muro había caído, que por primera vez su madre quería hablar de lo que se ocultaba tras él, de lo que se agitaba en lo más profundo de su alma. Se sentó en el borde del sofá de crin, con las puntas de los pies muy juntas, cohibida. Al principio pensó que su madre iba a anunciarle que sufría una enfermedad mortal y que se acercaba al fin de sus días.

No se trataba de eso. Su madre entrelazó las manos, delgadas y encallecidas, y dijo a bocajarro:

—Cuando cumplas los dieciocho, Susie, te enviaré lejos de aquí.

Como si le costase un gran esfuerzo, no dijo nada más, hasta que Susie murmuró:

—Sí, mamá. ¿Adónde?

—Al Este, Susie... A Vermont, con tu tía abuela Sapphira.

Susie se asustó otra vez. No conocía a su tía abuela Sapphira, pero su padre siempre hablaba de ella como si fuera la bruja de la familia. Ni siquiera sabía si quería ir a Vermont, que estaba en el Este, pero no en el Este con el que había soñado. Además, amaba el valle. Sabía que añoraría el valle y la gran montaña más que ninguna otra cosa..., más que a su propio padre.

—Quiero que tengas en la vida lo que yo nunca he tenido, Susie —prosiguió su madre—. Deseaba muchas cosas: posición, satisfacciones, dinero, diamantes... —Sus ojos relampaguearon súbitamente, y habló con firmeza, casi avergonzada—. Sí, diamantes y posición. Cuando tenía tu edad quería ser alguien en el mundo, y pensé que lo sería cuando me casé con tu padre, pero no fue así. —Exhaló un suspiro y continuó—: Tu padre es un hombre bueno. Nunca me ha dado disgustos ni motivos de infelicidad, pero supongo que no estaba en su naturaleza. No quería las mismas cosas que yo. No significaban nada para él, no las valoraba. Yo podría haberlas conseguido sola, con los medios propios de una mujer, pero no lo hice y no me arrepiento..., casi nunca. Quiero que tengas todo lo que yo no he tenido, Susie.

Quiero que vivas en un mundo agradable y civilizado, no en un lugar como Leaping Rock. Aquí no hay nada para ti. Eres muy bonita y sería una pena que te quedases aquí y trabajaras hasta tener unas manos como las mías.

Miró a su hija, que seguía sentada en el borde del sofá. Cuando terminó, Susie no dijo nada.

—¿No deseas esas cosas, Susie? —le preguntó su madre.

—Sí, tal vez —respondió la muchacha al cabo de un momento—. No lo sé. Pero no quiero alejarme de usted, de papá... y del valle.

Tenía solo catorce años y no comprendía del todo lo que decía su madre. De repente la mujer se levantó y reanudó la limpieza, con furia, como si odiase los sofás y las sillas ajadas.

—No volveremos a hablar de esto —dijo.

No volvieron a hablar de ello, pero con los años Susie comprendió lo que le había dicho su madre. Lo fue entendiendo poco a poco, gracias a los libros que leía, y también porque en su pecho se agitaban los gérmenes de la misma ambición que había atormentado a su desencantada madre. Pero fue sobre todo Augustus Parkington quien se lo hizo comprender cuando en los crepúsculos purpúreos, una vez que el sol había desaparecido tras la montaña, le hablaba del Este y del gran mundo que se extendía más allá del valle; un mundo fabuloso que cobraba vida y era real, quizá porque él lo amaba, o tal vez porque su inmensa vitalidad y su entusiasmo arrastraban a sus oyentes con él, del mismo modo que en primavera las aguas que bajaban por el cañón El Dorado lo arrastraban todo a su paso. En Topeka y en Chicago decían que Augustus Parkington era capaz de vender un burdel a un predicador baptista.

Sentado en el porche delantero del Grand Hotel, corpulento y apuesto, con sus elegantes ropas y sus joyas, hablaba con voz melodiosa, una voz que envolvía y seducía a cualquiera, ya fuera hombre o mujer, joven o anciano; enseguida los hechizaba y ellos temían que dejara de hablar y se marcharse, porque, una vez que se hubiera ido, durante mucho tiempo el mundo que los rodeaba parecería un lugar agotado y vacío.

Apreciaba a Susie y casi siempre la trataba como a una chiquilla, pese a que ella ya había cumplido los diecisiete y su figura se había desarrollado bajo los vestidos de calicó que le confeccionaba su madre. Sin embargo, había momentos en que ella notaba que en la relación entre ambos había aparecido algo nuevo. Era algo que no entendía, y por eso la alarmaba y al mismo tiempo la emocionaba. Como era intensamente femenina, con los años comenzó a ser consciente de la virilidad del mayor Parkington. Su sola presencia, en aquellas visitas anuales, hacía que el hotel pareciese un lugar mucho más emocionante. Un par de veces había oído sin querer conversaciones en torno al mayor Parkington y cómo trataba a las mujeres, pero no



acabó de entenderlas. No sabía nada del amor, y mucho menos del sexo, y la idea de casarse con un hombre de la edad de Augustus Parkington era disparatada. ¡Una muchacha de diecisiete años casada con un hombre de treinta y tres! Tan solo confiaba en que un día, de algún modo, en alguna parte, encontraría un pretendiente de su edad que valiese la mitad del Mayor. A veces se preguntaba cómo era posible que él tuviera interés en hablar con una persona tan joven e insignificante como ella.

Solo al cabo de muchos años llegó a comprender qué hacía Augustus Parkington aquellos atardeceres. Lo entendió después de conocerlo y de saber cómo se comportaba con las mujeres. Había pasado todas aquellas horas hablando con ella porque no podía evitarlo, porque en aquel corpachón y en su mente había algo que lo impulsaba a cortejar y conquistar a aquella jovencita sencilla, que carecía de malicia e ignoraba las artimañas femeninas. Su misma falta de coquetería y su sencillez lo enardecían y desanimaban al mismo tiempo. Sin embargo, en el fondo de su persona había un poso de amabilidad y bondad desconcertantes que le impedían ceder a un deseo tan bajo como el de seducir a la guapa hija de una mujer tan respetable y digna como la propietaria del Grand Hotel. Augustus Parkington fue así durante toda su vida: en el momento en que los demás estaban dispuestos a considerarlo un granuja incorregible, se conducía con una rectitud y generosidad que los desarmaba y confundía, hasta que volvía a empezar de nuevo.

Mucho tiempo después Susie entendió lo que hacía cuando «perdía» el tiempo hablando con ella. Galanteaba, la cortejaba, la acariciaba sin hablar ni una sola vez de amor y sin tocarla siquiera. Para ello se servía de la voz, de sus ojos azules, de sus modales. Era como si lo rodeara un aura que se extendía hasta envolverla y sembraba en ella extraños pensamientos y deseos de los que solo era medio consciente.

Una docena de veces en el curso de la velada, el rostro de su madre aparecía en la ventana que había tras ellos y se desvanecía como un espectro. Mucho más tarde, años después de la muerte de su madre, Susie comprendió qué pasaba por su mente. Pensaba: «Si la desea, tiene que casarse con ella. Podrá darle todo a Susie, y ella es lo bastante inteligente para aprovechar lo que él pueda ofrecerle. Pero nunca se casará con ella. Susie le ayudaría en lo que quiere obtener de la vida, pero no es lo bastante listo para darse cuenta».

Por eso se asomaba una y otra vez a la ventana, vigilante. El mayor Parkington era su mejor huésped. Estaba bien que gracias a Susie se alojara en el Grand Hotel durante sus visitas a Leaping Rock, siempre y cuando no hubiese nada deshonesto. Pero no debía tocarla siquiera...

Tal vez no hubiese sucedido nada de no haber sido por la explosión. Mucho tiempo después Susie se dio cuenta de que los hechos trascendentales, las corrientes arrolladoras que cambiaban toda una vida, nacían de sucesos aislados, a veces minúsculos, que en apariencia no guardaban relación con los grandes acontecimientos

que los seguían.

La mañana de la explosión estaba en la cocina, pelando patatas y contemplando el valle solitario. De vez en cuando aparecía una carreta o un hombre a caballo en la fina cinta de la carretera que llevaba de la ciudad de Leaping Rock a la montaña donde estaban las minas. Era una mañana tórrida, y en ocasiones las ondas de calor que se elevaban del suelo arenoso del valle parecían levantar en el aire al jinete o la carreta solitarios y hacerlos desaparecer. Luego una repentina ráfaga de viento dispersaba las brillantes lenguas de calor y el jinete reaparecía en la carretera, avanzando hacia la hebra del río bordeado de álamos. La púrpura que velaba la falda de la gran montaña al amanecer había desaparecido, y con ella, la luz rosada que teñía la cima; ahora la montaña se erguía desnuda, pelada y fea en el calor abrasador del mediodía, una terrible masa de roca surcada de venas de cobre y plata. En la cara de la montaña, en una pequeña hendidura que parecía haber sido hecha por el tomahawk de un dios indio, se hallaba la mina. En el hormiguero formado por los millares de chinos e irlandeses que trabajaban en ella, estaban su padre, sentado en la garita, contando historias, y su madre, que había cruzado el valle en una tartana poco después del alba para llevarles la comida a su marido y al mayor Augustus Parkington. Ambos habían preferido pasar la noche allí antes que atravesar el valle al anochecer.

Susie había acabado de pelar las patatas y estaba arrojando las mondaduras en la gamella de los cerdos cuando ocurrió. Al enderezarse para cerrar la puerta vio que de la hendidura salía de repente una flor de humo. Parecía un copo del algodón que trataban de cultivar en el amplio valle. Poco a poco empezó a extenderse en el aire caliente y al mismo tiempo llegó a la ciudad el estruendo de la explosión. Las ventanas retemblaron con el estrépito, Susie se vio arrojada contra la pared y de la calle bordeada de burdeles, casas de juego y tiendas llegó el confuso sonido de gente asustada. Se oían gritos y sollozos, disparos, rebuznos de asnos y piafar de caballos.

«Mamá, papá y el Mayor están allí. Los tres habrán muerto», pensó Susie aturdida, porque al ver cómo se elevaba el humo y se expandía cual una inmensa flor le pareció que ninguno de los que estaban en la angosta hendidura habría sobrevivido.

Casi al punto apareció en la estrecha carretera un desfile de personas que se apresuraban, unas a caballo, otras en asnos, algunas en tartanas y otras a pie. Salían de la ciudad para cruzar el valle en dirección a la montaña.

Mientras estaba en la puerta, sintió el fuerte impulso de unirse a la muchedumbre, pero una serena voz interior —la voz que le hablaría tantas veces a lo largo de su vida— dijo: «No vale la pena que vayas. No puedes hacer nada. Serás más útil aquí si conservas la calma y sigues trabajando. Volverán dentro de un rato y necesitarán vendas, agua caliente, camas y comida».

Así pues, entró de nuevo en la casa y se puso a preparar todo lo que podía ser

necesario. «Quizá papá, mamá y el Mayor hayan muerto —pensó—, o quizá solo estén heridos. Lo único que puedo hacer es rezar por ellos y trabajar».

Mientras se afanaba, trataba de contener las lágrimas y el miedo. Le temblaban tanto las manos que le costaba rasgar las viejas sábanas en tiras para vendas. Acudieron dos prostitutas del establecimiento de la señora LaVerne, desorientadas y aterradas. Se pusieron a trabajar con ella, y al cabo de un rato se sintió mejor.

De la hendidura de la montaña comenzaron a descender figuras minúsculas como hormigas, y a media tarde los primeros heridos atravesaban ya el valle, algunos por su propio pie, otros a lomos de cabalgaduras y algunos en carros. Pero todavía no había noticias.

Mientras trabajaban, Susie y las prostitutas hablaban unas veces, otras permanecían en silencio, pero nunca mencionaban la mina ni la catástrofe, salvo para decir de vez en cuando: «Pronto vendrá alguien».

Susie, que hasta entonces no había hablado con mujeres como esas, descubrió que eran humanas. Una se llamaba Belle Slocomb y había nacido en Providence, Rhode Island. La otra, Minnie Oberland, era alemana y procedía de Cincinnati. Susie estaba un poco asustada ante la idea de que su madre regresara y las encontrase en el hotel. Probablemente las insultaría y las echaría de su casa..., es decir, si no estaba muerta. Pero Susie no sentía ningún miedo ni extrañeza junto a las muchachas. Hablaban con voz un poco estridente, el color de sus mejillas era un poco subido y los dientes de oro de Minnie Oberland eran algo extraños y artificiales, pero por lo demás no se diferenciaban demasiado de las demás mujeres que conocía. No eran como esperaba que fueran las mujeres de su clase: no arrojaban humo por la nariz ni tenían rabo. Minnie lloraba mucho; al parecer estaba enamorada de uno de los hombres que trabajaban en la hendidura de la montaña. Belle Slocomb no lloraba, aunque sus ojos brillaban a veces de un modo extraño. Decía que solo se había enamorado una vez y que era suficiente, y que no quería saber nada del amor.

Cuando la montaña quedó envuelta en la sombra que dejaba el sol poniente y pareció hundirse en una neblina azul, en uno de los momentos de silencio Susie oyó sonido de pisadas en el porche; las pisadas de un hombre corpulento que reconoció al instante: el mayor Parkington. Era extraño que su corazón le indicase quién era antes de que la robusta figura apareciese en el umbral.

Llevaba un brazo en cabestrillo, tenía sangre en los rizos de su cabello moreno, y la cara manchada de polvo. Al verlo, una de las prostitutas, Belle Slocomb, dijo:

—¿Qué ha pasado, Gus? —Al parecer, pensó Susie, lo conocía bien.

El mayor Parkington se dejó caer pesadamente en el sofá, como si ya no tuviese fuerzas para andar o tenerse en pie, y las dos mujeres se abalanzaron sobre él. Susie se quedó muy quieta, mirándolo. Deseaba hacer lo que las otras, tocarle, apartar los rizos de sus ojos, pero se sentía paralizada y no podía moverse. Él la miró, cuando

sus ojos azules se posaron en Susie, supo que su padre y su madre habían muerto.

—Marchaos —dijo el mayor Parkington a las prostitutas—. Quiero hablar a solas con Susie.

Como si hubiese entendido lo que había pasado, Belle contestó:

—Muy bien, Gus. —Después miró a Susie y, cruzando el salón, le echó los brazos al cuello y la besó. Sin decir nada, se acercó a la muchacha alemana de Cincinnati, le rodeó los hombros con el brazo y salieron de la habitación.

El Mayor miró de nuevo a Susie.

—¿Los dos? —le preguntó ella.

—Sí, los dos.

Susie no lloró. Ni una sola lágrima salió de sus ojos, tal vez porque desde que oyó la explosión sabía lo que iban a decirle. Había tenido experiencias semejantes, momentos de una extraña clarividencia, y tendría muchos más en los momentos críticos de su vida.

Sintió que se desmayaba, y habría caído al suelo si el brazo del Mayor no la hubiese sostenido rápidamente por el talle. Era un brazo fuerte; en Leaping Rock decían que el Mayor era más fuerte que cualquier minero.

Cuando abrió los ojos, estaba tendida en el sofá. Vio al Mayor sentado a su lado y a las dos prostitutas cerca de ella, mirándola con expresión de lástima. Una tenía una palangana de agua en la mano y la otra una copa de brandy vacía.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó la rubia.

—Sí, estoy bien —acertó a decir Susie.

—Marchaos, chicas —indicó de nuevo el Mayor—. Si os necesito, os llamaré. Ayudad ahí abajo. Habrá mucho que hacer.

Cuando hubieron salido y cerrado la puerta, tomó la mano de Susie.

—Yo cuidaré de ti. Vendrás conmigo a Nueva York.

Susie no contestó. Cerró los ojos y se apretó los párpados con la palma de las manos, tratando de entender qué había sucedido y qué ocurriría en el futuro.

Al ver que no respondía, él prosiguió:

—Te parece bien, ¿verdad? ¿Dejarás que cuide de ti?

Susie hizo un gran esfuerzo para salir de la espesa niebla que parecía envolverla, para recordar los buenos modales que su madre le había enseñado y contestarle cortésmente.

—Yo me encargaré de todo —añadió el Mayor—. No tienes que preocuparte de nada.

Ella se dio cuenta de que intentaba ser amable, pero le extrañó que tuviese tanta prisa en dejarlo todo arreglado. A pesar de la dura realidad de Leaping Rock, Susie poseía una especie de inocencia que la acompañaría hasta el fin de su vida, incluso en la cena de Navidad, cuando observando a su nieta Madeleine y al vaquero supo

perfectamente lo que subyacía en el fondo de su relación. En la vejez, pese a su conocimiento de la vida, conservaba la misma purificadora inocencia de espíritu.

—¿Quiere decir... que se casará conmigo? —preguntó sin mirarlo.

—Sí... Sí, desde luego... Por supuesto —le oyó contestar; y luego tosió, como si estuviese atónito y avergonzado.

Por un instante, aun en medio de la conmoción y el dolor, se sorprendió pensando: «Eso significa que puedo escapar. Ahora que papá y mamá han muerto, nada me ata a Leaping Rock. Puedo ver mundo..., hacerlo todo...». Todo lo que había soñado mientras pelaba patatas y lavaba platos contemplando la montaña rosada y purpúrea al otro lado del tórrido valle. Se había imaginado cubierta de diamantes, descendiendo por una escalinata. Se había imaginado sentada en un carruaje con magníficos caballos y un cochero y un lacayo; presidiendo una mesa entre embajadores y millonarios; hablando francés, comprándose ropa en París; viajando a Londres y a Washington.

En ese instante fugaz y titilante, todos los sueños cruzaron su mente como luciérnagas.

El Mayor le acariciaba la mano, y el gesto la irritó; parecía que estuviera consolando a un perrito. Incluso con el calor del día, percibió la calidez de su mano.

—No lo sé —dijo—. No me lo pregunte ahora. —Y de repente las lágrimas anegaron sus ojos y no le permitieron hablar.

Él permaneció a su lado hasta que dejó de llorar y, cansada, se quedó dormida. Entonces salió de la habitación, llamó a las dos prostitutas y les dijo que la dejaran descansar y que bajaran a la cocina a ver si estaba preparada la cena para los trabajadores que habían salido ilesos de la catástrofe. Después se lavó y volvió a la mina.

### 3

A veces la señora Parkington se aburría y había momentos en que se hartaba del húmedo invierno neoyorquino. Era remilgada y odiaba pisar el lodo. No obstante, prefería quedarse en Nueva York antes que ir a Florida o California. En los viejos tiempos, en ocasiones viajaba a París o a Londres en invierno. Le gustaban las ciudades fuera de temporada porque tenían un aire de autenticidad y no estaban invadidas por extranjeros que no tenían raíces, familia ni trabajo en ellas. El Mayor adoraba los sitios turísticos, quizá porque era jugador, y en los últimos años de su vida la había llevado con frecuencia a lugares de moda, siempre llenos de lo que la duquesa llamaba «gentuza internacional». A la señora Parkington le habían encantado los Pirineos, el azul Mediterráneo y las fértiles y húmedas tierras normandas en la costa del canal de la Mancha, pero las circunstancias no le habían permitido conocer bien tales sitios. Era siempre, allá adonde fuese, señora Parkington, madame Parkington o signora Parkington, la esposa del anciano mayor Parkington, apuesto y colosalmente rico, que había llegado a bordo de su yate y se hospedaba en el Splendide, el Carlton o el Hermitage; el robusto caballero que pedía las mejores comidas y habitaciones y el mejor champán y perdía verdaderas fortunas en la ruleta y el *chemin de fer*. De vez en cuando, de incógnito, ella lograba establecer contacto con los habitantes de aquellos sitios turísticos —los tenderos, los hortelanos, los agricultores—, pero enseguida descubrían su identidad y todo cambiaba, y tanto ella como esas personas modestas perdían su autenticidad. Era como si el dinero, la gran fortuna de los Parkington, ejerciese una especie de hechizo maligno que la forzaba a moverse entre personas que al principio la habían divertido, pero a las que con el tiempo había llegado a detestar por considerarlas frívolas, estúpidas y, sobre todo, aburridas por su monotonía. El Mayor, en su insensibilidad, nunca se sentía molesto entre ellas. Siguió bebiendo, jugando, comiendo, llevando sus negocios por cablegrama hasta el día que murió en Cannes en circunstancias extrañas y la dejó libre para vivir como quisiera. Desde entonces ella evitaba los lugares de moda y solo se relacionaba con personas a las que apreciaba o respetaba por su inteligencia o talento. Era una regla que solo se saltaba una vez al año, cuando invitaba a toda su familia a la cena de Navidad.

Así pues, pasaba el invierno en Nueva York, en su casa, agradable y lujosa, que había decorado y amueblado como un nido acogedor donde había de morir.

El jueves siguiente a la Navidad bajó temprano a tomar el té, impaciente, porque Janie llevaría a su pretendiente. Quería que fuese una ocasión especial, y por eso había flores, galletas de mantequilla y bollitos, y se había puesto su nuevo traje negro de Bendel y el sombrero con un elegante lazo a un lado que la favorecía y daba un toque juvenil a sus blancos cabellos. Quería causar buena impresión al pretendiente

de Janie. Mientras se miraba en el espejo del tocador, vio que Mattie la observaba con una sonrisa curiosa en su ancho rostro escandinavo. Cuando sus miradas se encontraron, la señora Parkington se volvió y preguntó:

—¿De qué se ríe, Mattie?

Mattie se sonrojó.

—De nada. Pensaba en lo elegante que está y en lo joven que parece.

—Viviré para enterrarlos a todos.

Era una broma antigua, pero a veces casi creía que sería verdad. Mientras tomaba el pañuelo que Mattie le tendía, pensó que tras aquella sonrisa había más de lo que esta había confesado. Mattie, que tenía una memoria excelente, sin duda recordaba los años en que su señora se contemplaba en el espejo cerca de media hora antes de salir porque quería agradar a alguien más que nada en el mundo. Mattie sabía desde hacía más de cuarenta años que su señora era una adúltera, pero nunca había dado ni la más leve señal de estar al corriente.

«Supongo que así se comporta la sirvienta perfecta —pensó la señora Parkington—, pero también la amiga perfecta». Sin embargo, pensándolo bien, en teoría Mattie era cuando menos una mujer mala por ser cómplice del adulterio, al aprobarlo en silencio e incluso alentarlos.

—Señora —dijo Mattie—, ¿le importaría que echase un vistazo al pretendiente de la señorita Janie cuando llegue?

—No, Mattie. Puede mirarlo cuanto quiera. Finja que está haciendo algo en el vestíbulo y yo la presentaré.

Sin embargo, al parecer Mattie no creía que eso fuese lo más correcto.

—No, señora —repuso—. No tan pronto. Lo haré la segunda o tercera vez que venga.

—Bien. Como quiera, Mattie.

Se dirigió hacia la puerta y de nuevo oyó la voz de Mattie.

—La señorita Janie se ha convertido en una joven hermosa. Nadie lo hubiera dicho cuando era niña.

—Estaba demasiado gorda, y ha cambiado mucho desde que le arreglaron los dientes. —Abrió la puerta y añadió—: Me llevo a los perros... ¡Bijou, Mignon, venid conmigo!

Los pekinenses saltaron del sofá y, ladrando excitados, salieron de la habitación y bajaron por la curvada escalera hacia las sombras del vestíbulo, donde Taylor se encaminaba, con su paso de soldado de la Guardia Nacional, hacia la puerta, cuyo timbre sonaba a lo lejos, en la zona del servicio.

La señora Parkington se detuvo en lo alto de la escalera y miró el reloj. Todavía no eran las cinco, y Janie había dicho que su novio no podía salir del trabajo hasta esa hora. Por lo tanto, no podía ser ella.

Cuando la puerta se abrió, la anciana se inclinó sobre el pasamanos para ver quién entraba. Por un momento la espalda de Taylor le impidió ver, pero, en cuanto este se hizo a un lado, vio que el visitante era el vaquero, a quien suponía en Nassau con Madeleine.

Oyó a Taylor decir: «Voy a ver si está la señora», y, antes de que el mayordomo pudiese indicar al vaquero que tomase asiento en la entrada, empezó a bajar por la escalera al tiempo que decía con impaciencia:

—Está bien, Taylor. Dígale al señor Swann que suba.

Estaba sorprendida de verlo pero muy complacida. Pasarían una tarde agradable en la salita donde había tenido aquella breve y desagradable entrevista con Amory la noche de Navidad. Ella, el vaquero, Janie y su pretendiente podrían cerrar la puerta y dejar fuera al resto del mundo, a todas las personas antipáticas y aburridas, la nieve medio derretida, el barro y la suciedad. La perspectiva de este placer aligeró sus pies mientras bajaba por la escalera.

El vaquero no había perdido la timidez. Subió los tres escalones que conducían al vestíbulo y se detuvo, cohibido, con sus grandes manos entrelazadas, como si no supiera qué hacer con ellas, el rostro un tanto encendido, asombrado por la elegancia de la casa. Volvió hacia ella sus ojos azules, aguardando, como si no estuviese seguro de lo que debía hacer.

La anciana se dirigió hacia él, con cierta agitación pese a sus ochenta y cuatro años. Al darse cuenta de esto, le avergonzó un poco que a esa edad todavía hubiese en su corazón el deseo de agradar y atraer. Y al mismo tiempo experimentaba un sofoco de placer. Ese hombre, tan fuera de lugar en el gran vestíbulo, poseía una fuerte masculinidad. Era como acero; no había visto a ninguno como él en muchos años. Saltaba a la vista por qué se había enamorado de él Madeleine.

Su mano, fina, surcada de venas azules y adornada con brillantes, desapareció en la del vaquero, cuyo rostro se iluminó de pronto con una sonrisa; «iluminó», pensó ella, era la palabra exacta, como cuando el sol salía de detrás de una nube.

—¡Qué grata sorpresa! —dijo—. ¿Dónde está Madeleine?

—Está con la modista —respondió él tímidamente—. A mí no me gusta ir a esos sitios.

—Pase por aquí —dijo la anciana conduciéndolo de la mano al saloncito.

Las cortinas estaban corridas y la lumbre ardía en la chimenea de mármol amarillo, junto a la cual Taylor había colocado la magnífica bandeja de Sheffield con el servicio de plata.

—Siéntese aquí —dijo la señora Parkington al tiempo que pulsaba el timbre, y cuando tomó asiento uno de los perros saltó a su regazo y el otro, el negro, se enroscó en la alfombra, con la nariz junto a la pantalla de la chimenea, justo debajo de la pastora de porcelana de Dresde.



Taylor apareció en la puerta.

—¿Le gusta el té? —le preguntó la anciana al vaquero.

—Sí, señora —contestó él con timidez, sin demasiado entusiasmo.

—Quizá prefiera whisky.

La cara del hombre resplandeció.

—Sí, señora. Bourbon, si tiene... solo, con el agua aparte.

—¿Tenemos bourbon, Taylor?

—Sí, señora.

—Para mí, té.

Intuyó que Madeleine no le permitía tomar bourbon, quizá por considerarlo una bebida vulgar.

—No sabía que estaba en la ciudad —dijo cuando Taylor salió—. Pensé que estaban en Nassau.

—No. Madeleine no tenía listos los vestidos. —En sus labios se dibujó una sonrisa.

No podía decirse que fuera agraciado, pensó la señora Parkington observándolo con disimulo. Tenía una cara corriente, la boca ancha, la nariz recta y los ojos azules rodeados de las pequeñas arrugas de las personas que pasan mucho tiempo al aire libre. Tenía las cejas demasiado pobladas y llevaba demasiado fijador en el cabello. Supuso que no le gustaban sus ondas naturales, por las que muchas mujeres que ella conocía hubiesen dado un par de años de vida.

El vaquero sacó una pitillera de platino y oro y preguntó:

—¿Le molesta que fume, señora?

(La pitillera, por supuesto, debía de ser regalo de Madeleine. El vaquero la manejaba con cierto respeto, como si le tuviese miedo).

—En absoluto.

Mientras el vaquero encendía el cigarrillo, la señora Parkington se entretuvo con el servicio de té, pues deseaba romper el silencio y que él se sintiese a gusto. Se daba cuenta de que no había barreras entre ambos; él era un hombre sencillo y ella había aprendido hacía tiempo que la sencillez y la franqueza tenían un gran valor y eran importantes para una vida plena. Lo que se interponían entre los dos eran la habitación, la chimenea de mármol, el servicio de plata, los desnudos de Boucher y los perritos de lujo. Aunque había escogido cuanto la rodeaba, representaba bien poco para ella y no le habría importado que desapareciese de la noche a la mañana.

—¿Le gusta Nueva York?

—Sí. Es una ciudad digna de verse.

—¿Lamentará tener que marcharse?

—No. Está bien, pero no es mi estilo. La mayor parte del tiempo no sé qué hacer. —Sonrió—. Y aquí no duermo lo suficiente.

La señora Parkington pensó que no estaba avanzando. Quería saber muchas cosas: cómo había conocido a Madeleine, cómo habían intimado hasta llegar a hablar de matrimonio, cuál de ellos había cortejado al otro, qué pensaba de su nieta y por qué se había casado con ella. Pero estaba segura de que no descubriría nada de eso esa tarde. Era un hombre sencillo y tenía un código de honor y corrección sencillo. A ella le costaría mucho derribar esas barreras. Su sola presencia la transportaba al pasado, a Leaping Rock y a las sombras de la gran montaña. Allí había conocido hombres como el vaquero. En los años posteriores había visto a uno o dos parecidos, pues el género de vida que había llevado no le había permitido relacionarse con hombres de esa clase. Lo lamentaba, pero ya no podía remediarlo.

—¿Tiene usted un rancho de su propiedad? —preguntó de repente.

—Sí, señora. No es muy grande, solo diez mil acres, pero es buena tierra de pasto. En los años buenos pueden pacer mil cabezas de ganado hereford. Confío en poder ampliarlo.

«Quizá se haya casado con Madeleine por el dinero», pensó la señora Parkington, pero al punto desechó la idea. Un hombre con un rostro como ese no se casaba por dinero. De la fisonomía de las personas podían deducirse muchas cosas..., todo. Para ello se necesitaban años de experiencia y un instinto finísimo. Por un instante sintió el loco impulso de decirle: «Le compraré otros cien mil acres, doscientos mil, un millón, los que desee. Será mi regalo de boda», pero de inmediato comprendió que sería una estupidez y que él no lo aceptaría; se asustaría o pensaría que estaba chiflada.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó a bocajarro.

—Treinta y cuatro.

(Era cinco años menor que Madeleine).

—Tiene usted toda una vida para ampliar el rancho. ¿Le gusta a Madeleine?

—Sí. Le entusiasma, pero parece que al cabo de un tiempo se aburre allí.

—Ambas cosas son muy propias de ella —afirmó la anciana, y tras una pausa añadió—: Es igual que el mayor Parkington, su abuelo.

En ese momento entró Taylor, seguido del lacayo, que llevaba el té, los sándwiches y el bourbon. Al mismo tiempo sonó el timbre, y la señora Parkington, inclinándose hacia la bandeja con cuidado para no molestar al pequinés, dijo:

—Deben de ser la señorita Janie y su pretendiente. Hágalos pasar, Taylor.

Pero no era Janie. Cuando se abrió la puerta, entró la duquesa, tan mal vestida como siempre, pensó la señora Parkington. Llevaba un traje de paseo morado adornado con piel de marta cibelina y un gorro de visón que hacía que su rostro cetrino, cansado y aburrido recordara al de un bajá exánime.

—Hola, madre —saludó. Cuando sus ojos miopes descubrieron a otra persona en la habitación, dijo—: Ah, creía que estaba sola.

El vaquero se puso en pie sin saber si estrecharle la mano. La duquesa lo miró con los ojos entrecerrados.

—Ah, es usted..., el marido de Madeleine —añadió, como si el vaquero no estuviera allí, y por fin lo saludó—: Encantada de verlo. —Tomó asiento y preguntó —: ¿Puedo beber un poco de bourbon?

—Desde luego —respondió la señora Parkington. Hacía tiempo que ya no intentaba convencer a Alice de que bebiera menos. Sonó el timbre—. ¿Cómo estás del reuma?

—Ni mejor ni peor —contestó la duquesa—. Unas veces creo que es neuralgia... y otras, acidez de estómago.

—Debe de ser acidez —dijo la señora Parkington, con toda la intención.

La duquesa sacó y encendió un cigarrillo lánguidamente, como lo hacía todo, como si mucho tiempo atrás hubiese perdido el interés por lo que hacía y se dedicase a pasar el rato hasta que, con total indiferencia, muriese. La señora Parkington vio que Al Swann observaba a su hija y pensó que todos los parientes de su mujer debían de parecerle de lo más extraños.

Taylor regresó con otro vaso y la duquesa bebió el bourbon a palo seco, como Al; reprimiendo las ganas de reír, la señora Parkington advirtió que el vaquero la observaba con respeto.

—Si no espera a nadie para cenar, madre, me quedaré con usted.

A la señora Parkington no le apetecía. Había albergado la esperanza de que Janie y su pretendiente no tuviesen ningún compromiso y se quedaran a cenar, o tal vez fueran con ella al teatro..., en el caso, por supuesto, de que el muchacho fuera tal como lo había descrito Janie. Esa noche deseaba estar con gente joven, no con personas cansadas como Alice que sorbían su vitalidad. Haciendo un esfuerzo, contestó:

—Si no tienes nada mejor que hacer, quédate.

En los ojos de su hija destelló un fulgor repentino, una curiosa chispa de vida, como si una ostra cobrase vigor súbitamente.

—Tengo que comentarle algo importante —dijo—. Me gustaría hablar con usted a solas.

—Va a venir Janie —dijo la señora Parkington enseguida—. Traerá a su pretendiente. Quizá se queden a cenar.

El brillo de los ojos de la duquesa pareció aumentar.

—Qué suerte, porque quería conocerlo. Janie no me ha hablado de él. Me he enterado por terceras personas.

Su voz destilaba amargura y la señora Parkington pensó: «Espero que no empiece a lamentarse. Prefiero que beba a que esté quejándose todo el rato como Helen».

—Janie solo me lo ha dicho a mí.

La duquesa se levantó y, con una curiosa dignidad que más bien parecía una parodia de dignidad, avanzó tres o cuatro pasos hacia la licorera. Sin decir nada, haciendo caso omiso de las miradas de la señora Parkington y de Al Swann, se sirvió otro vaso de bourbon.

«Va a estropearlo todo —pensó la señora Parkington—. No tendré ocasión de conocer mejor a Al y todo será más complicado con el novio de Janie».

No podía pedirle a Alice que no bebiese más. Se lo impedía una especie de orgullo. Nunca había hablado con ella de su vicio. Era una muestra de debilidad por su parte, lo sabía, pero era consciente de que para que alguien abandonara la costumbre de beber había que ofrecerle algo. Alice bebía por desesperación; a los sesenta y cinco años no podía ofrecérsele nada que sustituyera el placer del alcohol..., nada de nada.

Se había sentado otra vez con el mismo vacilante remedo de dignidad, como si llevase una corona en la cabeza. «Con un traje de cola —pensó la señora Parkington—, se parecería a Beatrice Lillie interpretando a una duquesa en una coronación». Pero enseguida sintió una punzada de pena al recordar a Alice, sentada ahora con su ridículo vestido de paseo morado, cuando era niña, antes de las desgracias que la esperaban.

—El señor Swann... Al... nació en Leaping Rock, como yo —dijo atropelladamente. Advirtió que por un momento el nombre de Leaping Rock no significaba nada para su hija. Pertenecía a un pasado lejano, anterior a su nacimiento, a un mundo del que solo conocía lo que su madre le había contado cuando era niña. Alice tenía sesenta y cinco años y entre ella y esas historias había caído un velo, un tupido velo con un estampado confuso y feo que no permitía ver a través de él.

—Ah, sí —respondió la duquesa, con la sonrisa ensayada y hueca de quien finge interés desde una altura envuelta en la niebla.

«Es horrible —pensó la señora Parkington—. Su llegada lo ha estropeado todo».

Sonó el timbre de nuevo y, consciente de que Al se sentía inquieto, dijo:

—Debe de ser Janie. —Y, nerviosa, se levantó tras coger al indignado pequinés que dormía en su regazo y ponérselo debajo del brazo. Se encaminó hacia la puerta que llevaba al vestíbulo, pero cambió de opinión y se acercó a la chimenea, donde se colocó de espaldas a la lumbre, como si quisiera calentarse. En el rostro de la duquesa se dibujó una sonrisa extraña.

A la señora Parkington a veces le costaba saber hasta qué punto su hija se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor, hasta qué punto lo que sucedía bajo la superficie de las cosas penetraba la nube en la que parecía vivir. Alice era hermética como una tortuga, por más que en ocasiones mostrase la aguda sensibilidad de una gacela.

Entonces algo pasó en el saloncito. Dio la impresión de que el aire cambiaba, de

que la luz era más brillante, cuando entró Janie acompañada de su pretendiente, que a la señora Parkington le agradó al instante. Janie tenía razón; no debía perder a ese joven.

Era alto —debía de medir más de seis pies—, no tanto apuesto como atractivo, de aspecto saludable, cabello moreno, tez sonrosada y ojos azules. Se movía con soltura, como si se sintiera seguro de sí mismo, y no parecía intimidado ante la perspectiva de conocer a una anciana imponente que casi se había convertido ya en una leyenda. Sin embargo, no había arrogancia, presunción ni desvergüenza en sus modales. «Dichosos los que han nacido dotados de sencillez y franqueza —pensó la señora Parkington—. Este joven debió de nacer con ambas cualidades, porque es imposible que haya descubierto este mágico secreto en tan pocos años».

Saltaba a la vista que era feliz, al igual que Janie. Era la felicidad que les proporcionaba estar juntos. Nada más simple.

Janie lo condujo directamente hacia su bisabuela, que al verlos avanzar hacia ella sintió una oleada de calor recorriéndole su viejo cuerpo. Janie tenía el rostro encendido y los ojos brillantes.

—Este es Ned, bisabuela. Ned Talbot.

—Encantado de conocerla, señora Parkington —se limitó a decir él, y le estrechó la mano.

—Yo también tenía ganas de conocerlo —repuso ella—. Le presento a mi hija, la señora Sanderson, y al señor Swann... Al Swann, esposo de mi nieta Madeleine. —Sonrió—. Somos muchos, muchísimos. A veces parece complicado.

El joven tenía buenos modales. Estrechó la mano de Al y de la duquesa, que sacó unos impertinentes para verlo mejor y durante largo rato lo miró con evidente atención, como si examinase una figura de cera de Madame Tussaud.

La conversación no fue muy interesante. No podía serlo debido a la mezcla de personas tan dispares: Al y su rancho, la duquesa con su melancólica magnificencia y la pareja de jóvenes enamorados. Hablaron del tiempo, del teatro, de libros, de Washington, de todo en general y de nada en particular. La señora Parkington no se molestó en prestar demasiada atención, solo la suficiente para que no decayese. Observaba al joven, en el que descubría características que la experiencia le había enseñado a distinguir.

Advirtió con placer que tenía la mandíbula cuadrada. Janie, que había heredado parte de la volubilidad de la familia, necesitaría la firmeza que tal rasgo indicaba. Le gustaban asimismo sus labios, carnosos, casi sensuales, y las manos, grandes y hermosas. Janie era joven y apasionada —toda la familia había sido así, incluso la duquesa, hacía mucho tiempo—, y necesitaría un marido que a la vez fuese un amante para ser feliz. Los hombres corpulentos no deberían tener labios finos y manos pequeñas. Ese era el problema de Amory; ese era uno de los motivos del rictus

amargo de la boca de su mujer.

Y le agradaban las orejas del muchacho, grandes, vigorosas, con lóbulos bien dibujados; la línea clara del mentón; los pies grandes, y sus hombros rectos. A los cincuenta años seguramente sería robusto pero no obeso; había demasiada energía en él, demasiada vida en sus ojos y en las comisuras de los labios. Además, tenía sentido del humor. Las finas arrugas que mostraba en torno a los ojos, distintas de los surcos profundos que rodeaban los del vaquero, eran indicio de carácter jovial y salud. Al era sencillo y franco; este muchacho era diferente. No era sencillo, aunque conocía el poder de la sencillez. Era complejo, complicado. En ocasiones debía de torturarlo la variedad de sus estados de ánimo y de su inteligencia. Incluso podría llegar a ser infiel a Janie, pero —pensó la señora Parkington— nunca permitiría que ella lo descubriese ni dejaría que la fuerza de sus pasiones lo arrastrara hacia la perdición.

De repente la señora Parkington se rió, tan bajito que los demás ni siquiera se percataron, al pensar: «Lo estoy examinando como si fuera un caballo que quisiera comprarle a Janie, o como si estuviera adivinándole el futuro».

El joven estaba hablando, y a la anciana le gustaba el sonido de su voz. Discutía sobre política inglesa con la duquesa, apabullando el lento cerebro de esta con la rapidez del suyo. Hablaba muy deprisa, como si su lengua no lograra seguir el ritmo de su mente.

Cuando terminó de exponer su punto de vista, la duquesa asintió, vencida por su masculinidad, vitalidad y encanto más que por sus argumentos, que apenas podían causar ningún efecto en su mente cansada y nebulosa. La duquesa mostraba un extraordinario interés por el joven, al que miraba directamente con la ayuda de sus impertinentes. En una ocasión hasta se enderezó el gorro, sacó una barra de carmín y se retocó los labios.

Era evidente que Janie estaba orgullosa de él. Saltaba a la vista que deseaba lucirlo ante los demás. Pero él no pretendía lucirse. La vehemencia con que exponía sus opiniones era genuina, e incluso atrajo a Al, quien escuchaba inclinado hacia delante en la silla, sin tener la menor idea de lo que decían.

Cuando Ned acabó, Al miró su reloj (de Cartier, pensó la señora Parkington; otro regalo de Madeleine).

—Debo irme. Madeleine me aguarda en el hotel. Ya llego tarde —dijo.

—A Madeleine no le gusta que la hagan esperar —comentó la duquesa con semblante inexpresivo.

Era imposible saber si lo decía con malicia, si daba a entender que Madeleine se dedicaba a adquirir maridos y esperaba que fuesen puntuales. Al la miró con cierta severidad y a la señora Parkington le pareció que por un momento el color asomaba a su curtido rostro. Ignoraba si Alice había pretendido ser maliciosa. En sesenta y cinco años, nunca había sido capaz de saber cuándo Alice hablaba con mala intención o

simplemente daba muestras de necedad y falta de tacto. Tal vez se debiera a la miopía de sus ojos saltones. A menudo los cortos de vista tenían un semblante inexpresivo debido al esfuerzo de enfocar objetos que se presentaban siempre borrosos.

Al les dio las buenas noches con timidez y se marchó. La señora Parkington lo acompañó hasta el vestíbulo porque quería pedirle que regresase otro día para que pudieran conversar largo y tendido sobre Nevada. Sabía que, si se lo decía delante de los otros, parecería una invitación de compromiso y quizá él no volviera.

En la misma puerta le rogó que volviese.

—Será un placer, señora —contestó.

—Telefonéeme y me ocuparé de que podamos estar solos para tener una larga conversación.

—Sí. Con mucho gusto.

Cuando se disponía a salir, ella le puso una mano en el brazo. Sin saber cómo, se encontró diciendo:

—¿Va todo bien con Madeleine?

Durante un segundo él guardó silencio. Su rostro atezado adquirió el tono rojizo de la caoba y sus ojos evitaron mirarla.

—Sí, señora Parkington. Todo va bien.

Ella le dio unas palmaditas en el brazo.

—Me alegro —dijo.

Él se marchó rápidamente, y la anciana pensó: «Lo que me figuraba». ¡Qué insensata era Madeleine! Pero su nieta no tenía la culpa. Era una tragedia. Madeleine era la mejor de la familia, excepción hecha de Janie. Era sana, corpulenta, simpática y afable, pero tenía un punto flaco que era casi una enfermedad.

Cuando volvió a entrar en la habitación y cerró la puerta tras de sí, sintió nacer en su interior un profundo suspiro que se apoderó de su anciano y esbelto cuerpo, todavía erguido.

Se esforzó por reprimirlo y animarse, mientras Alice decía:

—Parece que nuestro nuevo pariente no tiene mucho que decir.

—Tampoco ha tenido demasiadas oportunidades —señaló la señora Parkington.

Pero Alice no había terminado.

—Da la impresión de que aguanta más que los anteriores —añadió—. Los vaqueros deben de tener algo.

En ese instante la señora Parkington hizo uso de su dignidad, con firmeza. Era una dignidad amenazadora, capaz de helar y atemorizar a sus mismos descendientes; como si toda ella se convirtiese de pronto en hielo, como si se transformase en la espada de la justicia, templada en desprecio.

—¡Alice! ¡Basta ya! —se limitó a decir.

Recurrió a su dignidad en parte porque se había encariñado con Al y no quería

que lo tratasen como a un tonto, y en parte porque el comentario de su hija no era adecuado para la joven pareja que estaba con ellas. Con su vulgaridad y falta de delicadeza, en cierto modo Alice había mancillado la alegría que Janie y Ned habían llevado a la habitación.

La anciana pasó a propósito cerca de la duquesa y, furiosa, le espetó:

—¡A veces eres una maldita idiota!

Alice se encogió por dentro y se limitó a mirarla desconcertada, tratando de adivinar por qué su madre, que no tenía escrúpulos en hablar de cualquier tema, se mostraba de pronto tan mojigata.

Pero la anciana ya estaba diciendo, animada, demasiado animada, con excesivo entusiasmo:

—¿Os quedaréis a cenar conmigo? —Y, antes de que la pareja pudiese responder, añadió—: Creo que tenemos un faisán que tu tío abuelo Henry me ha enviado de Rhinebeck.

Janie se levantó de inmediato y la rodeó con un brazo.

—No podemos, bisabuela. Vamos a cenar con la hermana de Ned. Ha venido de South Bend con su marido para pasar dos días.

Había algo en la voz de Janie que disipaba la desazón de la negativa. La señora Parkington pensó: «Janie lo sabe. Sabe cuánto los quiero». En esto se diferenciaba su bisnieta del resto de sus descendientes, salvo su hijo Herbert, y Herbert llevaba cincuenta años muerto, tanto tiempo que últimamente su recuerdo había llegado a parecerle más cercano que la realidad física de la gente que la rodeaba. Janie lo sabía, con aquel peculiar sexto sentido que ella misma poseía.

Tuvo ganas de decir: «Que vengan ellos también», pero no lo hizo porque hubiera parecido demasiado insistente. Además, podía ser que la hermana y su marido fueran seres desagradables y lo echasen todo a perder.

—No importa, querida. Otra vez será.

—Lo siento, señora Parkington —dijo Ned—. Me habría gustado quedarme y no hubiese dudado en declinar la invitación de mi hermana, pero deseo que Janie la conozca y esta es la única ocasión que tenemos.

Al besarla Janie le susurró al oído:

—Venga al vestíbulo, bisabuela. Quiero preguntarle algo.

Así pues, la señora Parkington los siguió y Janie le dijo a su pretendiente:

—Adelántate y recoge el sombrero, Ned, que quiero hablar con mi bisabuela.

Lo observó mientras salía y luego se volvió hacia la señora Parkington.

—¿Verdad que es guapo, bisabuela? ¿Verdad que a usted también le gusta?

La señora Parkington se rió.

—Es un poco tarde para eso, pero creo que me habría gustado a tu edad. —Besó a Janie y añadió—: Y ahora debes irte.



Los observó hasta que cruzaron la puerta y, al entrar de nuevo en la salita, se sintió vieja, cansada y deprimida. Esta sensación era como una nube de niebla que la envolviese y lo difuminase todo: las luces, los contornos de los muebles, la figura de la duquesa con su ridículo vestido morado.

«Soy vieja —pensó—. Al fin y al cabo, soy vieja». Pero al mismo tiempo se daba cuenta de que la fatiga no nacía tanto de su cuerpo como del peso de cuanto le había sucedido desde el día que salió alegremente al encuentro de lo que la vida pudiese ofrecerle. Y era extraño que esa fatiga pareciera girar en torno a la figura de la duquesa. El vestido de paseo morado se hallaba en el mismo centro de la nube.

Con un gran esfuerzo de voluntad se enderezó y sonrió a Alice.

—Es un muchacho agradable —comentó—, y diría que incluso inteligente.

—A Helen y Amory no les hace mucha gracia. —La duquesa soltó una risita maliciosa—. ¡De South Bend! Seguro que creen que en South Bend solo hay indios y vaqueros.

La señora Parkington estuvo a punto de decir: «Si hay una familia que necesite sangre nueva, es la nuestra», pero Alice lo dijo por ella. Llamó a Taylor para que recogiera el servicio de té.

—Al menos lo estamos intentando —repuso—. Ya ves, Janie y su novio, Madeleine y el vaquero. —Entonces advirtió de nuevo un destello en los ojos aceitunados de la duquesa, y tuvo la certeza de que su hija tenía una noticia desagradable que no haría feliz a nadie salvo a ella.

Cuando entró Taylor, la señora Parkington le dijo:

—La señora Sanderson y yo cenaremos aquí, junto a la lumbre. —Sería mejor así. No podía cenar sola con Alice en la gran mesa del comedor. Luego añadió—: Seguro que la señora Sanderson desea tomar un cóctel. ¿Qué te apetece, Alice?

—Un martini.

El rostro de Taylor no delató emoción alguna.

—Muy bien. ¿Lo sirvo al mismo tiempo que su champán?

—Sí. Estaremos listas dentro de media hora. Subiré a arreglarme un poco.

Tenía la esperanza de escapar de su hija durante un rato, pero no había escapatoria. Alice se levantó y dijo:

—Voy con usted.

Y, debido a su cansancio, la señora Parkington se resignó.

En el *boudoir*, su hija se perdió entre los objetos —sillas, fotografías, sofás— que antaño habían formado parte de la gigantesca mansión de la Quinta Avenida. Mientras la señora Parkington se acicalaba, pensando en cuán ceniciento se veía su rostro, Alice miraba las fotografías descoloridas haciendo comentarios, recordando acontecimientos olvidados hacía mucho tiempo. Durante un buen rato sostuvo en las manos los retratos de sus difuntos hermanos, aquellos dos hermanos que siempre

habían sido más agraciados y brillantes que ella, mirándolos de cerca debido a la miopía, como si tratara de evocar algo que quizá no fuera la felicidad, pero sí mejor que la grisura de su actual existencia.

De pronto se volvió y dijo:

—Qué raro que tío Henry le envíe faisanes. ¿Sabe algo de él?

—Viene a verme de vez en cuando, y a veces me manda huevos, capones o faisanes.

—No lo veo desde hace años. ¿Cómo está?

—Como siempre, más viejo..., pero no muy cambiado... —La señora Parkington sonrió—. Sigue siendo un hombre extraordinario.

La conversación languideció, dejando en el *boudoir* la sombra de tío Henry, el hermano pequeño del Mayor, la oveja negra de la familia, a quien todos consideraban un loco porque siempre hacía lo que quería, se había casado con la hija de uno de sus aparceros y vivía como un granjero. No había sido tan loco, porque era muy rico y había ganado numerosos pleitos contra las compañías de ferrocarriles y la hacienda de su propio hermano, el Mayor.

La señora Parkington acabó de acicalarse y dijo:

—Será mejor que bajemos. No hagamos esperar al faisán.

La revelación se produjo mediada la cena, cuando estaban terminando el faisán del tío Henry. Para animarse, la señora Parkington, había bebido dos copas de champán y la duquesa tres martinis, seguidos de una copa de borgoña mientras comía. Pero el vino no había animado a la anciana.

Cuando Taylor retiró el faisán, la duquesa, de nuevo con un destello en los ojos, dijo:

—Ayer me enteré de algo alarmante acerca de Amory.

La señora Parkington la miró.

—¿De qué se trata? —preguntó—. Sabía que te preocupaba algo.

—Está en un apuro.

—¿De qué clase?

—Dinero. Es un asunto turbio. Me sorprendió mucho. Nunca lo hubiera pensado de Amory.

La señora Parkington no dijo nada. Se acordó de la conversación que había tenido con Amory acerca del préstamo. Al mismo tiempo pensó: «Qué tonta es Alice». Mira que decir: «Nunca lo hubiera pensado de Amory». Al fin y al cabo, Amory era justamente de esa clase de hombres: miembro del comité de la parroquia de Saint Bart, un asno pomposo y un necio engreído que creía saberlo todo.

—Por el amor de Dios —exclamó—, ¿qué ocurre?

Pero la duquesa no respondió de inmediato, como si saborease la historia.

—Al parecer —dijo por fin—, ha perdido mucho dinero en los últimos diez años.

—Ya lo sé —afirmó la señora Parkington.

—Y últimamente ha hecho ciertas operaciones en bolsa para intentar recuperarlo.

—Sí.

—Pero no con su dinero..., sino con el dinero y las acciones de otras personas..., de su empresa y de sus clientes.

La señora Parkington frunció el ceño. No quería oír la historia esa noche. Estaba demasiado fatigada y deprimida. Sin embargo, tenía que oírla porque sabía que la consideraban la cabeza de familia y al final todo recaería sobre ella. No había escapatoria. Todos confiaban en ella, hasta Amory. Además, era imposible detener a Alice.

—¿Dónde te has enterado de eso?

—Me lo dijo el juez Everett. Vino a tomar el té conmigo ayer.

—Nunca he tenido al juez Everett por un chismoso.

—No lo dijo como un cotilleo. Quizá pensara que usted debía saberlo.

—Entonces, ¿por qué no me lo ha dicho a mí directamente? —preguntó la señora Parkington con aspereza.

—Dijo que no estaba seguro de los detalles. —Alice sonrió—. Y que no quería decírselo hasta disponer de todas las pruebas porque temía que usted lo considerase un botarate.

—Y puede que lo sea. Todo esto parece puro chismorreo. —Pero sabía que no lo era, aunque sinceramente deseaba que lo fuese—. En cualquier caso, no pienso contárselo a nadie.

—Desde luego que no, madre. Nadie contaría algo así del marido de su nieta. —Como la señora Parkington, absorta en sus pensamientos, no decía nada, su hija le preguntó—: ¿Qué va a hacer al respecto?

—¡Nada! No puedo hacer nada. Le corresponde a Amory salir del atolladero. Por otra parte, quizá no sea cierto.

Alice esbozó una sonrisa inexpresiva y un tanto achispada. Estaba contenta porque odiaba a Amory y tampoco sentía demasiada simpatía por su esposa de rictus amargo. La señora Parkington no pensaba en ellos; pensaba en su bisnieta, Janie, y en la alegría que había abandonado la casa cuando se había marchado. Nada debía echar por tierra la felicidad de Janie. Se dijo que tales cosas no les ocurrían nunca a personas como Amory, que había sido siempre un monumento de respetabilidad: colegio Saint Bart, Universidad de Harvard, los mejores clubes, miembro del comité de la parroquia. A la gente como Amory no le ocurrían esas cosas. Pero una voz queda le decía: «Sí les ocurren. Les ha pasado a personas que has conocido bien. Una estafa es una estafa, y los tiempos han cambiado. Los grandes estafadores acaban hoy en la cárcel. No quedan impunes como antes».

Sabía que a Alice no le preocupaba la mala fama; ya no la afectaba. Tal vez en el

pasado, muchos años atrás, las fotografías y los titulares escandalosos de los periódicos la habrían avergonzado y herido, pero hacía tiempo, veinte años tal vez, que nada de eso le molestaba o hería. Se habían dedicado muchos titulares a la familia desde el día que Augustus Parkington regresó a Nueva York con su esposa de Leaping Rock. Solo en ocasiones extraordinarias surgía la duquesa del mundo nebuloso en que existía para leer un periódico. En efecto, no le preocupaba la mala fama. Ni siquiera era consciente de ella.

Mientras reflexionaba, la señora Parkington advirtió que su hija parecía haberse desvanecido. Se la veía exhausta y destrozada; tenía los ojos cerrados, la cabeza un poco ladeada. Por un instante pensó que había muerto, porque parecía un cadáver.

—¡Alice! —dijo, y después, en voz más alta—: ¡Alice! ¡Alice!

La cabeza inclinada se movió, los ojos se entreabrieron y la miraron.

—¿Estás enferma?

—No, pero me iré a casa si llama a un taxi.

Cuando llegó el taxi, Taylor y la señora Parkington la ayudaron a llegar hasta la puerta.

—Creo que es mejor que la acompañe, Taylor —dijo la anciana.

La duquesa hizo un gran esfuerzo para enderezarse.

—No hace falta que venga. Estoy bien.

—¡No seas tonta! —replicó la señora Parkington.

Taylor fue a buscar el sombrero y la llevó hasta el taxi, mientras la señora Parkington los observaba desde la puerta. Había comenzado a nevar otra vez y los finos copos se derretían en cuanto caían en la acera. Cuando el vehículo se alejó, la señora Parkington cerró la puerta y, seguida de los dos pequineses, subió los tres escalones y cruzó el vestíbulo hacia el ascensor.

Mattie la esperaba arriba, con el camisón y la bata extendidos, el semblante inexpresivo. Era, al igual que Taylor, una buena sirvienta, una amiga afectuosa. No daba señales de saber que algo extraño había sucedido en el piso de abajo.

—Puede acostarse, Mattie —dijo la anciana—. Voy a leer un poco.

—Muy bien.

La ayudó a desnudarse y, cuando se marchó, la señora Parkington se acomodó en la *chaise longue* con un libro francés. Era una vieja novela de Gyp, y confiaba en que los recuerdos que despertara en ella disiparan la melancolía y la preocupación que sentía.

Los libros viejos, los aromas familiares, algunas piezas de música la transportaban, cada vez con mayor frecuencia, al pasado remoto. Hacía algún tiempo que había adquirido la costumbre de engañarse a sí misma para huir del presente. Era una especie de anestesia, que le permitía conciliar el sueño las noches en que su mente, viva, despierta y excitada, volaba como una luciérnaga de un motivo de

ansiedad a otro.

Sin embargo, la vieja novela de Gyp no sirvió como medio de evasión. Ni siquiera lograba concentrarse en el texto. Leía una página entera sin entender ni una palabra, porque lo que le había contado la duquesa regresaba una y otra vez a su mente y la roía como una comadreja. «¡El muy estúpido! —pensaba—. ¿Cómo se le habrá ocurrido? Hay que ocultar lo que quiera que haya hecho». Ahora, a solas, no fingía dudar de la veracidad del rumor.

Y de pronto dio gracias por ser una mujer rica, algo que había hecho en contadas ocasiones a lo largo de su vida. Si lo de Amory era cierto, si de verdad se hallaba en un apuro, ella podía restituir cuanto había robado, incluso podía darle más para que untase la mano de quien fuese preciso y saliera del atolladero. Aunque odiaba el soborno, como odiaba toda forma de corrupción y de inmoralidad, recurriría a él, a sus ochenta y cuatro años, si no había otro medio, pero no por Amory, no para salvarlo a él, pues no le inspiraba la menor simpatía. Si había que ser inmoral, prefería la inmoralidad cínica y gangsteril de su difunto marido, en la que al menos había una especie de grandeza malvada y novelesca. Odiaba la hipocresía de Amory. No, no movería ni un dedo para ayudarlo, pero debía pensar en Janie, en su pretendiente y en el futuro de ambos. Todo su dinero sería útil si servía para allanar el camino de la felicidad y la respetabilidad para Janie. Recurriría a él a fin de que su bisnieta se librara de la plaga que había caído sobre el resto de la familia.

Sin embargo, primero Amory debía acudir a ella para pedirle ayuda. De lo contrario, no estaba dispuesta a ofrecérsela, pues al casarse con su nieta Helen se había comportado como si concediese un gran honor a la familia Parkington. Amory debía pedirselo de rodillas.

La anciana nunca había sentido deseos de venganza. La humillación de Amory solo sería una retribución, una especie de multa por su presunción y por toda una vida de privilegios y esnobismo.

La novela de Gyp se deslizó de su regazo y el ruido sobresaltó a Mignon, que comenzó a ladrar. Tras calmar al pequinés, la señora Parkington se levantó y, apagando la luz, entró en la alcoba. Esperaba poder dormir, pero el sueño no llegó. Tumbada en la oscuridad, contempló a través de las ventanas cómo caía la nieve a la luz de las farolas de la calle. La imagen pareció hipnotizarla, y al cabo de un rato se deslizó hacia una extraña y borrosa zona fronteriza entre el sueño y la vigilia, y fue como si los copos cayeran a su alrededor en la habitación y a través de la ventisca retrocediera a un mundo tras otro hasta una noche de invierno lejana en la que, ayudada por el mayor Augustus Parkington, descendía de un taxi mientras la nieve que caía brillaba tenuemente a la luz amarillenta de las farolas de gas. En medio de la nevada apareció un vendedor de cerillas. Gus le dio una moneda y luego, con una risita, tomó en brazos a la señora Parkington, su reciente esposa, y, estrechándola

contra su robusto pecho, cruzó la resbaladiza acera y subió la escalera del hotel Brevoort, de donde salía música.

Era curioso, pensaba a veces la señora Parkington, cómo perduraban en la memoria detalles minúsculos de tiempos remotos. Las dos imágenes más vívidas que guardaba de aquel período de su vida eran las cortinas rojas y los baldaquinos dorados del salón de la suite del hotel Brevoort a la que Gus la llevó, así como los guantes verdes de mademoiselle Conti. También recordaba el vals de *La grande duchesse Gerolstein* que la pequeña orquesta interpretaba en el comedor cuando llegaron. Esa música quedó grabada para siempre en su memoria, junto con el momento en que entró en el vestíbulo y el conserje, en inglés entrecortado, felicitó al mayor Augustus Parkington por su matrimonio y dio la bienvenida a su esposa. Durante el resto de su vida, siempre que oía música de Offenbach regresaba a aquella noche de nieve en que Gus y ella llegaron al Brevoort directamente desde Nevada.

Aquella noche Gus parecía feliz y agitado, henchido hasta estallar de aquella enorme vitalidad que lo diferenciaba de otros hombres. Era su vitalidad, aquella buena salud animal, lo que la había enamorado, la misma vitalidad que él no vacilaba en usar sin escrúpulos, contra cualquiera, para obtener lo que deseaba. Cuando todo lo demás se había derrumbado, cuando ya no quedaba ninguna ilusión, esa vitalidad todavía tenía el poder de arroparla y sostenerla.

En la noche nevada, subió por las escaleras seguido del conserje y otros tres o cuatro empleados. El mayor Parkington era rico, importante y buen cliente, y todas las atenciones eran pocas. Todo era como Susie había imaginado durante las horas que había pasado sentada junto a la ventana contemplando el valle. Había lámparas de gas y música, alegría y gente que corría tras su rico e importante marido.

El conserje se detuvo ante una puerta del final del pasillo, la abrió y se hizo a un lado para que entraran ella y su esposo. Entonces vio las cortinas rojas y los baldaquinos dorados.

Era una habitación espaciosa, con una alfombra roja y muchos muebles dorados al ornamentado estilo del Segundo Imperio, numerosos jarrones con flores, rosas blancas encargadas por el Mayor, y, en la mesa, champán en un cubo de plata. Pero sobre todo la fascinaron y llenaron de placer los macizos baldaquinos dorados y las cortinas rojas. Todo era rico, caro, ostentoso, como salido de un cuento de hadas, exactamente como había soñado.

Los mozos llevaron el equipaje. Gus les dio una propina por lo menos tres veces mayor que la habitual y le dijo al conserje que no querían que los molestaran.

Cuando salieron, Gus cerró la puerta con llave y, sonriendo, cruzó la habitación y la besó.

—¿Feliz, gorrióncito?

—Sí —respondió ella con timidez.

—Hoy eres un gorrioncillo, gris y suave con ese traje pasado de moda, pero mañana serás un ave del paraíso.

Él descorchó el champán y ella lo observó un poco turbada y perpleja pero emocionada. Nunca lo había visto así. Durante el largo viaje en tren se había mostrado sereno, respetuoso y amable, como si ella fuese una chiquilla a la que debía proteger. Ahora se le veía impetuoso y agitado. No parecía mucho mayor que ella. Parecía que no tuviese edad.

Una vez descorchado el champán, se quitó el abrigo y tomó asiento, la sentó en su regazo y, tras besarla en el cuello, le llenó la copa y alzó la suya.

—Vamos, gorrión, brindemos por el futuro, que es nuestro —dijo—. Conquistaremos el mundo y lo tendremos todo.

Susie bebió y él volvió a llenarle la copa, la besó de nuevo en el cuello y apoyó la cabeza sobre su pecho. Ella levantó con timidez la mano libre, y sus dedos, como si tuviesen voluntad propia, se movieron entre los rizos oscuros y le acariciaron la nuca. Él apretó aún más la cabeza contra su pecho y a Susie le pareció que sollozaba. De repente él la miró; tenía los ojos empañados.

—¡Gorrión mío! —le oyó decir—. ¡Soy feliz! Yo no era nadie y tampoco tú eres nadie, pero lo seremos todo.

Tomaron otra copa de champán y él guardó silencio durante largo rato, con la cabeza apoyada sobre el pecho de Susie, que le acariciaba el cabello. Se sentía extrañamente emocionada y, aun así, desligada de lo que sucedía, como si estuviese observando a los dos. Aquello era diferente de cuanto había conocido. Desde que el juez había pronunciado las últimas palabras de la ceremonia nupcial, Gus se había mostrado sereno, respetuoso y amable. Ella había estado atemorizada, tímida y callada, como maravillada de lo que le ocurría. Pero ahora el temor y la timidez se habían disipado. Aquel hombre era nuevo y diferente, y ella experimentaba una curiosa sensación de abandono y euforia. Era como si, de manera voluptuosa, todo aquello que la había cohibido, que la había hecho sentirse nerviosa, tensa y pasiva, se disolviese en una neblina cálida. El aroma de las rosas blancas era penetrante. Veía las flores, medio abiertas, contra las cortinas rojas. De abajo llegaba débilmente el sonido de la música que tocaba la orquesta.

«Es nuestra noche de bodas —pensó—. Lo que ha pasado hasta ahora no era nada. Así es como quería que fuese sin siquiera saberlo».

Entonces notó que los dedos de Gus comenzaban a desabotonarle el vestido y oyó su voz, profunda y cálida.

—Te quiero, gorrioncillo. Oh, Susie, te quiero.

La copa de champán se deslizó de la mano de Susie y cayó al suelo. Él la cogió en brazos y la llevó a la otra habitación. Por un momento a ella le pareció que iba a desmayarse, pero el contacto de los carnosos labios de Gus en el cuello le provocó



aquella extraña sensación de euforia, que borró todo lo demás. «Le quiero —pensó—. No sabía qué era el amor. Ahora lo sé».

Las fuertes y musculosas manos de Gus eran tiernas. El contacto de esas manos inflamaba todo su cuerpo. Ella era como un capullo que se abriese con el calor del sol y Gus le pareció hermoso, dotado de una belleza primitiva, directa y profunda que se asemejaba al esplendor divino del magnífico valle.

Más tarde cenaron, servidos por el propio maître: *merlan frit*, pato trufado y borgoña, ensalada y paté de foie-gras. Ella siempre recordaba esa cena, en parte porque fue la primera lección que él le dio sobre cómo comer bien, pero sobre todo por la sensación de felicidad y placer.

—No bajaremos hasta mañana, gorrioncillo —dijo él—. Hasta que parezcas un ave del paraíso. —La miró sonriendo, con aquella expresión franca que lo hacía irresistible—. Además, es agradable estar solos, ¿no te parece?

—Es muy agradable estar solos —contestó ella, y añadió tímidamente—: Te amo, Gus. Ahora lo sé. —Era la primera vez que hablaba de amor.

—¿Te he hecho feliz? —preguntó él con un curioso aire de orgullo y gallardía.

—Muy feliz, Gus.

Por debajo de la mesa él le apretó la rodilla entre las suyas.

—Vamos a ser felices, siempre.

Aquella noche le hizo el amor otras dos veces. Mucho tiempo después ella comprendió que no la había tratado como a una esposa, sino como a una amante. Le estuvo siempre agradecida, incluso cuando se dio cuenta de que para él las mujeres, incluso su esposa, eran siempre amantes, porque, con su enorme vitalidad, amaba a todas las mujeres, no solo a una.

El día siguiente fue el de los guantes verdes, que se convirtieron en una especie de símbolo de esa jornada, del mismo modo que las cortinas rojas, los baldaquinos y el champán habían sido el símbolo de la noche ardiente y voluptuosa.

Gus abrió la puerta y entró una mujer. Entró majestuosamente, caminando muy erguida pero con elegancia, sonriendo mientras la luz que se colaba entre las cortinas rojas iluminaba su rostro poco agraciado. Eso pensó Susie nada más verla: que era fea. Tenía la boca grande, la nariz demasiado larga, con un arco pronunciado, y los ojos muy juntos. Era morena y de mediana estatura, más alta que Susie, y resultaba imposible adivinar su edad. Su entrada estuvo acompañada del susurro del tafetán, creando el efecto de un conjunto de violines con sordina que acompañaran un solo de trompa.

El mayor Parkington cerró la puerta y dijo:

—Susie, te presento a mademoiselle Conti. —Y le dijo a mademoiselle Conti—: Esta es mi esposa. —Habló con un curioso orgullo, como si se ufanase de presentar a mademoiselle Conti a su mujer y a su mujer a mademoiselle Conti.

La desconocida se acercó a estrechar la mano de Susie, que reparó entonces en los guantes verdes. Eran largos, de terciopelo color guisante, y caían al desgaire en torno a las muñecas. Susie se sintió cohibida y desconcertada, y a punto estuvo de tropezar en la alfombra que había ante la cómoda dorada con superficie de mármol. Las rosas blancas habían acabado de abrirse durante la noche y su intensa fragancia invadía la habitación.

—Es un placer conocer a la esposa de mi buen amigo el mayor Parkington —dijo mademoiselle Conti.

Hablaba con tono formal, voz profunda y cálida, y un ligero acento extranjero, suficiente para dar un matiz seductor a sus palabras.

Susie dijo que se alegraba de conocer a mademoiselle Conti.

—Almorzaremos aquí —dijo Parkington—, y después mademoiselle Conti irá contigo a casa de madame De Thèbes para que te compres ropa. Es una autoridad en la materia.

No hacía falta que añadiera la última frase, pues Susie se había percatado al instante de que mademoiselle Conti entendía de ropa. Aunque era la primera vez que veía un ejemplo de verdadera elegancia, supo lo que era de inmediato. Se advertía en el corte del traje negro, en la manera en que mademoiselle Conti lo llevaba y en su mismo porte; en el sombrerito con tres coquetas plumas negras de avestruz, inclinado un poco hacia delante; en el corte de la chaqueta, en el polisón y en la delicada curva de la espalda; pero sobre todo se advertía en los guantes de terciopelo verde.

Mademoiselle Conti era una obra de arte.

El arte no se limitaba a su atuendo; estaba también en sus modales. Cuando el mayor Parkington llamó a un camarero para ordenar que sirvieran el almuerzo, mademoiselle Conti se quitó la chaqueta de piel, la dejó junto al manguito y se sentó para conversar con Susie.

Durante toda la mañana, desde que Gus anunció que mademoiselle Conti almorzaría con ellos, Susie había estado triste, preocupada porque ignoraba cómo tendría que comportarse y de qué podría hablar con una francesa desconocida que pertenecía al rutilante mundo de Nueva York.

Y resultó que era sencillísimo. Mademoiselle Conti no se daba aires y poseía una inmensa vitalidad, con la fuerza de un resorte de acero. Tomó las riendas de la conversación y procuró que no hubiera ninguna pausa incómoda. Trató asimismo de que la recién casada no se sintiese cohibida. Como si fuese algo físico, algo que controlara a la perfección, se mostró cordial y afectuosa.

Se interesó por el largo viaje desde el Oeste, por las minas, por Leaping Rock. Tenía infinidad de ideas para los vestidos de Susie, para el teatro, para mil cosas.

Entonces llegó el almuerzo: tortuga al amontillado con alcachofas, seguida de ensalada y pastel Tortoni. La timidez de Susie se había desvanecido. Estaba muda,

fascinada. Había esperado un mundo extraño y diferente, pero no un mundo como aquel, en el que Gus parecía un gran hombre que lo sabía todo. El corazón le brincaba de alegría por muchas razones: por Gus, corpulento, apuesto y apasionado, sentado frente a ella; por los recuerdos de la noche anterior; por mademoiselle Conti y la forma en que estaba sentada, muy erguida, en la silla dorada, hablando y haciéndolos reír. Y porque percibía una clase de belleza, civilizada y visual, que nunca había visto: la belleza de la fea mademoiselle Conti con el traje negro, los guantes verdes a su lado, recortada contra las cortinas rojas con los baldaquinos de oro. Experimentaba una felicidad que nunca había conocido. Era como si el aire estuviese lleno de música.

El establecimiento de madame De Thèbes ocupaba una casa entera en la calle Dieciséis, junto a la Quinta Avenida. Madame De Thèbes era una francesa achaparrada, que recordaba a una rana, con un lunar peludo en la barbilla. Iba a París una vez al año y las mujeres más elegantes de Nueva York —tanto las que residían en las mansiones de la Quinta Avenida, en Murray Hill, en Washington Square, como las que vivían en el mundo de Delmonico y la ópera francesa— le compraban sus vestidos. En el exterior de la casa de ladrillos rojos, junto a la puerta, había una discreta placa que rezaba simplemente: «Madame De Thèbes, couturière de la emperatriz Eugenia».

Allí condujo mademoiselle Conti a Susie después del almuerzo en el Brevoort. En el momento en que un botones negro abrió la puerta, quedó claro que mademoiselle Conti era «alguien». Dos dependientas avanzaron para recibirla, y cuando se sentó con Susie en el *petit salon*, reservado para las clientas distinguidas, apareció la mismísima madame De Thèbes. Las dos mujeres se saludaron con grititos como de pájaro, se besaron y se pusieron a charlar en francés, conversación de la que Susie no entendió ni una palabra. Tan solo captó que el nombre de pila de mademoiselle Conti era Aspasia y el de madame De Thèbes, Hortense. De pronto se entristeció de nuevo, consciente de que su vestido de lana, comprado en Denver, no tenía la elegancia de los guantes verdes, ni tampoco la que hasta madame De Thèbes, baja y regordeta, con un traje negro de alpaca, parecía tener.

La conversación terminó y mademoiselle Conti dijo en inglés:

—Es mi amiga la señora Parkington, esposa del Mayor. La he traído para equiparla... prácticamente de todo.

—*Plaisir* —murmuró madame De Thèbes, y Susie se dio cuenta de que, mientras lo decía, ya la estaba midiendo y vistiéndola. Los ojos negros de la modista brillaron. Se volvió hacia mademoiselle Conti para decirle algo y habló un buen rato en francés, muy deprisa, y Susie se sintió como un objeto inanimado al que se sometía a una evaluación.

Lo que madame De Thèbes decía, en parte con palabras y en parte con el

pensamiento, era: «Es una preciosidad, con una figura muy bonita, cutis, cabello y ojos hermosos. Se le puede sacar mucho partido. Además, será un buen reclamo, pues todo el mundo la verá. Irá a todas partes porque el Mayor se propone llegar muy lejos y lo tendrá todo en la vida».

Madame De Thèbes conocía al Mayor y hacía cábalas sobre su futuro. Era inteligente, rico y bien parecido. Había comprado vestidos a muchas mujeres. Era un *arriviste*. Y, sobre todo, no tenía escrúpulos.

La modista y mademoiselle Conti se pusieron a la tarea de vestir a Susie para la vida en Nueva York.

Estuvieron mucho rato, hasta después de que el farolero hubiera realizado su ronda por la calle Dieciséis bajo la nieve que caía blandamente. Madame De Thèbes mostraba sus vestidos, algunos lucidos por modelos jóvenes y bellas, otros colocados en maniqués o incluso sobre el respaldo de sofás o sillas. En cierto momento Susie se inclinó para murmurar al oído de mademoiselle Conti:

—¿Cuánto cuestan?

Mademoiselle se limitó a encogerse de hombros y respondió:

—No piense en eso. Su marido me ha dado carta blanca.

Cuando Susie señaló que un vestido de noche enseñaba demasiado el busto de la modelo que lo lucía, mademoiselle contestó:

—No se preocupe. Tiene usted una *poitrine* maravillosa. No hay que avergonzarse de una *belle poitrine*.

Eran cerca de las siete cuando mademoiselle Conti se calzó los guantes verdes para indicar que había terminado. Había encargado tres vestidos de gala, cuatro de diario y dos trajes de paseo, además de estolas, manguitos, *pelisses* y una capa de piel oscura y suave con capucha. Madame De Thèbes enviaría de inmediato un vestido de noche y dos de diario para que madame Parkington pudiera llevarlos hasta que el resto estuviera preparado.

Y aquello no era todo, añadió mademoiselle Conti, sino solo el comienzo. Cuando subieron a un taxi, Susie estaba cansada y un poco perpleja, pero tenía la sensación de que mademoiselle Conti e incluso madame De Thèbes eran ya, de un modo misterioso, buenas amigas suyas. Al entrar en el Brevoort se encontraron con el mayor Parkington, que salía del bar, y que no permitió que mademoiselle Conti se fuera hasta que hubieron tomado una botella de champán en el salón de las cortinas rojas.

Cuando se quedó a solas con Susie, la besó y dijo:

—Bien, gorrión mío, ¿te has comprado muchos vestidos bonitos?

—Sí. Trajes preciosos.

—¿Estás cansada?

—Sí.

—El champán te ayudará a sentirte mejor. Ven, siéntate. —La sentó en sus rodillas y tras besarla de nuevo le preguntó—: ¿Y mademoiselle Conti? ¿Te ha gustado?

—Sí. Mucho. Es muy amable.

Él se echó a reír.

—Es muy inteligente. Escúchala y lo aprenderás todo y no tendrás miedo de nada.

Ella deseaba preguntarle quién era mademoiselle Conti y cómo había llegado a conocer tan bien a una mujer francesa, pero estaba agotada y de nuevo la asaltó la timidez.

—Te enseñaré francés —continuó él— y muchas otras cosas que conviene saber. Hemos emprendido un camino muy largo juntos, gorrión, y llegaremos tan lejos como sea posible.

Alguien llamó a la puerta y, cuando él la abrió, vieron al botones negro de madame De Thèbes con dos cajas grandes. En cuanto el muchacho se marchó tras recibir una propina, el Mayor cortó las cuerdas de las cajas con un cortaplumas de oro y levantó la tapa. Contenían una capa de piel oscura y un vestido de gala amarillo pálido; tras sacarlos de las cajas, descubrieron que había además una pequeña paloma blanca envuelta en papel.

—¿Para qué es esto? —preguntó ella.

—Para que te lo prendas en el pelo, gorrión. Es una delicadeza de madame De Thèbes compararte con una paloma blanca. —Sonrió a Susie y añadió—: Quiero verte con esta ropa. Esta noche cenaremos fuera y quizá vayamos luego a Delmonico.

La sentó de nuevo en sus rodillas y comenzó a desabotonarle el vestido. Apoyó la cabeza sobre su pecho y dijo:

—Te quiero mucho, gorrión mío. Te quiero muchísimo..., más de lo que pensaba que pudiera llegar a querer.

Más tarde ella se puso el vestido de gala amarillo pálido y se prendió en el cabello la paloma, inclinada hacia delante en un costado, como mademoiselle Conti llevaba el sombrerito de las tres plumas. Él la observaba mientras se vestía y se examinaba en el espejo, y se fijó en su intento infructuoso de subirse un poco el escote. Mientras ella se contemplaba en el gran espejo de marco dorado, vio de pronto el reflejo de Gus a su espalda. Vio que alzaba el brazo y le colocaba en la garganta un collar de perlas, de doble sarta. Una vez abrochado, el collar cayó más abajo del canalillo. Vio que el reflejo de Gus le sonreía y de repente, cansada y perpleja, rompió a llorar.

Al día siguiente se levantaron tarde. El Mayor no fue a su despacho de Broadway, sino que se quedó con ella y se entretuvo largo rato con el desayuno. Susie se había dado cuenta de que, cuando se despertaba, lo hacía por completo, con todos sus sentidos e inteligencia. Apenas abría los ojos, se ponía a cantar, a silbar y a gastar bromas cariñosas. Leía el periódico y le hablaba al mismo tiempo. Tenía la prodigiosa

capacidad de hacer varias cosas a la vez, como si su mente estuviese dividida en compartimentos estancos. Podía abrir y cerrar uno tras otro sin confundirse, lo que, unido a la salud y vitalidad de un toro, le permitía trabajar como tres o cuatro hombres.

Sentado a la mesa del desayuno frente a ella, la observaba mientras hablaba, con los ojos destellantes de orgullo, amor y regocijo.

—¿Te lo pasaste bien anoche, gorrión?

—Fue maravilloso.

Estaba todavía un poco perpleja, pero, aparte de su desconcierto, sabía que lo que le estaba sucediendo desde que subieron por la escalera entre la nieve era mucho más fabuloso que todo cuanto había soñado.

—Fue maravilloso —repitió—, pero no vayas demasiado deprisa, Gus. Concédeme un poco de tiempo. —Y casi enseguida se dio cuenta de que la voz que había pronunciado estas palabras no era la suya, sino la de su madre; la voz del sentido común de su madre. Empezaba a darse cuenta de que el Mayor jamás hacía nada a medias y lo quería todo de inmediato. Pero la magia de la noche anterior aún perduraba, como si todavía estuviese bajo el hechizo de la ópera francesa y de la mesa del Delmonico, cubierta de viandas y vinos; esa cena había sido su banquete nupcial, sola en una mesa con Gus, en un gran restaurante lleno de personas que no dejaban de acercarse para que él se la presentara. Aquel banquete nupcial sería el único que tendría. Y el amor que compartían... Sabía que estaba enamorada como nunca había imaginado que llegaría a estarlo.

Al otro lado de la mesa, el Mayor encendió un puro (ya sabía que a ella no le importaba que fumase en su presencia), sonrió y, con aquella mirada que parecía envolverla y protegerla, dijo:

—La señorita Livingstone vendrá a almorzar con nosotros. Creo que será mejor que te aclare quién es. —Carraspeó y pareció reflexionar un momento, tras lo cual añadió con brusquedad, como si le costase un gran esfuerzo—: Soy un hombre rico, gorrión.

—Ya me lo figuraba, Gus.

—Y deseo serlo todavía más. —Hizo una pausa, mirando la punta encendida del puro. Luego prosiguió—: Pero el dinero no lo es todo. Quiero mucho más que riqueza. El mundo está lleno de cosas y yo las deseo todas. El dinero puede comprar muchas, pero no todas.

Ella no dijo una palabra porque estaba un poco atemorizada.

—Sé cuidar de mí mismo. Un hombre debe saber hacerlo. Pero quiero que tú también lo tengas todo. —Arrugó la frente y a ella le pareció que enrojecía—. Nueva York es una ciudad difícil. Tendremos que luchar para conseguir lo que deseamos. Yo siempre he tenido que luchar y no me importa, pero quiero que a ti te resulte más

fácil. —La miró con expresión severa; la ternura había desaparecido de sus ojos—. ¿Entiendes adónde quiero llegar?

—Sí, Gus. Creo que sí.

—Tienes que ayudarme. Yo no puedo hacerlo solo.

—Haré todo lo que tú quieras, Gus. —Ahora él lo era todo para ella.

Él pareció relajarse de nuevo.

—Esto nos lleva a la señorita Livingstone. —Miró a Susie y sus labios se curvaron en una sonrisa burlona—. La señorita Livingstone —prosiguió— es lo que se conoce como «una dama venida a menos». Es pobre, pero amiga de todas las personas de Nueva York a las que los periódicos califican de «importantes».

Dudó de nuevo, como si le costase encontrar las palabras necesarias para continuar. Hizo girar el puro entre sus fuertes dedos y finalmente dijo:

—Me temo que es una mujer sosa, pero puede enseñarte... y enseñarme a mí... lo que necesitamos saber.

—Yo no sé nada, Gus. Anoche estuve muerta de miedo la mayor parte del tiempo. Él se rió.

—Estuviste maravillosa. Hiciste lo que debías. La gente quería ver qué había traído del Oeste. Y descubrieron que había traído una paloma..., una palomita inocente y adorable. Pero es mucho lo que hay que aprender: cómo comportarse, a qué personas conviene conocer y otras cosas. —Se inclinó sobre la mesa y tomó sus manos—. Vamos a emprender una gran aventura, gorrión. Tendremos que luchar. Si permanecemos unidos, todo saldrá bien porque somos inteligentes..., mucho más inteligentes que el noventa y ocho por ciento de los habitantes de esta ciudad. Vamos a tenerlo todo. Augustus Parkington y la pequeña Susie Graham llegarán a lo más alto. ¿Entiendes?

—Sí. Creo que sí. —Pero su voz era tenue y un tanto trémula. No entendía nada, pero estaba decidida a aprender.

La señorita Livingstone resultó ser, en efecto, una mujer poco atractiva. Vestía de gris, con un sombrero ajado y una capa con el cuello subido que usaba a modo de protección, como si creyera que agachando la cabeza hasta que solo se le vieran los ojos conseguía ocultar toda su persona. Tenía treinta y seis años, pero, resignada desde hacía tiempo a la soltería, se había abandonado y aparentaba diez más. Ceceaba ligeramente y vivía con su padre en un piso pequeño de la calle Doce. Tenía los ojos castaños y el cutis mate y salpicado de lunares.

Cuando se sentaron los tres a almorzar aquel día, Susie sintió lástima de ella sin saber por qué, aparte de que parecía asustada y avergonzada, sobre todo cuando, al quitarse la capa, perdió el alto cuello tras el que se escondía. Por lo visto conocía a muchas de las personas que almorzaban en el amplio comedor, pero, cada vez que saludaba a una, su rostro cetrino se teñía de un rojo subido. A Susie le parecía que

todo su cuerpo era un bloque de nervios a flor de piel. También advirtió que el Mayor era consciente de la incomodidad de la señorita Livingstone: le prestaba una gran atención, le ofrecía amablemente una exquisitez tras otra y se interesaba por la salud de su padre. Susie ignoraba que era la primera vez que la señorita Livingstone comía en un «establecimiento público». Y no supo hasta mucho tiempo después que el rubor que coloreaba su rostro ceniciento se debía a la vergüenza no solo de que la viesen en un establecimiento público, sino también de que la viesen sentada a la misma mesa que el llamativo mayor Augustus Parkington.

Más tarde el Mayor se marchó y dejó solas a las dos mujeres. Regresaron al salón de la suite y durante un rato reinó una incómoda sensación de tensión. Se limitaban a mirarse y entretanto Susie pensaba: «Gus me ha buscado amigas y debo conseguir una verdadera amistad con ellas». Con mademoiselle Conti, a pesar de ser extranjera, había resultado bastante fácil. Pero la gris y apocada señorita Livingstone era distinta. Susie sentía lástima de ella. En cambio, era imposible sentir lástima de mademoiselle Conti. No obstante el problema más inmediato era vencer la angustiosa timidez de la señorita Livingstone, de modo que Susie dijo:

—¿Qué le gustaría hacer?

—Lo que usted quiera, señora Parkington —se apresuró a responder la señorita Livingstone—. El mayor Parkington ha propuesto que vayamos de tiendas; dice que necesita usted muchas cosas.

Así pues, pasaron la tarde yendo de tienda en tienda, mirando, tocando y comprando. La señorita Livingstone no era como mademoiselle Conti; no compraba a manos llenas, de manera que Susie tenía que tomar la iniciativa. Lo máximo que decía era: «Creo que estaría bien que tuviese estos pañuelos», o «Estas zapatillas son bonitas. ¿Por qué no las compra?». El dinero no parecía ser una limitación. Daba la impresión de que la mayoría de los comerciantes y dependientes conocían a la señorita Livingstone o habían oído hablar de ella. Y el nombre del Mayor era tan mágico como en casa de madame De Thèbes. En cada tienda Susie compraba un par de chucherías para la señorita Livingstone, porque le daba pena. Su ropa estaba muy ajada. La pluma de avestruz mostraba a las claras que había pasado de un sombrero a otro durante años. Y el gris de la capa estaba muy descolorido; Susie sospechó que estaba confeccionada con la tela de un vestido usado.

La señorita Livingstone protestaba al principio, pero la alegría que le producían los pequeños regalos quedaba de manifiesto en la luz de sus ojos y en el color de su rostro. «Me complacería mucho que lo aceptara, por favor», decía Susie.

Cuando regresaron, ya de noche, la señorita Livingstone parecía casi feliz. Susie la invitó a tomar el té en su suite, pero la señorita Livingstone dijo que debía volver junto a su padre, que siempre la esperaba para tomarlo con ella. No dijo que su padre ignoraba que había ido de compras con la esposa del vulgar aventurero Augustus



Parkington. Le había dicho una mentirijilla —que pasaría la tarde en la Junta de Damas de la Iglesia de Saint John— porque necesitaba el dinero que el Mayor le pagaba por acompañar a su mujer, no solo para sí misma, sino para ofrecer mayores comodidades a su padre.

La señorita Livingstone se despidió de Susie y se alejó presurosa, como un pájaro gris, bajo la luz amarilla de las farolas de la calle. Llevaba un pequeño paquete que contenía una bolsita perfumada, regalo de la señora Parkington.

Susie subió por la escalera del Brevoort y se encaminó, entre sirvientes que se inclinaban a su paso, hacia el salón de las cortinas rojas. Al avanzar por el pasillo oyó un rumor de voces, que reconoció al acercarse: eran las de mademoiselle Conti y el Mayor; estaban discutiendo. La voz del Mayor apenas se oía, pero la de mademoiselle Conti era aguda, y su acento, más marcado. Susie se detuvo ante la puerta, indecisa. Eran mayores que ella y estaban investidos de mayor autoridad. Oyó decir a mademoiselle Conti: «Querías que todos la vieran. El Delmonico era el último sitio al que tendrías que haberla llevado. Fue un mal comienzo. A una mujer como yo..., sí..., pero no a una recién casada. *On ne fait pas ça*».

Susie, avergonzada ante la idea de escuchar a escondidas, abrió la puerta. Mademoiselle Conti estaba de pie junto a las cortinas rojas, más erguida que de costumbre, con un vestido de color vino y un atrevido sombrero con plumas llamativas. Sus negros ojos relampagueaban. No estaba fea en aquel momento; su porte tenía una majestuosidad que produjo un leve escalofrío de admiración en Susie.

El Mayor estaba serio y atónito cuando entró Susie. Se levantó de la silla y, sonriendo, avanzó hacia ella.

Cualquiera que fuera la razón de la disputa, se desvaneció rápidamente. Pidieron champán, y al cabo de un rato mademoiselle Conti, tras concertar una cita para una segunda visita a madame De Thèbes, se marchó. Hizo una salida magnífica, deteniéndose un instante en el umbral para desearles feliz Año Nuevo.

Trataba al Mayor de forma muy diferente de la señorita Livingstone. Era casi como si lo dominase.

Los días y las semanas se sucedían en un despliegue de diversión y lujo, de derroche, pieles y joyas. En ocasiones Susie no estaba segura de si era feliz; algunas noches se despertaba en el gran lecho francés, con el Mayor a su lado, y tenía miedo sin saber la razón. El dinero la asustaba porque parecía tener demasiado. Gus nunca le pedía que gastase menos, sino que siempre le preguntaba si deseaba algo que aún no tuviese. Le parecía absurdo, irrazonable y en cierto modo injusto que su madre hubiese trabajado tanto en el Grand Hotel de Leaping Rock para ahorrar en un año lo que ella gastaba en pocas horas. También le parecía injusto que la pobre señorita Livingstone tuviese tan poco. Ninguna de las dos era menos inteligente que Gus; en algunos aspectos quizá lo fuesen más. Pero Gus parecía transmutarlo todo en oro,

algo que ella no entendía ni intentaba entender.

Asimismo la acobardaban el tamaño de la ciudad y su confusión, así como la sensación de no tener un sitio en ella y verse arrastrada en un torbellino de lujo y de alegría. «Algún día —pensaba—, tendré amigos y un hogar. Debo hablar con Gus de esto». Pero nunca tenía valor para plantear el tema.

Y, por último, estaba asustada porque poco a poco se daba cuenta de que había una parte de su marido que desconocía y que él parecía decidido a que no conociese. Ignoraba cómo era, qué le sucedía, qué hacía desde el momento que la dejaba por la mañana hasta que regresaba por la tarde. Dos veces vio en un periódico artículos en que lo insultaban y venían a llamarlo ladrón; ese periódico no volvió a aparecer en la suite. En otros diarios se le nombraba con frecuencia, siempre en la sección financiera, que a ella la aburría. Leía lo que se escribía sobre él; siempre tenía que ver con ferrocarriles y minas, pero entendía muy poco de lo que se decía acerca del mayor Augustus Parkington.

Solo sabía que lo quería por su fuerza y la extraña ternura que la acompañaba, por su vitalidad y su buen humor, por su encanto, que habría podido fundir una estatua de bronce si él hubiese querido. Se daba cuenta, incluso entonces, de que había sido afortunada en el aspecto amoroso. Pero ni siquiera el amor y esta certeza lograban disipar el miedo que a veces sentía por las noches.

—Gus, ¿tendremos una casa? —le preguntó un día, con timidez.

—Desde luego, gorrión.

—Me gustaría conocer gente..., personas de las que pueda ser amiga.

—Claro, querida, así será. —La abrazó y dijo—: Todo llegará. Tenía una sorpresa para ti, pero voy a decírtela ahora. Vamos a tener una casa..., una casa grande y hermosa en la calle Treinta y cuatro, cerca de la Quinta Avenida. La he comprado y ahora la están decorando.

—¿No podría echar una mano, Gus?

—Está casi terminada.

Sintió deseos de llorar, pero se contuvo.

—No debes sentirte mal. Es una casa hermosa. No hay ninguna mejor en todo Nueva York. Pronto estará acabada, y sería una pena que estropease la sorpresa enseñándotela ahora. Puedes esperar, ¿verdad?

—Sí. Creo que sí.

El domingo siguiente, mientras desayunaban, él dijo:

—Hoy iremos a la iglesia.

Fueron a la iglesia de Saint John, en la Quinta Avenida, cerca del hotel; cuando entraron, un poco antes de que comenzase el servicio religioso, Susie advirtió que su entrada causaba cierto revuelo entre los fieles. Un hombre que al parecer conocía al Mayor los acompañó por el largo pasillo central hasta un banco situado en la tercera

fila, hasta el que avanzaron —el Mayor parecía más alto y fuerte que nunca— seguidos de una oleada de agitación y murmullos.

Era una iglesia espaciosa, célebre por su coro, y Susie tomó asiento en silencio, mirando al frente. Se daba cuenta de que, por algún motivo, ella y el hombretón sentado a su lado eran el centro del interés general. Era como si las miradas perforaran las lujosas pieles y el vestido de madame De Thèbes. De vez en cuando el rubor cubría su rostro y parecía arderle todo el cuerpo.

Una vez terminado el servicio, recorrieron despacio el pasillo, pero la mayor parte de los fieles ya se habían marchado o subían a los carruajes que aguardaban junto a la acera. El hombre que los había acompañado hasta el banco los esperaba, sombrero en mano, y el Mayor lo presentó como el señor Agnew. El párroco también estaba allí, junto con otras personas que los saludaron con una inclinación. El señor Agnew era un hombre bajito, delgado y frágil, con ojos de comadreja.

—El señor Agnew y yo —comentó el Mayor— tenemos negocios juntos.

—Es un placer conocerla, señora —dijo el señor Agnew—. El Mayor me ha hablado de usted.

En ese momento intervino el párroco.

—Supongo que usted es la señora Parkington —dijo.

Era un hombre apuesto —demasiado apuesto, pensó Susie—, de rostro sonrosado, pestañas oscuras y cabello moreno y ondulado. Apenas tenía labios y mostraba profundas arrugas en las comisuras de la boca.

—El reverendo Burchard —murmuró el Mayor.

El pastor estrechó calurosamente la mano de Susie y dijo:

—Es un placer para nosotros darle la bienvenida. Estoy encantado de conocer a la esposa del mayor Parkington. Espero que considere la iglesia de Saint John como su hogar.

Retuvo la mano de Susie durante demasiado tiempo y la apretó tal vez con demasiada efusión. Había algo en él que hizo que se sintiera impura. Pensó que le concedía demasiada atención, no porque fuese una joven bonita, sino por otras razones que era incapaz de adivinar.

—El otro día —continuó el párroco— la señora Burchard me dijo que deseaba visitar a la esposa del mayor Parkington.

Cuando la conversación terminó, se habían marchado todos los fieles, salvo el señor Agnew, que esperó para acompañarlos hasta la acera, donde, todavía con la cabeza descubierta, se despidió.

Mientras caminaban hacia el hotel Susie comentó:

—No me habías dicho que tenías un socio llamado Agnew.

El Mayor se rió.

—No es mi socio. Lo ayudé a salir de un apuro y le hice ganar algún dinero. —

Volvió a reír—. Es un mequetrefe. ¿Te ha gustado el servicio?

—Ha sido muy largo y hacía frío en la iglesia.

—Pronto eso no pasará —aseguró el Mayor—. Acabo de pagar para que instalen un sistema de calefacción. ¿Y te ha gustado el párroco, el señor Burchard?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé. Ha sido solo una impresión. No responde a la idea que tengo de un pastor.

El Mayor rió de nuevo.

—Creo que llegará lejos. Estoy seguro de que un día será obispo. Nada lo detendrá. Sabe lo que quiere y conoce todas las triquiñuelas.

Pasados la confusión y el impacto de las luces y la gente, los vestidos, la buena mesa y el dinero, al menos una cosa le quedó clara a Susie: su marido hablaba en serio cuando, medio en broma, como si estuviese avergonzado, declaró su intención de que ambos tuvieran todo lo que la vida pudiera ofrecerles. Empezó a entender por qué había introducido a mademoiselle Conti y a la señorita Livingstone en su existencia. Comenzó a entender el valor que las dos tenían para ella y agradecía la delicadeza con que el Mayor las había mezclado en su vida. Podía haberle dicho: «Eres joven, torpe y provinciana. Antes de que puedas ocupar un sitio en la vida de Nueva York tienes que aprender muchas cosas; por ejemplo, cómo vestirse y comportarte». Pero no lo había hecho. Había dejado que ella se diera cuenta y se adaptara.

Poco a poco las dos se convirtieron no solo en sus únicas amigas, sino en amigas íntimas. Sagazmente, por instinto, las mantenía separadas. Casi desde el principio comprendió que eran dos elementos distintos que ningún poder en la tierra podría mezclar, y con el tiempo, aunque a veces hablaba de la señorita Livingstone a mademoiselle Conti, nunca mencionaba a esta en presencia de aquella.

Mademoiselle Conti, siempre con tacto e inteligencia, le enseñó muchas cosas: a andar erguida y con el aire de dominar a cuantos la rodeaban, a llevar con gracia un sombrero o un vestido, a mantener una conversación sobre temas banales, a sacar el mejor partido posible de un abanico o un manguito, a corregir el sonido nasal de su voz. Además le daba clases de francés, que iban muy bien, y le pasaba libros, algunos en ese idioma. Le enseñaba nociones de música y de ópera y la llevaba a conciertos, donde la francesa fea y elegante y la estadounidense menuda, bonita y bien vestida llamaban la atención.

Mucho tiempo después se dio cuenta de que la mayor parte de su educación no procedía de los libros ni de ninguna enseñanza, sino que se debía a la afortunada circunstancia de que tanto mademoiselle Conti como la señorita Livingstone, cada una a su manera, eran unas chismosas inveteradas. Sentían un interés apasionado por

la gente, sus actos, sus escándalos, sus tragedias, sus derrotas y triunfos. Los cotilleos que le contaban se referían a mundos muy distintos, que nada tenían que ver entre sí, al menos en apariencia, pero entre ambas abarcaban casi por completo el mundo en que el Mayor había decidido que se moviese Susie.

Mademoiselle Conti parecía estar al corriente de todo lo que pasaba en el mundo de los artistas y los cantantes, las bailarinas y las actrices, los políticos y los millonarios. Era un mundo que fascinaba a Susie, quien nunca se cansaba de oír las historias de mademoiselle Conti, referidas no solo a Nueva York, sino también a París y Londres. A veces, en casa de madame De Thèbes o en algún restaurante, mademoiselle Conti señalaba a personas de las que le había hablado y sobre las que Susie había leído en los periódicos; gente como Jim Fiske, Josie Mansfield y la Bella Otero.

La señorita Livingstone no conocía a esas personas y, hasta que empezó a acompañar a Susie, no había frecuentado siquiera la periferia del mundo en el que se movían. Ella procedía de un círculo que rara vez se dejaba ver en público y cuyas mujeres llevaban casi una existencia de serrallo tras las puertas cerradas de las grandes mansiones de Washington Square y el sur de la Quinta Avenida, de Murray Hill y de un núcleo de la calle Treinta y cuatro. Una gran mansión de mármol, perteneciente a la excéntrica señora de Morton Ogden, quedaba más al norte, un tanto alejada de las otras, por encima del área donde vivían los advenedizos ocupantes de tierras. La señora Ogden —según contaba la señorita Livingstone— ocupaba una posición extraña en la sociedad de Nueva York. Su padre, inmensamente rico pero salido de la nada, se había casado con una Van Cortlandt, una de las familias más ilustres de Washington Square, por lo que la señora de Morton Ogden contaba con las ventajas de la sangre azul y de la inmensa fortuna. Las invitaciones que envió para la primera recepción que ofreció en la gran mansión de mármol estaban escritas con tinta roja, y desde entonces era conocida en la alta sociedad de Nueva York como Mary la Sanguinaria.

Susie no tardó en descubrir que la señorita Livingstone era lo que se llamaba una «pariente pobre». Conocía a las mujeres que vivían detrás de las puertas cerradas de las mansiones y estaba emparentada con muchas de ellas. El ajado vestido gris y la capa de cuello alto se los había dado una tía —por parte de los Van Cortlandt— de la señora de Morton Ogden. Hasta que el Mayor la contrató como señorita de compañía, ella y su padre vivían en un piso de tres habitaciones gracias a la asignación que les pasaba un pariente.

La señorita Livingstone hablaba mucho de su padre, quien parecía dominar por completo su existencia. Tenía que estar en casa a las cinco para prepararle el té. Cuando él no se encontraba bien, mandaba recado de que debía quedarse en casa. Poco a poco, a partir de las incesantes referencias al padre inválido, este comenzó a

costrar realidad para Susie, quien, a medida que surgía su figura, comprendía cada vez con mayor claridad que aquel «querido padre» era una especie de monstruo que había destruido, cuidadosa y deliberadamente, toda posibilidad de que la señorita Livingstone llevase una vida normal.

Un día la señorita Livingstone le confesó que había desaprovechado una oportunidad de casarse porque su padre la necesitaba. Contó la historia con ingenuidad y lágrimas en los ojos, compadecida en parte de sí misma y en parte de su «querido papá». Susie dedujo que el pretendiente no era joven ni muy atractivo, pero la señorita Livingstone lo amaba. Al ver que ella no se decidía a dejar a su padre para casarse con él, desapareció.

—¿Ha sabido algo de él, querida? —le preguntó Susie.

—Sí. A veces me envía una postal por Navidad. Solo lo he visto una vez, en la calle, pero él no me vio a mí.

Comenzó a llorar. Susie le pasó un brazo por los hombros y enseguida se le saltaron las lágrimas.

—¿Te importa que te llame Harriette? Me parece absurdo seguir llamándote señorita Livingstone.

Durante unos instantes la señorita Livingstone no pudo contestar debido a los sollozos, pero al final consiguió decir:

—Sí..., por favor..., me encantaría.

A partir de entonces empezaron a tutearse, y algo pareció sucederle a la señorita Livingstone. Con el dinero que le pagaba el Mayor —una buena suma, porque también él sentía lástima de ella, a su manera generosa y manirrota— comenzó a comprarse fruslerías y vestidos, que ya no eran grises ni marrones. Hasta el Mayor se dio cuenta del cambio, y una noche preguntó:

—¿Qué le ha pasado a la señorita Livingstone? Empieza a parecer una mujer frívola.

—No te burles de ella, Gus.

—No me burlo. Creo que es obra tuya. —De repente la besó y abrazó con pasión—. Eres una muchacha encantadora, Susie, y empiezo a pensar que también eres inteligente.

Ella no se creía inteligente, pero se encariñaba con las personas y no había maldad en su interior. Hasta mucho tiempo después no entendió las palabras del Mayor, y él, que era también inteligente, no se molestó en aclararlas. Lo que quería decir es que Susie se había ganado la lealtad incondicional no solo de la señorita Livingstone, sino también de mademoiselle Conti, que era más difícil de conseguir. Sabía mucho mejor que la misma Susie lo profundo y duradero que era el afecto de Aspasia Conti.

Por otra parte, observaba que Susie aprendía de la señorita Livingstone todo lo

que él quería que asimilara. Sin ningún esfuerzo especial, casi sin darse cuenta, ella comenzaba a conocer lo referente a aquellas familias poderosas que vivían en las grandes y feas mansiones y que estaban vinculadas a la señorita Livingstone por la sangre y por la tradición. Prácticamente constituían el único mundo de la señorita Livingstone, quien apenas tenía otros temas de conversación. Por lo tanto, era inevitable que Susie adquiriese el conocimiento que el Mayor deseaba que tuviese; más tarde lo necesitarían. Esas familias eran muy importantes en los planes del aventurero mayor Parkington, que estaba decidido a convertirse en un hombre respetable, digno de confianza, e incluso distinguido.

Por supuesto, en la vida de Susie aparecían tangencialmente otras personas, sobre todo hombres, aunque eran relaciones superficiales, personas con las que el Mayor tenía negocios y a las que llevaba a comer, entre ellas un par de actores. Algunas mujeres saludaban de lejos al Mayor, pero nunca se acercaban a su mesa. Una vez él se percató de la expresión dolida de Susie.

—Querida, no se acercan porque estoy contigo —dijo—. Son mujeres que un hombre nunca presentaría a su esposa.

—¡Ah! —dijo ella.

—¿Lo entiendes?

—Sí, sí. —Pero le extrañaba que conociese a tantas. Entre ellas había muchas a las que mademoiselle Conti había señalado alguna vez. Al parecer mademoiselle Conti conocía a la mayoría de ellas.

Una tarde, cuando la señorita Livingstone se marchó a casa para tomar el té con su padre, Susie entró en el hotel en el momento en que la mujer del reverendo Burchard preguntaba por la señora Parkington.

La esposa del párroco de Saint John, hija de un obispo, era alta y huesuda, con cara de yegua percherona. El conserje señaló a Susie, y la señora Burchard, con sonrisa acerada y profesional, se acercó presurosa a ella; tan presurosa que Susie se asustó, como si la persiguiera una sheriff.

—Querida señora Parkington —dijo—, soy la esposa del párroco.

Susie la invitó a tomar el té en la suite. Se sentaron en el salón de las cortinas rojas, la una frente a la otra, y parlotearon. Más tarde Susie pensó que «parlotear» era la palabra adecuada, porque era evidente la insinceridad de lo que decían. La señora Burchard dijo que quería visitarla desde hacía tiempo, pero que las obligaciones que entrañaba ser esposa de un párroco y madre de cinco hijos apenas le dejaban un momento libre. Susie, que la observaba con su distanciamiento y objetividad naturales, que se habían vuelto más acusados por el contacto con mademoiselle Conti, se sorprendió al oír la palabra «hijos». Le parecía imposible que esa mujer fuese madre, y al recordar el rostro triste y los labios finos del reverendo Burchard le resultó aún más sorprendente que pudieran tener hijos. De repente sintió el deseo

histórico de reírse porque, sin querer, imaginó a la pareja haciendo el amor. Parecía casi increíble. No pudo evitar pensar que el acto debía de requerir una cantidad considerable de concentración por ambas partes. No entendía que el párroco se hubiera casado con aquella mujer de cara caballuna, pero al recordar de nuevo su rostro de labios finos y las arrugas en las comisuras de la boca pensó: «Es la cara de un hombre que se casaría con un monstruo si pudiese ayudarlo en su carrera».

Este pensamiento la asombró. Comenzaba a comprender muchas cosas de la vida que no entendía un año antes.

Mientras tanto la señora Burchard seguía hablando.

—¡Pobre Harriette Livingstone! —decía—. ¡Cuánto agradecerá tenerla a usted como amiga! Ha llevado siempre una vida tan triste..., tan abnegada, cuidando a su pobre padre inválido...

Susie quiso decir: «¡Un demonio!», pero se calló.

—Además, será de gran ayuda para usted —continuó la señora Burchard—, que es una extranjera en Nueva York, y el mayor Parkington no conoce a demasiada gente..., es prácticamente un extranjero también.

Susie estaba aprendiendo una lección: que una persona no debía decir lo primero que se le pasaba por la cabeza. Tal vez un día podría hacerlo, pero no todavía. Por eso se limitó a decir, con falso recato:

—Quiero mucho a Harriette. A veces pienso que sería mejor que su padre muriese. Él no puede gozar mucho de la vida, y Harriette quedaría libre. Aún es lo bastante joven para poder disfrutar.

—Harriette debe de tener treinta y tres años. Ya no está en la flor de la vida, pero estoy segura de que Dios premiará su abnegación.

Esta vez Susie habló con aspereza.

—Y yo estoy segura de que el Señor tiene una gran deuda con ella —dijo—. Ha de compensarle muchas cosas.

Antes de que la señora Burchard tuviese tiempo de fingir que se escandalizaba, se abrió la puerta y entró el Mayor. La saludó afectuosamente, tan afectuosamente y con tal *empressement* que por un instante la mujer de cara caballuna se dulcificó y hasta tembló un poco, como si fuese seductora. Susie volvió a sentir deseos de reírse, pero de nuevo logró contenerse.

—Lo siento mucho —le dijo la señora Burchard al Mayor—, pero no sabía que fuese tan tarde. Su esposa y yo hemos tenido una conversación tan encantadora que el tiempo ha pasado volando. Ahora debo marcharme. El párroco y yo siempre oímos las oraciones de nuestros hijos antes de que se acuesten.

El Mayor le rogó, sin demasiada sinceridad, que se quedase, pero ella se marchó diciendo que esperaba ver a la señora Parkington el miércoles en la reunión del grupo de costura.



El Mayor le abrió la puerta y, cuando se marchó, miró a Susie y le preguntó:

—¿Qué tal?

Había una expresión divertida en sus ojos azules, una mirada que provocó en Susie un repentino torrente de amor.

—¡Es una mujer espantosa! —dijo.

—Bésame primero y luego hablamos de ella.

La besó y después Susie le preguntó:

—¿Por qué ha venido a visitarme?

El Mayor se rió entre dientes.

—La iglesia está endeudada. Ha comprado unos terrenos con el ánimo de especular y los otros no son tan generosos como Augustus Parkington.

—Oh, Gus, es indecoroso... que una iglesia se gestione de ese modo.

—Saint John es una iglesia elegante, querida —repuso él—. Sorprendería al mismísimo Jesucristo.

La miró de nuevo con aquella expresión divertida y comprensiva que era como una caricia de sus fuertes manos.

—Estás aprendiendo mucho, ¿verdad, gorrioncito? ¿Irás el miércoles?

—No me apetece.

Gus le pasó el brazo por la cintura.

—Debes ir. Puede que no sea agradable, tal vez sea incluso espantoso, pero será una buena experiencia. Debes ir.

—¿Debo ir?

De pronto la mirada del Mayor se tornó seria.

—Creo que es lo mejor. —La besó de nuevo—. No debes preocuparte. Recuerda, querida, que el futuro nos pertenece. Nadie tendrá tanto como nosotros.

—Muy bien, Gus. Haré todo lo que me pidas.

—Así me gusta, gorrion. Lleva contigo a la señorita Livingstone. Seguro que conoce a todas las mujeres del grupo.

Más tarde, durante la cena, dijo de pronto:

—Mañana podrás ver la sorpresa. La casa está terminada. Nos mudaremos el lunes.

—¡Oh, Gus! —La envolvió una repentina oleada de placer y emoción que hizo que se sintiera un poco aturdida.

—Regresaré temprano e iremos a verla a la hora del té. Cruzarás el umbral en mis brazos.

Pero las cosas no salieron como el Mayor planeaba. La tarde siguiente mademoiselle Conti la acompañó a casa de madame De Thèbes. Se la veía pálida y cansada, pese al colorete que, como francesa, se aplicaba para embellecer su rostro. Había sombras oscuras bajo sus grandes ojos negros. Parecía decaída desde hacía

unos días, y hasta había perdido parte de su porte erguido. Por primera vez Susie sospechó que tal vez fuera mayor de lo que aparentaba. Cuando le preguntó si se encontraba mal, mademoiselle Conti se limitó a contestar: «No es nada».

Durante el camino desde el establecimiento de madame De Thèbes al hotel, mademoiselle Conti, siempre tan vivaz, no despegó los labios, y cuando llegaron a la puerta preguntó:

—¿Puedo subir a tomar una taza de té? Quiero hablar con usted.

Una vez en el salón de las cortinas rojas, dijo:

—No pida el té hasta que haya hablado. No quiero que nos interrumpan.

Susie se despojó de la capa y el sombrero.

—¿No se quita el abrigo, mademoiselle? —preguntó.

—No, me marcharé enseguida —contestó mademoiselle Conti con su voz grave.

No se había sentado. Estaba junto a la cómoda dorada con superficie de mármol, pálida, con aspecto trágico, muy erguida de nuevo, como una gran actriz. Llevaba puestos los guantes verdes y apoyó los dedos estirados en el frío mármol blanco. Su postura se quedó grabada para siempre en la memoria de Susie, que años después volvería a verla en el cuadro de Sargent titulado *Madame X*.

—Debe tomar una taza del té —dijo Susie.

—No. Tengo que marcharme enseguida y no volveré. No es un *au revoir*..., sino un adiós.

—¿Qué ocurre? ¿La he ofendido en algo? —Deseaba con toda el alma que mademoiselle Conti no se fuese.

—Usted no me ha hecho nada. Soy yo quien hizo algo hace mucho tiempo. No quiero irme. Es lo último que deseo.

—¿Por qué se va entonces?

—No puedo decírselo.

Aunque su voz no había perdido el tono trágico, las lágrimas asomaron a sus grandes ojos negros. Mientras la observaba, a Susie le ocurrió algo extraño. Se daba cuenta de que mademoiselle Conti, conscientemente o no, estaba representando una gran escena y, como hipnotizada, sintió en lo más profundo de su ser la imperiosa necesidad de ofrecer ella misma una escena digna de mademoiselle Conti.

Se aproximó a la insuperable figura trágica y le pasó el brazo por la cintura.

—No puede irse. Somos amigas. Lo que quiera que sea no cambiará nada. No tendrá ninguna importancia.

—Llevo tres días luchando y ahora debo irme por culpa de la maldad de alguien..., de una mujer que me ha amenazado.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotras? —le preguntó Susie.

De repente la mano enguantada de verde abandonó la cómoda de mármol para apartar de su cintura el brazo de Susie.

—Tiene que ver muchísimo. ¡No debe abrazarme! ¡No debe tocarme siquiera! —  
Se dirigió hacia la puerta, pero Susie llegó antes y se apoyó contra ella.

—¡No, Aspasia! No puede irse... Ya ve, la he llamado Aspasia sin pensar.  
¡Cuéntemelo todo! Y si debe irse, no me opondré.

Mademoiselle Conti se cubrió la cara con las manos enguantadas de verde y permaneció largo rato en silencio. Luego, con los ojos todavía tapados, dijo con una voz extrañamente mortecina:

—Como quiera. Se lo contaré todo.

Calló un momento. Después apartó las manos de la cara y, sin mirar a Susie a los ojos, prosiguió:

—Durante un tiempo fui amante de su marido. Una mujer, una actriz que me odia, ha amenazado con decírselo a usted si no le daba cierta cantidad de dinero. Todo ha terminado entre él y yo, terminó hace mucho tiempo. Somos buenos amigos y nos respetamos. Nada más.

Miró a Susie y de nuevo desvió la vista; tenía los ojos llenos de lágrimas.

Susie solo oyó la frase «fui amante de su marido». Apenas captó el resto debido a la conmoción que le causaron esas cinco palabras. Luego oyó a mademoiselle Conti decir: «Ahora tengo que irme», y se oyó a sí misma contestar: «No. Todavía no. Debo pensar. ¡Debo pensar!».

De pronto se sintió desfallecer y se apoyó en el brazo del sillón que tenía al lado. Un pensamiento tras otro cruzaron veloces su mente, girando como un remolino. Sabía que mademoiselle Conti no se había ido, que seguía junto a la cómoda. Sus pensamientos decían: «Sin duda él ha tenido muchas amantes, pero ya no la ama. No puede amarla. Es vieja. Yo la aprecio. Es mi amiga. Él ha tenido amantes..., un hombre como él..., no podía ser de otra forma... Por eso sabe hacer tan bien el amor. Ella le enseñó». El fuego de los celos la abrasaba, pero enseguida se extinguió. «Esto es absurdo. No hay motivos para estar celosa. Solo te quiere a ti. Eres joven y guapa. A ella ya no la ama. No, no deseo que se marche. No deseo que se marche. La aprecio. Si se va, todo cambiará. Te quedarás sola. La necesitas, le tienes cariño. Nunca encontrarás a otra como ella. ¡No seas estúpida!»!

Después miró de frente a mademoiselle Conti.

—No debes irte, Aspasia —dijo tuteándola—. No volveremos a hablar de esto, como si jamás hubiese sucedido. Te creo cuando dices que todo ha terminado. Ya no importa. No quiero que te vayas. Te prometo que no hablaremos nunca más de esto. Será como si nunca hubiese sucedido.

Tomó las manos enfundadas en los guantes verdes entre las suyas. Mademoiselle Conti lloraba y ambas se abrazaron. Mademoiselle Conti la besó al estilo francés, en ambas mejillas, y dijo:

—Eres una mujer admirable, Susie..., una mujer inteligente..., *une femme du*

*monde*.

Comprendió que mademoiselle Conti le hacía un extraordinario cumplido y la llenó de orgullo que la llamara *femme du monde*. Significaba que era inteligente, razonable, humana y madura. Y también significaba que empezaba a aprender lo que Gus quería que aprendiese.

Así fue como ella y mademoiselle Conti comenzaron a tutearse.

—Y ahora —dijo mademoiselle Conti con repentina vivacidad—, creo que necesitamos un poco de champán.

Cuando volvió el Mayor, encontró a su mujer y a Aspasia Conti compartiendo una botella de champán. Estaban muy contentas. Susie sacó una tercera copa para él.

—Aspasia y yo estamos bebiendo por la nueva casa —dijo.

La palabra «Aspasia» sobresaltó tanto al Mayor que su rostro, acostumbrado a ocultar las emociones, fue incapaz de disimularlo. Tomó la copa de champán que Susie le ofrecía y murmuró:

—Por la nueva casa.

Los tres levantaron las copas.

—He invitado a Aspasia a venir con nosotros —dijo Susie—. Se muere de curiosidad.

Era evidente que el Mayor no sabía qué decir. En sus ojos apareció una sombra de frustración, pero al final dijo:

—Creo que es una idea magnífica. Me ha hecho muchas sugerencias y me ha dado buenos consejos, de modo que le gustará ver cómo se han llevado a la práctica.

Había un matiz burlón en su voz, pero Susie decidió pasarlo por alto y, si mademoiselle Conti se percató, tampoco dio muestras de notarlo. Había sucedido algo muy extraño. Parecía que las dos mujeres se hubieran aliado contra él. Gus, con su gran perspicacia, lo adivinó y torció el gesto. Sabía que había ocurrido algo que alteraba la relación entre los tres, pero ignoraba de qué se trataba.

Cuando terminaron el champán, dijo enseguida:

—Vamos. He traído un par de caballos nuevos a los que no les gusta esperar.

Así pues, al final no cruzó el umbral de la casa con Susie en brazos. El mayordomo los aguardaba y abrió de par en par las grandes puertas de caoba en cuanto descendieron del carruaje. Entraron los tres: Susie cogida del brazo de Aspasia; el Mayor con semblante sombrío. Las dos mujeres se vengaban de él por algo que todavía no sabía. Cuando las mujeres se aliaban contra un hombre, este llevaba las de perder; era algo que sabía por experiencia.

En el centro del amplio vestíbulo había una enorme araña de cristal, que brillaba y arrojaba mil reflejos. Susie vio una ancha escalera con balaustrada de mármol. También el suelo era de mármol, y en cada rincón había un gran jarrón de porcelana y tiestos con palmeras. Sintió una repentina punzada de desilusión. No era el «hogar»

que había soñado; parecía un hotel.

No obstante, mientras el Mayor la miraba, logró decir:

—¡Oh, Gus, es preciosa! —Incluso consiguió que sus palabras parecieran sinceras. Ni la mismísima mademoiselle Conti hubiese ofrecido una actuación mejor.

La señora Parkington fue a comprar ella misma las flores. Volvía a sentirse extraordinariamente joven porque iba a llegar Harry, que pertenecía a aquel período de su vida del que guardaba tan buenos recuerdos, cuando durante mucho tiempo, con excepción del desagradable asunto de Norah Ebbsworth y la tragedia del «verano terrible», su vida discurría con placidez, todos los días parecían alegres y las mañanas rebosaban de expectación ante lo venidero. Harry pertenecía a aquella etapa de su vida en que lo único que parecía importar era la diversión. La duquesa tenía entonces dieciocho años y estaba soltera, los dos chicos estaban en el colegio y ella había aprendido a no sentirse herida por las infidelidades del Mayor. También había aprendido que el flirteo podía ser agradable y no condenaba al infierno. Harry tenía entonces treinta y cinco años, era más joven que ella, amigo del príncipe de Gales, aficionado al juego y muy atractivo. Deseaba mucho más de lo que ella estaba dispuesta a concederle, pero nunca se lo recriminó y se limitó a esperar durante muchos años. Sus esperanzas renacían cada vez que ella iba a Inglaterra, aun cuando ya era una mujer de mediana edad y él tenía esposa y cinco hijos; incluso entonces afirmaba con galantería que seguía siendo la mujer más deseable que había conocido, y también la más fría.

Al recordar aquella época en el automóvil que la conducía a la floristería, pensó que no le había rechazado porque fuese fría, sino porque no le gustaban los enredos de esa clase. Ni siquiera ahora entendía ni aprobaba la promiscuidad que a veces había observado en las casas de campo más elegantes de Inglaterra. Y después de lo ocurrido en Bad Gastein sabía que tenía razón. Si no hubiera pensado de ese modo, jamás hubiese logrado la felicidad que había alcanzado. No obstante, en algunos momentos, incluso ya anciana, sentía un leve pesar al acordarse de Harry. Siempre le estaría agradecida por cómo se había comportado en el asunto de Norah Ebbsworth.

Y ahora Harry estaba en Nueva York, adonde lo habían destinado para que custodiara unos documentos y tesoros que habían enviado a Estados Unidos a fin de impedir que los alemanes se apoderaran de ellos. Costaba creer que fuera verdad lo que estaba ocurriendo: que Gran Bretaña pudiera ser derrotada y que Londres estuviese amenazado. Suspiró al pensar en lo mucho que había visto a lo largo de su vida y se dijo que Harry y las personas como él habían llevado a Gran Bretaña al peligro que ahora se cernía sobre el país. Todo había sido alegría en el pasado, cuando unos pocos lo tenían todo y la gran mayoría, que vivía en la miseria y se moría de hambre, vitoreaba, desdentada y desnutrida, cada vez que la realeza o una cabalgata de nobles pasaba por la calle. Ahora estaban sufriendo el castigo.

El coche se detuvo ante la floristería y Hicks, el chófer, bajó para abrirle la puerta.  
—Hace un día espléndido, señora —dijo—, como si hubiese llegado la

primavera.

Había dejado de nevar y las aceras estaban mojadas. Las flores del escaparate parecían más lozanas, como si notaran el sol y se enderezasen.

El dueño la saludó cuando entró en la tienda.

—Tiene muy buen aspecto, señora Parkington. Creía que se había marchado al sur.

«Qué hartura —pensó—. Me trata como si fuera una anciana inválida y chocha».

—No —respondió—, prefiero quedarme aquí. Pasan muchas cosas últimamente. Y Florida es a veces fría y muy aburrida.

Se dirigió hacia un gran jarrón donde tenían las primeras mimosas del año, atraída por la belleza de sus motas doradas y los recuerdos que despertaban en ella.

—Me llevaré unas cuantas de estas..., una docena de ramos. —Le recordaban a Harry, su villa de Montecarlo y las fiestas que Gus solía dar en el yate.

Eligió con sumo cuidado algunos lirios cárdenos, muchos junquillos, dos grandes ramos de fresias por su perfume y otros dos de violetas, que le recordaron a la princesa de Gales, Alejandra... que sería siempre la única princesa de Gales.

—Las llevaré yo misma —dijo—. Las necesito para esta tarde.

Mientras el florista y los dependientes las envolvían en papel parafinado, la señora Parkington fue de un ramo de flores a otro, oliéndolas y tocándolas como si solo pudiese alcanzar su esencia mediante el contacto directo. El invernadero era lo único que echaba de menos de su antigua casa de Newport, desde donde enviaban flores para la mansión de la Quinta Avenida tres veces por semana. Las flores exorcizaban la maldición de aquel caserón feo al contrarrestar su pomposa ornamentación. Ahora debía comprarlas y ya no tenía la gran parcela de junquillos, tulipanes y otras flores primaverales que Ferguson y sus ayudantes llevaban todos los años a la exposición floral.

Una vez preparados los ramos, Hicks entró para ayudar a llevarlos al coche, donde él y el florista los colocaron alrededor de la señora Parkington en el asiento y en el suelo. «Me siento amortajada como un cadáver», pensó, pero no lo dijo por no incomodar a Hicks y al florista.

—Gracias, señor Wilks —dijo cuando el dueño de la floristería cerró la portezuela, y Hicks la llevó por Madison Avenue hacia la casa.

En cuanto entró, le pidió a Taylor que recogiera las flores y llamó a Mattie para que la ayudase. Esta no tardó en bajar en el ascensor, soñolienta y un poco malhumorada, y la señora Parkington pensó: «Se está haciendo vieja». El mal humor era consecuencia de la obesidad. Confiaba en que Mattie la sobreviviese. Era mucho más fácil soportar sus quejas y su desaprobación que adaptarse a una persona nueva. Además, perderla significaría perder a su mejor amiga.

Sabía por qué Mattie estaba disgustada. Ayudar a preparar los ramos era cometido

de Taylor, pero este no entendía nada de flores. Tenía el don de convertir el ramo más alegre en una corona funeraria.

—Hace un día espléndido, Mattie —dijo con exagerada jovialidad, con la esperanza de que parte de su buen humor se adhiriera a Mattie como el polen de las doradas mimosas.

—Sí, señora —dijo la sirvienta secamente.

—He traído muchas flores, y las primeras mimosas. Necesito que me ayude.

—Desde luego, señora. —Tomó el sombrero y el abrigo de la señora Parkington—. Comprar mimosas es tirar el dinero —añadió con cierta afectación—. Enseguida se marchitan.

—Pero mientras duran no hay nada más alegre. Quiero que la casa esté bonita para recibir a lord Haxton.

Mattie no contestó. Se limitó a resoplar y la señora Parkington comprendió que era una forma de manifestar su desaprobación. Pensaba que era absurdo alborotarse por la visita de un anciano, un anciano que no había merecido la simpatía de Mattie cuarenta años atrás, cuando lo consideraba un hombre frívolo y poco respetable. Su opinión no había cambiado con el tiempo, aunque ahora Harry era un anciano inofensivo.

La señora Parkington se puso a canturrear para demostrar que le traía sin cuidado el estado de ánimo de Mattie.

Entonces apareció Taylor.

—El señor Stilham ha llamado por teléfono, señora. Ha dicho que es un asunto importante y que vendría por la tarde si usted no le decía nada en sentido contrario.

—Muy bien, Taylor. Llámeme para decirle que le recibiré a las ocho.

No volvió a tararear y arrugó el entrecejo levemente. Era irritante que todos acudiesen a ella cuando se hallaban en un aprieto, como si no tuviesen el sentido común necesario para arreglárselas por sí solos. Su ilusión y su alegría desaparecieron de inmediato y de nuevo se sintió vieja y preocupada. Mattie colocaba las flores sobre periódicos extendidos en la mesa del gabinete que había junto a la entrada, pero sus colores parecían apagados y su belleza se había desvanecido, y todo porque años atrás su nieta había decidido casarse con un estúpido arrogante que ahora se hallaba en un aprieto.

La noche anterior, cuando Janie y Ned se despidieron de la señora Parkington, fueron hasta la Quinta Avenida y pararon un taxi.

—Al Waldorf Astoria —le dijo Ned al conductor, y cogió la mano de Janie.

—¿Qué te ha parecido mi bisabuela? —le preguntó ella.

Ned era un joven discreto y reflexionó un momento antes de contestar.

—Es una anciana extraordinaria..., encantadora y jovial. No aparenta la edad que tiene. Y me ha tratado con suma amabilidad.



—No sabes cuánto me alegra que te guste. La quiero muchísimo. —Estuvo a punto de decir: «Mucho más que a mi madre y que al resto de mi familia», pero guardó silencio por temor a escandalizarle. Estaba enamorada y el amor la asustaba. Nunca había pensado que un día se enamoraría y la experiencia que estaba viviendo no dejaba de sorprenderla: que hubiera llegado a querer tanto a alguien; que se sintiera feliz con las manos entrelazadas a las de un joven cuya existencia ignoraba apenas seis meses antes; que cuando estaba a su lado el mundo pareciera distinto, el sol brillase más y las estrellas fueran más hermosas. Pero sobre todo la asombraba que se pudiese ser tan feliz por la sola presencia de una persona o con solo pensar en ella.

No era ignorante, sino inocente, y tal vez lo sería hasta que muriese. También su bisabuela Parkington lo era. A pesar de lo mucho que había visto y experimentado durante una vida larga y plena, a los ochenta y cuatro años todavía brillaba en ella la inocencia. Aún le ilusionaban las experiencias nuevas. Todavía le entusiasmaba la aventura de conocer personas nuevas, cada una de las cuales era para ella como un nuevo mundo que se abría como una flor. Se mantenía joven y alegre gracias a ese candor, con el que, de toda la familia, solo Janie había sido bendecida.

En la oscuridad, la muchacha sonrió.

—Mi bisabuela ha tenido una vida extraordinaria —dijo— y, de vez en cuando, me cuenta algunos episodios. Es fascinante oírlos. Ha tenido mucha suerte, porque ha conocido los mundos más diversos. Nosotros no seremos tan afortunados.

Ned sonrió.

—Yo no diría eso. El mundo da muchas vueltas, cariño.

—Pero nuestro mundo será siempre más o menos el mismo. No sabemos cómo era Europa antes de la Primera Guerra Mundial, ni cómo era entre aquella guerra y esta, y si la de ahora termina, nada volverá a ser igual.

—Yo no me preocuparía demasiado por eso. Habrá mucho que hacer para recomponerlo todo.

—Pensaba en lo mucho que ha visto mi bisabuela. El otro día me dijo que tenía siete años cuando acabó la guerra de Secesión.

—¡Vaya!

Permanecieron callados un momento, hasta que ella rompió el silencio.

—No me escuchas. Estás pensando en otra cosa.

—Es cierto —se apresuró a decir él—. Te escuchaba, pero también estaba pensando en mi hermana y su marido. Espero que te caigan bien. No son muy brillantes, pero sí simpáticos.

—¿No sería maravilloso que no tuviéramos que pensar en parientes, amigos y asuntos por el estilo? ¿No sería maravilloso que solo estuviéramos tú y yo en el mundo, hasta que nos casáramos y todo se arreglase? —Janie le apretó la mano—.

No pienses que tengo nada contra tu hermana y su marido, porque estoy segura de que no podrán ser mejores... Lo que quiero decir es que te preocupa lo que yo piense de ellos y a mí me preocupa lo que tú pienses de mis parientes. Algunos miembros de mi familia son espantosos.

Pensaba en la duquesa, con su mirada escrutadora, opaca y un tanto perpleja; en la tía Madeleine y sus divorcios, e incluso en su hermano Jack.

—No voy a casarme con tus parientes, cariño —repuso Ned.

Había mentido al decir que estaba pensando en su hermana: en realidad pensaba en el padre de Janie y en lo que había oído unas horas antes, pero no quería comentárselo a ella. Esperaba no tener que decírselo nunca y que lo que parecía más que probable no llegase a ocurrir. Janie le había preguntado si le caía bien su padre y él había mentido diciendo que le apreciaba mucho, lo que no era verdad. En sus pocos años de experiencia había conocido a demasiados hombres como Amory Stilham, y ninguno era de fiar. Su trabajo lo había obligado a tratar con ellos: individuos que creían que sus privilegios los situaban por encima de las leyes morales de los ciudadanos corrientes. Había llegado a la conclusión de que eran el producto especial de una época especial de la historia estadounidense; habían nacido en un período que no se había caracterizado por sus valores morales y sí por un culto desmesurado al éxito, sin importar cómo se consiguiera. Pero, al mismo tiempo, eran tipos eternos. Lo que había oído aquella tarde seguía royéndole el cerebro como un gusano... Amory Stilham sería procesado y lo más probable era que acabara en la cárcel, y Amory Stilham era el padre de Janie. Era una noticia terrible, porque la haría sufrir.

El taxi se detuvo ante la entrada del hotel. De pronto todo se le antojaba falso y feo: las brillantes luces de la marquesina, la escalera alfombrada, la gente, el amplio vestíbulo. La dimensión monstruosa del hotel..., el último testimonio de una época que creía que la virtud y la belleza residían únicamente en el tamaño y la ostentación.

De la multitud surgieron las figuras de su hermana y de su cuñado. Había en ellos algo real y sólido que lo apaciguó.

Janie simpatizó enseguida con la pareja. La hermana de Ned se llamaba Mary y era mayor que él. Tenía treinta y cinco años, según dijo Ned, pero la diferencia de edad apenas se notaba. Estaban muy unidos porque su madre había muerto cuando él tenía siete años y Mary había hecho de madre y hermana. Mary estaba orgullosa de que Ned hubiera estudiado en la Universidad de Wisconsin y progresado en la vida. Era una mujer alta y hermosa, que lucía con elegancia un abrigo de visón y un sombrero negro con plumas verdes. Irradiaba afecto, no el afecto continuo y apasionado que Janie encontraba en Ned, reservado para aquellos que le inspiraban ternura, sino un afecto que todo lo envolvía. Era una mujer que adoraba a su marido y a sus hijos, se ocupaba con diligencia del hogar y de vez en cuando se permitía algún

chiste subido de tono porque estaba llena de vida y se sentía a gusto. Ni los desengaños ni las desilusiones podrían cambiarla.

Su marido se llamaba Charlie Evans y era un hombre bien parecido que había triunfado en la vida, lo que se deducía del brillo de sus gafas con montura de acero, su extraordinaria pulcritud, el destello de sus ojos oscuros y la curva de sus labios. A Charlie Evans todo le había ido bien desde el día que nació. Había deseado una esposa a la que amara, hijos y prosperidad, y los tenía.

A Janie le gustaron en cuanto los vio, pero más profunda que la simpatía que le inspiraron fue la sensación de que eran cordiales, francos y cariñosos; de que estaban dispuestos a aceptarla en su vida sin reservas porque Ned la había escogido y ellos amaban a Ned y aprobarían cuanto hiciese. Era una sensación placentera, como el bienestar que proporciona un baño caliente tras haber pasado frío. No la había experimentado nunca en su mundo, excepto con su bisabuela, en quien apenas le llamaba la atención porque siempre había disfrutado de ella.

Janie y Mary bebieron dos cócteles y los hombres uno más, tras lo cual se marcharon al 21. En el taxi reinaba tal alegría que hasta la preocupación de Ned pareció desvanecerse. Se interesó por la fábrica de Charlie, por sus hijos y por unos viejos amigos suyos de South Bend llamados Hutchinson y Hoffman, hasta que Mary le interrumpió:

—Basta, Ned. Esta es también la noche de Janie.

Janie se lo agradeció, aunque no se había sentido excluida de la conversación, que tampoco la aburría. Al contrario, le proporcionaba el placer de la intimidad, y en cierto modo tenía la extraña impresión de que a través de Ned pertenecía a algo, de que adquiriría unas raíces, por el simple hecho de estar enamorada de él.

En el 21 saludó al dramaturgo Foxworthy, a dos actrices y a una antigua compañera del internado. Ned saludó de lejos a un hombre de cabello cano al que, según dijo, conocía del departamento de Washington.

Aquel mundo era el territorio de Janie. Se había refugiado en él para escapar del que le correspondía como hija de Amory y Helen Stilham, y que había engendrado en ella una sensación de inferioridad e inutilidad a la vez, ya que todo lo que la generación anterior había considerado magníficos privilegios aparecía a sus ojos como meros inconvenientes. A los quince años se había dado cuenta de que era prisionera de las circunstancias: era rica y bisnieta de la señora Parkington, era hija de Amory Stilham, había estudiado en colegios donde recibió una educación demasiado básica, sabía que dondequiera que fuese brotarían mágicamente de las paredes hombres con cámaras para fotografiarla. Esa certeza le había provocado una suerte de tristeza, como si pesase sobre ella una maldición, como si el hechizo de un hada maligna le impidiese ser ella misma, vivir como su bisabuela había vivido, a pesar de todo, la totalidad de su larga existencia. Al ser una muchacha reflexiva, se daba

cuenta asimismo de que había mundos desconocidos, inexplicados, que le estaban vedados, que estaban cerrados para ella por las barreras de sus privilegios.

Por eso le había parecido maravilloso Ned, porque procedía de un mundo ajeno al suyo, y por eso la presencia de Mary y Charlie aquella noche la hacía tan feliz. El restaurante mismo, que para ella no tenía nada de extraordinario porque iba a menudo, era un lugar emocionante para ellos. Ned había propuesto cenar allí porque acudía gente, tanto famosos como personas con mala reputación, que Mary y Charlie encontrarían «interesantes». Eso era lo que le gustaba a Janie de la pareja, que estuviesen entusiasmados y alegres aquella noche, y que al día siguiente olvidaran cuanto habían visto porque tenían una vida propia absolutamente satisfactoria. Les divertían las personas que ella les señalaba como les habrían divertido los animales de un zoo y estaban impresionados de verdad, pero cuando regresaran a su mundo no tardarían en olvidarlas.

Janie nunca había conocido un mundo como aquel en el que vivían Mary y Charlie, pese a lo cual se le antojaba envidiable. En ocasiones tenía la impresión de que el suyo era desproporcionado, que la empequeñecía y la llenaba de una sensación de insignificancia e inutilidad. En ocasiones le parecía que no era más que un fantasma moviéndose entre sombras.

Pero Ned era real. Al observarlo al otro lado de la mesa, se daba cuenta de lo real que era. A veces se sentía mayor y más experimentada que él, y a veces se sentía como una niña a su lado, a la que él trataba con solicitud y ternura. Pensaba que los conocimientos y la experiencia que le proporcionaban una sensación de madurez eran destructivos porque eran antiguos, estaban gastados y procedían de un mundo agotado. En ocasiones pensaba que era un mundo que no tenía fe en nada y donde reinaba una especie de inercia que oprimía su alma, hasta el punto de que nada de lo que hacía parecía merecer la pena y el futuro se antojaba monótono y aburrido.

Ned había cambiado todo eso, se dijo tratando de no mirarlo con excesiva admiración. Su sola presencia volvía cualquier cosa emocionante. Cuando estaban juntos, el mundo entero adquiriría colores vivos. Cuando él se marchaba, se tornaba gris otra vez y se contaminaba de una sensación tediosa y sofocante de seguridad monótona. Su triste experiencia de adolescente le decía que eso no se debía tan solo a que estuviera enamorada. Ned poseía una vitalidad animal oculta que de vez en cuando se manifestaba en forma de risas repentinas, de súbitos arranques de intenso entusiasmo, en su misma manera de comportarse. Pero por encima de todo Ned tenía fe; creía en lo que hacía, deseaba ardientemente trabajar para que el mundo en el que vivía fuera mejor, más rico, más interesante... no solo para él, sino para todos: las personas corrientes, los apáticos, los obtusos, los que carecían de privilegios. Era algo que ella nunca había hallado en un mundo que nadaba en la riqueza, la seguridad y el anquilosamiento. Nunca podría hablar de eso con sus padres. Solo su bisabuela la

habría entendido, pero en su presencia era incapaz de abordar tales temas, ya que ante la gran experiencia y sabiduría de la anciana se sentía tímida e infantil.

Al otro lado de la mesa, Ned la observaba, consciente de su felicidad y complacido porque era evidente que su hermana, su cuñado y Janie habían congeniado. Sabía que en algunos aspectos ella era más madura que cualquiera de los tres, pero en otros era una chiquilla. Esta era la principal razón por la que la amaba: su triste y precoz sentido común lo fascinaba, y la niña que había en ella hacía que deseara mimarla y protegerla.

Ned era un joven apasionado, pero más complejo de lo que parecía. Dios y la naturaleza lo habían dotado de una especie de imaginación creativa. Tenía tendencia a tomar las riendas de una situación y conducirla hacia un final espectacular. La imaginación contribuía a que fuera un abogado brillante y a que sus razonamientos resultaran atractivos a los demás, pero también lo convertía en víctima de la preocupación, pues solía prever tragedias y calamidades que rara vez llegaban a producirse. Era un muchacho caviloso, y eso era lo que hacía en ese momento: cavilar como un loco, casi de forma enfermiza, sobre Janie y el futuro. Ni siquiera el champán lograba refrenar su rápida y desmesurada imaginación.

La información sobre el padre de Janie, que no había compartido con sus compañeros de mesa, roía su felicidad y le impedía disfrutar de la alegría general. La figura de Amory Stilham, el malversador, el estafador, el delincuente santurrón, arrojaba su sombra sobre la velada mientras una porción del cerebro de Ned no paraba de discurrir, activa como una llama, de crear un futuro de sufrimiento que quizá no llegara a ser realidad. No era posible dudar de su culpabilidad. Él lo sabía, quizá mejor que nadie, porque había recabado la mayor parte de las pruebas que habían cerrado el cepo.

Viendo a Janie alegre y feliz, libre de la melancolía que tan a menudo la asaltaba, reflexionaba una y otra vez sobre el futuro incierto. Se preguntaba si debía prevenirla de la calamidad que se produciría o dejar que otro se lo dijera. En un momento de desesperación pensó que quizá se negase a casarse con él por el papel que había desempeñado en la investigación o porque considerase, disparatadamente, que debía evitarle la deshonra que supondría contraer matrimonio con la hija de un estafador.

Era un asunto desagradable y complejo, del que Janie y él eran víctimas. Sabía que, tras el fin de semana en la casa de campo de Amory Stilham, podría haberse vuelto atrás, haberse obligado a no ver más a Janie. Habría sido mucho más prudente. Habría sido lo más sencillo y lo mejor para su futuro. Sin embargo, se daba cuenta de que no podía obrar así: el vigor que convertía su mente en un instrumento brillante y eficaz le impelía a enamorarse, sin pensar en las consecuencias, con toda la violencia de su apasionada naturaleza. Era asimismo consciente de que, según lo establecido, Janie no le convenía, debido a su nombre, a su fortuna y a la atención de los

periódicos y de la opinión pública, sin mencionar la peculiar estabilidad embelesada que la rodeaba desde su nacimiento. Había muchas cosas que Janie ignoraba sobre la gente, sobre el mundo, sobre la vida, porque nunca había tenido la menor relación con la realidad general, sino solo con la realidad de un mundo mimado y envuelto en algodones, condenado a desaparecer. En sus débiles e infantiles esfuerzos por escapar de él, se había acercado a las fronteras de otro mundo igualmente falso, poblado de escritores, actores y haraganes, que se alimentaba de sí mismo, devoraba continuamente sus propias entrañas y consumía su propia vitalidad. El sentido común le decía que Janie estaba equivocada, pero ese sentido común carecía de autoridad porque estaba enamorado y sentía la necesidad apasionada de rescatarla, pues era lo bastante joven para creer todavía en san Jorge y el dragón. Los años no habían enfriado su ardor ni la experiencia lo había vuelto resabiado. Era joven, estaba enamorado y, al igual que Janie, había una parte de él que era inteligente y otra parte infantil. Ninguno de los dos tenía la menor posibilidad de escapar al sino de su desorientada generación.

Durante toda la noche, su hermana, que lo conocía bien, advirtió su sufrimiento y preocupación, pero, como lo conocía bien, sabía que no podía ayudarlo. Fuera cual fuese el problema que lo angustiaba, tendría que encontrar él mismo la solución, porque Ned era así. Siempre lo había sido, desde que era un chiquillo terco.

Después de cenar fueron a ver un musical de Cole Porter, luego al Monte Carlo, a El Morocco y al Stork, locales en los que muchos conocían a Janie, unos pocos a Ned y nadie a su hermana y su marido. Fue una velada de lo más convencional y, en cierto sentido, de lo más vacía y aburrida, pero la hermana de Ned y su marido se divertieron y, cuando volvieran a South Bend, hablarían de ella durante un tiempo. Había sido planeada pensando en ellos y ambos disfrutaron, lo que alegró a Janie, aunque para ella había sido como otras tantas. Antes de que terminase, la felicidad de los tres había logrado disipar parte de la tristeza que embargaba a Ned.

Tras dejar en el Waldorf a la hermana de Ned y a su marido, subieron a un taxi para dirigirse a casa de Janie, en la calle Sesenta y ocho. En el trayecto, Ned tomó la mano de la joven.

—Son simpáticos, ¿verdad? —preguntó, un poco tenso y nervioso, porque su opinión le importaba mucho.

—Son encantadores. Creo que son las personas más agradables que he conocido.

—No hay que exagerar.

—Lo pienso de verdad.

Permanecieron un rato en silencio, sintiéndose felices por el mero hecho de estar juntos.

—No dejarás que nada ni nadie se interponga entre nosotros, ¿verdad? —preguntó él de repente. Enseguida se dio cuenta de lo trillado e inadecuado de esas

palabras.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en particular... Solo porque a veces tengo miedo.

—Ya sabes que nada nos separará.

—¿Te casarías conmigo mañana mismo? ¿Te fugarías conmigo?

—Si fuese necesario..., si no hubiera otro remedio, no lo dudaría, pero prefiero esperar. Mi madre quiere una boda, y mi bisabuela también. Ha habido demasiadas irregularidades en la familia, y mi madre venera lo convencional. Quiere que todo se haga como es debido. —Se echó a reír—. Y yo también lo prefiero. Espero casarme solo una vez.

En la puerta de su casa, Ned dijo: «Buenas noches», y la besó, pero no hubo placer en el beso, porque la sombra de su preocupación se interpuso entre los dos.

—¿Qué ocurre? ¿Te pasa algo? —preguntó ella.

Ned se echó a reír.

—No. Estoy cansado. No estoy acostumbrado a trasnochar.

—Llámame mañana antes de mediodía.

—Sí.

Janie entró en casa y, en cuanto cerró la puerta, la depresión volvió a envolverla. Descendió sobre ella como un velo que empañó cuanto la rodeaba: el espacioso vestíbulo, la gran escalinata y los oscuros rincones del suntuoso salón. Al subir por la escalera oyó música, un sonido débil y apagado, y pensó: «Mi madre está despierta».

A veces, cuando se despertaba por la noche, oía ese mismo sonido. Significaba que su madre tenía insomnio y estaba echada en el sofá del pequeño gabinete, junto al dormitorio que todavía compartía con su marido. Últimamente ocurría con más frecuencia..., hasta el punto de que Janie asociaba el tenue sonido de la música con la llegada de la gris aurora invernal.

Recorrió el pasillo de la segunda planta hasta el gabinete y llamó con los nudillos. «Entra», dijo su madre con voz nerviosa, y al abrir la puerta la vio tumbada en la *chaise longue*, en bata, con un chal de lana de las Shetland sobre los hombros. Cuando Janie entró, apartó el libro que estaba leyendo y se quitó las gafas de montura de pasta.

—¡Ah!, eres tú —dijo—. Llegas muy tarde.

—No, solo son las cuatro.

—No importa —repuso su madre—. ¿Con quién has salido esta noche?

—Con Ned.

Janie sospechó que ya sabía que había pasado la velada con él. Ambas evitaban pronunciar el nombre del joven desde hacía tiempo.

—Su hermana y su marido han venido de South Bend —añadió.

—¿Cómo son? —preguntó la madre, como si esperase oír la descripción de los

ejemplares de un parque zoológico.

—Muy agradables —respondió Janie—. Me han caído muy bien. —A continuación se oyó decir con irritación—: Me gustaría que fuera más moderna, madre. La bisabuela es mucho más moderna que usted.

—Ya lo sé —repuso la señora Stilham—. Tu bisabuela es un dechado de perfecciones.

—¿Por qué no toma algo para dormir?

—No, gracias. Ya tenemos bastantes problemas en la familia por culpa de eso.

Janie sabía que aludía a la duquesa.

—Me parece que voy a convertir este gabinete en un dormitorio —prosiguió su madre—. Tal vez lograra dormir si estuviera sola. Tu padre ronca y no para de dar vueltas en la cama.

—Creo que sería más civilizado —afirmó Janie, e inmediatamente deseó no haberlo dicho, porque su madre la miró con severidad y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Nada. —Pero sí quería decir algo. Le parecía perverso que dos personas que se odiaban compartiesen dormitorio. Sabía que su padre y su madre se aborrecían desde hacía mucho tiempo, por más que fingieran lo contrario y durmieran en la misma habitación, como si intentaran negar la realidad de su penosa relación. A veces consideraba irracional aquel culto a la idea de la fidelidad y felicidad matrimoniales, en una época en que ya no tenían la menor importancia para nadie, salvo para los implicados. Debía de ser espantoso despertarse por la noche y encontrarse en la misma habitación que alguien a quien se odiaba..., noche tras noche, una y otra vez, para siempre, hasta la muerte.

Movida por una lástima repentina hacia aquella mujer fatigada de rictus amargado, le preguntó:

—¿Quiere que le traiga algo, madre? ¿Un vaso de leche o algo caliente?

—No. Nada.

—Entonces me acostaré.

Cuando se dirigía hacia la puerta, su madre dijo:

—Espera un momento, Janie. Quiero preguntarte algo.

—Sí, madre.

—Siéntate.

—Sí, madre —contestó Janie, y se sentó en el borde de un sillón de estilo Luis XV.

—Es sobre Ned. Me gustaría saber qué sucede. Os veis mucho. Parece que te has olvidado de todos... y de todo.

—Sí.

—¿Estás enamorada de él?



—Sí —contestó Janie en voz baja.

—¿En serio?

—Sí.

En el rostro de su madre apareció una expresión extraña.

—¿No habrá pasado nada más?

Janie se sintió indignada, no por la sospecha, sino por la mirada de su madre y su tono de voz.

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Los jóvenes de ahora sois incomprensibles.

—Habla como si tuviese cien años, madre.

—A veces me siento como si los tuviera.

«Es un buen momento. Se lo diré ahora mismo y terminaré de una vez», pensó Janie.

—Voy a casarme con él.

Su madre recibió la noticia con visible indiferencia. Guardó silencio un momento y luego preguntó:

—¿Estás segura? ¿No será solo un capricho?

—No, madre.

Su madre se quedó pensativa.

—Supongo que comprendes que le darás un gran disgusto a tu padre —dijo.

—No veo por qué.

—Lo sabes muy bien. Tu padre quiere que te cases con una persona conocida, de tu propio mundo. Y yo también, aunque dudo que a ti y a él os interese mi opinión.

—Lamento que mi padre piense así.

Janie se dio cuenta de que su madre se comportaba como ella había esperado. Jamás decía: «No debes hacerlo. Te lo prohíbo». Ni siquiera se encolerizaba. Se opondría y maquinaría el resto de su vida, callada e insidiosamente, sin escrúpulos, sembrando dudas, minando la confianza y la felicidad. De repente se sintió muy cansada, como si la progresiva insatisfacción y desdicha de aquella casa suntuosa se hubiesen convertido en una carga insostenible. Su madre seguía hablando:

—Espero que comprendas lo que eso significa... Tendrás que separarte de todas tus amistades, tal vez tendrás que vivir en un lugar extraño, entre gente extraña. No será como te imaginas.

—He pensado cómo será —afirmó Janie—, y es justo lo que deseo.

—Eres una niña, Janie. No sabes lo que quieres. Tienes todo lo que la mayoría desea en este mundo y ahora pretendes tirarlo por la borda.

Janie no contestó de momento. Cuando por fin habló, preguntó:

—¿Estaba usted realmente enamorada de mi padre cuando se casó con él?

—Sí, desde luego.

—¿No lo hizo porque era lo apropiado?

—Tuve suerte, porque a tu padre se le consideraba además un excelente partido... y con toda razón.

—Un excelente partido —repitió Janie en voz baja, como hablando para sí.

—Eso he dicho —repuso su madre—. No te engañes, Janie. A la larga, eso es importante.

Janie guardó silencio.

—Solo te pido que no te precipites —prosiguió su madre—. Por otra parte, creo que Ned tendría que haber hablado con tu padre y conmigo.

—No lo ha hecho —dijo Janie— porque le rogué que no lo hiciese. —Se sintió irritada por la forma en que su madre hablaba de Ned—. Quería ahorrarle una conversación estúpida.

—¿Qué quieres decir con ese comentario desagradable?

—Quiero decir que ni usted ni él entenderían a Ned ni cómo es.

—Creo que lo entiendo muy bien..., demasiado bien. Es un rojo, un comunista. Trabaja para derribar lo que tu padre y otros hombres como él han tardado toda una vida en construir.

Janie se puso en pie.

—Se dará cuenta, madre, de que es inútil seguir hablando de esto.

—Si estás decidida a seguir adelante, te apoyaremos, por supuesto —dijo su madre—. Organizaremos una boda y pondremos la mejor cara posible.

Janie estaba realmente indignada.

—No tienen que preocuparse de la boda ni molestarse en poner ninguna cara. —Se encaminó hacia la puerta—. Me trae sin cuidado lo que piensen. Solo sé que debo irme de esta maldita y desdichada casa.

Advirtió que su madre se levantaba para seguirla. Cuando subía por la escalera hacia su habitación, oyó que la llamaba con voz lastimera: «¡Janie, Janie!», pero no hizo caso y la puerta del gabinete enseguida volvió a cerrarse. Entró en el dormitorio a oscuras, se arrojó en la cama y rompió a llorar. Lloraba de cansancio, de rabia, y en parte de pena por la mujer fatigada y desgraciada que no podía dormir.

Cuando dejó de llorar y comenzó a desnudarse, la luz del alba se colaba por las ventanas. La débil música de la radio seguía sonando en el piso de abajo.

Cuando Ned la llamó por la mañana, no le refirió la conversación que había tenido con su madre. Él le dijo que debía partir hacia Washington en el tren de la una. No sabía cuánto tiempo se quedaría allí, pero le enviaría un telegrama en cuanto lo supiese. Su hermana y su cuñado se marchaban a mediodía y le mandaban recuerdos. Se lo habían pasado en grande la noche anterior y querían que fuese a visitarlos a South Bend. La voz de Ned era profunda y alegre, y su sonido disipó la sensación de depresión.

—No me gusta decirlo, no vaya a ser que no ocurra —añadió—, pero creo que me han llamado para concederme un ascenso.

—¡Oh, Ned! ¡Sería magnífico!

—De ser así, tendría que abandonar Nueva York para ir a San Francisco o Chicago. ¿Te importaría?

—¿Cómo iba a importarme?

—¿Te gustaría ir conmigo a una de esas ciudades?

—¿Gustarme? Sería maravilloso.

—Si así fuera, te mandaría un telegrama. Seguramente tendría que marcharme de inmediato. Y tú tendrías que renunciar a una boda por todo lo alto.

—No me importa.

—Bien. Cuídate mucho.

—Y tú también, cariño.

—Adiós.

—Adiós.

Cuando Janie dejó de oír su voz, regresaron la sensación de soledad y depresión. Toda la casa, incluso su habitación, poseía un tinte odioso, como sucede en los hogares que arrastran una infelicidad larga, persistente y opaca. Tumbada en la cama, pensó que había percibido ese carácter aborrecible por primera vez cuando, a los doce años, regresó de Maryland, donde había visitado a una compañera de colegio que vivía en el campo. Hacía años que no veía a su amiga, de forma que su aspecto y su personalidad se habían vuelto imprecisos y nebulosos, pero el recuerdo de su casa se mantenía claro y brillante: una casa espaciosa y laberíntica, con cortinas de cretona descoloridas y sucias, muchos perros, una mezcla de muebles corrientes pero cómodos, geranios que crecían en macetas colocadas en las ventanas. Era un hogar en el que se respiraba felicidad, y le había parecido radiante y luminoso incluso en los días tristes y lluviosos de enero.

Al volver a la casa de la calle Sesenta y ocho, se le antojó para siempre un lugar lúgubre y deprimente, oscuro y lleno de sombras, hasta cuando el sol brillaba en las calles. Era una casa agobiante, una casa ostentosa, llena de cuadros y muebles caros, que jamás había tenido vida ni orden. El efecto general era el de una confusión suntuosa, parecida a la de una lujosa tienda de antigüedades, como si sus padres hubieran pretendido comprar o conseguir por fuerza algo que no poseían ni entendían y que siempre se les escaparía.

Tumbada en la cama, permitió perezosamente que su mente reflexionara sobre el tema de las casas y casi al punto pensó en la de su bisabuela. Los objetos y muebles que la decoraban eran tan caros como los de esa casona triste, donde todos entraban y salían día tras día, vivían, comían y dormían sin siquiera verse los unos a los otros. Sin embargo, la impresión que producía la mansión de la señora Parkington era muy

diferente. Era un lugar acogedor y alegre, como el cálido nido de un pinzón o de una oropéndola. No solo se respiraba felicidad, sino también calidez y seguridad. Entre sus paredes, las mujeres, incluso la duquesa, adquirirían una belleza y un resplandor nuevos y parecían más atractivas. Al ver una silla, nadie pensaba: «¡Qué pieza más valiosa!», sino: «¡Qué hermosa es! ¡Y qué cómoda parece! ¡Entran ganas de sentarse en ella!». Hasta las flores tenían un aspecto distinto, un aura, no solo porque la señora Parkington poseía buen gusto y sensibilidad para elegirlas, sino sobre todo porque en su casa parecían felices, como si ese fuese su entorno natural.

Como otras muchas veces, Janie sintió el deseo ardiente y apasionado de vivir del mismo modo que había vivido su bisabuela. Ser igual que la señora Parkington le parecía la mayor aspiración. Y de pronto decidió cómo ocuparía el día. Después de almorzar, mientras su madre todavía dormía, iría a la Oficina de Ayuda Humanitaria para Gran Bretaña a echar una mano. Luego tomaría el té con la señora Parkington, que tal vez la invitase a cenar.

Se estaba arreglando cuando alguien llamó a la puerta y oyó la voz de su hermano, que preguntó:

—¿Puedo entrar?

«¡Qué bien parecido es —pensó al verlo— y qué mala cara tiene!»!

Tenía la clase de delgadez y elegancia que se observa a veces en los retratos del Greco, el rostro flaco, los ojos bellos y dulces, que la finura y crueldad de los labios contradecían. No había salido a los Parkington. Su apostura, según decía la bisabuela, procedía de los Blair, de quienes, solía añadir, seguramente también había heredado la inconsciencia y la tendencia a la depravación. Hacía casi sesenta años que el hijo de la señora Parkington se había casado con una Blair en contra de su opinión. La señora Parkington había dicho que habría preferido que contrajese matrimonio con la hija de un camionero honrado a que se uniera a una familia cuya excentricidad bordeaba la demencia. Y ahora, sesenta años después de aquel enlace, era un Blair y no un Parkington quien entraba en la habitación de Janie.

Las muchachas lo encontraban atractivo por su forma de vestir, su labia, su despreocupación y la belleza de sus manos, cabello y pestañas. Janie veía esas cualidades, pero en ocasiones le parecía que era perverso y un completo inútil. Últimamente tenía la impresión de que era mucho mayor que él y lo trataba como a un niño.

El joven se dejó caer en un sillón y preguntó:

—¿Te divertiste anoche?

—Sí. Lo pasé muy bien.

—¿Quién era esa pareja desconocida?

—La hermana de Ned y su cuñado.

—¿También del campo?

—Sí.

—Os vi en el Champagne Room.

—¿Por qué no te acercaste a saludar?

Él sonrió.

—Creo que Maisie no hubiese hecho buenas migas con ellos.

Janie se sentó al tocador y comenzó a peinarse. En el espejo veía reflejado el rostro de su hermano.

—¿Es tu mantenida? —le preguntó a bocajarro.

Él volvió a sonreír.

—No —contestó—. No hace falta que la mantenga.

—Eres un sinvergüenza —dijo Janie con indiferencia.

—¿Qué hay de malo en dejar que otro corra con los gastos?

—No es una actitud muy respetable que digamos.

—No, pero resulta cómodo y práctico.

—¿Es una buena chica...? Ya me entiendes...

La pregunta pareció desconcertarlo un momento.

—Sí —respondió al cabo de un instante—. Nos entendemos.

—¿No te aburre?

—A veces, pero cuando empieza a ponerse pesada me voy. ¿Por qué lo preguntas?

Janie se echó a reír.

—No lo sé. Siempre he pensado que eso debe de ser lo malo de una situación así..., los largos ratos de aburrimiento entremedias.

Él se rió.

—También pasa en el matrimonio. Fíjate en nuestros padres.

—No tiene por qué pasar —repuso Janie— si te casas con la persona adecuada.

—¿Te vas a casar con ese Ned no sé qué más?

—Se llama Ned Talbot y más vale que lo recuerdes, porque va a ser tu cuñado.

Su hermano se incorporó en el sillón y se la quedó mirando.

—¿Qué miras? —preguntó ella.

—Has hablado igual que la bisabuela, y con el pelo así te pareces a ella tal como está en el retrato de la biblioteca.

—Gracias. No podías hacerme mejor cumplido. —Cruzó la habitación para sacar del ropero el abrigo de piel—. ¿Qué tal va el trabajo? —preguntó.

—Muy bien.

—Por lo que veo, no vas muy temprano a la oficina.

—No vale la pena que vaya. Tu amigo Ned y sus amigos han acabado con Wall Street.

Janie se puso el abrigo y cogió un sombrero.

—Supongo que un día u otro tenía que terminar —repuso—. De todas formas, a papá le gustaría al menos que te pasaras por allí.

—Ni se entera. El cerdo está muy ocupado últimamente..., no sé en qué.

Janie se volvió hacia él, con el sombrero en la mano.

—¡No lo encuentro divertido!

—Vamos... —dijo Jack.

—Es una vulgaridad y una grosería.

Jack bostezó y se levantó del sillón.

—De todos modos, es un cerdo. Si yo no tuviera el dinero de mi herencia, dejaría que me muriera de hambre. Me odia y se avergüenza de mí. —Al cabo de un instante añadió—: Y viceversa.

—Deberías ir a trabajar —dijo ella. Se puso el sombrero, se miró en el espejo y cogió los guantes—. Creo que terminarás mal.

—No te preocupes, hermanita. Me las arreglaré por mi cuenta antes de que sea tarde. —Le dio un beso—. Estás guapísima. Ese tal Ned tiene suerte.

—No tanta como yo.

—Así se habla.

Janie se enfadó de pronto, sin saber muy bien por qué. Tal vez fuera cosa de los nervios.

—Por suerte pronto me iré de aquí..., de esta maldita casa —exclamó.

—Desde luego —repuso él—. Yo también me iría, pero esta es una buena zona y no tengo que pagar alquiler. De todas formas, tal vez me largue si esto empeora.

—Eres repugnante, Jack —soltó ella desde la puerta.

—Gracias.

—No creas que lo digo en broma.

—Es desesperación, hermanita..., desesperación cósmica. ¿Qué se puede hacer, aparte de divertirse? No hay nada que hacer, nada interesante.

—¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! —exclamó Janie—. Eso es lo que pasa en esta maldita casa.

Cuando salió, le oyó decir:

—Tienes razón. ¡Un nihilista! ¡Eso soy: un nihilista! Aprendí la palabra el año pasado en Harvard. Creo que es lo único que aprendí allí.

Janie bajó deprisa por la escalera y salió de casa corriendo, como si la persiguiese algo invisible, como una niña en un pasillo oscuro.

En la calle se estaba mejor. Las nubes habían desaparecido y el sol tenía la calidez de una falsa primavera, lo que a veces convertía a Nueva York en una ciudad veraniega en pleno enero. Aun así, mientras caminaba presurosa hacia la calle Cincuenta y siete apenas reparaba en la luz del sol ni en la tibieza del aire. Ya nada la perseguía, pero la presencia invisible había dejado su espíritu turbado y triste.

La desazonaba pensar en Jack, ya que lo quería, a veces la hacía reír y se sentía más unida a él que a sus padres, tal vez porque su hermano percibía igual que ella el vacío de la existencia de todos ellos. Pero ahora estaba irritada con él.

Era como si Jack hubiera introducido algo sórdido en la paz de su habitación y lo hubiera dejado allí. Seguiría en su dormitorio cuando volviese, quizá para siempre. Jack había contaminado la única estancia soportable de la casa. Le había molestado que llamara «cerdo» a su padre, no tanto por la irreverencia del insulto —sabía que su padre no era especialmente digno de que se le reverenciara— como por el hecho de que la vida en aquella casa, por muy desagradable que fuese, sería insufrible si no guardaban al menos las formas. A veces había que fingir para que la vida resultase soportable; a veces había que ser respetable para tener amor propio, y sin amor propio los días serían intolerables.

El espectáculo del odio entre su padre y su hermano resultaba penoso. Era como si no les uniese ningún vínculo, como si Jack fuese el fruto de una aventura extramatrimonial de su madre, una aventura que, conociendo a su madre, era improbable si no imposible. «Tal vez —pensó— hubiese sido mejor para ella y para todos nosotros. Tal vez mamá habría sido más feliz. Jack sería distinto..., no un Blair mezclado con un Stilham, condenado desde el nacimiento a la indolencia y la falta de equilibrio». De nuevo pensó que quizá Jack estuviese loco; sin duda era desequilibrado y tenía aquella clase de irresponsabilidad en la que se adivina la sombra de la locura.

Mientras caminaba pensó en Maisie. No le preocupaba demasiado la relación de Jack con Maisie, sino la personalidad de la muchacha, el hecho de que encarnase todo lo que sus padres detestaban, lo que más aborrecían. Creía que tal vez su padre tuviera una amante, incluso en ocasiones estaba segura de que así era, pero nadie se enteraría nunca. Su padre volvería a casa por las noches y compartiría el dormitorio con una mujer que lo aburría; ante los demás sabría fingir que la amaba. Había algo maligno y monstruoso en Jack y Maisie, como si él se hubiera unido a ella movido tan solo por el odio que sentía hacia su padre y hacia el mundo que le habían enseñado a respetar. Padre e hijo no se llevaban bien. Desde que Jack era lo bastante mayor para andar y hablar, su padre lo trataba con desprecio, porque había encontrado en él la afición de los Blair por la música, los libros, la pintura y el teatro. (Janie reconocía que los Blair, por muy locos que estuvieran, eran inteligentes y cultos). Las diferencias entre padre e hijo se habían acentuado conforme Jack crecía, pero el desprecio alcanzó su punto álgido cuando el muchacho no consiguió entrar en el club de su padre en Harvard, «el club» que este siempre había considerado estúpidamente tan importante, mucho más que el amor, la honradez o el esfuerzo. Cuando Jack volvió a casa en las vacaciones de Pascua, su padre apenas le habló, como si fuera culpable de un crimen innombrable que lo hubiese desacreditado.

«Si Jack tuviese más carácter —pensó Janie—, se habría marchado de casa y se habría hecho un hombre». Pero no era fuerte y no se había ido. Había soportado la situación hasta que cumplió los veintiún años, entró en posesión del dinero de la herencia de los Blair y fue medianamente independiente. Seguía viviendo en la sombría casa solo para enojar a su padre. De hecho, cada uno de sus actos parecía concebido como una rebelión salvaje, casi irracional..., hasta su relación con Maisie. Estaba claro que no la quería; durante la desagradable conversación en la habitación de Janie había afirmado que se aburría con ella.

No es que Maisie fuese tan mala. Simplemente era incorregible y grosera, y tenía una habilidad especial para meterse en líos en los clubes nocturnos y aparecer en las columnas de cotilleos de los periódicos. Maisie no se rebelaba contra nada: era tan solo una manifestación atractiva de la naturaleza que se llamaba Maisie Bernard y que había logrado llegar a Nueva York desde una población rural de Carolina del Norte. Janie ni siquiera hubiera pensado en ella si no fuera porque con sus excentricidades había mezclado a Jack en algunos escándalos.

No, todo era difícil y complicado. Era como cargar continuamente con un tedio demasiado pesado del que no había forma de escapar. Pero ella lo lograría.

Cuando pasó frente a la estatua del general Sherman, la asaltó un pensamiento espantoso: «¿Y si ocurriera algo entre Ned y yo? No podría escapar y entonces tal vez me rebelara yo también. Sería como Jack». Porque intuía que tampoco ella era lo bastante fuerte para escapar por sí sola. Había demasiados elementos en contra: la sangre de los Blair, la tristeza de su casa y una terrible sensación de fatalidad y desesperación que en ocasiones aniquilaba todas sus fuerzas.

En medio del tráfico de la calle Cincuenta y nueve, rezó: «¡Dios mío! ¡No permitas que suceda nada entre nosotros!».

En la Oficina de Ayuda Humanitaria para Gran Bretaña había cosas que hacer y otras mujeres con las que hablar, algunas de las cuales también acudían allí para escapar de sí mismas. Chismorreó, vendió lana, sirvió té, tomó un whisky con soda y, preocupada y tensa, escuchó en la radio el avance de la campaña de Libia, como si dependiese de su voluntad cambiar las noticias de la retirada hacia Egipto. Pensó una vez más que aquel era un mundo maldito para los jóvenes, porque tenía la impresión de que estaba estallando en mil pedazos, desintegrándose ante sus propios ojos. El mundo que le habían enseñado a creer que estaba hecho a su medida y que existiría siempre ya se había desmoronado. Solo quedaban de él fragmentos que se mantenían unidos por el engaño y el odio hacia aquel que iba a reemplazarlo; restos como el caserón sombrío y los negocios de su padre en Wall Street. En los clubes, en Long Island, en las fiestas que se celebraban en mansiones como la suya podían verse los fragmentos de aquel mundo superado y corroído por el rencor y la derrota. Casi sin darse cuenta, Janie los evitaba porque eran deprimentes y le daban miedo, pues ya



estaban muertos. Se limitaban a lloriquear sin presentar batalla. Ella buscaba a ciegas el nuevo mundo que sustituiría al antiguo pero no lo encontraba, tal vez porque todavía no se había formado, o tal vez porque, debido a la deficiente educación que había recibido, carecía del olfato necesario para descubrirlo.

Ned pertenecía ya a ese mundo nuevo y solía hablarle de él: un mundo que supondría un gran avance hacia la civilización y el desarrollo de la democracia. Pero todavía no había llegado; no había nada que ella pudiese asir, tocar o percibir, saborear como saboreaba los restos del mundo destruido; nada que tuviera realidad, nada a lo que pudiese sentirse unida.

No hablaba de estos temas con las demás mujeres porque hacía tiempo que había descubierto que la mayoría no la comprendían, eran felices en su ignorancia o la tachaban de comunista. Sabía que en ese ambiente no encontraría los albores del mundo nuevo.

Por eso chismorreó y habló de trivialidades hasta las cinco y media, hora en que cogió el abrigo, se despidió de todas y fue a ver a su bisabuela. Necesitaba a la anciana y su profunda sensación de paz y seguridad. A veces le parecía que la señora Parkington era indestructible gracias a alguna fuerza especial que no procedía de su enorme fortuna, sino de su interior.

No avisó de su llegada porque la señora Parkington siempre se hallaba en casa a la hora del té. Cuando bajó del taxi, le disgustó ver aparcada una vieja furgoneta con las palabras «Dutch Harbour Farm» pintadas en un costado. Eso significaba que su tío bisabuelo Henry estaba allí, y este solo pensamiento hizo que se sintiera tan incómoda como en presencia de un borracho o de un loco. Era incluso peor porque hacía mucho tiempo que no lo veía.

Por un momento dudó en entrar, pero al final pensó: «A lo mejor se marcha pronto y la bisabuela me invita a quedarme a cenar».

Taylor abrió la puerta y, cuando Janie le preguntó si la señora Parkington estaba sola, respondió:

—No, señorita Janie. Están con ella el señor Henry Parkington y lord Haxton.

Janie sintió de nuevo el deseo de marcharse.

—Quizá sea mejor que vuelva mañana.

—No, señorita Janie. Estoy seguro de que la señora Parkington se sentiría ofendida. Sin duda querrá que conozca a lord Haxton. —A continuación añadió con un atisbo de ironía—: Y el señor Henry está hoy muy tranquilo.

—Entonces anúnciame, porque la señora Parkington no me espera.

El mayordomo se alejó y, mientras Janie se retocaba el maquillaje para ofrecer su mejor imagen a los amigos de la señora Parkington, esta salió del saloncito, seguida de Taylor. Cuando la anciana se acercó a besarla, la joven volvió a sentirse protegida.

—Me alegro mucho de que hayas venido, querida. He telefoneado a tu casa, pero

no han sabido decirme dónde estabas. Ha venido un viejo amigo al que quería que conocieses. —Mientras atravesaban el vestíbulo, la señora Parkington agregó—: Se trata de lord Haxton. Lo han enviado aquí en una misión relacionada con la guerra.

El tío Henry estaba de espaldas a la chimenea del saloncito. Era un anciano corpulento y vigoroso de casi ochenta años. Llevaba barba y vestía como los granjeros: pantalones de pana, camisa de franela a cuadros y una chaqueta de lana. Con el calor de la lumbre, despedía un tenue olor a cuadra. Las llamas iluminaban su mata de cabellos canos, por lo que daba la impresión de que un halo rodeaba su curtido y arrugado rostro.

Sentado en un sillón junto a la chimenea había un desconocido que debía de ser lord Haxton. Se puso en pie cuando las dos entraron en el salón.

Era anciano también, de cabellos plateados, pero, a diferencia de tío Henry, esbelto y erguido, con un aspecto de extraordinaria distinción. Tenía un rostro hermoso, de nariz y barbilla bien dibujadas, frente despejada y pómulos marcados. Era un rostro delicado sin ser femenino, como el último momento de plenitud de una raza antes de degenerar. Los ojos eran de un azul vivo, que se veía aún más intenso por el saludable color sonrosado de la cara. Janie pensó que era el hombre más apuesto que había visto.

—Te presento a lord Haxton —dijo su bisabuela—, un viejo amigo al que no veía desde hacía años.

El anciano estrechó la mano de Janie y dijo que estaba encantado de conocerla. Después la joven fue a besar a tío Henry, porque este lo esperaba y se enfadaría si no lo hacía. Sabía que le gustaba que las muchachas le besaran, motivo por el cual a ella le desagradaba aún más hacerlo. El tío Henry se había metido en un lío cuando tenía sesenta y pico años. Los miembros de la familia solo lo mencionaban en voz baja, pero todos estaban al corriente. A Janie le desagradaba el contacto de la barba, pero le gustaba el aroma a jabón y a caballos que despedía. Era en realidad su tío bisabuelo, hermano menor del Mayor, pero de distinta madre, y no parecía miembro de la familia.

Advirtió que su bisabuela la observaba y procuró besar al tío Henry con la mayor dignidad posible.

—No deberías conducir de noche, Henry. Ya no somos jóvenes —dijo la anciana.

—No podría sentirme joven aunque quisiera, Susie. No te preocupes por mí.

—La verdad es que rebasas vitalidad. —Y así era: había vuelto a casarse cumplidos los setenta y era feliz con su esposa. Los primeros Parkington eran seres excepcionales.

—Como decía —continuó el tío Henry dirigiéndose a lord Haxton—, si en Inglaterra adoptasen métodos racionales de agricultura podrían bastarse por sí mismos... ¡Pero decidle a un inglés que cambie sus costumbres! ¡Jamás! ¡Ese es el

problema! —Se separó de la chimenea, hundió las manos en los bolsillos del pantalón y se balanceó como un joven vigoroso de treinta años—. Yo tengo solo cuatrocientos acres de tierra, no demasiado buena, y noventa acres de bosque, pero pienso sacar lo bastante para alimentar a todo un pueblo.

Mientras él hablaba, lord Haxton parecía encogerse, volverse más frágil y marchito. Al lado de tío Henry, parecía delicado y muy viejo.

La señora Parkington los observaba pensando: «Harry se aburre, y no debería. Tendría que escuchar, porque Henry es un hombre extraordinario y habla con gran sensatez».

Harry escuchaba con una especie de suprema cortesía, acorazado en una seguridad que en otro tiempo lo había protegido pero que ya no existía. Harry era la respuesta viva a lo que estaba sucediendo, a la decadencia del Imperio británico, al desmoronamiento de aquel mundo lleno de esplendor, lujo y seguridad que las violetas le habían recordado a la señora Parkington horas antes. Debía escuchar a Henry, que adoraba sus cuatrocientos acres, apreciaba a la gente corriente y el poder de su moneda, y había tenido un hijo a los setenta y un años.

La señora Parkington suspiró al pensar en los cuatro hijos que Henry había tenido con su primera mujer, hija de un jardinero vecino, en sus nietos y en lo diferentes que eran de sus propios descendientes. Y su mente retrocedió hacia un pasado lejano, hasta el día en que vio por primera vez a Henry, cuando el Mayor llevó a su hermano al Brevoort, un chiquillo de quince años tímido y rudo, veinte años menor que Gus e hijo de distinta madre. Y recordó la inesperada noticia, diez años después, del matrimonio de Henry con la hija del jardinero, el escándalo que causó y la cólera del Mayor. Pero Henry estaba en lo cierto y el Mayor se equivocaba. El Mayor había querido «ser alguien», casar a su hija con un duque, tener una mansión en la Quinta Avenida y un yate, codearse con reyes. Los Parkington eran personas corrientes y sencillas, y el Mayor había tratado en vano de escapar a su destino. Siguió siendo un hombre corriente, gracias a Dios, hasta su sórdido final en el hotel de Cannes.

«Esa era su mejor cualidad y no desprenderse de ella —pensó la señora Parkington—, del mismo modo que ninguno de nosotros puede evitar la mano del destino». Sí, Henry tenía razón. La gente lo tachaba de excéntrico, incluso de chiflado, pero no tenía nada de loco. Al igual que ella, había vivido lo suficiente para ver cómo aquellos que lo llamaban así sufrían, declinaban y desaparecían junto con toda su fortuna y sus ambiciones. Indestructible, había sobrevivido a toda aquella época indecorosa llevando una vida de campesino. Y ahí estaba ahora, erguido y vigoroso como un joven. Sus hijos y sus nietos no se habían casado con «buenos partidos» ni habían adulterado su sangre generación tras generación. Él no lo había permitido. ¡Y ahí estaba ahora!

Janie se aburría oyendo hablar a tío Henry de «agricultura intensiva», rotación de

cultivos, abonos y fertilizantes. Con todo, no podía por menos de percibir su estimulante vigor y masculinidad. Pensaba que tal vez el anciano hubiera echado a perder la tarde de su bisabuela presentándose sin avisar. Había monopolizado la atención de lord Haxton. Las señales eran claras: el vestido de la señora Parkington y la espléndida flor que se había prendido con cierta coquetería en un hombro. Sin duda la abuela había proyectado tomar el té con un antiguo pretendiente y hablar de los viejos tiempos, pero el tío Henry y ella habían desbaratado sus planes. «Debería irme —pensó—, pero eso no resolvería nada, porque el tío Henry no se irá hasta que le parezca oportuno. Ha venido a hacer una visita a la bisabuela y no se marchará hasta que la dé por terminada». Y ahora que se había puesto a hablar de sus temas con lord Haxton, era imposible predecir cuándo se iría. Janie se alegraba de tener esa excusa para quedarse. Se estaba muy bien en casa de la bisabuela, donde se respiraban seguridad y calor hogareño. Si se marchaba, no tendría más remedio que volver a la triste casa de los muebles caros.

Frente a ella, tras el servicio del té, la señora Parkington prácticamente había dejado de escuchar la conversación de los dos hombres. Gracias a su experiencia mundana, lograba seguir el hilo y de vez en cuando soltaba alguna frase para dar la impresión de que participaba, pero su mente estaba en otro mundo, un mundo de aburrimiento, desilusión y tristeza. Se daba cuenta, y lo reconocía con franqueza, que la visita de Harry era un fracaso; lo había sido incluso antes de que llegase Henry. De hecho, Henry había mejorado la situación al presentarse de improviso, con su rostro rubicundo y su olor a estiércol.

Suponía que no era buena idea retomar una vieja amistad al cabo de tanto tiempo. Con los años las personas cambiaban, y el mundo también. Habían sucedido demasiadas cosas desde la última vez que había visto a Harry..., cosas que este parecía ignorar, atrincherado en su presunción y en la confianza de que estaba a salvo de todo peligro. Todavía hablaba como si no hubiese ninguna amenaza; todavía citaba a John Donne, a Milton, a Spenser, de forma tan sentenciosa como había hecho antes en un mundo distinto. Hablaba como si la guerra que se libraba en ese momento no fuese una tragedia, sino solo un asunto molesto. Harry, al igual que la mitad de Gran Bretaña, había ido a Munich con Chamberlain y su paraguas y no había aprendido allí más que el propio Chamberlain.

Comprendió que Harry era un necio y siempre lo había sido, a pesar de sus estudios en Oxford y de su brillante carrera. Se preguntó qué habría hecho en la vida si hubiese tenido que empezar desde cero, como el Mayor, sin privilegios, posición ni amigos. Al igual que muchos británicos como él, su carrera profesional había sido una larga lista de brillantes fracasos; había ido de cargo en cargo, de puesto en puesto, sin conseguir más que ser agudo e inteligente y conocer a la buena sociedad de toda Europa. En ocasiones había sido responsable de verdaderos disparates, pero había

seguido adelante porque, pese a su frivolidad, era lo que los británicos llamaban un *gentleman*.

Henry había cambiado de tema y seguía hablando con su franqueza y vehemencia habituales.

—En realidad —decía—, el Imperio británico no existe desde la aprobación de los Estatutos de Westminster. Está muerto, pero se niega a ser enterrado.

A la señora Parkington siempre la sorprendían los conocimientos de Henry. Podía pensarse que era un excéntrico maleducado, inculto e ignorante, pero atesoraba una gran cantidad de información, datos y juicios propios. Cuando oyó a Harry contestar: «Mi querido amigo, usted no entiende las sutilezas de la política británica», sintió un cruel desprecio hacia él. Siempre recurrían a esas condenadas «sutilezas». Hablaban del mismo modo desde hacía cuarenta años. En aquella época podían permitirse las «sutilezas», de la misma manera que podían permitirse los «brillantes fracasos», pero eso había acabado. Algo se había desatado en el mundo, algo exasperado, lleno de furia, que terminaría de un soplido con todos los Harrys y sus «sutilezas». Se había desatado en la Unión Soviética, en Alemania, en Gran Bretaña, en Estados Unidos, en la India y en las islas de Oriente. El Mayor se había dado cuenta antes de morir, de la misma forma que siempre había sabido cuándo era un buen momento para vender trigo, algodón o acciones de las compañías de ferrocarriles. Por eso había colocado toda su fortuna en acciones libres de impuestos y se lo había dejado todo a ella. ¡Y aquellos malditos británicos como Harry pensaban que su política era algo especial y precioso que nadie, ni siquiera los franceses, más civilizados que ellos, podía entender!

De pronto le entraron ganas de llorar, en parte porque había recordado con claridad al Mayor tal como era en sus primeros días de matrimonio, en la habitación roja y dorada del Brevoort. Henry siempre le evocaba su imagen. Y con el recuerdo venía también la certeza de que la había amado más que a ninguna de las otras mujeres que había conocido. La había amado y confiado en ella. Así lo revelaba cada frase de su largo y complejo testamento. Repetidamente se leía en él: «a mi querida esposa, que sabrá entender mi propósito», o «a mi querida esposa, que sin la menor duda cumplirá mis deseos». Y también tenía ganas de llorar por una especie de tristeza cósmica ante la vanidad y estupidez de la raza humana.

De repente deseó que Harry se marchara y no volviese jamás, porque, mientras exponía sus débiles argumentos ante Henry, simbolizaba todos aquellos años de su propia vida que habían parecido plenos pero que ahora veía que solo habían sido un tiempo resplandeciente, vacío y desperdiciado. Henry había acertado labrando sus tierras y llevando una existencia confortable y sólida, junto a una mujer sencilla y sana; un hombre inteligente, apasionado y entregado a su esposa al estilo de los Parkington.

«Sin duda me estoy haciendo vieja —pensó—; no paro de distraerme y pensar en el pasado». Vio que Harry se ponía en pie, que levantaba su delicada elegancia de las profundidades del sillón. Era apuesto pero frágil. «Le sobreviviré —pensó, con la sensación triunfante de los ancianos—, aunque es ocho años menor que yo». Era mejor pensar en él como había sido cuarenta años atrás. Después parecía haber florecido y haberse granado en la inutilidad.

—En cualquier caso —le decía a Henry—, me alegro de haber oído el punto de vista estadounidense.

—No es estadounidense —le contestó Henry—, sino mío. Los norteamericanos no entienden lo que sucede en el mundo ni piensan tanto, aunque tienen buenas corazonadas y una notable intuición.

Entonces Harry hizo lo que la gente de posición de su país solía hacer. Se volvió hacia la señora Parkington y pareció eliminar al tío Henry de la existencia, como borra un muchacho las palabras escritas con tiza en un encerado. A Henry no le importó o ni siquiera se dio cuenta, porque estaba hablando con Janie. «No han hecho otra cosa en su vida —pensó la señora Parkington—. Y siguen haciéndolo. ¡Necios! ¡Malditos necios! Así les va».

Le sonrió, pero sin el menor sentimiento. Solo sentía dolor.

—Le acompañaré a la puerta —dijo, y salieron juntos. La señora Parkington se sentía alicaída y vieja.

Cuando llegaron al vestíbulo, Harry dijo:

—Su cuñado es un todo un personaje.

—En efecto.

—Tiene algo que me recuerda a Gus.

—Sí..., se parecen mucho. ¿Qué planes tiene, Harry? —le preguntó cortésmente, aunque no le interesaba lo más mínimo.

—Iré a Washington..., y supongo que luego volveré a casa.

Ella no dijo «Me gustaría verlo otra vez» ni «Avíseme cuando regrese». No tenía el menor interés. Tal vez fuera la última vez que se viesen.

—Bien. Le deseo mucha suerte en el viaje.

Taylor lo ayudó a ponerse el abrigo y le tendió el sombrero.

—Ha sido un placer volver a verla —dijo Harry—. Siempre fue una mujer adorable. Y sigue siéndolo.

—Muchas gracias, Harry. Adiós otra vez, y buena suerte.

Permaneció en lo alto de los tres escalones hasta que la puerta se cerró tras él. Entonces volvió despacio al saloncito, pensando en cuán extraordinario era que el pasado, el presente y el futuro estuviesen a veces tan mezclados, y deseó poder vivir para ver qué sucedería. Harry no había cambiado. Era el mismo Harry, más anciano y cansado, que había visto en Sandringham, en Londres, en Montecarlo, en Oriander.

Era ella quien había cambiado. Le parecía que Harry no era sino un fantasma de un mundo desaparecido. No obstante, se había comportado muy bien en el asunto de Norah Ebbsworth. Nunca podría olvidarlo.

Cuando regresó al saloncito, Henry se estaba despidiendo. Besó otra vez a Janie y después apretó su blanca barba contra la mejilla de la señora Parkington, que con el olor a colonia, a tabaco y a caballo se animó de nuevo.

—Iré a verte cuando mejore el tiempo, Henry —dijo.

—Ya va siendo hora. No has venido a casa desde que murió Gus.

—No sabía que hiciera tanto tiempo.

Él se volvió y sonrió a Janie.

—¿Por qué no la traes también? —propuso a la señora Parkington—. Todavía no conoce a su nuevo primo, a Johnny.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó la señora Parkington.

—Pronto cumplirá los cuatro.

Janie se rió.

—No sabría qué parentesco tiene conmigo. ¡Hijo del hermano de mi bisabuelo!

—Primo, creo yo —dijo Henry—. Los Parkington somos una familia extraordinaria.

—Iré con mucho gusto —dijo Janie.

Cuando Henry se marchó, la sonrisa permanecía en el rostro de Janie.

—No lo veía desde que era pequeña. No me lo imaginaba así. Mamá siempre dice que es un chiflado.

—Me temo que tu madre no entiende el carácter de Henry —repuso la señora Parkington, que sonrió también, como si compartiera con Janie un secreto que nadie más conocía.

Taylor entró a retirar el servicio de té.

—Ha llamado el señor Stilham, señora —informó—. Ha dicho que vendrá sobre las ocho.

La señora Parkington miró de reojo a Janie. Luego cogió al pequinés negro y comenzó a acariciarle las orejas. «La chiquilla no sabe nada —pensó—. Y si el asunto es grave, ¿quién se lo dirá»? No obstante, sabía que la carga caería sobre ella, porque tampoco confiaba en que los demás supiesen aligerarle el mal trago a Janie.

Cuando entró Amory, se fijó en que tenía los ojos inyectados en sangre y el rostro más encendido que de costumbre. «Debe de irle mal —pensó—. Ha bebido». Nunca había sospechado que bebiese más de la cuenta, salvo en las reuniones con compañeros de universidad y en las comidas del club. Sabía que el exceso de alcohol representaba una forma de evasión para los hombres que, como Amory, no habían madurado ni aprendido nada. Bebían porque querían escapar de una vida que los desconcertaba y frustraba, regresar al mundo de la adolescencia. Se dijo que Amory

debía de ser desagradable cuando estaba borracho y, como si quisiera prepararse, irguió su delgado cuerpo y dejó la taza de café en la mesa.

—Buenas noches, Amory. Estaba tomando café. ¿Te sirvo una taza?

—No, gracias, abuela. Preferiría una copa de brandy.

La señora Parkington tocó el timbre y enrojeció. Nada la irritaba tanto como que Amory la llamase abuela; que aquel hombretón adulto y obtuso la tratase con semejante falta de respeto. Estando borracho, resultaba particularmente ofensivo. La cosa empezaba mal. Bien sabía que la entrevista sería una de las más desagradables de su vida, pero la embriaguez y la hosquedad de Amory empeoraban la situación.

Cuando Taylor apareció, le ordenó que retirase el café y sirviese una copa de brandy al señor Stilham. Luego entró Mattie y se llevó a los pequineses para darles de cenar. Taylor volvió con el brandy y sirvió una copa a Amory, que dijo:

—Gracias, Taylor. —Ni siquiera había saludado a Mattie.

—Que nadie nos moleste —le dijo al mayordomo la señora Parkington—. Si viene alguien, tome el recado.

—Sí, señora. —Su semblante era inexpresivo.

Cuando se cerró la puerta, la señora Parkington dijo:

—Janie ha venido esta tarde, y también el tío Henry.

—Tan chiflado como siempre, supongo —dijo Amory.

—Henry no es un chiflado —repuso ella en voz baja—. Creo que le ha ido mejor que a la mayoría de nosotros.

Sabía que Amory consideraba a Henry vulgar y uno de los numerosos estorbos de la familia. Era asombroso que las personas vulgares fueran incapaces de entender lo que era la verdadera vulgaridad. Como la sorprendente habilidad de los pelmas para reconocer a otro pelma.

—No he visto a Janie desde la cena de Navidad —dijo Amory—. No para en casa. Llega a las cinco de la madrugada y no se levanta hasta el mediodía.

—Está bien y parece muy feliz.

Amory no contestó. Apuró el brandy y preguntó:

—¿Puedo servirme otra copa?

—Sí, desde luego. —La señora Parkington sintió el deseo de añadir: «Eres un hombre hecho y derecho. Deberías saber mejor que nadie si te conviene tomar otra copa», pero se mordió la lengua.

Amory se levantó, se acercó a la licorera y se sirvió una segunda copa de brandy. Luego apoyó el brazo en la repisa de mármol de la chimenea para mantener el equilibrio. Ella adivinó lo que iba a suceder y supo que no podría impedirlo. El codo de Amory rozó la pastora de porcelana de Dresde y lenta, suavemente, con una especie de movimiento inevitable, la empujó hacia el borde. La señora Parkington lanzó un grito apagado y se levantó del sillón. La figurita se estrelló en el suelo de



mármol y se hizo añicos.

—¡Amory! ¿Qué has hecho? —exclamó apenada la señora Parkington.

Lo que veía en aquel momento no era la muerte de la pastora, sino la muerte del pastor que había sido su compañero y que se había roto mucho tiempo atrás en la calle Treinta y cuatro, en la casa de la gran araña de luces, del espacioso vestíbulo con jarrones orientales y de la escalera de mármol.

La muerte del pastor había sido mucho más violenta, pero al menos había habido cierta dignidad en ella. No lo había destruido un borracho, sino que lo había arrojado de un extremo a otro del salón un hombre casi loco de furia.

## 6

Entonces había dicho casi las mismas palabras: «¡Gus! ¿Qué has hecho?», y había roto a llorar.

En el salón estaban Aspasia Conti, Harriette Livingstone y la señora de Morton Ogden.

—¡Que Dios me maldiga si me quedo de brazos cruzados! —había gritado Gus—. ¡Esos mal nacidos me las pagarán!

Los ojos de Harriette reflejaban estupor y alarma, porque probablemente era la primera vez en su vida que oía expresiones como «Dios me maldiga» o «mal nacido», pero los de Aspasia y la señora Ogden mostraban el brillo que suele aparecer en la mirada de las mujeres ante el magnífico espectáculo de un hombre furioso cuya ira no va dirigida contra ellas. Aspasia llevaba un vestido negro elegante y recatado, con una pañoleta blanca, que estilizaban su fealdad y su hermosa figura y les daban un aire trágico. Vestía así porque horas antes había recitado ante los invitados unas estrofas de *Fedra* y el largo parlamento de Célime, de *El misántropo*. La señora Ogden lucía un vestido de terciopelo morado, el broche de diamantes más famoso de Nueva York y una pluma prendida en el cabello. Harriette, ataviada con un traje de tafetán gris, parecía un ratón. Cuando la pastora cayó de la chimenea, la señora Parkington revivió la escena con absoluta claridad, como si ocurriera en aquel preciso momento y no sesenta años atrás.

El pastor y la pastora habían formado una pareja hasta que Gus hizo trizas al pastor. Eran unas preciosas figuras de porcelana, delicadas y caras, que Susie había admirado en el escaparate de Tiffany; poco después Aspasia las compró por encargo del Mayor, que se las regaló a su esposa el día de su cumpleaños. Y en aquel momento Gus había arrojado al pobre pastor al otro lado del salón y lo había estrellado contra la pared.

Susie oyó decir a la señora Ogden:

—No debería haberlo hecho, Gus. La pobre Susie ya lo ha pasado bastante mal. Tendría que haber pensado en su estado.

Entonces sintió que los brazos de Gus la rodeaban y le oyó decir, con una voz de la que había desaparecido la cólera:

—Lo siento, gorrión. Perdóname. Mañana te compraré diez pastores, o cincuenta si quieres, pero no llores. No estaba enfadado contigo.

—*Vous êtes brut* —afirmó Aspasia, con el mismo tono irritado que Susie había oído una vez a través de la puerta de la habitación roja y dorada del Brevoort.

—Llévela a la cama —aconsejó la señora Ogden, y Gus dijo, todavía abrazándola:

—Ven conmigo, gorrión. —La condujo fuera del salón y atravesaron el comedor,

donde los camareros del Delmonico metían en grandes cestas las exquisitas viandas desperdiciadas por culpa de los invitados que no habían acudido. Al verlo Susie se sintió humillada.

Al pie de la escalera Gus la tomó en brazos y la llevó entre las palmeras, las lilas, las rosas y las guirnaldas. A medio camino se detuvo y la besó, y por un instante ella olvidó la fiesta y todo lo sucedido.

—¡Me las pagarán, gorrión! —dijo él—. ¡Me las pagarán!

—No, Gus. No digas eso —murmuró—. No me importa, de verdad. No lloro por eso. Te lo juro... Lo que pasa es que estoy cansada.

Él no respondió. La llevó al dormitorio y la acostó en el lecho matrimonial, de ébano con incrustaciones de madreperla, que había comprado en la Exposición de París. A continuación llamó a la doncella. Aquello había ocurrido antes de que llegara Mattie y la doncella era una alsaciana llamada Thérèse, una joven simpática, comprensiva y muy eficiente.

—Ayude a la señora y traiga de la cocina un vaso de leche caliente —le indicó Gus. Besó de nuevo a su esposa y dijo—: He de volver para hablar con la señora Ogden. Tengo que tratar un asunto con ella.

Cuando él se marchó, Thérèse la ayudó a quitarse el vestido de madame De Thèbes, con adornos de satén amarillo pálido y rosas blancas. Luego Susie se dirigió a la habitación contigua para ver a sus hijos. Entró tan sigilosamente que ni siquiera despertó a la niñera, que siguió roncando mientras ella contemplaba a los pequeños en sus cunitas. Alice tenía una mano sobre la cara, los mechones oscuros y lisos enrollados en bigudíes para que se formasen los tirabuzones que según la niñera estaban de moda. Herbert dormía a su lado, con la cara hundida en la almohada, los rubios rizos un poco húmedos; su piel se veía blanquísima y hermosa a la luz tenue que entraba por la puerta del dormitorio. Susie se quedó más rato junto a Herbert, porque era un niño guapo y siempre que lo miraba sentía una punzada, en parte de satisfacción y en parte de temor. Alice era una niña simpática, dócil y buena, pero tenía la piel cetrina y el pelo moreno y carecía del brillo de su hermano menor. Susie reconocía esto en la oscuridad, para sí, secretamente, pero a la luz del día trataba a Alice como si fuera una belleza.

Mientras los observaba, empezó a rezar para que fuesen buenos y honrados, para que supiesen desenvolverse en la vida y valorasen la bondad y la sencillez tanto como ella, a pesar de Gus, de su tendencia a la ostentación y de su generosidad. Rezaba porque sentía un temor que no acertaba a entender.

De lo que sucedió en el piso de abajo se enteró años después, cuando la señora Ogden se lo contó poco antes de morir en la gran mansión de mármol de la calle Cincuenta y siete. Entonces pudo reconstruir la escena y, como conocía tan bien a los actores, imaginó su desarrollo e incluso adivinó lo que habían dicho y qué papel

había desempeñado cada uno en aquella especie de consejo de guerra.

Cuando enviaron a la señorita Livingstone en la calesa de los Parkington a casa de su padre inválido, los tres —el Mayor, la señora Ogden y Aspasia— se trasladaron al gabinete dorado con frescos de estilo italiano y se sentaron con una botella de champán helado. Los camareros de Delmonico se habían marchado, los criados se habían acostado y todas las luces estaban apagadas, salvo las llamas de gas que lucían en las esferas de cristal tallado de la gran araña del vestíbulo. La señora de Morton Ogden mandó a casa su calesa, que estaba parada en la nieve desde hacía una hora, y esperó a que la de los Parkington regresara del piso de la señorita Livingstone, en la calle Ocho. No se habían puesto de acuerdo para desembarazarse de Harriette, pero sabían que no debía oír lo que iban decir. En aquella reunión de águilas no había sitio para un ratón.

Dentro de cada una de las personas sentadas en el recargado gabinete latía la cólera. En el corazón de Aspasia latía la cólera del fracaso artístico. Había esperado actuar ante un auditorio numeroso y distinguido, ante la flor y nata de la sociedad neoyorquina, y tras la cena se había encontrado frente a treinta o cuarenta agentes de bolsa, especuladores, políticos y sus esposas, que no entendían ni una palabra de los sonoros pasajes de Racine ni del ingenio de Molière. Aun así, había declamado heroicamente con voz profunda y apasionada mientras el público se removía y se adormilaba en las sillas doradas, atónito ante el espectáculo de una mujer fea que gesticulaba y emitía sonidos inexplicables y extraordinarios en una lengua incomprensible.

Pero también estaba furiosa porque la *bourgeoisie* —no podía dignificar su provincianismo con la palabra *mondaine*— había desairado a su querida Susie. Algunos habían rehusado la invitación, lo que era previsible, pero la mayoría la había aceptado, tal vez por miedo al poder del Mayor, y luego no habían aparecido. Solo había ido «gentuza», amigos del Mayor, algunos de mala reputación, a quienes él había insistido en invitar. «Son amigos míos —había dicho—. No entiendo por qué no ha de mezclarse la gente. Lo más civilizado e inteligente es que personas de todas las cataduras se conozcan unas a otras». De la parroquia de Saint John y de la buena sociedad solo habían asistido aquellos que no se atrevían a hacer un feo al Mayor, personas como el párroco y su mujer de cara caballuna, el señor Agnew y su esposa. Pero los que no acudieron habían ofendido a la *plus charmante femme du monde, ma chère Susie*.

Frente a ella, la señora de Morton Ogden, con su vestido de terciopelo morado y sus brillantes, el corsé muy apretado y el rostro un tanto enrojecido por el champán y la opresión de la prenda, saboreaba una cólera especial. Le gustaba lo que llamaba «dejarse dominar por la rabia», pues de lo contrario la vida en Nueva York durante la década de 1870 hubiera resultado insoportablemente aburrida. En el fondo, la señora

Ogden era una tirana y una dictadora. Ahora estaba furiosa porque con el desaire a Gus y a Susie Parkington también la habían desairado a ella; peor aún, había sido abofeteada por unas personas a las que contemplaba con un desprecio apenas disimulado. Habían ofendido a Susie Parkington, y Susie Parkington era su protegida, a la que había escogido en parte porque era bonita y encantadora, pero sobre todo porque su marido representaba todo un reto. Era ostentoso e incontenible. Se reía de todo cuanto las mujeres que vivían tras las puertas cerradas más valoraban. Era un jugador y un inconsciente, tenía éxito con las mujeres y movía la imaginación de las damas respetables de un modo que ella jamás hubiese creído posible hasta que empezó a hablar con él. Era un aventurero, un don nadie que había amasado una inmensa fortuna por métodos no demasiado escrupulosos, en una época en que los escrúpulos ya no tenían excesivo valor. Era, en efecto, todo un reto, pero la perversidad de la señora Ogden disfrutaba con los retos, y por eso se había propuesto «encumbrar» a los Parkington.

No era aconsejable enojar a la señora Ogden si se deseaba sobrevivir. Tenía un poder inmenso y era muy consciente de ese poder, que se componía de diversos elementos. Poseía una colosal fortuna, procedente de un abuelo que se dedicaba a la tierra y el ganado, y la controlaba por completo, pues era viuda y no tenía hijos. La administraba de una forma admirable, pero no desdeñaba invertir en los negocios arriesgados del mayor Parkington, que podían producir intereses del ciento al doscientos por ciento, y más a veces. Se entendía muy bien con Gus Parkington.

Pero, además de su fortuna, tenía una ascendencia impecable, pues por parte de su abuela estaba emparentada con los Livingstone, los Van Rennselaer, los Suydam y otras linajudas familias holandesas que habían llegado a Nueva Amsterdam para prosperar en el mundo. Sabía muy bien que la inteligencia y el vigor no le venían de esos antepasados, sino de su abuelo, el ganadero rico. Pero también ellos tenían su importancia, y la señora Ogden no subestimaba aquellos nombres sonoros, como tampoco subestimaba los millones y el vigor que había heredado de su abuelo.

Poseía una mansión de mármol en las afueras de la ciudad, en la calle Cincuenta y siete —no lejos de los ocupantes de tierras y sus rebaños—, y había vivido muchos años en el extranjero. Cuando los embajadores, príncipes y duques llegaban para adular a la presuntuosa clase media, se hospedaban en casa de la señora Ogden o eran presentados en sociedad y recibían invitados en su mansión. Ella tenía el valor de decir lo que pensaba: que Nueva York era aburrido y provinciano y que las personas que constituían el *bon ton* carecían de inteligencia y cultura. Hubiese preferido vivir en París o en Roma, pero se lo impedían dos razones: por un lado, su deseo de ganar más dinero, y por otro, un patriotismo profundamente arraigado que disimulaba casi con timidez. No tenía compasión con las almas sensibles y delicadas que habían abandonado aquel paraíso de tenderos que era Nueva York para instalarse en Europa.

Tenía el propósito, incluso la misión, de civilizar Nueva York y enseñar a sus habitantes cómo debían emplear el dinero. «¡Por Dios que voy a civilizarlos, aunque sea lo último que haga!», solía decir.

Por eso imponía muchas de sus ideas en el mundo de la buena sociedad, donde sus veladas eran diferentes de las demás. Su comida era de las mejores de la ciudad, pero no la servía en grandes cantidades; no ponía cinco o seis platos de carne, caza y pescado, intercalados por un sorbete para que los comensales tuviesen la oportunidad de recobrar el resuello. Después de la cena no permitía que los varones se pasasen dos horas bebiendo brandy, contando anécdotas picantes o hablando de la bolsa. No, después de la cena había a menudo cantantes de ópera o recitadores. —Aspasie había declamado muchas veces en la gran mansión de mármol—, y, peor aún, no solo invitaba a los artistas a sentarse a la mesa con los demás convidados, sino que los animaba a mezclarse con ellos. Solo la señora Ogden podía atreverse a todo eso. A los demás les faltaba osadía, inteligencia o ambas cosas.

Había amadrinado a los Parkington del mismo modo que amadrinaba a los cantantes de ópera, en parte para aliviar su pertinaz tedio, en parte porque sentía afecto por Susie y admiraba a Gus, y en parte por perversidad y exasperación. Había convertido a los Parkington en su causa, y ellos no podrían haber encontrado una amiga más poderosa.

Así era la señora Ogden, una mujer libre y exenta de las ataduras de las convenciones y los complejos, quien ahora estaba sentada con Aspasie y el Mayor en el gabinete dorado de las pinturas italianas. Mientras escuchaba la conversación y de vez en cuando decía algo, elaboraba la lista de los que habían desairado su madrinazgo de los Parkington y nunca más volverían a poner los pies en su casa. Entre ellos había muchos que acababan de ascender en la escala social —siempre eran los más esnobs— y para quienes ese privilegio significaba tanto como la vida, y algunos que se consideraban de la «vieja guardia» y lo bastante poderosos para desafiarla. Había formas de humillarlos a todos, y ella sabía cómo hacerlo. No solo tenía prestigio; poseía también lo que en ese mundo era un poder supremo: ni siquiera sabía cuán rica era.

Aspasie, que era propensa al histerismo, exclamó: «¡Ha sido una conjura! ¡Se reunieron y lo acordaron!».

La señora Ogden no era de la misma opinión. Algunos quizá se hubieran confabulado, pero la mayoría no se había presentado con la intención de poder decir al día siguiente: «¿Fue usted a la fiesta de los Parkington? Nosotros, no. ¡Son una gente intolerable! ¡Hay que guardar las distancias!».

El Mayor decía poco, pero pensaba mucho. También él elaboraba la lista de los nombres que no debía olvidar. Casi por primera vez en su vida se sentía cansado, presa de una lasitud nacida de aquella velada penosa e interminable. Había sido una

angustiosa humillación ver cómo las horas pasaban y solo aparecían la mitad de los que habían aceptado la invitación, y observar que, salvo dos o tres excepciones, solo habían acudido los «indeseables». Durante largo rato creyó que los demás se retrasaban porque era una noche de nieve, las calles estaban heladas y los caballos tenían que ir despacio. Cuando comenzó el programa de canto y declamación perdió toda esperanza y se sentó al fondo del salón medio vacío, triste, en una rígida silla dorada, soportando la humillación con semblante inexpresivo, comprobando una y otra vez quiénes se habían presentado, y se prometió que jamás olvidaría la lealtad de aquellos políticos, buscavidas y especuladores. Una docena de los hombres que había en el salón iniciaron aquella noche, sin siquiera saberlo, el camino hacia la riqueza. Años después, dos o tres se librarían de ir a la cárcel gracias al poder y el dinero de Augustus Parkington, que nunca olvidaba ni a un amigo ni a un enemigo.

Pero era por Susie por quien sufría más. No lo sentía por él. Sabía apañárselas por sí mismo y no tenía dudas acerca del futuro; pero la humillación de Susie era intolerable. Sufría, sin comprender que a ella no le importaba demasiado lo ocurrido, que incluso hubiese preferido no dar la fiesta, que en el fondo ni siquiera le gustaba aquella casa lujosa.

Cuando los invitados se marcharon, se despidió de ellos con cordialidad, pero su mirada era fría como el mármol y sus labios apretados dibujaban una línea dura y brutal. Una vez que hubo salido el último invitado y solo quedaron Susie, Aspasia, Harriette y la señora Ogden, perdió la calma y estrelló contra la pared el pobre pastor de porcelana de Dresde.

Ahora, en el gabinete de las pinturas italianas, estaba sereno de nuevo, con aquella frialdad helada que Susie nunca conoció pero que aterrorizaba a todos. Cuando se volvía frío, Augustus Parkington podía ser cruel, criminal e implacable. Y cuando se volvía frío, se envolvía en un silencio amenazador. Aspasia estaba asustada; la señora Ogden, interesada pero imperturbable, porque se parecía un poco a Gus Parkington, lo comprendía y, además, se sabía capaz de cuidar de sí misma.

El mayordomo entró para anunciar que la calesa había vuelto. La señora Ogden se levantó y salió con Aspasia. En el vestíbulo le dijo al Mayor:

—Gracias por la velada. Le espero mañana para tomar el té... sin Susie. Por Dios que he de civilizar a esa gente, ya lo verán.

Cuando ambas se fueron, el Mayor subió pesadamente por la escalera de mármol. Se desnudó a oscuras para no molestar a Susie y durmió toda la noche con ella entre sus brazos, como si quisiera protegerla.

A la mañana siguiente, cuando se marchó, ella se sintió de repente mal y Harriette mandó llamar al doctor Westbrook, pero este llegó demasiado tarde. Susie perdió a su tercer hijo y estuvo enferma durante mucho tiempo.

Una vez que se hubo restablecido, el Mayor alquiló una casa en Long Branch para

que ella, sus hijos y la niñera pasaran el verano. No era tan grande como él hubiese querido, pero no había otra disponible. Sin embargo, era la clase de vivienda que le gustaba a Susie, vieja y acogedora. En ella se sentía a salvo y oculta. No había necesidad de ir a restaurantes ni de tener invitados a cenar. No había en ella mármoles, estatuas ni palmeras, y por primera vez le pareció que tenía un hogar.

El Mayor iba los viernes y se quedaba hasta el martes, y durante toda su vida a Susie le pareció que nunca habían sido tan felices como en aquella fea casa roja bajo los arcos. No era la felicidad desenfrenada de aquellos primeros días apasionados en el Brevoort, sino una felicidad cálida y tranquila en la que se acostumbraron el uno al otro y no sintieron el deseo ni la necesidad de ver a nadie más. Era como si el impulso del Mayor de protegerla y resguardarla se hubiese convertido en una pasión.

A veces Aspasia iba entre semana y se quedaba unos días, ya que era casi como de la familia. Solía llegar los martes, cuando el Mayor se había marchado, y regresaba a la ciudad los viernes, antes de que él volviese. Durante esos días hablaban en francés, pues Susie quería dominar el idioma, que para entonces le resultaba tan natural como el inglés. Comenzó a leer libros de poesía y teatro en francés. Cuando hacía buen tiempo llevaban a los niños a la playa y merendaban debajo de un gran parasol.

Harriette no iba porque no podía abandonar a su padre. Además, no la necesitaban, ya que allí no había compromisos, reuniones ni quehaceres domésticos en los que pudiera ayudar. Su padre ya estaba al corriente de su relación con el mayor Parkington y su esposa, que había aceptado casi con satisfacción, pues gracias a ella vivían con holgura, casi con lujo, en un piso nuevo y no tenía que escribir todos los meses a tres o cuatro parientes ricos para recordarles que sus ayudas se retrasaban. El mayor Parkington se ocupaba de todo con generosidad. Era extraordinario; el padre de Harriette descubrió cuán útil podía ser el dinero.

Las ausencias del Mayor parecían volverlo cada vez más cariñoso. No mencionó más la fiesta a la que no habían asistido los invitados y Susie se lo agradeció. Era un asunto desagradable y ella no veía la necesidad de abordar esa clase de temas a menos que no hubiera otro remedio. Tampoco Aspasia aludió a ello. El verano transcurría plácidamente. El Mayor pasaba las noches en casa y a veces, cuando Susie ya dormía, iba a jugar al casino. La ciudad parecía lejana, como si fuese un sueño remoto, y conforme el verano se acercaba a su fin Susie lamentaba el paso no solo de cada día, sino incluso de cada hora. Hasta dejó de leer los periódicos, aunque Aspasia, muy francesa, leía a diario el *journal* de cabo a rabo. No le importaba leer en voz alta ni comentar las noticias más interesantes que encontraba. Así fue como Susie se enteró del suicidio de Radnor Beaumont.

Allí estaba, en grandes titulares de dos pulgadas que se extendían a lo largo de la primera plana, porque Radnor Beaumont era un hombre rico y conocido en Nueva



York, no solo en el mundo financiero, sino también en los círculos más distinguidos.

Susie y Aspasia estaban sentadas bajo la sombrilla mientras la niñera y los pequeños paseaban por la playa recogiendo conchas y caracolas. Cuando Aspasia sacó el periódico del bolso, lo desplegó y leyó el titular, el nombre de Radnor Beaumont no le dijo casi nada a Susie; tan solo le evocó la imagen borrosa de un hombre corpulento de cabello cano y modales pomposos, acompañado de su mujer, alta y delgada, a quienes había conocido en una *soirée* de la señora Ogden. Los recordaba como una pareja desagradable que el Mayor le había presentado con orgullo. Ellos no parecieron interesados y se alejaron tras hablar unos instantes de naderías.

Siguió cosiendo, con la mente llena de imágenes de los Beaumont, mientras Aspasia leía la noticia. Era evidente que esta esperaba que la causa del suicidio fuese *une affaire passionnelle*, de modo que, cuando descubrió que se debía a problemas económicos, el interés desapareció de su voz. El relato de la tragedia era una historia vulgar. Radnor Beaumont había heredado gran parte de su fortuna e influencia y, como la mayoría de los conservadores, al no estar seguro de que fuera capaz de recuperar su riqueza si llegaba a perderla, siempre había sido prudente en los negocios. La noticia de que se había arruinado y estaba en bancarrota tal vez sorprendiera a sus amigos más que el suicidio en sí. Se había ahorcado en su casa de la Quinta Avenida, colgándose de una percha del vestidor, y no habían hallado su cadáver hasta horas después. (En aquellos detalles la voz de Aspasia delataba interés). Había dejado una nota en la que se limitaba a contar que estaba arruinado y que no podría pagar sus deudas.

Cuando terminó de leer, Aspasia dobló el periódico, lo dejó sobre sus rodillas y se quedó mirando al mar. Como pasó un buen rato sin decir nada, Susie levantó la vista de la labor y, al ver su perfil fuerte y severo, tuvo una repentina intuición. «Piensa que Radnor Beaumont fue uno de los que aceptaron la invitación y no vinieron», reflexionó, porque el perfil de Aspasia contra el azul del Atlántico era duro e inflexible. Pero ninguna de las dos habló de la fiesta.

—No me caía bien —dijo Aspasia al fin—. Era un hombre vulgar, un provinciano vanidoso.

Dos días después llegó una carta de la señora Ogden. Estaba en Newport, donde, según contaba, hacía mal tiempo y había mucha niebla. Deseaba que Susie se hubiese restablecido. Proponía que, si se sentía con ánimo, dejara a los niños y fuera a pasar unos días con ella en Newport. Estaba segura de que Gus no se opondría; de hecho, lo había hablado con él cuando coincidieron en un consejo de administración. Sin duda, añadía, Susie ya estaba al corriente de la ruina y el suicidio de Radnor Beaumont.

«Creo —escribía— que nadie lo echará de menos, porque ya no pintaba nada en la vida financiera de Nueva York. La ciudad ya no es una capital de provincia regida

por unas pocas personas que se han enriquecido con las propiedades inmobiliarias. Era un hombre desfasado..., una pequeña rana en una charca cada vez mayor. Algún día Nueva York será el centro financiero del mundo. Tengo entendido que su mujer ha sufrido una crisis nerviosa y que tras el funeral se irá para hacer una cura de reposo».

Susie no fue a Newport. Deseaba quedarse para siempre en Long Branch. Contestó que, aunque nada le parecía tan grato como una visita a la señora Ogden, el médico lo había desaconsejado.

No le gustaba la amistad entre Gus y la señora Ogden, ni que se viesan durante el verano. No era que tuviera celos de ella. Susie no era celosa por naturaleza y juzgaba absurdo suponer que el Mayor, a quien le gustaban las jóvenes guapas, pudiera sentirse atraído por una mujer tan curtida como Malvina Ogden. Los celos eran de otra índole: sospechaba que Gus hablaba con ella de política, ferrocarriles, minas y bancos, temas de los que jamás conversaba con su propia esposa, a quien consideraba demasiado frívola o tonta para entender nada. La intuición le decía que aquella amistad era perjudicial para los dos porque se parecían demasiado: eran enérgicos, implacables, obstinados y despectivos con los demás. Poseían una ambición insaciable. Gus era bastante malo por sí solo, sin necesidad de que lo espoleara alguien como la señora Ogden.

Esta era una de sus preocupaciones. Otra era su hija Alice. Era una niña buena, que nunca lloraba ni se manchaba el vestido, y con apenas tres años ya tenía muy buenos modales. Parecía que se diese cuenta de que era sosa y torpe e intentara compensarlo mostrándose cortés y agradable. Las personas que se cruzaban con los niños en el paseo marítimo o en la playa no se fijaban en Alice, sino en el chiquillo de cabellos dorados y ojos azules que iba sentado en el cochecito. Decían que era un ángel, una criatura preciosa y encantadora, y le acariciaban los rizos. Si reparaban en Alice, se limitaban a decir: «La niña también es mona. ¿Cómo estás, nena?». Y Alice contestaba cortésmente: «Muy bien, gracias».

Pero lo peor era que Susie, en el fondo, sentía lo mismo que esas personas. Al ver al pequeño Herbert, el corazón le brincaba de alegría; cuando veía a Alice no sentía nada. La razón le aconsejaba que fuera mucho más afectuosa con Alice para compensar la diferencia. A veces pensaba, casi con angustia: «¿Por qué no tendrá Alice la belleza de Herbert? Da igual que un niño sea guapo o no. Los chicos saben cuidar de sí mismos». Alice era buena y torpe, y Herbert, a los dos años, ya era alegre, testarudo y travieso. En ocasiones Susie se preguntaba a quién había salido la niña, porque no se parecía ni a ella ni al Mayor. Su escasa belleza no habría importado si no hubiese sido tan lánguida y corta de luces. Aspasia era fea, pero tras conversar con ella unos minutos la gente se olvidaba de su físico y la encontraba hermosa.

En todo eso pensaba Susie una mañana, mientras observaba a los niños jugando con los cubos y las palas en la arena, cuando Aspasia comenzó a leer en voz alta el periódico.

Al parecer, había una epidemia de quiebras en Nueva York. Radnor Beaumont había sido el primero, pero otras tres empresas sólidas le habían seguido en rápida sucesión. Los socios de una de ellas, James Bradish y Alister Alsop, habían sido detenidos, y el periódico pronosticaba que habría más detenciones. Al terminar de leer, Aspasia dobló el diario con tanto cuidado como solía y se quedó mirando al mar. Susie recordó que James Bradish, Alister Alsop y sus respectivas esposas se contaban entre los que habían aceptado la invitación a la fiesta y después no comparecieron. Sin embargo, tampoco esta vez dijeron nada al respecto. Y de nuevo, cuando miró a Aspasia, encontró a la francesa mirando al mar, con aquel severo perfil de águila. Entonces la asaltó una extraña sospecha, tan disparatada que resultaba casi increíble.

—¿Qué piensas, Aspasia? —le preguntó.

La francesa suspiró y, sin volver la cabeza, respondió:

—Estaba pensando que tu marido es un hombre extraordinario. Debería haber sido general, como Bonaparte.

Cuando se marcharon de la playa soleada y volvieron a casa, encontraron en la mesa del vestíbulo un telegrama de Nueva York. En aquel tiempo los telegramas no eran corrientes, y Susie se alarmó al verlo. Nadie enviaba uno a menos que hubiera que comunicar algo muy importante. Mientras lo abría pensó en Gus. ¡Le había ocurrido algo!

Pero no se trataba de Gus. Era de Harriette Livingstone. Decía: «Llego tren mediodía. Perdona osadía, pero es asunto urgentísimo. Afectuosamente, Harriette».

¿Cómo podía Harriette abandonar a su padre? ¿Cómo podía Harriette, que nunca viajaba, ir sola hasta Long Branch?

Susie y Aspasia se dirigieron a la pequeña estación, un edificio de tablillas rojas y tejado negro. Cuando su amiga llegó, regresaron con ella a casa bajo el tórrido sol de mediodía. Harriette estaba trémula y se deshacía en excusas.

—Sé que Aspasia me disculpará si no hablo en su presencia. No os habría molestado de no haber sido algo muy importante, y muy secreto. —Puso una mano enguantada de gris sobre la de Aspasia y añadió—: Me disculparás, ¿verdad? Sé que lo comprendes. Algún día podré contártelo.

—Desde luego —contestó Aspasia cortésmente, pero Susie sabía que la curiosidad la devoraba como un cáncer.

Tal vez no sea nada... Harriette carece del sentido de la medida, pensó. Se repitió que no debía de ser nada importante, aunque temía que lo que Harriette tenía que decir guardara relación con Gus.

No se engañaba. Sabía desde hacía tiempo que tarde o temprano alguien le diría:

«¿Está enterada de que su marido mantiene a una actriz?». Conocía bien a Gus y esperaba algo así. Una esposa no era suficiente para él. Era un hombre con demasiado carácter, demasiada vitalidad, demasiado entusiasmo; con excesiva avidez por las fiestas, la alegría y la vida sórdida. Necesitaba muchas cosas que una esposa no podía darle y que ni él mismo permitiría que le diese, porque en ese caso no la querría como esposa. Susie sabía desde hacía tiempo que algún día conocería esa otra vida de Gus. Se había preparado para tal descubrimiento, pero ahora, mientras se dirigía a la casita con Harriette y Aspasia, se daba cuenta de que, llegado el momento, no le resultaría más fácil que si la noticia la hubiese pillado desprevenida.

Los caballos se detuvieron bajo los arcos y las tres bajaron.

—¡Oh, qué casa! ¡Es preciosa! —exclamó Harriette—. ¡Y qué césped! ¡Y qué árboles! ¡Es *très coquette*, como dirían los franceses!

—Es bonita, sí —repuso Susie, y pensó que en ocasiones la cortesía y la simplicidad de Harriette rayaban en la estulticia. A veces dudaba que le importara ser una solterona o tener que cuidar de su padre, y se decía que no valía la pena desperdiciar la compasión en alguien que no tenía sentimientos profundos. Recordó lo que Gus le había dicho una vez: que para ser capaz de sentir la tragedia había que poseer una grandeza trágica.

Condujo a Harriette a su dormitorio para que se asease, pero su amiga no podía esperar. En cuanto la puerta se cerró, apoyó la espalda en ella y dijo:

—Tengo que pedirte un gran favor.

Susie sintió un alivio tan grande que casi desfalleció, y se sentó en la cama. No era lo que sospechaba; no había venido a decirle que Gus era infiel. Advirtió que Harriette experimentaba una especie de alegría perversa por la tensión del momento. Harriette había cambiado desde que trataba con personas importantes; ya no era la mujer patética y atormentada de antes.

—¿De qué se trata, Harriette?

—De mi primo, Goodhue Blair. —Se separó de la puerta y se sentó en la cama junto a ella—. Vino a verme anoche. Estaba un poco borracho y dijo que si no lo ayudaba no le quedaría otra opción que el suicidio. Goodhue es un hombre muy respetable. Nunca lo había visto en ese estado. Dijo que sabía que era amiga tuya... Espero que no exagerara...

Susie hizo un gesto de impaciencia, pero no la interrumpió.

—Dijo que su vida estaba en manos del mayor Parkington.

—¿Cómo es posible? —preguntó Susie.

—Me temo que no lo entiendo demasiado bien —contestó Harriette—. No sé nada de negocios, pero al parecer la empresa de Goodhue está al borde de la ruina y solo el Mayor puede salvarla. Es una buena empresa, antigua y consolidada. Cuando me pidió que viniese a verte no pude rehusar. Espero que no pienses que abuso de tu

amistad.

Susie apoyó una mano sobre la de Harriette, todavía enguantada de gris.

—Desde luego que no. Siempre te has portado muy bien conmigo y, aunque no entiendo lo que me cuentas, hablaré con el Mayor.

—Nunca había visto a mi primo Goodhue en tal estado. Dijo que había acudido al propio mayor Parkington, pero que se negó a ayudarlo. Goodhue es orgulloso, y sospecho que tuvo que beber mucho para atreverse a dar ese paso. Apenas hay tiempo, según dijo. Hasta mañana por la tarde, como mucho.

Harriette no tenía ni el tacto ni la inteligencia de Aspasia, y ella misma se arrojó al fuego.

—Ya sé que Goodhue y su mujer no fueron a vuestra fiesta, pero creo que querían ir. Me dijo que Esther, su esposa, estaba en cama por culpa de una afección renal. No se encuentra bien desde que nació su último hijo. Creo que decía la verdad.

Susie notó que se le encendían las mejillas y dijo enseguida:

—Estoy segura de que esto no tiene nada que ver con que fuese o no a la fiesta, Harriette. El Mayor no es así. Se lo explicaré lo mejor que pueda. Sin duda él sabrá más del asunto que nosotras dos.

—Eres muy buena conmigo —dijo Harriette—. Siempre lo has sido. Eres un verdadero ángel, Susie.

—No digas eso. ¿Te quedarás esta noche?

—No, no puedo. Mi padre me espera. ¿Hay algún tren por la tarde? Me dijeron que salía uno.

—Pasa a las seis y diez. Aspasia se irá en él. Pero, si quieres quedarte, estaré encantada.

—No, me iré con Aspasia. —De repente se echó a llorar—. Os quiero mucho a ti y al Mayor —dijo—. Mi padre y yo agradecemos de corazón vuestra bondad.

—No tiene importancia —repuso Susie, y con notable clarividencia adivinó que la «época de Harriette» iba a llegar a su fin. Gus se ocuparía de ella y de su padre, pero poco a poco Harriette desaparecería de su vida. No solo empezaba a resultar pesada, sino que además era un poco boba. La Harriette triste había sido preferible a la Harriette sentimental de ahora. Gracias a Dios, no había sentimentalismo en Aspasia.

Se levantó de la cama y dijo:

—Entonces solo tendrás tiempo de tomar el té y comer un sándwich antes de que salga el tren. Ven conmigo.

Le abrió la puerta y salió tras ella. Ya se había olvidado de la pesadez de Harriette porque ahora sabía que sus sospechas eran ciertas. Gus se había propuesto arruinar a quienes lo habían humillado. Era responsable del suicidio de Radnor Beaumont y de la detención de James Bradish y Alister Alsop. Pronto caerían Goodhue Blair y otros

muchos. Y, en la sombra, estaba la señora Ogden... Lo comprendió con absoluta claridad. Habían planeado esa venganza. La certeza hizo que de pronto se sintiera enferma.

Tras la marcha de Aspasia y Harriette, se retiró al dormitorio y, tumbada en la cama, se preparó para la conversación que tendría con el Mayor cuando llegase en el tren de la noche. Al oír la temblorosa y vacilante petición de Harriette había experimentado una instantánea sensación de alivio porque su amiga no había ido a comunicarle lo que ella temía; pero el alivio pronto se desvaneció y solo quedó la certeza de lo que Gus había hecho..., de que era responsable de la muerte de Radnor Beaumont y de la ruina de una docena de hombres que se habían atrevido a humillarlo.

Le costaba asimilar el hecho en sí, pero la escandalizaba que su marido, a quien amaba, pudiese ser tan vengativo, rencoroso y despiadado. Durante un rato trató de persuadirse de que Harriette, que era tan obtusa, había embrollado la historia, pero no lo logró porque recordaba la mirada del Mayor cuando había arrojado contra la pared el pastor de Dresde. Era un Gus que no conocía, aunque la gente le había dicho que podía ser así. Y también recordaba el brillo frío de los ojos de la señora Ogden. Eran personas poderosas y sin escrúpulos, que atacaban con violencia y premeditación. También ella tenía su modo de conseguir lo que quería, a veces en contra de gente como el Mayor y la señora Ogden. Había maneras delicadas de minar la voluntad de los otros, de embaucarlos para que hicieran lo que se deseaba. Ella no tenía nada de ingenua ni de inocente, pero aquellos dos eran aterradores.

Oyó que llegaba el carruaje, oyó al Mayor apearse, subir por la escalera y abrir la puerta, y todavía pensaba: «¡No puede ser! ¡Harriette debe de estar loca!».

Siempre la alegraba el regreso de su marido y lo esperaba en la puerta para besarlo, pero esa noche no tenía ganas de verlo porque experimentaba una curiosa sensación de vergüenza, como si involuntariamente se hubiese visto envuelta en un asunto deshonesto. Después de lo que le había contado Harriette, era más consciente que nunca de que había una parte del Mayor que no conocía: aquella que guardaba relación con las minas, los bancos y los ferrocarriles. Gus siempre la había mantenido oculta, hasta el punto de apartar a su esposa cuando ella intentaba penetrar el misterio y conocerlo por completo. Susie sabía que, cuando lo viera, no podría evitar una actitud de extrañeza, casi de hostilidad, que hasta entonces nunca había mostrado.

Oyó que el Mayor la llamaba:

—¡Susie! ¡Susie! ¿Dónde estás?

Abrió la puerta del dormitorio y se acercó a la barandilla de la escalera, desde donde contestó con un hilo de voz:

—Estoy aquí, Gus. ¿Puedes subir?

Gus subió los escalones de cuatro en cuatro, pero al ver su rostro se quedó helado

y se detuvo en el umbral.

—¿Qué te pasa? —preguntó, como un niño—. ¿Por qué no has bajado a recibirme?

Ella se sentó en la cama, confusa y desconsolada. Al verlo, sintió que la inundaba una oleada de amor, pero enseguida pensó: «Él es el responsable. Es vengativo, malintencionado y vil».

—Ha ocurrido algo —dijo—. Quería esperarte en la puerta, pero no he podido.

—¿Qué sucede?

—Ha venido Harriette. Solo se ha quedado un par de horas. Me ha hablado de Goodhue Blair... y de los demás.

Él no respondió. Acercó una silla a la cama, se sentó y miró a Susie con una frialdad que ella jamás había visto. «Así es fuera de casa —pensó—, con los demás. Por eso le tienen miedo». Ella misma se sentía atemorizada.

—De modo que Harriette ha venido a contarte chismes —dijo Gus.

—No. No ha venido a eso. Ha venido a rogarme que te pidiese un favor... Que no arruines a su primo. Ha dicho que está en tus manos y que su primo se suicidará como Radnor Beaumont si no lo ayudas.

—Goodhue Blair no se suicidará; no tiene agallas. Como mucho, beberá hasta reventar. —El desprecio que destilaba su voz era como hielo. Se acercó un poco más y, tras una pausa, dijo—: ¿Sabes de lo que estás hablando, Susie?

—No. Solo lo que me han dicho y lo que he deducido. Tú nunca me cuentas nada. Sabes que no soy tonta. Mi inteligencia podría serte útil. Eso es lo único que me duele..., que me trates como si fuese una ignorante en esos asuntos.

—Los negocios no son para mujeres... Son desagradables.

—Pero la señora Ogden...

—Malvina Ogden no es una mujer. Es más lista que muchos hombres. Dime, ¿qué has deducido?

Ella desvió la vista, de nuevo invadida por una sensación de vergüenza.

—Que has arruinado a unos cuantos hombres y a sus familias porque no asistieron a la cena que dimos..., y que por lo menos uno se ha suicidado por tu culpa.

Se obligó a mirarlo. Gus tenía la cabeza inclinada. Contemplaba la gruesa leontina que le cruzaba el chaleco y la hacía girar con sus fuertes dedos.

—Sí —reconoció—. Es cierto. No tolero que nadie ofenda a mi mujer. Ahora podría tener otro hijo de no haber sido por ellos.

—No —replicó ella enseguida—. No es verdad. Me caí. Por eso perdí a la criatura. —Pero sabía que él no la creería hasta el fin de sus días.

—De todos modos, esa no es toda la historia —dijo él sin mirarla—. Hay mucho más, mucho más de lo que podrías llegar a entender. No es asunto para mujeres, pero

trataré de explicártelo. Esos hombres me hubieran arruinado a mí sin el menor escrúpulo. Y lo intentaron, pero no eran lo bastante fuertes. No eran lo bastante listos, ni siquiera todos juntos. Te diré una cosa: si se hubiesen salido con la suya, yo no me habría colgado de una percha. Me habría puesto a trabajar para amasar otra fortuna y vencerlos. No eran solo mis enemigos, sino los enemigos de todo el país.

Susie no comprendía qué quería decir, pero advertía que su actitud había cambiado. La cólera había desaparecido. Estaba serio y tranquilo. Hasta el timbre de su voz había cambiado.

—¿Sabes lo que es este país? —preguntó el Mayor—. Lo mejor que ha habido en este mundo. Lo tiene todo. ¿Lo has pensado alguna vez? Carbón, petróleo, minas, tierras fértiles, bosques... Ni siquiera hemos arañado la superficie. No habrá más de diez hombres en este país que puedan ver con claridad el futuro, lo que la nación puede llegar a ser. Yo soy uno de los diez, Susie. Y es tan extraordinario que ni siquiera yo puedo creerlo. Se necesitan hombres extraordinarios que avancen y construyan, no seres como Radnor Beaumont y Goodhue Blair, neoyorquinos y provincianos, que ni siquiera conocen el país. ¿Qué saben de Leaping Rock? ¿Qué pueden saber del Oeste, si no salen de Nueva York y solo se preocupan de las fiestas a las que deben o no deben ir? ¿Sabes de dónde procede su fortuna? Heredaron la mayor parte, y sus padres y abuelos no necesitaron mucha inteligencia para enriquecerse. Se limitaron a sentarse y a observar cómo su tierra se convertía en dinero porque otros la revalorizaban levantando fábricas y negocios. Se limitaron a aferrarse a lo que tenían. Recuerda siempre, Susie, que quienes heredan una fortuna son siempre los más mezquinos con el dinero, porque temen no ser capaces de recuperarlo si lo perdieran. Por eso se suicidó Radnor Beaumont, porque en el fondo sabía que, una vez arruinado, estaba arruinado para siempre. No había forma de que se volvieran las tornas.

Como si quisiera ayudarse a aclarar lo que trataba de explicar, se levantó y comenzó a pasearse por la habitación.

—Esos hombres pretendían dirigir el país, este maravilloso país, del que no saben nada. Pretendían convertir un país que ni siquiera conocen en una sociedad anónima cerrada. Querían quedarse con todo, cuando solo son unos pigmeos; sí, eso es lo que son: unos pigmeos. Trataron de arruinarnos. Creían que éramos unos cualesquiera, unos advenedizos. Creían que, como se habían aferrado a lo que les habían entregado, eran inteligentes, con sus mentes pequeñas y mezquinas.

De repente se dio la vuelta.

—¡Habrían arruinado el país! ¡Habrían dejado que se estancara! Lo querían todo para sí mismos. Pretendían impedir todo progreso, querían que continuara siendo el mundo pequeño y mezquino que siempre han conocido. —Se acercó y se detuvo al pie de la cama—. Están condenados a desaparecer, del mismo modo que han



desaparecido todos los seres insignificantes a lo largo de la historia. Está naciendo un mundo nuevo, un mundo tan grande que la mayoría ni siquiera puede formarse una idea de él, y necesita una nueva clase de hombres que no teman correr riesgos y ambicionar cosas grandes..., tan grandes como el valle de Leaping Rock. Este mundo pequeño y miserable se tambalea. Hay una nueva clase de hombres lo bastante grandes para partirlo en dos pedazos y sacar algo de él... Gould, Harriman, Vanderbilt y otros cuantos como yo. Dentro de veinticinco años las personas como Goodhue Blair y Radnor Beaumont vivirán en callejuelas si no lo han entendido.

Se inclinó sobre el extremo del lecho y cogió la mano de Susie.

—¿Sabías lo que pienso sobre nuestro país, gorrión? No cambiaría Texas por Europa entera. En Texas se puede hacer algo, construir el futuro. Europa se anquilosa en la rutina. Todo está desarrollado y acabado. Esos hombrecillos querían expulsarnos, aplastarnos. Querían cerrarnos todos los caminos, pero dentro de poco no significarán nada. Quien desee abrirse paso como banquero tiene que ser grande y ambicioso de ahora en adelante. Nadie los echará de menos. Están condenados a desaparecer. Los demás tenemos por delante una tarea. Una tarea importante que requiere hombres de mentalidad abierta que no se limiten a invertir para ganar un tres por ciento.

Susie estaba impresionada por su elocuencia y por el fuego que despedían sus ojos azules. Nunca lo había visto así. El entusiasmo y la alegría de vivir de su marido siempre le habían parecido un fenómeno natural, sin dirección. Ahora comenzaba a comprender muchas cosas.

—Dio la casualidad de que conseguí a la vez dos objetivos —continuó el Mayor—. Maté dos pájaros de un tiro..., porque castigué a los que te habían desairado. —Apretó la mano de Susie—. ¿Lo entiendes? Siento que hayas pensado que soy tan miserable que lo hice por venganza.

—No pensaba que... No sabía nada.

—Estamos empezando. El mundo nos pertenece. —Se sentó su lado—. Cuidaré de Goodhue Blair, si tanto significa para Harriette. Dejaré que conserve lo bastante para vivir, pero no lo suficiente para que vuelva a representar una amenaza.

—Gracias, Gus. Telegrafiaré a Harriette para decírselo. —Y entonces, picada por la curiosidad, preguntó—: ¿Y la señora Ogden?

—¿Qué quieres saber de la señora Ogden?

—¿También ella estaba metida en eso?

—Sí. Es una de las pocas personas que comprenden lo grande que es este país. —Sonrió de oreja a oreja—. Recuerdas que siempre dice: «¡Los civilizaré, ya lo verán!»! ¿Lo entiendes todo ahora y me perdonas?

—Sí, Gus.

Cuando la besó, ella olvidó en un momento todas sus preocupaciones.

—Perdimos un hijo, Gus, pero debo decirte que vamos a tener otro.

Todo estaba bien ahora, salvo un pequeño motivo de tristeza. Había comprendido que la casita roja no era más que un sueño. Nunca tendría un hogar, la clase de hogar que deseaba, porque era incompatible con lo que Gus había dicho mientras paseaba de un lado a otro del dormitorio, iluminado por la pasión y la exaltación de sus ambiciones, de un sueño descomunal y extraño.

Cuando se levantó y se quedó mirando a Amory, que había enrojecido e intentaba torpemente recoger los pedazos de la pastora destrozada, volvió a su memoria el doloroso recuerdo de la cena y las figuras de Aspasia y Harriette, la señora Ogden y el Mayor. El pasado remoto regresaba a ella en destellos súbitos e inesperados, claro y conciso, como encerrado en una cápsula que contuviese solo la esencia y la relevancia de lo ocurrido. Los hechos acaecidos mucho tiempo atrás comenzaban a encajar en la línea de su larga existencia, de tal modo que ahora comprendía cómo cada episodio, en apariencia aislado, había derivado del pasado y a su vez había proyectado su influencia sobre el futuro, aquel futuro que desde hacía muchos años era ya pasado. Le parecía que el tiempo era algo muy extraño que no se había explorado con la profundidad suficiente para desentrañar su significado y su forma de actuar en relación con los hombres. De repente se acordó de la sencilla descripción de la relatividad que había hecho su amigo el doctor Salvemini: si se recorría un río en una barca, el paisaje se desplegaba poco a poco, de manera sucesiva, pero si se contemplaba el mismo paisaje desde un aeroplano se veía todo de una vez. Ella comenzaba a contemplar toda su vida como un conjunto, como si la viese de una vez desde un aeroplano, no como una serie de episodios separados como las perlas de un collar. No dudaba de la lucidez y agilidad de su mente, que en algunos aspectos era más brillante y rápida que antes, dotada de intuición y de una especie de clarividencia; volaba veloz como una luciérnaga y en cierto modo era más fuerte que nunca porque tenía la experiencia como fundamento.

Pero la relatividad y la filosofía no venían al caso en ese momento. Su preocupación era Amory, que, sujetándose en la chimenea de mármol amarillo, trataba de recoger los fragmentos de la pastora.

—Déjalo, Amory —le dijo—. Ya se encargará Taylor más tarde. Puedes caerte en la chimenea y quemarte.

Aliviado, Amory se puso en pie y dijo:

—Lo siento mucho, abuela. No sé cómo ha ocurrido.

La palabra «abuela» la sacó de quicio otra vez, pero supo mantener la calma. «Para que pueda explicarse de forma inteligible, debería tener la mente un poco despejada», pensó, y dijo en voz alta:

—Creo que te sentará bien una taza de café. —Y encendió la llama bajo la cafetera de plata.

Amory se sentó en un sillón, con los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos. Cuando el café estuvo caliente, la señora Parkington le sirvió una taza y se la acercó.

—Será mejor que lo tomes sin leche ni azúcar —dijo.

De pronto Amory la miró como si la viese por primera vez, y ella se dio cuenta de que estaba asustado y de que por eso había bebido. Su mirada la desarmó e hizo que se compadeciera. «En realidad él no tiene la culpa —pensó—. Ha nacido en una cuna demasiado alta para él. Es un sujeto obtuso, sin muchas luces, y tanto en el colegio como en casa le enseñaron una serie de falsedades, entre ellas que todos los Stilham eran criaturas privilegiadas y superiores, y que el mundo dependía en cierto modo de lo que él y sus amigos hicieran y pensarán. Esperaban de él cosas que estaban muy por encima de sus posibilidades. Intentaron crear un gran cesto con esos mimbres. Incluso él mismo lo creía posible hasta ahora..., ahora que está agotado por el esfuerzo de convencerse de que es lo que se esperaba que fuera».

Amory se bebió el café y ella le dijo con amabilidad, para ayudarlo a recuperar la lucidez:

—Querías hablar conmigo, Amory. ¿De qué se trata?

—De dinero —respondió él—. Usted me dijo que contemplaría la posibilidad de concederme un préstamo si le refería todos los pormenores.

—Así es.

Él guardó silencio unos instantes y se quedó con la mirada perdida, como si hiciera un esfuerzo gigantesco por recuperar el dominio de sí.

—¿Más café? —preguntó ella.

—Sí, por favor.

Se acercó a la señora Parkington, que volvió a llenarle la taza. Cuando se sentó de nuevo, dijo sin mirarla:

—Nunca le he inspirado demasiada simpatía. —Decía lo que nunca se le hubiese ocurrido soltar estando sobrio.

—No. Aunque lo que siento por ti no es exactamente antipatía. Cuanto te casaste con Helen pensé que no eras la persona adecuada para ella, y tampoco para nuestra familia, y no creía que os amaseis tanto como para pasar eso por alto.

—Quizá tuviera razón. A veces pienso que la tenía.

—Pero no nos entretengamos en eso, que es agua pasada.

Amory suspiró y ella adivinó qué había detrás del suspiro: el deseo de volver atrás y comenzar de nuevo, de retroceder hasta la juventud, cuando, al igual que Charlie, vivía en un mundo maravilloso que parecía construido únicamente para que él disfrutara y triunfara. Había muchos estadounidenses como él, que se apiñaban en sus clubes como si fueran refugiados, que iban a reuniones de compañeros de universidad y a cenas en el club para recuperar lo que no podía recuperarse salvo en la niebla engañosa del alcohol.

—¿Para qué necesitas el dinero? —preguntó ella, y él contestó con toda franqueza:

—Para devolver lo que he robado.

—¿Tan grave es la situación?

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó, asombrada—. Tenías dinero de sobra y sabías que tendrías más, muchísimo más, con solo esperar a que yo muriese. Ya le he dado mucho a Helen.

—Eso no tiene nada que ver con la razón por la que lo hice. Quería ganar más dinero. Quería triunfar.

—Hay muchas cosas que podrías haber hecho, hay muchas cosas interesantes en el mundo. —Y le vinieron a la memoria unos versos de su infancia: «El mundo está tan lleno de cosas, que deberíamos ser todos felices como reyes». Pero Amory no se daba cuenta. Su costosa educación no le había enseñado nada, y menos aún cómo vivir el corto espacio de tiempo concedido a los humanos. A los cincuenta años tenía una mente infantil, sin la curiosidad ni el entusiasmo de un niño. En alguna parte, en algún momento, algo había fallado. En Estados Unidos había muchos hombres como él; tantos que debía de haber un defecto colosal profundamente arraigado en los mismos cimientos de la estructura.

—Lo que hice no estaba mal —siguió Amory—. Utilicé los valores de los clientes como garantía para préstamos. Lo mismo han hecho muchas veces personas que todos conocemos en Wall Street. Si todo hubiese salido como esperaba, no habría habido ningún problema, lo habría repuesto todo, pero el gobierno comenzó a entrometerse y a fisgonear en los libros. Después de todo, la nuestra es una empresa de reputación intachable. No es como si lo hubiese hecho un cualquiera. Podían haberme dejado en paz, pero ya no tenemos ningún derecho, ni siquiera en nuestra vida privada.

La señora Parkington guardó silencio. Trataba de comprender su punto de vista: que lo que había hecho estaba bien porque lo había hecho Amory Stilham. Era una opinión curiosa, y ella sabía que no era el único que la sustentaba; los habían educado para que pensaran así. El Mayor había sido culpable de toda suerte de tejemanejes a lo largo de su vida, de chanchullos tan malos como aquel e incluso peores, pero había tenido la astucia suficiente para que no lo pillaran y nunca había creído que mereciera privilegios especiales ni que lo que hacía no fuera fraudulento. Su único principio era el de que el fin justifica los medios; si no lo pillaban, todo estaba bien. Amory era un necio.

—La intervención del gobierno lo ha echado todo a perder —continuó Amory—. Ha acabado con nuestros negocios y ha hecho imposible operar en la bolsa.

Era un punto de vista curioso, que no conducía a ninguna parte. La señora Parkington comprendió con total claridad que no se sentía culpable de ninguna fechoría porque él era Amory Stilham, un agente de bolsa, y como tal creía que no debía sufrir ninguna injerencia. Era inútil intentar razonar con él.

—¿Cuánto necesitas? —le preguntó.

—Unos setecientos cincuenta mil dólares.

Ella contuvo la respiración.

—Es mucho dinero, Amory. Si te lo doy, tendrá que ser de la parte de Helen.

¿Está ella conforme?

Él se removió en la silla, nervioso.

—No lo sé. No sabe nada.

—Si te lo doy para que lo devuelvas a tus clientes —continuó ella—, ¿quedará todo arreglado?

—No lo sé.

—Pues deberías saberlo.

Él no respondió.

—¿Cuándo lo necesitarás?

—Ahora..., lo antes posible. El caso está a punto de llevarse ante el jurado de acusación.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Quizá ya sea demasiado tarde.

—Esperaba obtener dinero de mis socios y amigos para echar tierra al asunto.

—¿Y no te lo han dado?

—No. La mayoría no lo tiene... por culpa de los impuestos, las regulaciones y el condenado New Deal.

—¿Y si no puedes arreglarlo?

—Seré procesado.

—¿Y después?

—Si me declaran culpable... —Desvió la vista sin acabar la frase y ella sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. «Cárcel» era la palabra que Amory callaba.

La señora Parkington había experimentado el mismo escalofrío, el mismo miedo espantoso, años atrás, cuando una campaña de reformas legales casi había pillado a Gus y tuvieron que vivir fuera del estado de Nueva York durante un año, mientras intentaba salir del atolladero pagando sobornos. Entonces vino al mundo Eddie, que por eso había nacido en Wilmington en lugar de Nueva York, porque la amenaza de la prisión pendía sobre su padre. ¡Sobornar! Eso había hecho Gus. Así se había salvado. Tal vez se pudiera hacer lo mismo ahora, medio siglo después, en el caso de Amory. No temía por sí misma, pues poco podía afectarla el escándalo, ni tampoco por Amory, ya que no le importaba lo que le sucediera. Pensaba únicamente en Janie y en su pretendiente.

—Tendré que hablar con el juez Everett antes de hacer nada —dijo—. ¿Está al corriente?

—No lo sé.

—Mencionó a Alice la posibilidad de que hubiera problemas.

Amory enrojeció. El odio mutuo de la duquesa y Amory venía de largo.

—¿Por qué se lo dijo precisamente a ella?

—Lo ignoro.

—¿Cuándo sabré la respuesta? Tendrá que ser pronto, o será demasiado tarde para hacer nada. Cuando llegue a los periódicos, caerán sobre mí porque soy Amory Stilham y se trata de Wall Street.

—Eso no tiene nada que ver, Amory —apuntó ella con calma—. Lo mismo daría que fueras un pobre empleado de un banco que hubiera robado el dinero de la caja para jugárselo en las carreras.

Él la miró atónito.

—No veo ningún parecido —repuso—. Soy un hombre de negocios conocido y respetable, con muchas amistades e influencias. —Casi de repente se le pasó la borrachera. No obstante, era inútil tratar de hacerle comprender lo que ella quería decir.

—¿Vas a contárselo a Helen y a tus hijos?

—Si el asunto se soluciona, no habrá necesidad de decírselo a nadie. —La amargura corroía su voz—. Estos últimos días he pensado a veces que a mis hijos no les importará demasiado lo que me suceda. Son como extraños para mí.

Ella no lo negó.

—Si consigo arreglarlo —dijo—, solo te pediré que me permitas contárselo a Janie.

—Eso me facilitaría las cosas.

De pronto la señora Parkington se cansó de él.

—Creo que será mejor que te vayas a casa y te acuestes —dijo.

—No puedo dormir.

—¿Y Helen?

—Tampoco. Lleva meses sin pegar ojo. —A continuación se levantó y preguntó—: ¿Puedo tomar otra copa de brandy? Es lo único que me anima.

—Desde luego, pero yo no confiaría en eso. —Mientras él se servía la copa, añadió—: El Mayor observaba siempre una regla muy práctica. Cuando las cosas iban bien, bebía más que nadie. Pero, cuando iban mal, no probaba una gota.

Amory apuró el brandy de un trago y dijo:

—El Mayor era un hombre extraordinario. No puedo aspirar a emularlo. —Lo dijo sin sarcasmo, incluso con cierta admiración.

Ella lo miró de hito en hito.

—En efecto, era un hombre extraordinario, pero en muchos aspectos no era ni mucho menos admirable. No aconsejaría a nadie que tratara de imitar su moral en estos tiempos. Pasaría el resto de sus días en la cárcel.

Él la miró estupefacto, un poco extrañado por su franqueza.

—Pero usted estaba muy unida al Mayor...

—Amaba únicamente una parte de él y solo sentía desprecio por el resto. Creo que no lo había dicho nunca, pero quería que lo supieras. Causó muchas desgracias y tragedias por culpa de su ambición, y eso no puede perdonársele a nadie. He vivido mucho, Amory, y bien sé que ese es el pecado más imperdonable. Vale la pena reflexionar sobre ello.

Pero sabía que él no lo entendería y decidió dejar el tema.

—Si no te importa, voy a acostarme. Mañana necesitaré todas mis fuerzas.

Amory enrojeció.

—Desde luego. Lamento haberla molestado. Pero quería decirle algo más antes de marcharme.

La señora Parkington aguardó en silencio y él continuó:

—Se trata de Janie. Desearía que la persuadiese de que dejara de ver a ese joven por el que ha perdido la cabeza. Usted es la única que tiene alguna influencia sobre ella.

—¿Qué tiene de malo el joven? A mí me parece un buen muchacho.

—No tiene nada que ofrecerle.

De nuevo ella no dijo nada, de modo que Amory prosiguió:

—Además, su relación me resulta incómoda, porque fue él quien descubrió todo el asunto.

—Tenía entendido que Janie lo conoció en tu casa, Amory.

—En efecto. Pasó un fin de semana con nosotros.

—¿Por qué?

La pregunta era tan directa que lo sorprendió. Una vez más, el color tiñó su rostro, hermoso e inexpresivo.

—Quería ver si había alguna manera de inducirlo a abandonar la investigación antes de que averiguase demasiado.

—¿Lo conseguiste? —preguntó ella a bocajarro.

—No. Es un maldito fanático, un rojo con ideas disparatadas.

La señora Parkington sonrió y se dirigió hacia el timbre para llamar a Taylor. Amory la siguió y, un momento antes de que apareciese el mayordomo, dijo:

—Ha sido usted muy buena y comprensiva. Muchas gracias.

—Haré lo que pueda, Amory.

Cuando entró el mayordomo, Amory le dio las buenas noches y se marchó. La señora Parkington advirtió que Taylor reparaba enseguida en los fragmentos de la pastora y dijo:

—El señor Stilham ha dejado caer sin querer la figurita de porcelana.

—¿Guardo los pedazos para que la recompongan, señora?

—No. No vale la pena. Tírelos.



De pronto se alegró de desembarazarse de la pastora. La pareja de porcelana de Dresde parecía tener algo aciago. Cada estatuilla se había roto en un momento de suma desgracia, casi de catástrofe.

—Ha telefonado el juez Everett, señora —informó el mayordomo—. Ha dicho que volverá a llamar mañana.

—Gracias, Taylor, y buenas noches.

«Si ha llamado —pensó la señora Parkington—, es porque el asunto reviste la suficiente gravedad para que considere necesario ofrecer su ayuda. En cualquier caso, ya está al corriente, lo que me ahorrará la molestia de tener que contárselo».

Tardó en dormirse. Después de que Mattie se hubiera retirado, intentó leer, pero la cara de Amory, hermosa y enrojecida, se interponía entre ella y las páginas de tal forma que las palabras perdían su significado. Reflexionaba también sobre otras cosas: las tonterías que habían enseñado a Amory y la irracionalidad y decrepitud del mundo del que procedía. Al pensar en la guerra que se libraba en Europa mientras ella estaba tranquilamente en el lecho, consideró que la insensatez del género humano escapaba a toda comprensión; que se destruirían a sí mismos debido a su estupidez, como los dinosaurios y los brontosaurios. La humanidad parecía no haber adquirido demasiada sensatez y ningún sentido de los valores. Ella no era una excepción, ya que a lo largo de su vida había cedido de vez en cuando a la vanidad y estulticia generales. «Tal vez —se dijo, dirigiéndose a sí misma— hayas adquirido sabiduría gracias a la experiencia y, ahora que la posees, eres demasiado vieja para hacer buen uso de ella». Era triste pertenecer al género humano; resultaba más satisfactorio ser un perro como Bijou. Hasta el perro peor tratado llevaba una vida mejor que mucha gente en Europa en aquel momento.

Al cabo de un rato dejó el libro y apagó la luz, pero no logró conciliar el sueño. La oscuridad pareció acentuar su inquietud; su mente daba vueltas y vueltas como un tiovivo, para regresar siempre al mismo sitio: el desagradable asunto de Amory. Pensaba con amargura que era demasiada pretensión por su parte creer que podía robar y quedar impune; Amory no tenía dos dedos de frente. El Mayor había participado en numerosos manejos turbios, pero estaban concebidos a gran escala e implicaban millones de dólares, y paradójicamente mucha gente —incluso la misma nación— había obtenido grandes riquezas y beneficios con sus operaciones. Al parecer ya no había hombres como él; habían desaparecido hacía tiempo. Y no era cierto que, como afirmaba Amory, ya no hubiese oportunidades. Claro que las había, si bien de distinta índole, para quien poseyese la magnífica visión de futuro que había tenido el Mayor.

Recordó el dicho «Padre comerciante, hijo caballero, nieto pordiosero», y pensó en lo triste y cierto que era, aunque ahora los nietos, más que pordioseros, acababan vestidos con sedas sucias y gastadas.

Comenzó a planear el día siguiente: vería al juez Everett para averiguar qué había sucedido y conocer la gravedad del asunto, tras lo cual se pondría en contacto con el pretendiente de Janie para hablar con él. Sabía que la conversación sería dolorosa. Le permitiría descubrir muchas cosas, tal vez sin que él se diese cuenta, aunque era bastante inteligente. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para sacar del atolladero a Amory, no por él, sino por Janie.

Pero antes se entrevistaría con el juez Everett. Se quedó dormida rememorando la primera vez que lo había visto, cuando era un abogado joven y fue a Newport para hablar con el Mayor de unas empresas mineras. Lo recordó en el comedor de mármol amarillo, mientras cenaban, con el sonido de las olas en la playa al pie de los arrecifes. En aquel tiempo el Mayor había conseguido cuanto deseaba. Ya nadie se negaba a acudir a sus fiestas. Había obtenido cuanto quería sin hacer ninguna concesión, abriéndose camino a base de coacciones y ayudado por una esposa que Dios parecía haber creado a la medida de sus ambiciones. Continuaba siendo vulgar, vigoroso y desmesurado, pero en aquel tiempo la gente lo calificaba de excéntrico y genial, porque tenían que encontrar excusas para aceptarlo y enmascarar su propia vanidad y debilidad. Ella pensaba que ahí residía su grandeza, no en que hubiese acumulado una inmensa fortuna y cambiado la faz del continente, sino en que había seguido siendo el mismo de principio a fin, el mismo hombre que llegó al Grand Hotel de Leaping Rock con un traje de cuadros y una corbata morada con un alfiler de brillantes.

Antes de quedarse dormida recordó que el juez Everett había sido el primero que osó desafiar abiertamente al Mayor. Después de la cena, mientras ella cosía y los dos hombres fumaban y bebían brandy en el gabinete contiguo, oyó, con vergüenza y gran interés, fragmentos de la conversación, que se volvía más acalorada a medida que el desacuerdo entre ambos se acentuaba. Escuchándolos, sintió admiración por aquel joven que se atrevía a retar a un hombre tan poderoso como el Mayor, capaz de impulsar o destruir la carrera de un abogado.

Hacia el final, cuando la discusión se volvió más violenta, oyó decir al joven abogado: «No participaré en este asunto y aconsejaré a mi bufete que no intervenga. Hay ciertos límites, señor, y creo que usted los ha sobrepasado con creces».

El Mayor dijo algo que ella no pudo oír, y luego el joven afirmó: «Algún día se ajustarán las cuentas. Quizá usted no llegue a verlo, pero será casi una revolución contra usted y los de su calaña. El pueblo se levantará y pondrá fin a todo estos manejos, y usted y los de su clase tendrán que responder de sus actos».

A continuación oyó hablar al Mayor y adivinó que se había levantado del sillón. Esta vez sus palabras le llegaron con total claridad: «Joven, habla usted como un anarquista, pero quizá tenga parte de razón».

«Anarquista» era un término anticuado. En aquella época, Gus lo utilizaba del

mismo modo que ahora Amory empleaba la palabra «rojo» para referirse a cualquiera que se opusiera a él.

Entonces salió sigilosamente a la terraza, que daba al mar, y, cuando los dos hombres fueron a la habitación donde había estado sentada, entró con aparente inocencia, como si hubiese estado fuera todo el tiempo y no hubiera oído nada. El joven abogado le pareció un hombre nuevo. «Si me hubiese casado con alguien como él —pensó—, habría sido mejor, a pesar de todo, y Alice no se casaría dentro de una semana con un muchacho mediocre y disoluto que ambiciona su dinero tanto como ella desea ser duquesa».

Observó al joven y se dijo: «Si Gus muere antes que yo, lo contrataré para que sea mi abogado. Así volveré a sentirme respetable». Justo antes de dormirse, recordó lo que Everett había dicho: que habría una revolución y que el pueblo derribaría a los hombres como el Mayor. Se había producido demasiado tarde para atrapar a Gus, pero había pillado de lleno a su nieto político, que solo era una lamentable imitación del viejo titán.

A las diez de la mañana llamó el juez diciendo que quería hablar con ella de algo muy importante.

—Ya sé de qué se trata —repuso la señora Parkington—. Amory estuvo aquí anoche. ¿Es tan grave como sospecho?

—Es bastante grave. Hablaremos cuando llegue. No es un asunto que deba abordarse por teléfono.

Cuando colgó, la señora Parkington se quedó mirando la sombría fachada del edificio de enfrente. Mientras estaba sentada en el *boudoir*, Mattie llamó a la puerta y entró. Ella advirtió su presencia, que sin embargo quedó fuera del reino de lo consciente, como si estuviese hipnotizada por la fachada, aunque en verdad no la veía. La certeza de que Mattie la miraba de hito en hito la sacó del ensimismamiento. Se volvió hacia ella.

—¿Qué ocurre, Mattie?

Su cara redonda, franca y hosca revelaba preocupación.

—Ha dormido mal.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la señora Parkington.

—Por cómo ha dejado la cama. Cuando duerme bien, parece que nadie se hubiese acostado en ella. Esta mañana estaba más revuelta que nunca.

Comprendió que Mattie intentaba sonsacarle lo que sucedía. Era posible que hubiese oído la conversación con el juez, aunque la puerta estaba cerrada.

—No pasa nada —contestó—. Cuando nos hacemos viejos, no necesitamos dormir mucho.

—Tiene muy mala cara —afirmó la implacable Mattie—, con grandes ojeras.

—¡No importa! —replicó la señora Parkington—. Siempre las tengo por la

mañana. Póngase a trabajar.

—Lo decía por su bien, señora —repuso Mattie. Rara vez usaba la palabra «señora», a menos que estuviese enfadada—. El señor Amory no tiene ningún derecho a tenerla levantada hasta tarde contándole cosas que la llenan de pesadumbre.

—¿Cómo sabe lo que me dijo?

—No lo sé, pero me lo imagino —contestó Mattie con un tonillo malicioso. La señora Parkington recordó que Amory no había saludado a Mattie cuando esta entró en la habitación para llevarse a los perros. No había mostrado el menor signo de reparar en su presencia. Había sido una falta de delicadeza, pues Mattie era casi de la familia y, en algunos aspectos, más de la familia que algunos de sus miembros.

—Bien, no fue nada. No me dijo nada que me disgustase.

Mattie soltó un resoplido más elocuente que si hubiese dicho: «No hace falta que me mienta». Luego salió dejando la puerta entreabierta, pero no con la maña suficiente para que la maniobra pasase inadvertida a la señora Parkington, quien consideraba que escuchar furtivamente a los demás era una invasión de la intimidad, aunque en el pasado ella misma había incurrido en esa falta.

—Haga el favor de cerrar la puerta, Mattie —exclamó irritada, y la sirvienta obedeció sin más comentario que la violencia con que la madera encajó en el marco.

La señora Parkington descolgó entonces el auricular y llamó a casa de Amory preguntando por Janie. La voz de la muchacha la animó y la llenó de alegría, como si su sonido tuviese la virtud de darle fuerzas.

—Necesito hablar con Ned, querida —dijo—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Janie le dio su número de teléfono y añadió:

—No estará hasta las once, porque ahora mismo está volviendo de Washington. Tiene noticias maravillosas, bisabuela. Le han ascendido. Se irá a San Francisco en otoño.

—¿Estás contenta?

—Sí. Es estupendo.

—¿Todavía no habéis decidido cuándo os casaréis?

—Creo que en septiembre.

—Está bien. —Hubo una pausa, porque a la señora Parkington, sabiendo lo que sabía, por una vez no se le ocurría qué decir. Por fin agregó—: Quiero hablar con Ned de unos asuntos..., de unas leyes referentes a algunos valores que poseo.

—Es un entendido en la materia.

—Sin duda. Ven a verme pronto.

El juez llegó a las once y media. Siempre había sido puntual, como todas las personas ocupadas; solo los ociosos y aquellos que no tenían ninguna preocupación se permitían desperdiciar el breve tiempo concedido a la vida humana.

Era un hombre alto y delgado, con bigote y cabellos blancos, tez sonrosada, porte

erguido y aire orgulloso. La señora Parkington consideraba que esto estaba justificado en su caso, ya que había sido embajador y ministro, pero sobre todo porque había llevado una vida honorable y había hecho mucho bien. Desde la lejana noche en que lo había oído enfrentarse al Mayor, siempre había habido entre ellos una chispa, una especie de entendimiento íntimo. Era como si supiesen algo que los demás ignoraban, y cuando estaban juntos podían ir directamente al fondo de cualquier asunto, sin preliminares, sin titubeos ni explicaciones. Por eso la señora Parkington no temía su visita, sino que la agradecía. Los consejos del juez serían acertados y quizá él encontraría correcto su punto de vista.

—Hacía mucho tiempo que no me invitaba a venir, Susie —dijo él nada más verla—. Demasiado tiempo.

—Nada le impedía venir alguna vez a tomar el té conmigo. Ya no me molesto en ofrecer comidas. Hay mucho que hacer últimamente.

Se interesó por la esposa del juez, que, según dijo él, estaba bien pese a la artritis. Era una mera pregunta de cortesía, que no engañaba a ninguno de los dos; sabían que se había casado muy joven y que la inteligencia no había desempeñado ningún papel en su elección. Su mujer era frívola y corta de luces, pero seguía con ella porque tenían tres hijos, aunque a veces lo exasperaba lo indecible. La señora Parkington lo sabía y era consciente de que él no ignoraba que lo sabía, si bien nunca habían hablado de ello. También sabía que en algunos aspectos lo comprendía mucho mejor que su esposa.

Tras preguntar por todos los miembros de la familia del juez, dijo:

—¿Es grave la situación de Amory?

—Me temo que sí.

—No sé hasta qué punto lo es ni si se puede hacer algo. Amory solo me ha dicho vaguedades. Así pues, hablaré de la parte que me afecta. —Tomó en brazos uno de los perros y continuó—: Seré muy franca. Nunca he simpatizado con Amory. Jamás nos hemos llevado bien, ni siquiera al principio.

—Creo —dijo el juez sonriendo— que lo ha notado mucha gente, incluido yo.

—Siempre se ha dado demasiada importancia, sin tener motivos para ello. No obstante, eso no tiene nada que ver con su situación actual, o muy poco. La cuestión es que quiero hacer lo que sea preciso para ayudarlo. Sobre todo me gustaría echar tierra al asunto. El dinero no será ningún problema. Estoy preparada para eso. Pagaré todas sus deudas sin vacilar si sirve de algo.

No había necesidad de entrar en detalles. Everett era su abogado. Sabía a cuánto ascendía su fortuna y que la pérdida de setecientos cincuenta mil dólares apenas se notaría.

—Susie, no sé en qué punto se encuentra el asunto ni si se puede arreglar. Hasta ahora no he intervenido de manera oficial. Me he enterado de lo que sé por conductos

que no son exactamente públicos. Sin embargo, empieza a salir a la luz. —Sacó la cartera, de la que extrajo un recorte de periódico. Se lo entregó y dijo—: Mire. Está señalado.

Ella se puso las gafas y en una columna de cotilleos vio una frase subrayada que decía:

Estén atentos a un escándalo económico en el que está implicado uno de los caballeros más ricos, conocidos e influyentes de Nueva York. En el peor de los casos, podría acabar entre rejas como otros financieros.

Después de leerlo se sintió desfallecer.

—¡Malditos periodistas! —dijo, tratando de serenarse.

—Si se llega a saber, no habrá forma de detenerlo, porque la opinión pública no es como antes. —No añadió «como en los tiempos del Mayor», pero no había necesidad de decirlo.

—¿Suele leer las columnas de cotilleos?

—Lo leo todo. Descubrí hace tiempo que era la mejor manera de entender este fabuloso país nuestro.

—¿De quiénes son los valores de los que ha dispuesto Amory? —preguntó ella.

—No sé todos los nombres. Usted conocerá algunos, porque son amigos suyos.

—En cierto sentido eso agrava la situación.

La señora Parkington oyó sonar el teléfono a lo lejos y pensó con amargura: «Más quebraderos de cabeza, supongo».

—¿Qué me aconseja que haga, John? —preguntó.

—Que tenga paciencia. Yo me ocuparé de todo. Si es posible hacer algo, debería ser capaz de resolverlo.

Sonó un golpe en la puerta y, cuando ella contestó, entró Taylor.

—Señora, ha llamado la doncella de la señora Sanderson —informó—. Desea hablar con usted. Dice que es urgente.

La señora Parkington descolgó el auricular que tenía al lado y oyó la voz histérica de la doncella:

—No sé qué le pasa a la señora Sanderson. No puedo despertarla. Está tumbada. No habla ni abre los ojos.

La señora Parkington pensó enseguida: «No puede estar muerta».

—Llame de inmediato al doctor Thursby. Le daré su número —dijo.

Tomó la libreta de direcciones que había junto al aparato y buscó el número mientras oía hablar a la doncella sin entender lo que decía.

—Escúcheme —dijo—. Cállese un momento, por favor. Llame al doctor Thursby y dígame que vaya rápidamente. Yo iré de inmediato. —Le dio el número del médico y le preguntó—: ¿Lo ha apuntado bien? Haga el favor de repetirlo. —La doncella así lo hizo—. Si el doctor Thursby no está, diga que envíen a otro. Y mientras tanto póngale

bolsas de agua caliente en los pies y arrópela con mantas. Llegaré enseguida.

Cuando colgó el auricular, dijo:

—Es Alice. Su doncella no puede despertarla. Toma somníferos y seguramente esta vez se le ha ido la mano.

El juez se levantó.

—La llevaré a su casa. Tengo el coche en la puerta.

La señora Parkington llamó a Mattie, quien, para su irritación, insistió en acompañarla. Nada podría disuadirla.

—Si no me lleva con usted, iré corriendo detrás del coche —aseguró con firmeza—. ¿Acaso prefiere eso?

Insistió en sentarse junto al conductor. El juez y la señora Parkington iban en el asiento de atrás, en silencio; ninguno de los dos sentía la necesidad de hablar. El juez, que conocía todo lo concerniente a la duquesa y su consumo de fármacos, pensaba: «Es increíble la cantidad de cosas que le han sucedido a Susie..., las tragedias y los avatares que ha vivido. Es una mujer extraordinaria por haber sobrevivido a tantas desgracias».

En el rincón, la señora Parkington pensaba en su hija Alice, no como era ahora, una mujer cansada de sesenta y cinco años, que en ese momento yacía inconsciente en la cama, sino como había sido tiempo atrás, antes de casarse e irse a vivir a Francia.

Era como si el infortunio pesara sobre Alice desde aquel verano lejano de Long Branch, cuando a ella le había preocupado que no fuese tan atractiva como su hermano Herbert. En ocasiones la señora Parkington estaba dispuesta a creer en la astrología, porque era lo único que podía explicar la diversidad y extrañeza de las vidas humanas. ¿Cómo era posible, si no, que la vida de algunos fuera tan inútil y vacía como la de Alice? ¿A qué se debía que la suya fuese, en cambio, una sucesión de hechos espectaculares? Y no por su voluntad, ya que en el fondo lo único que había deseado siempre era un hogar tranquilo y una existencia apacible y placentera.

Le parecía que las desdichas habían comenzado con la señora Ogden y su amadrinamiento de Alice, su determinación de que fuese atractiva e hiciese una buena boda. Sí, todo empezó con el gran baile que Malvina Ogden organizó cuando Alice cumplió los dieciocho años para presentarla en sociedad, para lanzarla y ayudarla a triunfar, por más que no hubiera en ella la materia prima necesaria para un porvenir brillante. Si Malvina la hubiese dejado en paz, Alice habría sido una solterona o encontrado un marido aburrido pero respetable; eso era lo que a todas luces, por su naturaleza, le reservaba el destino.

Lo peor era que Alice siempre había sabido que carecía de atractivo, desde que era niña y la gente se detenía ante el cochecito para admirar a su hermano de cabellos dorados. Una vez separada de Herbert por el colegio, nada mejoró. El problema no

estribaba solo en su piel cetrina y con tendencia al acné, sino en que en su interior no había la pasión suficiente para compensar esos defectos. No había deseado nada de lo que le daban a manos llenas: ni los colegios ni los vestidos ni las fiestas elegantes; solo quería que la dejaran tranquila y ser enfermera.

Fue el Mayor quien la impulsó a la desgracia desde un principio. Con su egocentrismo y vitalidad, consideraba que sus hijos e incluso su mujer eran meros apéndices y emblemas de su triunfo. Una hija suya no debía contentarse con ser una humilde enfermera. Por el contrario, debía encontrar un buen partido y obtener grandes éxitos en la vida. No importaba que Alice no tuviese las cualidades necesarias: ni la belleza, ni la inteligencia, ni la fortaleza. Era una muchacha fea, corta de luces y sentimental, aunque inmensamente rica, que solo deseaba pasar inadvertida.

La señora Parkington recordaba muy bien las disputas y la violencia que caracterizaron aquel período. Fueron las únicas discusiones que tuvo con el Mayor, pues ella se puso de parte de Alice. Pero en realidad se enfrentaba no solo a Gus, sino también a la señora Ogden, que había convertido a la muchacha en una de sus «causas».

Luego Alice abandonó a su madre. Le ocurrió algo raro, algo que la señora Parkington nunca había llegado a comprender. «¡Muy bien! —dijo un día—. Iré a fiestas, vestiré con elegancia y haré todo lo que mi padre desea». Su apatía se tiñó de frialdad e indiferencia. Gus y la señora Ogden se salieron con la suya y, en el gran baile que esta dio, Alice lució un vestido de Worth y un collar de perlas —regalo de su padre— que le llegaba casi hasta las rodillas, recibió docenas de ramos de flores y su carnet de baile ya estaba lleno antes de la fiesta, pero nunca creyó en su propio éxito. Sabía que le mandaban flores e invitaciones únicamente porque era la hija del mayor Parkington y la protegida de la señora Ogden, una combinación tan formidable que nadie habría osado oponerse a ella. Y también porque era muy rica...

Cuando el duque llegó a Nueva York, a todas luces buscando una esposa rica, y se alojó en casa de Malvina Ogden, la pobre Alice fue la víctima más evidente y, con sus ropas de Worth y sus perlas, esperó como un ternero sacrificial convertirse en la duquesa de Brantès. Nada pudo hacer la señora Parkington, ya que su hija lo deseaba, tal vez porque siendo duquesa podría escapar de la monotonía y desquitarse de las pasadas humillaciones.

En el asiento trasero del coche del juez, la señora Parkington exhaló un suspiro tan sonoro que el juez la miró sin que ella se diese cuenta. Era como si Alice hubiese estado condenada desde el principio, y ahora, tras mucha infelicidad e innumerables indignidades, tal vez estuviera a punto de morir sin haber llegado a vivir en realidad.

El automóvil se detuvo ante la puerta de la casa, el juez se apeó para ayudarla a descender y Mattie saltó del asiento junto al conductor. La señora Parkington se sintió



de pronto cansada y desesperanzada. Desde hacía años, todos acudían a ella cuando estaban enfermos o en apuros. Eran tediosos y molestos, y no valía la pena hacer ningún esfuerzo por ellos. Cuando Gus murió, había pensado que en adelante podría hacer lo que se le antojara, pero en realidad la situación empeoró. «Ojalá viviese Herbert o Eddie —pensó—, pues al menos tendría a alguien... A ellos se les podía perdonar casi todo porque eran apuestos y alegres, vivaces y atractivos. En cambio, los demás, salvo Janie, son pesados y aburridos». No tenían derecho a exigirle nada.

Se enderezó y, tras despedirse del juez, entró en la casa del brazo de Mattie. Sin ninguna razón aparente, pensó en Al, el vaquero, y deseó verlo otra vez, como si de algún modo su sencillez y serenidad pudiesen proporcionarle la fuerza que necesitaba.

Ya había llegado el médico, un hombre de sesenta años, corta estatura y rostro serio con una pequeña perilla y gafas brillantes. Él y la señora Parkington no tenían necesidad de fingir. La duquesa era una de sus pacientes y la señora Parkington le pagaba un sueldo anual por atender a su hija.

Después de los saludos, el médico dijo:

—Ha tomado una dosis excesiva de somníferos. Creo que se repondrá. Tiene el corazón fuerte y una buena constitución.

Cuán perversa era la naturaleza, que había dado a Alice la complexión de un toro cuando, desde hacía años, a ella no le importaba vivir o morir.

—¿Ha mandado llamar a una enfermera? —preguntó la señora Parkington.

—Sí. Llegará dentro de media hora.

—Quizá sería sensato tener una enfermera permanente.

El doctor la miró.

—¿Para impedir que esto vuelva a suceder?

—Sí.

—Sería buena idea, si la señora Sanderson está de acuerdo.

—Creo que lo estará —afirmó la señora Parkington—. Mi hija es bastante descuidada. ¿Puedo dejarlo en sus manos?

—Desde luego.

—Convendría que fuese una mujer de edad madura y un poco charlatana, para que distrajera a la señora Sanderson.

—Creo que conozco a la enfermera adecuada.

—Si eso es todo, entraré a verla.

—De acuerdo. Esperaré hasta que llegue la enfermera.

La señora Parkington recorrió el pasillo que conducía al dormitorio. Al llegar a la puerta se volvió y dijo:

—Muchas gracias, doctor. Gracias por todo.

Él se limitó a hacer una inclinación.

Era extraordinario que hubiesen mantenido esa conversación sin mencionar en ningún momento la cuestión de fondo: que Alice había tomado una dosis excesiva de somníferos, no porque quisiera suicidarse, sino porque había estado bebiendo sola. Alice no era de las que se suicidaban, porque los bebedores rara vez lo son. Cada vez que beben, huyen de la vida hacia una pequeña muerte.

Emily, la doncella, estaba sentada muy tiesa en una silla junto a la cama, velando ostensiblemente a su señora. Era una mujer flaca y apergaminada, histérica y calculadora. La señora Parkington poseía una inmensa fortuna y, cuando muriera, quizá dejara a su hija al cuidado de la doncella, y Emily no quería que hubiera ninguna duda sobre su abnegación. Tal vez hubiera legados para los criados fieles y los sirvientes celosos, como los que, según había leído en los periódicos, incluían los testamentos de las personas ricas y elegantes como la señora Parkington. Podría haber escogido un sillón cómodo, pero el efecto no hubiera sido tan bueno, pues no habría dicho tanto de sus desvelos y su entrega.

La señora Parkington no se dejó engañar por la pantomima. Tras saludarla con un enérgico «Buenos días», miró a Alice, que estaba tendida de espaldas y respiraba por la boca, y preguntó:

—¿Cómo ha sucedido, Emily?

La doncella, que ya se había puesto en pie, respondió:

—No lo sé, señora. La señora Sanderson me dio permiso para ir al cine. Se quedó sola y, cuando volví, estaba dormida.

Si todo hubiese sido diferente y ellas se hubieran llevado mejor, Alice podría haber cenado con su madre en lugar de quedarse sola en casa bebiendo. La señora Parkington suspiró al reparar en lo amarillenta que se veía la piel de su hija en contraste con el blanco de las sábanas. Se reprochó no haberse preocupado lo suficiente por ella, aunque en el fondo no sabía qué más podría haber hecho. Era difícil tratar con personas que eran a la vez torpes y amargadas; Alice era ambas cosas desde los diecisiete años.

—No hace falta que esté aquí —le dijo la señora Parkington a Emily—. Me quedaré hasta que recobre el conocimiento. Pregunte a la cocinera si hay carne o huevos.

Cuando la doncella salió y dejó solas a Alice y a la señora Parkington esta abrió un poco más la ventana para que entrara el tibio aire primaveral y se sentó en un cómodo sillón desde el que podía observar a su hija.

La fatiga y el tedio parecían haber desaparecido del rostro de Alice, como si estuviera muerta y hubiese hallado aquella paz que algunos solo alcanzan con la muerte. Bajo la carne flácida se entreveían otras caras, muy nítidas en la memoria de la señora Parkington: la de Alice cuando se casó con el duque y durante un tiempo fue feliz porque, como la esposa rica de un aristócrata famoso, sabía que por primera

vez era importante y envidiada por jóvenes más bellas y atractivas que ella. Eso había significado mucho para Alice.

También estaba la cara de Alice cuando todo terminó y regresó de Francia, con arrugas de amargura en torno a la boca y una mirada opaca de dolor en sus ojos saltones. Y la cara de Alice cuando se casó con un expatriado inglés, aventurero y despreciable, que mantenía a otras mujeres con el dinero que ella le pasaba. Y la cara, ya envejecida, de cuando contrajo terceras nupcias con un viudo asexuado de mediana edad llamado Sanderson, de Pasadena. Ni siquiera era atractivo. Coleccionaba vidrieras, tocaba el órgano y tenía halitosis. En cada ocasión, era el dinero lo que había convertido a Alice en una mujer deseable, lo que la había empujado a un matrimonio desgraciado. Con todos sus defectos, el duque había sido el mejor. Los tres matrimonios habían acabado de forma desastrosa y humillante.

Mientras esperaba, la señora Parkington recordó al duque. Hacía años que no pensaba en él, desde que los periódicos informaron de que había perecido en la batalla de Verdún a los cincuenta años. Hasta entonces, el duque le había escrito una o dos veces al año, como si su desdichado matrimonio con Alice no se hubiera celebrado. A veces ella respondía a las cartas con un par de líneas, pero casi siempre las dejaba sin contestar. Aun así, él seguía mandándole cartas agradables, llenas de frases ocurrentes y elogios, muy francesas; cartas un tanto desvergonzadas, en las que en ocasiones daba la impresión de que pretendía cortejarla. «La tragedia de una mujer fea es tener una madre hermosa y encantadora —escribió una vez—. En realidad, ha sido una tragedia en más de una vida».

La carta la había entristecido porque revelaba algo en lo que nunca había pensado y que al fin veía con claridad: que Alice siempre había tenido celos de ella porque Gus la amaba profundamente, porque sus hermanos la adoraban, y que tenía celos de estos porque eran mucho más guapos e inteligentes que ella. Comprendió entonces muchas cosas, como la hosquedad y la rebeldía de Alice en su juventud, y su repentina sumisión a la voluntad y los planes de la señora Ogden.

La señora Parkington se preguntó por qué no había llegado aún la enfermera y poco a poco se sumió en una especie de duermevela en el que el pasado y el presente se mezclaban sin remedio. Se encontraba de nuevo en Newport, en la mansión de mármol. Era junio, cuando Newport estaba más bonito que nunca y la casa y las pérgolas rebosaban de flores. Había gente por todas partes: proveedores, floristas y mozos que colgaban guirnaldas de farolillos chinos entre los árboles en flor, porque Gus quería realizar un esfuerzo digno de los Parkington. Su hija iba a casarse con un noble francés, a convertirse en duquesa, y la boda tenía que ser la más espléndida que se hubiera visto.

Herbert y Eddie estaban contentos, aunque Eddie, que tenía diecisiete años, pensaba que todo aquello era una sandez y así lo decía. Amélie, la hija de los Blair, se había quedado a pasar unos días porque Herbert no podía vivir sin ella. Tenía dieciocho años —la misma edad que él—, era alta y esbelta y estaba un poco loca, como toda su familia (nunca se sabía cuándo saldrían los Blair con una excentricidad). Hasta entonces Amélie no había hecho nada más extravagante que vestirse al estilo de los cuadros de Botticelli y prenderse flores frescas en el cabello, si bien recordaba más a Ofelia que *La primavera* del pintor italiano. La señora Parkington esperaba que la atracción fuese solo un enamoramiento adolescente, porque no era conveniente casarse con una Blair. Procuraba no oponerse abiertamente por temor a que Herbert se rebelase, ya que era el más querido de sus hijos, lo que reconocía para sí pero ocultaba casi vergonzosamente en lo más profundo de su alma. En cierto modo seguía siendo el niño hermoso ante cuyo cochecito la gente se detenía para admirarlo. Con sus cabellos rubios, sus ojos azules y la vitalidad heredada de su padre, había en él algo límpido y brillante. Esa vitalidad lo impulsaba y lo llevaba a meterse en líos, ya que, a diferencia de su padre cuando tenía esa edad, él ya lo tenía todo. Y «todo» eran muchachas y placer, y ahora era aquella Blair que iba de aquí para allá hablando con voz afectada. La señora Parkington pensaba en las extrañas vueltas que daba la vida: Amélie Blair era nieta de Goodhue Blair, a quien Gus había salvado de la ruina porque Harriette se presentó en la residencia de Long Branch una sofocante tarde de verano para interceder por él.

Eddie, que había nacido poco después de aquella visita, era alocado, precoz y guapo. Lo habían expulsado del colegio Saint Bart por meter un barril de cerveza en el dormitorio. Su padre pensaba enviarlo al Oeste, a una de sus minas, para que entrara «en vereda», pero en el fondo admiraba a aquel adolescente rebelde porque se parecía a él. «Solo tenía dieciséis años cuando dejé preñada a un chica», había fanfarroneado una vez ante Susie. No comprendía que su caso y el de sus hijos eran muy diferentes. Un joven sin dinero y con una ambición insaciable podía ser tan

alocado como quisiese sin el menor peligro porque esa misma ambición no le permitiría apartarse de su camino. Distinta era la situación de los dos muchachos, que ya tenían todo lo que su padre siempre había deseado. La apostura de ambos también contribuía a su posible perdición. Pero Gus no la escuchaba. Quería que sus tres hijos tuviesen todo lo que él no había tenido a su edad y creía que los dos chicos eran, en cierto sentido, una mera prolongación de su yo; debían ser brillantes e inteligentes porque eran hijos suyos. Los éxitos de los muchachos, su apostura, sus matrimonios, eran solo una parte de su inmenso triunfo. Gus quería comerse el mundo; que este no lo hubiera destruido a él solo significaba que poseía el vigor, la fortaleza y la constitución de una figura mítica.

El día de la boda no fue feliz. Desde que se levantó, Susie estuvo preocupada y nerviosa, no por los pormenores de la ceremonia, que había confiado a Aspasia — como francesa, tenía talento para tales menesteres—, sino por su propia familia y por ese matrimonio que la deprimía.

Hacia el mediodía apareció el duque para echar un vistazo. Era un joven elegante de veintinueve años, rostro delgado y moreno, ojos apasionados y modales un tanto amanerados, carácter cordial y agradable, pero decididamente no era el hombre que Susie hubiera elegido como yerno. Cuando estaba con Gus, ella tenía unas ganas locas de reír a carcajadas al ver que apenas lograban entenderse; hasta el aire parecía crepitar en torno a ellos.

El duque fue a presentarle sus respetos antes del almuerzo y con repugnancia se enfrentó ella a la tarea que había decidido abordar antes de que Alice y él embarcaran en el *Carpathia* con destino a Londres. Tenía que asumirla ella misma porque entre su marido y su futuro yerno no existía ningún terreno común que les permitiera tratar las cuestiones íntimas que la atormentaban.

Lo condujo a su pequeño gabinete con vistas al mar, pidió jerez y, cuando lo hubieron servido, dijo:

—Jacques, es la última vez que nos vemos antes de la boda y me gustaría puntualizar un par de cosas.

—Sí, *belle-mère* —dijo él sonriendo.

—Alice no es guapa.

El duque frunció el entrecejo.

—No es una belleza, pero es agradable, una *jolie laide*.

Susie no se engañó. Advirtió su deseo de halagar y su esfuerzo por convencerse a sí mismo de que Alice no era una novia feúcha y apocada. Para ser *jolie laide* había que tener vivacidad e inteligencia. Aspasia seguía siéndolo, cumplidos ya los cincuenta.

—Quisiera que por ese motivo se portase bien con ella.

—Por supuesto que lo haré, *belle-mère*.

Pronunció estas palabras con desenfado. Era demasiado zalamero y cínico para el gusto de Susie.

—Creo que comprendo la razón de este matrimonio —dijo ella.

—Sí —contestó él sin ruborizarse.

Las condiciones eran buenas, pensó Susie. Gus se había ocupado de eso. Había creado un fondo que proporcionaría cien mil dólares anuales al duque mientras viviese; la mitad para el mantenimiento de sus posesiones, y la otra mitad para él.

—Lo que voy a decir es desagradable —continuó ella, obligándose a pronunciar las palabras—. Le seré sincera: yo me he opuesto a esta boda, pero Alice la ha querido, al igual que la señora Ogden y mi marido. Creo que los matrimonios como este no son felices.

Él quiso hablar, pero ella levantó la mano.

—Déjeme terminar —dijo—. Será más fácil así.

El duque se hundió en el sillón, y la mirada burlona y apasionada se volvió fría.

—No le pido que ame a Alice, y tampoco puedo pedirle lo imposible: que le sea fiel. Solo le pido que sea amable y considerado con ella, para que no la haga más desdichada de lo que es. Si le es infiel, actúe con discreción para que ella no lo descubra ni se sienta humillada sabiendo que los demás están enterados. Trátela con la dignidad que merece como su esposa y, tal vez, la madre de sus hijos. No creo que sea una muchacha exigente. Sea amable y considerado.

Mientras hablaba sentía que le fallaban las fuerzas, y acabó el discurso con un hilo de voz. Tenía la impresión de que él no la escuchaba o de que la escuchaba con actitud burlona y cínica, considerándola ingenua y burguesa.

Sorprendentemente, él contestó:

—Cuidaré muy bien de su hija, *belle-mère*. No debe preocuparse. Es usted una mujer inteligente y muy franca. Hubiera deseado casarme con usted en lugar de con Alice. Su marido es un hombre afortunado.

Era una declaración chocante, pero a Susie le agradó. Le resultaba extraño estar hablando como una anciana con un hombre al que solo llevaba ocho años y que en algunos aspectos era mucho más viejo y estaba más cansado de vivir de lo que ella lo estaría jamás.

Luego conversaron de otros temas, hasta que Aspasia llamó a la puerta y entró diciendo que Alice quería verla. El duque salió y, mientras se alejaba, Aspasia observó su perfil orgulloso y firme contra el azul brillante del mar de junio. Susie se dio cuenta y, al cabo de un momento, preguntó:

—¿Qué piensas?

Aspasia, tan hermosa como siempre que estaba irritada, contestó:

—No hay ninguna razón que me impida ser franca. Pensaba que ese hombre es un *voyou*.

En efecto, no había ninguna razón para que ella y Aspasia no fueran sinceras la una con la otra, teniendo en cuenta lo antigua e íntima que era su amistad y las extrañas circunstancias en que había comenzado.

—Alice está histérica —añadió Aspasia—. Dice que no quiere casarse. Tendrás que obligarla.

—Quizá tenga razón.

—Tal vez, pero no puede portarse así —repuso Aspasia—. Que se case con el duque. No importa. Si no se casa con él, se casará con otro parecido. Está predestinada.

Así pues, Susie fue a tranquilizar a Alice, que de repente sentía una repulsión irracional hacia el duque, y mientras estaba sentada junto a su hija vio por la ventana las figuras de Malvina Ogden y su doncella, que llegaban en una victoria. La señora Ogden estaba muy erguida, triunfante. Había engordado muchísimo y el carruaje se vencía de su lado. Su fealdad caballuna quedaba realzada por el traje verde de viaje que llevaba. «Viéndola —pensó Susie—, cualquiera diría que este es su gran día, que es su hija quien se casa». Y, en cierto sentido, así era. Había «encumbrado» a los Parkington. Nadie declinaría asistir a esa fiesta. Incluso algunos habían mendigado invitaciones a través de Harriette y Aspasia. Gus había conseguido lo que quería, y la señora Ogden también. Era curioso que, tras años de aparente intimidad, Susie nunca pensase en aquella mujer como «Malvina», sino solo como «la señora Ogden».

Después, en otra victoria, llegó Harriette, que tenía buen aspecto, con el rostro sonrosado, y llevaba, pese a su corpulenta figura de mujer de mediana edad, un vestido de volantes demasiado juvenil. Su «pobre padre» había fallecido siete años atrás y ella había creado un hogar para gatos y perros abandonados con el dinero que Gus le había dado. Era feliz y parecía rejuvenecida. Qué diversas y extrañas eran las satisfacciones que las personas exigían a la vida, pensó Susie.

Durante el resto del día Harriette trajinó por la casa, sintiéndose importante por ser amiga íntima de la elegante señora Parkington, distraendo a los sirvientes y sembrando la confusión allí donde iba. Había cambiado mucho desde aquella tarde en el Brevoort, cuando la vergüenza de que la vieran comiendo con el despreciable mayor Augustus Parkington y su mujer la había hecho enrojecer.

Y del valle del Genesee llegó Henry Parkington con su reciente esposa, la hija del jardinero, ambos vestidos de forma descuidada y sin elegancia. Su presencia no agradó a Gus, pero sí a Susie, a quien, entre las flores, los adornos y la barahúnda, le proporcionaron una sensación de contacto con la realidad. La mujer de Henry estaba embarazada y se le notaba mucho, lo que no parecía importarle a ninguno de los dos. La gente empezaba a decir que él estaba chiflado, pero Susie no lo creía; en su opinión, tanto Henry como su esposa poseían un gran sentido común, la sensatez que había comenzado a desaparecer de su vida y de la de Gus a despecho de lo que ella

hiciera.

Tomó bajo su protección a la esposa de Henry, que se llamaba Ida, y procuró que, a pesar del barullo, descansara y estuviera tranquila, algo que al parecer la mujer no deseaba ni necesitaba. Pero de ese modo Henry quedó libre para vagar por el lugar contemplando a los invitados y los adornos y haciendo observaciones groseras. Era irrefrenable, como un potro hermoso y joven en una pradera. Amélie Blair, la novia de Herbert, le tomó gran afecto y Aspasia charló con él al final de la jornada. Susie pensó que no podía estar chiflado si Aspasia lo aprobaba, porque su amiga nunca se equivocaba con las personas.

Mientras la señora Parkington veía a Aspasia y a Henry hablando en una pérgola cubierta de enredaderas, oyó bocinas de taxis en una época en que no existían los taxis y, al abrir los ojos, se encontró en el dormitorio de Alice. El sonido de los cláxones en Park Avenue entraba por la ventana abierta y Alice, una anciana, yacía inconsciente en la cama. Emily, la doncella, estaba delante de la señora Parkington diciendo que la enfermera había llegado y que el almuerzo estaba preparado.

—¿Prefiere la señora que lo sirva aquí o quiere pasar al comedor?



La enfermera era una mujer corpulenta y de mediana edad que se apellidaba Dodsworth y tenía un rostro agradable. La señora Parkington pensó que podría ser una buena compañera para Alice. El tiempo lo diría.

Los recuerdos de Newport y la boda persistían placenteramente, como suelen permanecer los recuerdos en los ancianos que han tenido una vida plena y agitada, y por eso hasta la mitad del almuerzo no se acordó de Amory y de que había olvidado telefonar a Ned Talbot, que tan importante era en aquel asunto. Pidió a Emily que llamara y, aunque era la hora del almuerzo, Ned estaba en la oficina.

El sonido de su voz la alegró y la tranquilizó.

—Acabo de llegar de Washington —dijo él. Cuando ella le preguntó si podría ir a su casa a la hora del té para tratar un asunto importante, contestó—: He quedado en ver a Janie. ¿Puedo llevarla?

—No. Es preferible que no venga. Será mejor que estemos solos.

—Muy bien. La avisaré. Seguro que no le importará.

Sobre las tres la duquesa abrió los ojos y la enfermera informó a la señora Parkington, que estaba leyendo en el gabinete.

—Me gustaría verla a solas.

—Desde luego —repuso la señora Dodsworth, y la señora Parkington pensó: «Todo irá bien con ella. No es una bobalicona como Emily».

Al principio la duquesa miró fijamente a su madre sin reconocerla. Cuando oyó su voz, dijo al fin:

—Siento haberla molestado, madre. ¿Hace mucho que está aquí?

—No te preocupes, querida. Me alegro de que no haya sido nada grave. Estoy aquí desde esta mañana.

La señora Parkington acercó una silla al lecho y la duquesa hizo un débil esfuerzo para incorporarse, pero no pudo y volvió a tumbarse.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó.

—Desde anoche. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy aturdida. No sé cómo ocurrió. La enfermera dice que tomé demasiado somníferos.

—Sí. El doctor vendrá a las cuatro.

La duquesa cerró los ojos con un suspiro de infinito cansancio.

—Ha sido muy agradable. No recuerdo nada en absoluto.

«No debe pensar eso —se dijo su madre—, o algún día intentará suicidarse».

—Esos medicamentos te sientan mal y te debilitan físicamente. Yo en tu lugar intentaría dejarlos.

No dijo que la enfermera se quedaría con ella. Por el momento la noticia solo

podía disgustarla.

—Debo irme y tú dormirás un poco más. Tengo una cita a las cinco. Intentaré volver más tarde.

Se levantó de la silla y Alice no pareció oírla. Se había sumido de nuevo en aquel mundo de paz y olvido donde no había recuerdos ni desdichas y no ocurría nada.

El doctor regresó a las cuatro y dijo que Alice se recuperaría. La señora Parkington se dirigió a su casa con la extraña sensación de que su hija había sido arrancada de la muerte contra su voluntad. Eso le suscitó una cuestión moral: ¿no habría que dejar que la gente muriera, si así lo deseaban? Su vida solo les pertenecía a ellos. Deberían tener derecho a morir si esa era su voluntad. En ocasiones, obligar a alguien a seguir viviendo era una especie de tortura. En cierto modo ese era el caso de Alice. En realidad ya estaba muerta. Caminaba y ofrecía una apariencia de vida, pero estaba muerta desde hacía mucho tiempo. Tenía muy pocos recuerdos a los que quisiera regresar. La señora Parkington recordó que en Gran Bretaña se detenía a quienes atentaban contra su vida y le pareció el colmo del absurdo.

Gran Bretaña le hizo pensar otra vez en Harry Haxton y en su clase social; de hecho, en todo el Partido Conservador. Llevaban más de un cuarto de siglo suicidándose en masa, desde los tiempos en que Gus y ella los conocían bien por su amistad con el príncipe de Gales.

En ocasiones le parecía que la época en que habían vivido Gus y ella había sido especialmente creada para ellos; una época abierta y trepidante en la que un hombre como Gus podía dejarse las uñas en una carrera tan ambiciosa que la mayoría hubiese temblado solo de pensarlo. Si hubiese nacido antes, la oportunidad de un continente rico y lleno de posibilidades no habría existido. Y si hubiese vivido en el mundo decadente de ahora habría pasado en la cárcel la mitad de su vida. Hasta el mismo príncipe de Gales, tan aficionado a las carreras de caballos, y los judíos, las actrices, los estadounidenses y todas aquellas personas extrañas habían sido creados especialmente para Gus. Era sorprendente cómo había congeniado con el príncipe, lo bien que se habían entendido el hijo de la reina Victoria y el millonario aventurero. Se habían hecho amigos tras su primera partida de póquer en la casa de Park Lane.

Pero aquel mundo se había desvanecido, había sido barrido y arrojado al vertedero de los siglos. A la señora Parkington solo le quedaban el presente, con el que debía lidiar, y el futuro. Ned debía de estar esperándola.

Taylor lo había conducido al saloncito comentando que sin duda la señora Parkington no tardaría porque siempre llegaba puntual a las citas. Ned miró el reloj y dijo:

—No importa. De todos modos, he venido antes de tiempo.

Había llegado antes de la hora acordada porque había pasado la tarde atormentado preguntándose por qué lo había llamado la señora Parkington y por qué deseaba verlo

a solas. Su exuberante imaginación, la fuente principal de su infelicidad, se había puesto en acción y había creado una tragedia tras otra: que la anciana se oponía a su matrimonio con Janie; que se había enterado de su participación en el descubrimiento del delito cometido por el padre de Janie y estaba colérica, o que quería utilizarlo en algún manejo turbio. De cada una de estas tragedias nacían otras menores, hasta el punto de que cuando llegó al saloncito de la señora Parkington estaba preparado para lo peor. Se sentó en el borde del sillón, atento a cualquier sonido que revelase la llegada de la anciana.

Tras una interminable espera, percibió al fin el ruido del motor. Y desde que oyó el sonido de las pisadas del mayordomo y el de la puerta al abrirse, le pareció que transcurrían horas hasta que la señora Parkington apareció en el umbral, sonriéndole de aquella manera íntima e inteligente que le había hecho confiar en ella la primera vez que la vio. «No es lo que temo —pensó—. No está contra mí».

La anciana se acercó extendiendo la mano y diciendo:

—Siento haberle hecho esperar, pero he tenido un día agitadoísimo. Parece que todo se ha torcido. Cuando se empieza un día llegando tarde, los retrasos se acumulan. —A continuación se volvió hacia Taylor y le indicó que sirviese el té—. A menos —le dijo a Ned— que usted prefiera algo más fuerte.

—No, muchas gracias. Me gusta el té.

Ella se sentó junto a la lumbre.

—Le agradezco que haya cambiado sus planes para venir a verme. Espero que a Janie no le haya molestado —dijo.

—No. No se preocupe. De todas formas, vamos a cenar juntos. Tengo buenas noticias para ella. Me han ascendido y me destinan a San Francisco.

—Me alegro muchísimo —dijo la señora Parkington, y pensó: «Es estupendo. Así Janie se marchará de Nueva York, dejará todo esto por un mundo nuevo».

Cuando Taylor llevó el servicio de té, le pidió que cerrase la puerta al salir. Hubo un breve silencio mientras sus delicadas manos enjoyadas y surcadas de venas azules se movían entre la plata y la porcelana de la bandeja. Ned la observaba pensando: «Parece frágil y débil, pero no lo es. Es dura como el acero y fuerte como un león». Poseía la fortaleza que nace de la experiencia, el buen juicio y la perfecta adaptación a la vida. Los demás percibían esa fuerza y por eso acudían ella cuando se hallaban en un aprieto.

—He olvidado cómo le gusta. Nunca me acuerdo de esos detalles —la oyó decir.

—Con leche y un terrón de azúcar, por favor.

Se levantó para tomar la taza que ella le ofrecía y de repente, sin saber por qué, se sintió muy joven y torpe. Pensó que la señora Parkington debía de haber sido fascinante en su juventud, amable y hermosa pero fuerte e inteligente a la vez. Era extraordinario que a sus años todavía transmitiera su intensa feminidad y su encanto.

Y después pensó que de joven debía de haber sido como Janie..., una Janie sin la tristeza que la acompañaba incluso cuando reía.

Se sentó de nuevo en el sillón y ella dijo sin rodeos:

—Se preguntará por qué he insistido en que nos veamos a solas. La razón es que quiero hablar con usted de Amory, mi nieto político.

Se trataba de eso, pues. Alguien se lo había contado a la anciana.

—Vino anoche y me refirió toda la historia. Probablemente usted la conoce tan bien como él.

—Sí —contestó Ned muy serio. La señora Parkington se lo estaba poniendo más fácil de lo que él esperaba. Su voz era serena, firme y, sobre todo, despreocupada.

—Amory tiene un punto de vista extraño sobre el asunto... Cree que lo que ha hecho no está mal por la sencilla razón de que lo ha hecho él. Supongo que usted no estará acostumbrado a esa actitud, que se debe al entorno en el que creció Amory y a la educación que recibió.

Ned no sabía qué responder, pero acertó a decir:

—Ciertamente es un punto de vista extraño. Lo he encontrado más veces de las que usted imagina. Es una actitud clasista.

—Mi marido pensaba igual que Amory, pero él tenía una especie de egocentrismo desmesurado y de individualismo... feroz. Creo que así lo llamaban..., individualismo feroz. Siempre trabajó solo... Jamás perteneció a ningún grupo, a ninguna clase. Por otra parte, hizo muchas cosas extraordinarias.

«No se engaña a sí misma —pensó Ned—. Sabe que era un ladrón y un estafador».

—De todos modos, no hay que ser demasiado estricto con un hombre como el mayor Parkington. Era un personaje. Había muchos en aquellos tiempos. —Apagó la llama bajo la tetera—. Las clases y el sentido de clase son peligrosos en una democracia. Si el pueblo se aglutina en clases, la democracia está acabada. Los individuos pueden ser tan malos como quieran sin causar demasiado daño, pero cuando se agrupan pueden llegar a representar una amenaza. Ya se habrá dado cuenta de que Amory no es como el Mayor. Le gusta formar parte de grupos: el de su colegio, el de su universidad, el de sus clubes y sus amigos agentes de bolsa, el de sus negocios... Se agrupan por la necesidad mental de apoyarse unos a otros, ya que ninguno es lo bastante grande para actuar solo. Se dicen continuamente que tienen más méritos que la mayoría; que como dirigen tal negocio o industria son genios enviados por Dios; que como tienen la oportunidad de ganar un poco de dinero gozan de privilegios especiales y están por encima de la ley; que saben más que nadie sobre cualquier materia. Y por eso durante casi toda su vida se mueven en el filo de lo fraudulento y lo delictivo, y sin embargo no logran grandes cosas..., desde luego, nada que se parezca a la construcción de los ferrocarriles y la conquista del Oeste. Es

un punto de vista mezquino, hipócrita y perverso, pero Amory lo cree a pies juntillas. En el fondo está convencido de que él tiene razón y la ley está equivocada.

Sonrió y chasqueó la lengua.

—Vaya, vaya, he pronunciado todo un discurso acerca de algo sobre lo que quizá usted ya haya reflexionado. Me atrevo a hablar así porque he vivido mucho. Conocí a la mayoría de los viejos gigantes, pues venían a menudo a casa, y conozco a muchos de estos otros que se apiñan en manadas buscando protección. Eso es lo que ha arruinado a Gran Bretaña, lo que ha producido hombres como Chamberlain y sus amigos..., una pandilla de privilegiados conspirando para mantener el mundo bajo el control del grupito al que pertenecen. La reina Isabel pensaba antes que nada en la gloria de Inglaterra, al igual que Pitt, Melbourne, Gladstone y Disraeli. No, el punto de vista de las personas como Amory me asusta. Hay muchos como él. También han causado la ruina de Francia esos hombrecillos que se vendieron para proteger sus propios intereses.

Se echó a reír y añadió:

—Por lo visto no puedo parar, pero pocas veces se me presenta la oportunidad de hablar con alguien como usted. La mayoría de las personas con las que trato son viejas y pertenecen a un mundo que ya no existe, o al mundo estrecho y ciego de Amory. No tengo demasiadas ocasiones de ejercitar el cerebro.

Frente a ella, el joven, que se había sumido en un estado de quietud y receptividad, solo deseaba escucharla sin hablar. Ahora sabía por qué Janie decía que, aunque era difícil conseguir que la señora Parkington hablase de temas que no fueran triviales, cuando se lograba, oírle resultaba de lo más estimulante. Tenía mucho que decir si quería, sabía muchas cosas que podía compartir si así lo deseaba. A Ned le parecía extraordinario que a los ochenta y cuatro años su mente no solo conservase la lucidez, sino que además continuase desarrollándose y adaptándose a las circunstancias, en lugar de anquilosarse y llenarse de amargura, como les ocurría con frecuencia a los ricos.

—He intentado meditar sobre esas cuestiones —dijo—, pero mi falta de experiencia me impide ahondar en ellas. Se pueden leer libros sobre individuos como el mayor Parkington, pero no es lo mismo que haberlos conocido. El autor siempre trata de imprimir sus ideas en el retrato. O solo busca escándalos y no encuentra nada encomiable en ellos, o pretende idealizarlos porque la familia del personaje en cuestión le ha pagado para que demuestre que fue un santo.

La señora Parkington se echó a reír.

—Desde luego, no eran santos, pero tampoco tan malos como los reformistas quieren hacernos creer. Tenemos por ahí un libro de ese estilo sobre el mayor Parkington. No fui yo quien pagó para que lo escribieran, sino algunos de sus amigos, con la esperanza, supongo, de que parte de la idealización del Mayor los alcanzara

también. Era lo único que pretendían.

Le sirvió otra taza de té y dijo con cierto hastío:

—Pero quería hablarle de Amory. Supongo que habrá comprendido usted mejor mi postura. No tengo ningún interés especial por Amory, porque jamás he simpatizado con él, pero eso no viene al caso. Las personas de mi edad que aún conservan las facultades mentales adquieren cierta objetividad incluso respecto a los miembros de su familia. Cuando las glándulas se enlentecen, la razón prima sobre los sentimientos. No me importa lo que le suceda a Amory, porque se merece todo lo que le pase, pero haré cuanto esté en mi mano para ayudarlo por una sola razón: Janie. Tal vez ya lo haya imaginado.

Durante un momento él no pudo contestar. Sintió que se le humedecían los ojos y que se le hacía un nudo en la garganta. «Eso son sentimientos», pensó.

—Se lo agradezco —dijo por fin—, porque Janie significa mucho para mí.

—Usted puede ayudarla —continuó ella—. Puede alejarla de aquí, ofrecerle una oportunidad. De lo contrario, Janie se casará con cualquiera y, si Dios no lo remedia, se volverá como los demás. Y creo que debería obrar usted con la mayor rapidez.

El joven se sintió confuso y cohibido, no por las palabras elogiosas que le había dedicado la señora Parkington, sino por lo que había dado a entender. No comprendía la razón del afecto, muy cercano al amor maternal, que había sentido por él nada más conocerlo; ignoraba que más de una vez la anciana había pensado que, si todo hubiese diferente, sus hijos se habrían parecido a él, aquellos hijos que habían fallecido cuarenta años atrás y que nunca habían tenido ninguna oportunidad.

—Expondré mi postura con la mayor claridad —dijo ella—. Estoy dispuesta a devolver el dinero que Amory ha cogido. Si no podemos salvarlo de la cárcel, al menos podemos impedir que la gente diga que el padre de Janie los estafó. Quisiera evitar que lo enviaran a prisión, incluso que lo procesaran. ¿Cree que es demasiado tarde?

Ned guardó silencio un momento.

—No lo sé —contestó al fin—. Dejé el caso hace tiempo. Solo me ocupé de la primera investigación. Ese es mi trabajo, no la acusación. Pero creo que el asunto ha llegado demasiado lejos para que pueda detenerse. Es un caso claro, demasiado claro y simple. —Dejó la taza y añadió—: Ha sido usted muy franca conmigo. ¿Puedo serlo yo también?

—Es la única forma de que logremos entendernos.

—El señor Stilham debe de ser un insensato para pensar que en estos tiempos podría salir indemne.

—Me temo que lo es.

—Incluso intentó sobornarme. Fue así como conocí a Janie, el fin de semana que el señor Stilham me invitó a su casa de campo. Propuso entregarme diez mil dólares

si redactaba un informe favorable. Fue una verdadera insensatez, que demuestra que no sabe en qué época vive. En cualquier caso, el informe estaba casi terminado y muchos del departamento lo conocían. Aunque yo hubiese sido venal, no habría podido hacer lo que me pedía. Era demasiado tarde.

Dudó un momento, con la mirada fija en las manos, como si reflexionase sobre si debía decir todo lo que pensaba. La señora Parkington lo observaba en silencio; le complacían su sentido común y su lucidez, que no hubiera dicho hipócritamente que había rechazado el soborno porque era incorruptible, sino que hubiera reconocido que, en cualquier caso, era demasiado tarde para aceptarlo. Veía en su semblante que no era de los que se dejaban sobornar. Amory se habría dado cuenta si hubiese tenido una pizca de inteligencia.

—Se puso furioso conmigo —continuó Ned—, como si lo que yo había hecho estuviera mal. Habló sobre la violación de los derechos privados, el espionaje y la persecución. Parecía obsesionado con la idea de que había una persecución contra él y su clase.

—A mí me habló en los mismos términos.

—Sin embargo, hay algo de verdad en lo de la persecución, pero el señor Stilham ni siquiera entiende eso. No comprende que ha habido que ponerles una camisa de fuerza a él y a «su clase» a causa de las tropelías cometidas por las dos generaciones precedentes. Incurrieron en tantas ilegalidades que la situación llegó a ser intolerable, y de ahí la revolución. Por eso podemos hacer muy poco para ayudarlo. Se trata de un asunto político, no solo de una cuestión de honradez o de sobornos. Nadie se atrevería a apoyarlo ante la opinión pública. En cierto sentido, él y otros muchos como él expiarán los pecados de hombres ya fallecidos.

—Los del mayor Parkington y sus amigos —apuntó ella.

—Sí.

La anciana miró el reloj.

—¿A qué hora está citado con Janie?

—A las seis y media. Pero no importa. Me esperará.

—No, no la haga esperar. No obstante, antes de que se vaya quisiera decirle otra cosa...

Ned vio que la señora Parkington se ruborizaba. Ella frunció el ceño y dijo por fin:

—Si hubiera alguna forma de sacar a Amory del aprieto..., alguien dispuesto a dejarse untar, solo tiene que nombrármelo, como de pasada. El dinero no es ningún problema.

—No conozco a nadie. Haría casi cualquier cosa por ayudar a Janie en este asunto, señora Parkington. Espero que lo entienda.

—Desde luego.

—Como le he dicho, es demasiado tarde y, en cualquier caso, dudo que pueda «comprarse» a nadie.

—Ya no estamos en los tiempos de mi marido. Me doy cuenta. Él pagó a diestro y siniestro para abrirse camino. Siempre era una buena inversión. —Y, con un hilo de voz, añadió—: Era muy rentable para él, pero destruyó la vida de dos o tres hombres que de lo contrario habrían muerto con una reputación intachable, y otros dos o tres acabaron en prisión por su culpa. Sufrieron muchas mujeres y niños. Lo extraño es que, por lo menos en lo que a él respecta, no hubo ningún castigo.

—No. El castigo ha caído sobre la segunda y la tercera generación. Todo el país tiene que expiar esa culpa.

La señora Parkington se puso en pie.

—No lo retengo más —dijo—. Vaya con Janie.

Él se levantó y se acercó a ella, que le preguntó:

—¿Sospecha algo Janie?

—No. Todavía no. Estoy seguro de que me lo hubiese dicho.

La anciana le puso una mano en el hombro y lo miró a los ojos.

—Quisiera pedirle algo más: cuando llegue el momento, si es que llega, deje que sea yo quien se lo diga. Soy lo bastante anciana para comprender muchas cosas. Creo que podré hacerlo mejor que nadie, de forma que resulte menos doloroso.

—Había pensado que debía ser yo quien se lo dijese.

—No. Esas cosas dejan cicatrices que nunca desaparecen. Lo sé, créame. Tal vez Janie llegara a pensar que no debería casarse con usted para no destruir su carrera. Es muy fantasiosa. ¿Me promete que me dejará decírselo? Lo promete, ¿verdad? Estoy actuando con suma prudencia en este asunto. No quiero que se malogre lo que hay entre usted y ella. Es algo que merece la pena salvar. El resto y todos los demás no me importan.

Ned desvió la vista y se quedó pensativo.

—Muy bien —dijo—. Lo dejo en sus manos.

La anciana y el joven se encaminaron hacia la puerta.

—Por primera vez en ochenta y cuatro años he intentado sobornar a alguien —comentó ella—. Me ha costado mucho decir lo que he dicho. —Cuando llegaron al vestíbulo, añadió—: Es extraño que continuase viendo a Janie sabiendo lo que sabía. ¿Por qué lo hizo?

Estaban solos en el vestíbulo. La señora Parkington no llamó a Taylor para que ayudase a Ned a ponerse el abrigo. No quería que la presencia de un criado, aunque permaneciese mudo, quebrase la confianza que había nacido entre ellos.

—Sentía lástima de Janie —respondió él—. Aquel fin de semana dimos largos paseos y comencé a comprender lo que había en su interior. Me di cuenta de que era desgraciada y de que entre nosotros había algo que nunca había sentido con ninguna



otra mujer. Nos entendíamos sin apenas hablar, como si hubiésemos nacido el uno para el otro. Cuando me marché, seguí pensando en ella, y una tarde la llamé para pedirle que cenara conmigo. En cuanto me vio, me dijo: «Temía que me hubieses olvidado, pero albergaba la esperanza de que no fuera así». Yo sabía lo que hacía. Podría haberme alejado de ella, pero no lo hice. Saldremos adelante, pase lo que pase.

Nunca había dicho eso a nadie, ni siquiera a Janie. La señora Parkington, menuda y muy erguida, con las manos cruzadas a la espalda, conseguía que todo resultara fácil.

—Será un mal trago para Janie. Tendrá usted que ayudarme.

—Cuenta conmigo. —La anciana tomó su mano y la mantuvo entre las suyas—. Es usted un buen muchacho. Adiós, y buena suerte.

Cuando Ned se marchó, la señora Parkington se quedó con la mirada perdida, pensando en sus hijos y en que tal vez, ahora que era anciana, hubiera encontrado por fin a alguien que los reemplazara. Si no hubiera sido por Gus, por todo lo que se había interpuesto entre ella y sus hijos...

Se dio la vuelta lentamente y se dirigió hacia el ascensor. Era demasiado tarde para pensar en eso, en lo que había ocurrido cuarenta años atrás...

Tenía la intención de volver a casa de la duquesa después de la cena, pero, cuando fue a sus habitaciones para arreglarse, Mattie se interpuso en su camino. La criada había preparado la cama y, al verla ante el armario que contenía los sombreros, dijo con brusquedad:

—Supongo que la señora no pensará salir.

El uso de la palabra «señora» marcó el tono de la conversación.

—Voy a casa de la señora Sanderson —dijo la anciana con toda la firmeza que pudo.

—¿Se ha mirado usted en el espejo? —replicó Mattie—. Parece que le hayan dado una paliza.

La señora Parkington no contestó y siguió buscando un sombrero con determinación.

—Está muy ojerosa, señora —continuó Mattie—, y pálida como una muerta. Más vale que se acueste temprano y no salga. La señora Sanderson ya estará bien. Llamaré a la enfermera. Si es necesario que vaya a verla, yo la acompañaré.

Mientras la señora Parkington tomaba un sombrero, Mattie empezó a marcar el número. Al verlo, la anciana se enfureció todo lo que podía enfurecerse con ella.

—Deje el teléfono, Mattie. Todavía estoy en condiciones de decidir por mí misma.

La criada hizo oídos sordos y acabó de marcar el número. Atendió la llamada Emily, la doncella, pero Mattie no quería hablar con ella y preguntó por la enfermera.

Durante la espera, la señora Parkington se sentó al tocador, se puso el sombrero y

aprovechó para mirarse en el espejo. Tenía la cara arrugada, pálida y cansada. Entonces oyó a Mattie mentir:

—Espere un momento. La señora Parkington me ha pedido que llame. Ahora se pone. —Llevó el teléfono al tocador y lo dejó delante de su señora.

A la anciana le agradó oír la voz de la enfermera, cariñosa y llena de confianza, al otro lado del hilo. Mientras la escuchaba, se dijo que sin duda cumpliría bien con su cometido y que solo faltaba convencer a Alice de que la aceptara.

La enfermera le informó de que la señora Sanderson estaba dormida y de que el médico había dicho que ya se encontraba bien del todo.

—No hace falta que venga, señora Parkington. Ya la verá por la mañana.

Cuando colgó el auricular vio que Mattie estaba muy cerca, lo bastante para haber oído lo que decía la enfermera, de modo que era imposible mentir respecto al contenido de la conversación.

—Ya lo ve —dijo la criada—, no hay necesidad de que vaya.

A la señora Parkington le enojó un poco verse derrotada por la superioridad táctica de Mattie. Se quitó el sombrero y dijo:

—Mattie, haga el favor de ocuparse de sus quehaceres y deje de darme la lata.

—Ahora desvístase y métase en la cama —se limitó a decir la criada—. Le traeré leche caliente en un termo y podrá descansar.

Sin embargo, la monserga no había terminado. Mattie entró en la alcoba mientras la señora Parkington se desnudaba, pero enseguida regresó para colgar la ropa y guardar el sombrero.

—Es una vergüenza cómo abusa de usted su familia —dijo—. Ya son mayorcitos para apañárselas por sí solos cuando se meten en líos. No tienen derecho a venir aquí para contarle todas sus preocupaciones.

La señora Parkington la miró. Sospechaba que sabía algo acerca de lo de Amory, pero el rostro redondo era completamente inexpresivo, con solo unas finas arrugas de indignación en torno a los labios y los ojos.

—Algún día estallaré y les diré todo lo que pienso —añadió Mattie—. Creo que es indecoroso hasta qué punto dependen de usted.

Sacó un camisón y una bata y, soltando un resoplido de rabia, los dejó en el brazo del sillón que había junto a la señora Parkington. Esta no le contestó ni se sintió preocupada por la amenaza. Desde hacía veinte años Mattie amenazaba con «estallar» ante quienes, según ella, abusaban de su señora, pero nunca lo había hecho.

—La cama está preparada. Voy a traerle la leche.

En cuanto Mattie salió, la señora Parkington se metió en la cama y encendió la lámpara de lectura. Ahora se alegraba de que Mattie la hubiese obligado a quedarse en casa, porque así pasaría la noche entera sola, sin familia, sin comités, sin gente que solo sabía pedirle favores. La soledad era el bien máspreciado de la tierra para quien

sabía cómo emplearla. Contribuía a desarrollar la fortaleza, permitía contemplarse a uno mismo de forma objetiva, con todos los defectos y virtudes, e incluso a analizar las cosas de un modo desapasionado. Ayudaba a prepararse para afrontar y soportar muchas situaciones que de otra forma serían insoportables. Y quien sufría en soledad no tenía necesidad de exhibir vergonzosamente su sufrimiento en público.

La soledad era algo que Gus nunca había comprendido. Le gustaba estar con gente; cuanta más, mejor. Los demás no minaban su prodigiosa vitalidad, sino que, por el contrario, él parecía absorber de ellos grandes reservas de vitalidad por el mero contacto. A algunos los había destruido temporalmente, y a unos pocos de los que trabajaban a sus órdenes los había destruido para siempre. Hasta cuando estaba solo, todo su cuerpo y su alma estaban entregados a la tarea de planear acciones destinadas a satisfacer su desmesurada ambición o a estimular el monstruoso apetito de su egocentrismo. Cuando estaba a solas en una habitación con las puertas cerradas, no estaba solo, como tampoco lo habría estado en una isla desierta, porque hasta el ambiente estaba plagado de las sombras de personas, proyectos, confabulaciones o acontecimientos gigantescos.

Jamás entendió que en ocasiones ella deseaba estar sola, que había veces en que, debido a la vida complicada y artificial a la que él la había empujado, necesitaba desaparecer, estar sola un tiempo, para seguir viviendo. A Gus le dolió que, cuando se trasladaron de la casa de la calle Treinta y cuatro al gran mausoleo junto a la residencia de la señora Ogden, ella insistiera en tener un dormitorio para sí sola a fin de gozar de un poco de soledad de vez en cuando. Le había dolido durante el resto de su vida, creyendo que ella actuaba así porque se sentía herida tras haber descubierto una de sus infidelidades. Tampoco entendió nunca por qué, después del «verano terrible», ella se alojó durante un tiempo, con nombre falso, en el hotel de Rockingham de Portsmouth, donde sabía que no vería a nadie que la conociera. Nunca entendió que eso era lo único que la había permitido seguir viviendo tras las muertes de Herbert y Eddie.

La novela descansaba a su lado en el lecho, sin abrir, tal vez porque el argumento, los personajes y las situaciones eran mucho menos fascinantes que los acontecimientos que ella había vivido, las personas que había conocido y la curiosa sensación de sordo melodrama que la rodeaba desde que se produjo la explosión en la mina y Gus se sintió obligado a casarse con ella; porque desde hacía cuarenta años sabía que él no había tenido la intención de desposarla. Quería convertirla en su amante. Sin embargo, la inocencia y la ingenuidad de ella lo habían forzado a comprometerse, así como, quizá, el deseo y su alma de jugador, que le dijo: «Puedes casarte con Susie como con cualquier otra. Algún partido podrás sacar de ella». Él mismo lo había reconocido durante el desagradable asunto de la señora Ebbsworth, al principio del «verano terrible».

La puerta se abrió y Mattie entró portando una bandeja con la leche caliente y unas galletas. Se acercó en silencio y la depositó en la mesilla de noche.

—Muchas gracias, Mattie —dijo la señora Parkington—. No necesito nada más.

Pero la criada no se retiró. Permaneció a los pies de la cama, con actitud respetuosa pero firme, mirando a la señora Parkington. Esta sonrió.

—Adelante, Mattie, ¡dígalos! Ya veo que tiene algo en la cabeza. Usted y yo no tenemos necesidad de andarnos con tapujos.

Mattie carraspeó y bajó la vista.

—Se trata del señor Amory. He oído cosas raras, señora Parkington. He pensado que quizá la esté importunando..., que por eso viene a verla. —Antes de que ella tuviese tiempo de contestar, añadió—: Creo que quizá debería irse usted de aquí..., hacer un viaje.

—No sería mala idea, Mattie, pero no puedo irme ahora..., no hasta que el señor Stilham haya salido del aprieto. ¿Verdad que lo entiende, Mattie?

La sirvienta se quedó pensativa un momento.

—No, señora Parkington —contestó—. No lo entiendo. Llevo mucho tiempo viviendo con usted. Creo que puedo afirmar que somos amigas..., más que señora y criada, aunque tal vez no sea yo quien deba decirlo. He vivido con usted muchos años y he visto cómo abusa la gente de usted. Creo que ya es suficiente y que tiene derecho a descansar. Dios sabe que se lo ha ganado. No comprendo por qué tiene que quedarse aquí y ocuparse de los problemas del señor Amory. Usted no lo animó a meterse en ese lío. No tiene con él parentesco de sangre y me parece que ni siquiera le aprecia demasiado. Por eso opino que debería marcharse.

La señora Parkington la escuchaba tratando de contener las lágrimas. Sabía que tenía los ojos húmedos por el cansancio y porque sentía, quizá más que nunca, la profundidad del afecto de Mattie y la amistad que las unía. Mattie era un ser extraordinario; pero más extraordinario todavía era que con su carácter hubiese aguantado durante años a una mujer tan obstinada como ella.

Irse de viaje era, en efecto, una buena idea, tanto para Mattie como para ella misma. Lo era para Mattie, que rara vez salía de casa, ni siquiera para dar una vuelta a la manzana. Era esclava de la rutina, y aún más últimamente. Sin duda se merecía un cambio, pero no en aquel momento.

—Me ha gustado oírle decir que somos amigas, Mattie —repuso—, y creo que no hay necesidad de que insistamos en eso. Estoy de acuerdo en que sería una buena idea irse, pero no puedo marcharme hasta que se haya resuelto el problema. ¿Ha pensado en cuántas personas, en cuántas vidas, se verán afectadas por este asunto...? Janie, la señora Stilham y Jack no sabrán cómo actuar, ni tampoco Amory.

Mattie la observaba con una expresión de indignación en sus ojos azules. No estaba convencida. Cuando quería ser tozuda, no había quien la superara. Muchos

suecos eran así. Y, con sagacidad, la señora Parkington decidió emplear aquel encanto cautivador que siempre había sido su arma definitiva.

—Venga, Mattie, siéntese en la cama —dijo.

Dejó a un lado los escrúpulos porque no quería que Mattie se marchase malhumorada y porque no podía evitarlo. Bien sabía que no lograría engañarla, que Mattie calaría enseguida sus intenciones. Conocía tan bien a su señora que se daría cuenta de que pretendía embaucarla y eso le gustaría; en ciertos aspectos se parecía a los hombres. La anciana criada se sentó en el borde de la cama con una actitud fría y respetuosa. Cuando la señora Parkington le cogió la mano, se relajó un poco.

—Mire, Mattie, hace poco he descubierto algo. He tardado mucho tiempo en comprenderlo..., años. Es esto: Dios ha concedido fuerza e inteligencia a algunos. En cierto sentido, son los afortunados. La mayoría, en cambio, son necios, timoratos o eluden los problemas. Siempre acuden a los fuertes para descargar en ellos sus pesadumbres. He llegado a la conclusión de que debo de ser uno de los afortunados que pueden soportarlo casi todo. Es el precio que tengo que pagar por lo que Dios me ha dado... Y me ha dado mucho. No lo olvide... No importa lo que me haya sucedido en la vida. Si las personas como yo huyen, eluden su responsabilidad, y si eluden su responsabilidad les ocurre algo..., algo malo y destructivo. La fuerza las abandona. Si persisten en esa actitud, se destruyen a sí mismas porque hay una ley divina o natural que así lo establece. ¿No se da cuenta de que si huyera ahora... no habría descanso para mí? Sería desdichada siempre, porque pensaría en aquello de lo que había huido y me preocuparía lo que pudiera sucederles a Janie, a Jack, a la señora Stilham e incluso al señor Amory. Janie y Jack son demasiado jóvenes para saber cómo actuar si su padre fuera a la cárcel, y ni él ni la señora Stilham son lo bastante inteligentes para saber qué deben hacer. Ellos no tienen la culpa; Dios o la naturaleza no han sido generosos con ellos. Aunque yo no les diga lo que tienen que hacer, acudirán a mí como han hecho siempre ellos y otros muchos en cuanto se encuentran en un apuro. Porque hay una especie de ley que lo manda. No podemos hacer nada al respecto.

Mattie miraba al suelo. La señora Parkington sabía que la escuchaba por la inmovilidad de sus gruesos dedos. Como la criada no decía nada, continuó:

—Y debe tener presente, Mattie, que las personas fuertes se vuelven más fuertes, duras y encallecidas, y que, cuantos más años tienen, más confían en ellas los demás y más sabiduría adquieren, de modo que pueden afrontarlo casi todo y, como dice Janie, se las saben todas. —Apretó la mano de Mattie—. Sé que le preocupa que la deshonor del señor Amory pueda afectarme. Le diré algo que nunca diría a nadie más. Lo que le sucede al señor Amory no me afecta en absoluto. Es parte de una historia que he vivido desde hace mucho tiempo, una historia que apenas me afecta ni me conmueve. Es como un relato que estuviera leyendo..., algo que sucede muy lejos. No me afecta a mí, pero sí a la señora Stilham y a los chicos porque no saben cómo

actuar ante eso, y yo no podría marcharme sabiendo que sufren. Necesitan alguien que les diga qué deben hacer, que los anime, que los ayude a ver las cosas con objetividad. ¿Entiende lo que digo, Mattie? Estoy segura de que así es, porque también hay personas que recurren a usted. Si no fuese como es, no le habría dado a su hermana dinero para que viniera a Estados Unidos cuando su marido murió. No se habría ofrecido a ayudar a su prima Helga cuando tuvo problemas con el bebé. No cuidaría a una anciana como yo ni se preocuparía de si está fatigada o no. No iría todas las noches a la habitación de la cocinera para darle masajes en la espalda ni procuraría que ese galopín de Hicks esté libre los jueves, cuando su mujer va a visitar a su madre al manicomio. Claro que me entiende. Y no importa que el cuerpo esté cansado. Si nos traicionáramos a nosotras mismas, lo que habría no sería cansancio, sino destrucción. No podemos hacer nada. Dios no nos preguntó si queríamos esa responsabilidad. Simplemente nos la otorgó. ¿Verdad que lo entiende, Mattie?

Por primera vez la criada la miró a la cara. Apretó la delgada mano de la señora Parkington y dijo:

—Sí, señora Parkington... Desgraciadamente lo entiendo. A veces pienso que Dios nos pide demasiado.

—Yo también lo pensaba, Mattie, hace muchos años, cuando me ocurrieron tantas calamidades, pero más tarde comencé a ver que hay un designio en todo..., un designio confuso y enmarañado pero que al parecer permite que la vida sea mejor para todos. Usted y yo nos hemos ganado algo que los demás no tienen. Nos hemos ganado el cariño y el respeto de ciertas personas, una clase de cariño y respeto que ellas no han conocido ni conocerán jamás, y tenemos la conciencia tranquila. Cuando vayamos a morir, lo aceptaremos porque ya habremos hecho mucho; no moriremos con la sensación de dejar algo sin terminar. Es magnífico que Dios creara a los fuertes. Fue generoso con nosotras al hacernos fuertes. Puedo decir esto sin parecer presuntuosa porque he adquirido cierta distancia respecto a todo, incluso respecto a mí misma. No se me ocurriría decírselo a nadie más que a usted.

Soltó la mano de Mattie.

—En cuanto todo esté resuelto, nos iremos de viaje las dos. ¿Adónde le gustaría ir?

Mattie se sonó la nariz y respondió:

—No hay mucho para escoger. No podemos ir a Europa ni a Oriente.

—Yo desearía viajar al Oeste, Mattie. Nunca ha visto el Oeste, excepto desde el tren cuando vamos a California. Y si no ha visto el Oeste, no ha visto nada.

—Sí, me parece bien —se limitó a decir Mattie.

—Hicks nos llevará en el coche. Pararemos en hoteles pintorescos, incluso en cámpings de caravanas y en eso que llaman con el ridículo nombre de «moteles».

Mattie se levantó pesadamente.

—Quería preguntarle algo —dijo la señora Parkington—. ¿Cómo se ha enterado de lo del señor Amory?

—La cocinera lo oyó en el mercado..., en la tienda donde compra el paté de foie-gras y otros productos. Lo contó la cocinera de la señora Everett.

Por lo tanto, el juez Everett había hablado del tema en el almuerzo ante la servidumbre. De cuántas cosas se enteraban los criados y cómo difundían las noticias. De todas formas, no importaba, porque pronto lo sabría todo el mundo.

Antes de que Mattie pudiese preguntar algo más, la señora Parkington dijo:

—Ahora quiero dormir, Mattie. Llámeme a las ocho menos cuarto.

La criada frunció el ceño.

—Es un disparate, señora. Mañana tiene que asistir a una reunión de la junta de la Orquesta Sinfónica y a otra del gremio Bellevue, y visitar a la señora Sanderson, además del molesto asunto del señor Amory...

La señora Parkington interrumpió la enumeración.

—¿Cómo quiere que haga todo eso si no me levanto temprano?

—Es demasiado temprano, señora.

—Prefiero madrugar antes que tener que correr de un lado a otro y llegar tarde a todos los sitios. Además, en otros tiempos me levantaba antes del amanecer para preparar el desayuno a treinta y ocho hombres.

Mattie soltó un resoplido.

—De eso hace más de setenta años, señora.

—Es igual. Quiero que me despierte a las ocho menos cuarto —insistió la señora Parkington—. Buenas noches, Mattie.

—Buenas noches, señora Parkington.

Y salió cerrando la puerta sin hacer ruido. A la señora Parkington le alegró que se hubiese dirigido a ella por su apellido.

Enseguida apagó la luz, en parte porque sabía que, de lo contrario, Mattie no se acostaría, sino que iría una y otra vez a ver si había una rendija de luz bajo la puerta, y también porque la conversación que acababan de tener había desatado un torrente de recuerdos que no le permitirían leer. Se limitaría a pasar las páginas sin entender una palabra, pues en cierto sentido sus recuerdos eran más fabulosos que el contenido de la mayoría de los libros.

De una forma u otra «el verano terrible» siempre volvía a su pensamiento. El problema de Amory y la «enfermedad» de la duquesa lo habían resucitado. Y había estado latente en la conversación que había mantenido con Mattie.

Despierta en la oscuridad, porque se sentía demasiado cansada para dormir, «el verano terrible» cobró vida calladamente, como un lejano paisaje envuelto en la fría niebla del invierno, y vislumbró las figuras de Norah Ebbsworth y Gus, que cruzaban el césped desde las cuerdas de la residencia Cedars of Lebanon, en Oriander.

Sucedió durante la semana que el príncipe pasó con ellos. El príncipe, la señora Keppner, el barón Rothschild y Harry Haxton estaban con ella en la terraza. Hablaban de un caballo llamado Arreau, propiedad de monsieur Blanc, de Montecarlo, que acababa de ganar el Grand Prix, pero ella no apartaba la vista de Norah Ebbsworth y Gus, que en ese momento atravesaban el césped. Sentía un odio mortal hacia Norah. No tenía celos de ella, pues no era una mujer celosa. Sencillamente la odiaba por ser lo que era: una mujer de buena familia, empobrecida y sin escrúpulos; una ramera nacida en un mundo de privilegios y seguridad, que no poseía ni las cualidades positivas ni el valor de una ramera. Norah era alta y morena, con ojos azules y un cutis hermoso; una beldad cuyo encanto se había desvanecido hacía tiempo por la dureza de los ojos y de la boca. Era una buena jugadora y mostraba una jovialidad teñida de amargura.

Acostada en la oscuridad, la señora Parkington pensó que Norah era la única persona a quien había odiado porque era la única persona malvada que había conocido. No contenta con el mal que llevaba dentro, se esforzaba en esparcirlo y en corromperlo todo a su alrededor. A la señora Parkington le parecía que con Norah había comenzado la degeneración del gusto de Gus en materia de mujeres. Tras aquel episodio había empeorado de manera paulatina hasta el sórdido final en Cannes. Norah lo corrompió como había corrompido a otros muchos. A la señora Parkington no la satisfacía saber que había muerto hacía tiempo, anciana, amargada y pobre, en una pensión en Génova. Todavía odiaba a Norah Ebbsworth porque era un ser carente de generosidad, simpatía y bondad.

Mientras hablaban de Arreau, Susie observaba a la pareja que caminaba por el césped. Norah, que tal vez le contaba alguna historia vulgar y picante a Gus, se volvió hacia él riendo. Cuando se acercaron a la terraza y vieron a los otros sentados, tomó a Gus del brazo, les saludó con la mano y rompió a reír echando la cabeza hacia atrás. Era como si gritase: «¡Mirad! ¡Se lo he quitado a Susie! ¡Lo he conquistado! ¡Es mío!».

Susie ya no oía la conversación. Se levantó sin decir nada y entró en la residencia georgiana, subió a su habitación y se sentó muy erguida en una butaca para reflexionar sobre lo que debía hacer.

Había habido otras mujeres antes que Norah. Hacía tiempo que lo había aceptado, pues comprendía que Gus no podía evitarlo porque la parte animal que había en él era tan fuerte que le impedía conformarse con una sola mujer. No encajaba en una vida plácida y doméstica. Susie había llegado a creer —en parte para salvaguardar su propia dignidad— que lo que no veía no podía herirla.

Pero lo de Norah Ebbsworth era diferente. Había sucedido en su propia casa, ante



sus ojos y en presencia de sus invitados. Recordaba que Gus había dicho en cierta ocasión que ningún hombre inteligente tendría una aventura con una mujer que pudiese llegar a sentarse a la misma mesa que su esposa. Ahora había quebrantado la regla. No era del todo culpable; sin duda Norah lo había embaucado y se había presentado en la casa en contra de sus deseos.

Ella podía desquitarse: en la terraza estaba Harry Haxton, que solo esperaba a que aceptase sus proposiciones. Sin embargo, Susie no deseaba hacerlo, ya que la infidelidad como venganza siempre le había parecido no solo vulgar, sino también disparatada; además, encontraba a Harry tan solo divertido y agradable. Sentada con rigidez en la butaca, trató de reflexionar con frialdad sobre lo que debía hacer, pues estaba claro que era imposible permanecer en esa casa ante una Norah que presumía de su triunfo mostrando con cada acto, con cada gesto, con cada mirada, que había conseguido lo que quería del rico y apuesto estadounidense. Con Norah la aventura no se limitaría a un fin de semana. Era malvada y no se contentaría con eso. Querría dinero..., más dinero. Por eso había tendido la trampa a Gus. Si no hubiese sido tan rico, nada habría ocurrido. Siempre había mujeres, hordas de mujeres, que intentaban seducirlo no solo por su atractivo, sino sobre todo porque era rico y generoso. En cierto modo, Gus era una víctima, pero una víctima que, por desgracia, gozaba con su sacrificio. Por suerte, gracias a su fortuna podía permitírselo.

Sentada en una habitación de aquella casa extraña y hermosa que habían alquilado para el verano, pensó: «Tal vez sea peor de ahora en adelante. Tal vez debería dejar a Gus, volver a Estados Unidos y tener mi propia vida. Quizá no sea demasiado tarde para tener lo que siempre he deseado. Los chicos ya son mayores. Herbert está casado y tiene dos hijos. Solo tengo cuarenta y tres años y todavía soy atractiva».

Sin embargo, no quería marcharse. «No, no puedo irme, al menos hasta que haya derrotado a Norah —se dijo—. Si se tratase de una mujer normal y corriente, no me importaría irme y dejarla sola con Gus». Esas aventuras no solían durar; Gus no tardaba en volver a ella. Pero el caso de Norah era distinto. Era una mujer perversa; lo seguiría e intentaría chantajearlo; se jactaría de haberlo conquistado.

Una vez que se hubo serenado, Susie llamó a su doncella. Era una muchacha sueca bien preparada, bonita, robusta y con aspecto campesino. Susie le había tomado cariño, pero las unía un lazo más fuerte que el aprecio: solo Mattie sabía lo que había sucedido en Salzburgo; lo que había ocurrido aquellos diez días en el hotel de Bad Gastein. Y, no obstante, nunca la había traicionado con una sola palabra o una mirada que indicaran que lo sabía. Se comportaba siempre como si ignorara lo que había pasado allí.

Al ver a Mattie, Susie lo recordó una vez más, lo que alivió un poco el dolor y la humillación que sentía. En ocasiones le parecía que lo sucedido aquellos diez días no

había ocurrido, que lo había soñado, pero el recuerdo era muy vívido y le produjo un extraño sentimiento de profunda satisfacción. Gus no había llegado a enterarse y jamás lo sabría porque ella nunca se lo diría. La satisfacía que él no lo supiera, pues así, cuando lo viera sentado a la mesa junto a Norah, podría pensar: «¡No eres el único!».

La doncella sueca le preguntó qué iba a ponerse para la cena y ella respondió que un vestido sencillo.

—Si me disculpa la señora —dijo Mattie—, yo le aconsejaría que llevase el vestido negro de Worth y los brillantes.

Susie se volvió a mirarla, asombrada por aquella sugerencia. El semblante de la doncella era inexpresivo, tan deliberadamente inexpresivo que Susie intuyó que sabía lo que había entre Gus y Norah Ebbsworth. Comprendió que Mattie estaba de su parte, pero que actuaba con discreción. Y entendió también qué quería que hiciera. Quería que se mostrase hermosa y radiante para eclipsar a Norah Ebbsworth, lo que sin duda podía conseguir, no solo porque era inteligente, sino también porque su aspecto juvenil le permitía llevar un vestido negro y diamantes y, aun así, parecer mucho más delicada y joven que Norah, con su boca y sus ojos fríos.

—Muy bien, Mattie —repuso en voz baja—, aunque no parece un vestido adecuado para el verano.

—En Inglaterra no hay verano, señora —contestó Mattie—. Además, se trata de una cena con invitados, entre ellos, el príncipe. Le gustará ver que se respeta la etiqueta.

Cuando estaba arreglándose entró Gus. Se quedó de pie detrás de ella, observando su reflejo en el espejo mientras Mattie la peinaba. Susie podía observarlo sin mirarlo directamente.

—Gorrión —dijo él—, te hemos echado de menos en la terraza.

Susie sabía que mentía, que pretendía convencerse a sí mismo de que ella ignoraba lo que ocurría.

—He subido a echarme un rato. Estaba cansada. Será mejor que te vistas, porque no queda mucho tiempo.

Gus se inclinó para besarla en la nuca. Mattie se apartó con rigidez a fin de permitir la caricia. A él no le importó su presencia; nada lo cohibía.

—Voy a arreglarme —dijo, y salió.

Susie advirtió que el corazón le latía muy deprisa y que el color teñía sus mejillas. Pensó que seguía siendo un hombre apuesto y atractivo a sus cincuenta y seis años. Era consciente de que aquel beso inesperado no había sido espontáneo. Con él Gus había querido decirle: «Ya sé que me estoy portando mal y me avergüenzo, porque Norah es una zorra. Perdóname. Ella no significa nada para mí. Nadie me ha importado ni me importará nunca tanto como tú».

El beso borró el resentimiento, porque hizo que recordara aquella noche en el Brevoort, antes de ir al Delmonico, cuando Gus le puso el collar de perlas y la besó.

Mientras la doncella sueca le arreglaba en silencio las ondas y los rizos del complicado peinado que estaba de moda entonces, Susie comprendió que nunca podría dejar a su marido y que lo sucedido en Bad Gastein no había tenido la menor importancia, por muy sorprendente y maravilloso que le hubiera parecido en aquel momento.

Cuando entró en el gran salón, Harry ya estaba allí. Intuyó que había bajado expresamente antes que los demás para hablar con ella. Su presencia la puso nerviosa y la entristeció. Le tenía afecto y no quería herirlo, pero no podía llegar a nada con él, porque el beso había reavivado su amor por Gus y, con Gus metido en su alma, la belleza de Harry le parecía pálida, blanda y decadente.

—Está usted deslumbrante esta noche —dijo él.

—Gracias.

Susie se puso a arreglar las flores, a separarlas un poco para que pudieran respirar, y mientras iba de un jarrón a otro él comentó:

—Tiene usted manos de hada.

—Las flores deben parecer flores, no ofrendas funerarias.

Advertía que él la observaba y no dudaba que estaba enterado de lo de Gus y Norah. Había en Harry algo femenino que le hacía ser chismoso, intrigante e incluso poeta. Sabía las cosas antes de que sucedieran.

—No soporto verla sufrir, Susie —dijo de pronto.

Ella sabía que era una tontería contestar: «¿Qué le hace pensar que sufro?». No lograría engañarlo, de modo que optó no decir nada.

—Norah es una mala pécora. También tiene cuentas pendientes conmigo.

—No se preocupe —repuso ella—. Gus me pertenece. Él es así. Pero no me importa.

—Voy a casarme.

Susie, que había acabado de retocar las flores, se volvió para decirle:

—Me alegro mucho. Creo que es lo mejor.

—Todavía no se lo he dicho a nadie.

—¿Y quién es ella?

—Dudo que la conozca. Es joven y rica, y creo que me quiere. Su padre es un constructor riquísimo, uno de los más ricos de Londres.

—Así pues, es un buen partido...

—Sí. Ella no sufrirá por su causa, porque nunca sabrá nada. Es nuestra última oportunidad, Susie. Usted volverá a Estados Unidos y yo voy a casarme. —Desvió la vista hacia la ventana—. Usted nunca se ha dado cuenta de cuánto la quiero y nunca lo sabrá porque no puedo demostrárselo. No sé cómo hacerlo. Es usted una mujer

extraordinaria. Si no ocurre nada entre nosotros, cuando esté a punto de morir pensaré que me he perdido lo más maravilloso que podía haberme pasado en la vida.

—Muchas gracias, Harry.

—Puedo arreglarlo. Me ocuparé de que Gus se quede con Norah para que usted pueda estar conmigo.

«Sería una buena ocasión si quisiera vengarme de Gus», pensó ella. Sin embargo, no deseaba tal cosa. Tomó la mano de Harry y dijo:

—No sería prudente, Harry. Usted se llevaría una desilusión y yo iría contra mis convicciones. Le aprecio mucho, pero no hasta ese punto. No soy como Norah y otras mujeres de aquí. Para mí eso no es como un apretón de manos. Mi respuesta, amigo mío, es «no». Cásese con esa joven rica. Es mucho mejor así.

Todavía no había bajado nadie por la escalinata. Harry desvió la mirada.

—Es extraño que su negativa la vuelva aún más deseable —afirmó—. No estoy acostumbrado a las mujeres como usted. Son pocas las que me han rechazado. —Se dirigió hacia la ventana y prosiguió—: Es usted una persona digna de conquistar, poseer y conservar. Creo que lo he sabido desde que la conocí. Si alguna vez puedo hacer algo por usted, por poco que sea, solo tiene que decírmelo. Sé que parezco un mal imitador de Tennyson, y decirlo me ha costado más que de lo que imagina, pero es verdad. —Se acercó a ella de nuevo—. No volveré a hablar de esto, pero quiero que sepa que la esperaré siempre, hasta que muera.

Susie quiso hablar, pero no sabía qué decir, y al cabo de un momento él añadió:

—Debe alejar a Gus de Norah. Es una pérdida y una chantajista.

—Tendrá que ser muy inteligente para vérselas con Gus —repuso ella con orgullo.

En ese momento bajaron el barón y lady Woolsey, y al otro lado de la ventana se oyeron las violentas explosiones del Delaunay-Belleville de lord Hinchcombe. Casi al punto la habitación se llenó de gente: personas elegantes y refinadas que el mundo conocía, envidiaba, admiraba, odiaba e imitaba. Era un mundo teatral, ingenioso, alegre y, por encima de todo, seguro, pero nunca había proporcionado a Susie la felicidad.

En la cena se sentó a la derecha del príncipe, con Harry al otro lado. Había colocado deliberadamente a Norah junto a Gus. Norah llevaba un vestido verde guisante muy escotado, pero Susie observó que no era una elección acertada, pues delataba el deseo de «forzar» su juventud y solo lograba que pareciera más angulosa. Cuando Susie hablaba con Harry o con el príncipe, usaba sin escrúpulos la dulzura y el encanto que había aprendido a mostrar cuando estaba cansada o decidida a conseguir algo que deseaba. El príncipe la apreciaba, y ella sabía que ese afecto no alarmaba a Gus, ni siquiera cuando se manifestaba abiertamente, pero molestaba a Norah por aquel esnobismo característico de Inglaterra. A cambio de formar parte del

«círculo del príncipe» —de que la llamara «Norah» en lugar de «señora Ebbsworth»— habría dejado de buena gana a Gus. Cada vez que el príncipe le decía «Susie», era una puñalada para Norah. Susie era lo bastante lista para saberlo. Odiaba a Norah por su maldad y no tenía piedad con ella.

La escena se produjo en la sala de juego, justo después de que los hombres se reunieran con las mujeres. Era una noche fría y alrededor de la lumbre se había reunido un pequeño grupo formado por Harry, Norah, lord Hinchcombe, el barón, la señora Keppner y la señora Pulsifer, una estadounidense casada con un banquero de Londres. Esperaban a que el príncipe diese la señal para comenzar la partida de póquer. El príncipe ya se había sentado a la mesa y hacía un solitario mientras hablaba con Gus acerca de unas inversiones. Susie, que acababa de dar unas indicaciones al mayordomo, estaba cerrando uno de los ventanales que daban a la terraza cuando oyó decir a Harry:

—Hará mejor tiempo en Biarritz. En esta época es maravilloso y al príncipe le gusta mucho. Le ha encantado la idea.

—¿Quiénes irán? —le preguntó Norah.

—Todos los hombres —respondió Harry—, y quizá Susie y Anne.

—¿Y yo no?

—No, querida, usted no puede ir. El propósito del viaje es descansar. Solo irá gente tranquila y sensata.

En la voz de Harry había un tinte burlón que Susie conocía bien. Pese a que nunca había sido víctima de su ironía, había visto cómo en ocasiones llegaba a extremos terribles. Harry solía usarla cuando tendía una trampa a alguien. El mismo timbre de su voz tendría que haber prevenido a Norah. En cuanto Susie la oyó hablar de nuevo, supo que había caído en la trampa. Se apartó, tomó de un estante un libro de grabados de deportes y fingió que buscaba uno en particular, aunque ni siquiera veía las ilustraciones, porque estaba escuchando, con todos los sentidos aguzados.

—Es una falta de delicadeza por su parte, Harry —dijo Norah—. No tenía la menor intención de ir.

—No pretendía ser grosero, Norah. Lo he dicho por precaución. Tiene usted una influencia perturbadora allí donde va.

—Dudo que Gus les acompañe —afirmó ella—. Tiene previsto ir a navegar a Southampton.

Susie oyó de nuevo la voz fría y serena de Harry:

—A decir verdad, ha sido idea de Gus. Es él quien lo ha propuesto.

Cuando Norah volvió a hablar, su voz destilaba furia. Harry pretendía ponerla en evidencia, mostrar a quienes se hallaban junto a la lumbre que no poseía a Gus, desmentir sus acciones y sus insinuaciones de que lo había conquistado. Susie esperó, con el corazón palpitante.

—Me sorprende que quiera tener cerca a Gus. Pensaba que le estorbaba —replicó Norah.

«Va a ocurrir —pensó Susie, que daba la espalda a ambos y seguía pasando las páginas del libro—. Norah es tan tonta que va a perder los estribos». Por primera vez comprendió lo desesperada que estaba la mujer y cuánto necesitaba retener a Gus. Por un instante casi sintió lástima de ella.

—No sé qué quiere decir con eso —repuso Harry.

—Norah cree que usted pretende alejarla de algo —intervino el barón.

—Se equivoca —contestó Norah—. Si desean saber lo que pienso, se lo diré: me sorprende que Harry y Susie no quieran quitar de en medio a Gus.

Susie oyó entonces la voz de Gus y supo que había montado en cólera. Hubiese deseado refrenarlo, pero tenía que fingir que estaba absorta en el libro y que no había oído nada.

—¿Qué insinúa, Norah? —preguntó Gus.

Sin necesidad de volver la cabeza para mirarlo, Susie sabía que tenía el rostro enrojecido y que se le había hinchado la vena de la frente.

Norah era tan insensata que no se arredró; poseía la dureza desvergonzada de una prostituta.

—Lo que todos sabemos —contestó con frialdad.

Susie no pudo resistir más. Cuando se volvió, vio que Gus, lleno de cólera, se había levantado de la mesa donde estaba hablando con el príncipe. Este había interrumpido el solitario, tenía la baraja en una mano y se atusaba la barba con la otra. Gus estaba delante de Norah, temblando, incapaz de hablar. Susie se oyó a sí misma exclamar:

—¡Gus! ¡Por favor! ¡Gus!

—Déjame —dijo él sin volverse, y dirigiéndose a Norah añadió—: Lo que acaba de insinuar acerca de mi esposa no es cierto. Reconozca que es falso.

Los labios de Norah, pintados en una época en que las mujeres no solían pintárselos, dibujaban una mueca desagradable.

—Está usted ciego si no lo ve, Gus —replicó.

Entonces ocurrió algo extraordinario. El príncipe se levantó y dijo:

—No importa, Gus. Nadie lo cree. Nadie pensaría nunca nada malo de Susie.

Gus recobró la calma con aquella rapidez que acompañaba a su ferocidad.

—Le pido perdón, alteza —dijo—, por haber dado esta escena en mi propia casa y en su presencia.

—Si alguien merece una disculpa —repuso el príncipe—, es Susie. —Se volvió hacia Norah y añadió—: Supongo que la señora Ebbsworth está fatigada. Tal vez sería conveniente que se retirase a su habitación y descansara antes de regresar a Londres.

La humillación era completa. A Norah no le quedaba otro remedio que marcharse. Quiso hablar, pero se lo pensó mejor y, dando media vuelta, cruzó la sala y salió. Había perdido a la vez a Gus y el favor del príncipe. Jamás volverían a invitarla a un lugar donde se esperara la presencia de este.

Susie, avergonzada pero triunfante, sabía que no podía seguirla. Ni siquiera debía verla antes de que abandonase la casa.

—Bien —dijo el príncipe—, empecemos la partida de póquer. —Y se sentó a la mesa.

Cuando todos hubieron tomado asiento, Susie se acercó a Anne Pulsifer para rogarle que fuese a averiguar qué planes tenía Norah. Luego le dijo a Harry:

—Gracias.

—No conozco mayor desvergüenza que la de una inglesa desvergonzada de la que cabría esperar mayor sensatez —aseguró él, y siguió con la partida.

Embargada por una repentina felicidad que la asustaba, Susie se acercó a la chimenea y contempló las llamas.

Aquella noche esperó largo rato a que Gus fuera a su habitación, pero él no acudió. Su marido daba a veces muestras de tacto y delicadeza; ella sabía que no había ido a su dormitorio porque le habría parecido vulgar y demasiado sentimental una gran reconciliación justo después de la escena con Norah. Susie sabía que todo había terminado; lo más probable era que Gus no volviera a mencionar la escena ni a nombrar a Norah. El Mayor era así.

Mattie entró en la habitación.

—Tengo un recado para la señora —dijo—. El ama de llaves me ha encargado que le diga que la señora Ebbsworth ha recibido un aviso de Londres. Tendrá que partir mañana temprano.

Mientras Mattie la ayudaba a desnudarse, Susie le preguntó:

—¿Sabe la servidumbre lo que ha sucedido en el salón de juego?

—Sí —contestó Mattie—, algo saben, y hasta ha habido una pelea entre el ama de llaves y la doncella de la señora Ebbsworth a propósito de eso.

—No debe hablar del asunto, Mattie. La historia correrá de boca en boca si sale de esta casa. No hay que mencionarlo, sobre todo por la presencia de su alteza real.

—Desde luego, señora, no pienso decir nada.

—Hablaré con el ama de llaves y los demás por la mañana.

Susie se acostó y Mattie no volvió a hablar hasta que hubo recogido las ropas y ordenado el tocador.

—¿Desea algo más la señora? —preguntó.

—No, Mattie, muchas gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, señora. Me alegro de que haya tenido éxito. Estaba segura de que debía ponerse el vestido negro.

Era la primera vez que Mattie se vanagloriaba..., y en lo sucesivo lo haría infinidad de veces. Cerró la puerta antes de que su señora pudiese responder. Susie sonrió en la oscuridad y pensó que era magnífico tener amigos como Harry, el príncipe y Mattie.

Cuando abrió los ojos, la luz de la mañana entraba a raudales en la habitación y Gus estaba junto al lecho. Como todas las personas nerviosas, se despertó al instante, y casi de inmediato adivinó que había sucedido algo terrible. Lo dedujo por la mirada de su marido y por el modo en que le acariciaba el cabello sin decir nada. En la otra mano tenía un papel que ella reconoció enseguida como un telegrama.

—No te asustes, gorrión —dijo él—. Despierta.

Como siempre, Susie se había despejado nada más abrir los ojos.

—¿Qué ocurre, Gus? —preguntó—. Debe de ser algo malo.

Él se sentó en el borde de la cama, dejó de acariciarle el pelo y le cogió una mano.

—Malas noticias de Herbert —dijo.

Ella supo por su voz lo que sentía Gus e intuyó que las noticias no podían ser peores. Dijo lo que primero que le vino a la imaginación:

—No pueden ser de Herbert. —No podía haberle pasado nada a Herbert, su hermoso y brillante Herbert, el niño del cochecito al que todos admiraban. Los seres como Herbert no podían morir jóvenes. Aportaban demasiado al mundo; su belleza y su encanto eran demasiado maravillosos para que desaparecieran.

—Se trata de Herbert —murmuró Gus—. Ha tenido un accidente en la carretera que va de Newport a Narragansett. Perdió el control del automóvil y se cayó por el puente.

«¡Malditos automóviles!», pensó ella. No había querido que Herbert se comprara uno hasta que fabricaran modelos mejores y más seguros. ¡Malditos automóviles! Notaba una especie de estupor que le impedía sentir nada.

—El telegrama lo ha mandado Aspasia —explicó Gus— y es bastante largo. Ella se ha encargado de todo. Creo que el entierro será el jueves. Se oficiará un funeral cuando volvamos.

Pero la mente de Susie había ido más allá de asuntos como el entierro y el funeral. Herbert había muerto.

—¡Pobres niñas, sin nadie para criarlas aparte de esa Blair chiflada! —dijo.

—Sí —convino Gus—, es una pena. —La abrazó y dijo—: ¡Llora, gorrión! ¡Llora! Yo te sostendré. Cuidaré siempre de ti.

Y brotaron las lágrimas, un torrente incontenible, no tanto por la muerte de Herbert como por la repentina ternura de Gus. El llanto por Herbert vendría más tarde. Siempre habría lágrimas por él en su corazón, hasta el día que muriese.

Era llamativo que Aspasia hubiera estado cerca en todos los momentos difíciles



de su vida. Aspásie era una persona eficiente, con una eficacia humana, que los estadounidenses no entendían. Estos, que hablaban de la eficiencia referida a las máquinas, decían que los franceses carecían de ella y, en consecuencia, pocos entendían a las personas como Aspásie, cuya vida se basaba en el sentido común y en los valores humanos eternos. Aspásie respetaba las formas, como todos los franceses, quienes, al igual que los chinos, visten la desnudez de las relaciones humanas con los ropajes de la civilización. Los chinos contratan plañideras para que giman y lloren en los entierros a fin de que los deudos del difunto no tengan que golpearse el pecho en público y demostrar su dolor. Cuando hay un nacimiento, una muerte o un matrimonio, los franceses y los chinos tienen tarjetas impresas o frases formularias de felicitación o de pésame que permiten a quienes no están especialmente interesados en ello encontrar temas más interesantes de conversación. Por medio de las fórmulas han estimulado la sinceridad. La señora Parkington pensaba que formaba parte de una eficiencia que sobreviviría muchos años a la estúpida eficiencia mecánica de los cuartos de baño y los automóviles.

Aspásie era así. Cuando sobrevenía una calamidad o una tragedia siempre estaba cerca; discreta y comprensiva, sabía lo que había que hacer y lo hacía bien, con buen gusto y sin alharacas. No se apropiaba del doliente para aprovecharse de él y demostrar públicamente su compasión y grandeza de espíritu. Se limitaba a ocuparse de las tareas penosas y pesadas que debían llevarse a cabo.

En la vejez la señora Parkington comprendió que en su vida solo había habido dos mujeres a las que se hubiera sentido unida; dos mujeres a las que había querido y con las que se había entendido tan bien que las palabras rara vez habían sido necesarias. Una era su doncella, y la otra, una antigua amante de su marido.

Incluso en ese papel, Aspásie había dado muestras de una eficiencia admirable. Lo que hubiera habido entre ella y el Mayor terminó cuando él se casó con Susie, y la nueva relación se cimentó sobre nuevas bases. No quedaron penosos restos de sentimentalismo, recuerdos desvaídos ni insinuaciones de intimidad. Lo acabado, acabado estaba; Aspásie agradecía la felicidad que había conocido con Gus, pues sabía que era muy poca la dicha de que podía disfrutar la pobre humanidad. Pese a la escena que tan bien había representado en la habitación roja y dorada del Brevoort, no veía ninguna razón por la que el pasado hubiera de impedir su amistad con la joven Susie Parkington, por quien sentía afecto y respeto. En la famosa escena no había participado su corazón, porque Aspásie no creía en las frases convencionales que había dicho ni en los convencionalismos en los que se fundaban. Tal proceder era muy francés, además de muy civilizado. Por ese motivo el Mayor la respetaba más que a ninguna otra mujer, con excepción de su esposa, y en ocasiones hasta le parecía que, de las dos, Aspásie era la más práctica y sensata.

Mucho después de la escena entre las dos mujeres, Susie reflexionó a menudo

sobre cuánta inteligencia, comprensión y buen consejo le habrían faltado a lo largo de su vida si hubiese sido tan insensata como para decir: «No, puesto que sé que ha sido amante de mi marido, no volveremos a vernos». Ella carecía del sentido práctico y la sabiduría de Aspasia, pero poseía una sensatez instintiva y Leaping Rock la había librado del sentimentalismo que tal vez hubiera adquirido en una comunidad medio civilizada. En un extremo de su experiencia estaba Leaping Rock, como una comunidad bárbara y primitiva, enraizada en la dura realidad; en el otro se hallaba Aspasia, que era un monumento de absoluto refinamiento. Ambos extremos eran buenos; ella jamás había pisado el terreno medio civilizado que quedaba entre ambos, y se alegraba de ello.

Así pues, Aspasia, elegantísimamente con su vestido negro y más hermosa a los sesenta años que a los veinte, fue a recibirlos al muelle. Lo había dispuesto todo. La casa estaba abierta y la servidumbre los esperaba. No había periodistas, porque Aspasia los había atendido y encandilado de tal modo que accedieron a no ver al gran mayor Parkington hasta que hubiese desembarcado y se hubiese instalado en la mansión. El funeral en Saint Bart también estaba preparado.

No corrió hacia ella llorando y gritando: «¡Mi pobre amiga Susie!». Tras un beso rápido en la mejilla y un apretón en la mano, le preguntó por el viaje, contó algunos chismes y dispuso con el señor Billingsley, el secretario del Mayor, lo concerniente al equipaje. Lo que decía sin palabras era: «La desgracia es tan grande que no debemos hablar de ella ahora. Eso vendrá más tarde. Ahora lo importante es seguir viviendo, volver a tomar las riendas. Eso ayudará a aliviar el dolor y a comprender que hay que sobrellevar las tragedias de la vida y colocarlas en el lugar apropiado, con la perspectiva con que las veremos con el paso de los años. En todas las experiencias humanas, aun en las más trágicas, hay algo valioso que no se debe negar, pues de lo contrario se convierten en un cáncer que nos devora».

Y cuando aquel mismo «verano terrible» llegó la noticia de que Alice no soportaba por más tiempo la humillación que representaba su matrimonio y había solicitado el divorcio, Aspasia dijo: «Querida Susie, creo que debo ir contigo a París. Los franceses tenemos ciertas costumbres que tú no conoces».

El Mayor no podía marcharse. Él y el joven Eddie acompañaron al muelle a Susie, Mattie y Aspasia. Como hombre práctico que era, las encomendó al cuidado de un abogado estadounidense amigo suyo que vivía en París y se llamaba Bates.

En el muelle, Susie llevó aparte a su hijo.

—Procura portarte bien, Eddie —dijo—. Tienes mala cara y has adelgazado mucho. No trasnoches y procura beber menos. —No habló de las mujeres porque sabía que no serviría de nada. Eddie se habría enfadado y habría apretado los labios tozudamente.

—Claro, madre —repuso él, con una sonrisa de oreja a oreja—. Me enmendaré.

Se lo prometo. En otoño me iré a las minas y hasta entonces quiero pasarlo bien. Allí no habrá mucha diversión.

Susie entendía por qué Eddie tenía tanto éxito entre las mujeres. Con su cabello pelirrojo, su tez pecosa y sus ojos azules, poseía un atractivo infantil, aunque en realidad no había nada infantil en él. Era demasiado precoz y experimentado; en su joven cuerpo habitaban la violencia, la vitalidad y la pasión de los Parkington, pero él las encauzaba únicamente hacia la consecución del placer. No era habitual que una mujer encontrara en un muchacho todo eso además de dinero, las grandes sumas que el padre entregaba a Eddie con generosidad manirrota.

Gus no trataba de refrenar a Eddie ni de darle buenos consejos. Gus, cuya juventud había sido dura y alocada, creía que un muchacho debía ser disipado. Le enorgullecía que su hijo tuviese como amante a una corista tan bella y famosa como Shirley Seagram; a la edad de su hijo, él solo había cortejado a camareras. Si solo se hubiese tratado de Shirley, a Susie no le habría importado, pero había otras. No podía hablar del tema con Eddie; Susie lo habría hecho si hubiera dependido de ella, pero sabía que ni Gus ni su hijo lo habrían consentido. Para ellos era un asunto que una esposa y una madre no debían mencionar; eran algo que una mujer decente debía ignorar, o al menos fingir que ignoraba.

Su marido y su hijo permanecieron en el muelle mientras el barco se alejaba por el río y agitaron los sombreros de paja hasta que ella no pudo distinguirlos entre la multitud apiñada. Susie sintió una punzada al separarse de ellos, y también el orgullo de saber que esos espléndidos ejemplares humanos le pertenecían.

Al caer la tarde paseó en silencio por la cubierta, del brazo de Aspasia, intentando disipar la depresión que la había invadido cuando Estados Unidos se desvaneció en la oscuridad. Era una depresión nacida de los remordimientos y de la creencia de que había fracasado como madre. Se dirigía a París con motivo del divorcio de una hija cuyo matrimonio había hecho agua. Uno de sus hijos varones, tras un matrimonio precipitado, había muerto dejando dos hijas pequeñas, y el otro, a pesar de su apostura y encanto, iba por mal camino.

En la creciente oscuridad, trató de descubrir qué había hecho mal. Había sido una buena madre, una madre prudente en la medida de lo posible, y sin embargo no había servido de nada porque, fuera de los límites de su influencia, donde ella ejercía su poder, había fuerzas demasiado poderosas que trabajaban en contra: Gus, con su generosidad y su egocentrismo desmedidos y su orgullo por su mujer y sus hijos; la señora Ogden, la colosal fortuna, las magníficas mansiones de Newport y Nueva York, el yate y los periodistas a los que Gus siempre animaba. Hasta los colegios a los que Gus había insistido en enviar a sus hijos los habían maleducado por su vulgar esnobismo y su insistencia en la importancia de la riqueza, la familia y la posición social. Les habían inculcado, al menos a los dos chicos, que poseían privilegios

especiales y que estaban más allá de las normas que regían la conducta de la gente corriente. Ni Eddie ni Herbert eran esnobs, gracias a Dios, pues había en ellos demasiado vigor, demasiada sangre de los Parkington, pero estaban convencidos de que pertenecían a un clase dichosa y privilegiada. En cierto modo, ese era el efecto oculto —si no el propósito— de Saint Bart y de escuelas análogas, donde imperaban las tradiciones mortecinas y la imitación de todo lo inglés.

Todo eso se había conjugado para derrotarla, junto con su pasión por Gus, que siempre la ablandaba y la inducía a plegarse a él y a sus ideas en contra de lo que le dictaban el instinto y la razón. Creía que había existido una época en que, de habérselo propuesto, habría podido cambiar el curso de sus vidas. Fue durante aquel verano en la casita roja de Long Branch, tras el desagradable episodio de la fiesta fracasada. Podría haber luchado para seguir llevando la vida tranquila y, sobre todo, sencilla de aquel verano. Entonces tal vez hubiese tenido la oportunidad de librar a sus hijos de aquellas fuerzas que, de manera lenta y misteriosa, habían deformado sus vidas.

No obstante, mientras continuaba cavilando y haciéndose reproches, sabía que hubiese sido imposible estando casada con Gus, porque este nunca habría soportado una vida tranquila y respetable. Él tenía que llevar consigo cuanto poseía, incluidos su mujer y sus hijos, o dejarlos atrás para siempre. Gus tenía cuanto había deseado, lo que lo llenaba de orgullo. Parecía incluso que, tras la conmoción inicial, hubiera olvidado la muerte de Herbert. Él no vivía en el pasado, sino en el presente y en el futuro. Lo perdido, perdido estaba. Susie sabía cuánto la amaba, pero no se hacía ilusiones respecto a lo que sucedería si ella falleciera. Gus la lloraría durante un tiempo, un breve espacio de tiempo, y después encontraría otra mujer y más tarde ni siquiera se acordaría de ella, a menos que por casualidad viese su retrato o alguien la nombrase. Gus era una especie de prodigio para ella; era un hombre natural y, tal vez por eso, feliz y afortunado. Quizá fuera como la naturaleza pretendía que fueran los hombres: creadores, fecundos, sanos e irreflexivos. Susie pensaba a veces que el hombre había deformado y complicado su existencia, y que tal vez incluso se hubiera condenado a sí mismo, por creer en la civilización.

Sabía que en cuanto Gus y Eddie dejaran el muelle irían a Delmonico o a Rector para cenar y beber bien, verían luego a un par de chicas, tal vez Shirley Seagram y una amiga, y al final de la noche quizá Gus le fuese fiel... o quizá no. Lo extraño era que en lo más recóndito de su ser los quería a ambos porque amaban tanto la vida. En lo más recóndito de su ser los envidiaba un poco porque eran hombres y rebosaban de la alegría de vivir. En Bad Gastein los había comprendido. En cierto modo, aquel episodio la hizo amarlos aún más.

El barco navegaba ya en alta mar y el viento barría la cubierta y silbaba entre los palos. Aspasia, que tal vez había adivinado lo que Susie estaba pensando y por eso

había guardado silencio, dijo:

—Bajemos a vestirnos para la cena. Te sentirás mejor cuando te cambies.

La francesa práctica la devolvía al marco de la existencia cotidiana, que hace soportable la vida en los momentos de tribulación.

Alice había abandonado la mansión del duque, en la rue de Varenne, y se hospedaba en el hotel Meurice. Era una mansión famosa, construida por Gabriel, con un gran jardín trasero. Cuando Alice contrajo matrimonio, estaba vacía porque, poco a poco, el duque y su padre habían vendido los muebles, las esculturas, los cuadros y los tapices depositados allí generación tras generación por los descendientes del primer duque de Brantès, par de Francia y tesorero de Francisco I. Después la habían restaurado gracias al dinero que el Mayor había amasado con los ferrocarriles, las minas y el petróleo en un país descubierto más o menos en la misma época en que el primer duque de Brantès recibió el título. Sin embargo, la magnificencia de aquella mansión no atraía a la hija del Mayor. Como bien sabía Susie, Alice tenía una vena de vulgaridad que hacía que se sintiera a disgusto en presencia del esplendor. A diferencia de su madre, no poseía la capacidad de adaptarse a las circunstancias ni el don de estar a la altura de una situación, de «actuar» como había hecho Susie en respuesta a la representación que había realizado Aspásie en el Brevoort años atrás. Alice simplemente se sentía incómoda. Solo la amargura, la desilusión y las relaciones sociales le proporcionarían más adelante una especie de frágil aplomo y un poco de malicia e ingenio. Cuando se divorció del duque era una muchacha torpe, tozuda y provinciana, que sorprendentemente hablaba el francés clásico del Teatro Francés que de niña le había enseñado Aspásie.

Fue esta muchacha sosa, vestida con ropas de Worth que no le sentaban bien, quien recibió a Susie y Aspásie en la Gare du Nord. Tenía el aire de un cachorrillo desgarrado y maltratado. La alegría y la emoción que mostró al ver a su madre y a Aspásie fueron más insoportables aún que la tristeza que reflejaban sus ojos.

Al recordar lo que Aspásie había dicho el día de la boda —que Alice debía contraer matrimonio con el duque porque, si no, se casaría con otro igual que él—. Susie pensó: «Tal vez sería mejor que no se divorciara del duque, por muy mala que sea la situación». Pero enseguida comprendió que no era buena idea, porque Alice no se parecía a ella: carecía de inventiva y no sabría construirse una vida propia fuera del reino de la existencia de su marido. Era una muchacha corta de luces, sin imaginación ni iniciativa. Y Susie descubrió que la situación era mucho peor de lo que había imaginado.

Al final del verano, el Meurice estaba lleno de estadounidenses y británicos que habían ido a París a comprar ropa, volvían de sus vacaciones o se dirigían a Austria o a Hungría para cazar faisanes. Estaba lleno de personas a las que Susie conocía. Se las encontraba en todas partes —en los grandes salones, en el restaurante y en el

ascensor—, y enseguida comprendió que no podían quedarse en aquel hotel en unas circunstancias tan desagradables. En el taxi, Alice le había dicho: «El duque ha decidido oponerse a la demanda», y ella supo al instante lo que eso significaba: trapos sucios, recriminaciones, todas las abominaciones de un escándalo en una época y un país en que el escándalo de un divorcio era mucho peor que el de cualquier otra clase.

—¿Estás decidida a seguir adelante? —le preguntó Susie.

—¡Tengo que librarme de él! —respondió Alice con vehemencia—. ¡No volveré a sentirme limpia si todo esto no termina por completo!

Susie miró a Aspasia. La situación era peor de lo que ambas habían supuesto.

Una vez que se hubieron instalado en las habitaciones del hotel y Mattie empezó a deshacer el equipaje, Aspasia dijo que se iba a visitar a unos amigos y parientes y que no volvería hasta después del almuerzo. En efecto, tenía amigos y parientes en París, y pensaba visitarlos, pero esa no era la razón por la que salió. Susie supo más tarde que se había marchado para que madre e hija estuvieran solas y para realizar una especie de expedición de reconocimiento. Quería comprar todos los periódicos, la prensa sensacionalista, las *revues mondaines*, a fin de conocer el estado de opinión de París, tanto del París francés como del internacional.

Cuando se hubo marchado, Susie ordenó que sirvieran el almuerzo y, mientras comían, habló de la familia con la intención de crear un clima distendido que permitiese a Alice contarle todo lo que encerraba su corazón. No tuvo éxito, porque casi al instante notó que entre ambas se interponía aquel desapego insalvable que, como una niebla, enturbiaba su relación desde que Alice tuvo edad para hablar. Era como si no tuviesen parentesco alguno, como si por las venas de Alice no corriese su misma sangre. Llena de pesar y vergüenza, Susie había llegado a pensar a veces: «Si Alice fuera guapa, alegre y divertida, todo sería distinto. Cuánto hubiese disfrutado con una hija así». Había intentado toda su vida compensar esos sentimientos esforzándose conscientemente por crear algo que no podía crearse; el empeño solo tenía el efecto contrario de aumentar la sensación de desapego.

Mediado el almuerzo, le resultó evidente que Alice se había vuelto aún más distante e inalcanzable. Estaba sentada a la mesa, con el rostro cetrino y poco agraciado, los ojos velados por la pena y el orgullo herido, buscando comprensión y amabilidad, pero repeliéndolas en cuanto se las ofrecían. La suya era la tristeza de una persona cuyo mundo se reducía a su propio yo. Si hacía mal tiempo, el hecho solo tenía importancia en la medida en que la afectara a ella. Era la tristeza de una persona destinada a sufrir siempre porque permanecía encerrada en una concha y rechazaba la compasión, no daba nada y mostraba un absoluto desinterés por lo que quedara fuera de los límites de la prisión sombría en la que se obligaba a vivir. Se parecía extrañamente al feroz egocentrismo de Gus, pero invertido, porque no devoraba a los otros, sino a sí misma. Observándola, Susie pensó en lo cruel e

incomprensible que era el mundo, y se preguntó avergonzada por qué, si tenía que morir uno de sus hijos, no había sido Alice, que encontraba tan poco placer en la vida, en lugar de Herbert, el radiante Herbert, que amaba la vida con tanta pasión y daba mucho más de lo que recibía.

Suspiró y miró las copas polvorientas de los castaños en los jardines de las Tullerías. Con la desgracia de Alice, París parecía una ciudad extraña y gris, fría y desconocida. Hasta las calles tenían un aspecto distinto, ensombrecido y turbio por el dolor de Alice.

Cuando llegó el camarero, Susie pidió champán con el postre, esperando que ayudase a rebajar la tensión y permitiese hablar a Alice. Pero esta lo rechazó diciendo algo a propósito del hígado, órgano que Susie consideraba innecesario y creía que era de mal gusto nombrar salvo delante del médico.

Luego, de forma inesperada, cuando el camarero retiró el servicio y Susie miraba la rue de Rivoli por la ventana, Alice se echó a llorar en silencio. Mientras las lágrimas resbalaban por sus pálidas mejillas, empezó a hablar; contó toda la historia, que, guardada durante tanto tiempo en su espíritu solitario, fue saliendo como el agua de una presa rota. Junto a la ventana, Susie se volvió hacia ella y luego pensó: «No, no debo mirarla. No debo tocarla. Si intento consolarla, lo echaré todo a perder». Así pues, se volvió de nuevo y, como si escuchara distraída mientras miraba la calle, oyó la sórdida historia sin interrumpir a Alice salvo para decir «sí» o murmurar una frase ininteligible a fin de que su hija supiese que la estaba oyendo y continuase contando lo que tenía que explicar si quería conservar la cordura. Sin que la muchacha se lo dijera, Susie comprendió que había guardado toda la historia para sí, sin contar nada, aparte de la lista de infidelidades del duque, ni siquiera a su abogado.

Era una historia espeluznante, llena de indicios turbios que escandalizaron a Susie y que sin duda ni la misma Alice entendía; una historia de humillación pública y privada, de amantes y depravación. Mucho de lo que Alice contaba con inocencia adquiriría, a través de la experiencia y el conocimiento de Susie, matices de perversidad y de vicio. Lo que Alice narraba era terrible; lo que ni siquiera sospechaba era mucho peor. El duque no había vivido con ella más de dos años. Había mostrado abiertamente a todo París que ya no la consideraba su esposa y que la despreciaba. Mientras escuchaba a su hija, Susie se dio cuenta de que desde el principio había presentido el final; había albergado la esperanza de que de algún modo Alice supiese defenderse o al menos construirse una vida propia, independiente. Pero ahora sabía, como en el fondo siempre había sabido, que era una esperanza vana. Alice no era una mujer fuerte; pobre Alice, que dependería de los hombres toda su vida, que nunca sería capaz de retenerlos ni de meterlos en cintura. El final había llegado mucho antes lo que temía.

Comprendió cuán desvalida estaba la muchacha. No había aprendido nada desde

que abandonó su hogar el día de la boda. No había sacado nada de la experiencia, y tampoco era posible explicarle ni enseñarle nada. Era como si estuviese decidida a ser desgraciada y encontrase una especie de satisfacción perversa en ello, la satisfacción que en otros aspectos le negaba la vida.

La narración acabó con un ataque de sollozos histéricos. Susie cruzó la habitación, se sentó junto a su hija y abrazó su cuerpo tembloroso.

—En adelante Aspasia y yo nos ocuparemos de todo. Déjalo en nuestras manos —dijo en voz baja—. No debes volver a pensar en lo ocurrido. ¿Estás segura de que él va a oponerse a la demanda?

—Lo tiene todo planeado. Se ha procurado testigos para demostrar que he sido infiel.

Susie reflexionó un momento antes de preguntar:

—¿Es cierto?

Alice la miró asombrada.

—No, claro que no. Tengo amistad con un par de hombres que se han portado bien conmigo, pero nada más.

—¿No habrás cometido ninguna imprudencia?

—No lo sé. No soy abogado.

Estaba claro que Alice ignoraba lo que una imprudencia podía suponer ante un abogado o un tribunal. También estaba claro que se hallaba desamparada en un país extraño, cuyas leyes eran diferentes de las de Estados Unidos. «En cierto sentido es culpa de Gus... —pensó Susie—, de la insensata generosidad de Gus y de su pasión por hacerlo todo a lo grande..., como si quisiera pregonar su éxito y su riqueza. Si no le hubiese dado tanto dinero al duque, este no se habría atrevido a amenazar con interponer una reconvencción».

Desde luego, podían sobornarlo, pero Susie no quería. En lo más hondo de su ser latía una amarga indignación, muy parecida a la que le había provocado el comportamiento de Norah Ebbsworth. Lo que Alice acababa de contarle rezumaba maldad, crueldad y perversidad deliberadas, y esas eran cosas que ella jamás había tolerado. Por eso no quería sobornar al duque; ese sería el último recurso. Tenía un plan mejor, pero para llevarlo a la práctica necesitaba el consejo de Aspasia.

—Será mejor que te tumbes un rato —le dijo a Alice—. Voy a pedir entradas para el teatro y, cuando vuelva Aspasia, dispondremos lo necesario para alquilar un piso o una casita, porque no podemos quedarnos en el hotel en esta época del año. Hay demasiada gente que nos conoce. Ahora descansa y deja que Aspasia y yo nos ocupemos de todo.

Y de repente, por primera vez, Alice la besó con verdadero sentimiento, con tanto sentimiento que había en el gesto algo de histeria, casi de locura.

—No sabe —dijo— cuánto me alegro de tenerla aquí. Su presencia lo cambia



todo. Ya no me siento sola porque puedo confiarme a usted.

Era la primera vez que se entendían, que la sensación de distancia entre ellas se quebraba. Tardarían mucho tiempo aún en comprenderse por completo, hasta que Alice fuese una anciana.

A la hora del té, Aspásie volvió cargada de periódicos y revistas, diciendo que la situación era peor de lo que temían. El divorcio era la comidilla de París y todas las *revues mondaines* contenían referencias a él. Algunas tomaban partido por la joven esposa estadounidense contra el duque libertino; otras decían que ella se había llevado su merecido por introducirse, gracias a su fortuna, en una familia de la rancia nobleza francesa. Pero el asunto no acababa ahí; periodistas imaginativos y chantajistas escribían veladas insinuaciones de orgías y lesbianismo. El divorcio aparecía incluso en la prensa política más seria: los periódicos conservadores lo citaban como ejemplo de los resultados perniciosos de abandonar las tradiciones; los católicos, como ejemplo del peligro de los matrimonios entre personas de distinta religión, y los radicales, como ejemplo palpitante de los males del capitalismo y la riqueza. Era evidente que en París no conocían un escándalo igual desde la acusación y el suicidio del duque de Praslin.

Susie y Aspásie se adentraron consternadas en aquella selva de papel; Aspásie, avergonzada de su nación por la cruel mezquindad de los periódicos, y Susie asombrada por la mala fama que una persona tan gris y mediocre como Alice había logrado adquirir. Lo raro era que esta no parecía darse cuenta de los ataques; era como si, enterrada en su dolor, le trajese sin cuidado la opinión de un mundo en el que había representado un papel pálido y minúsculo.

Tras leer los periódicos, las dos mujeres se pusieron a trazar el plan de campaña.

—*C'est honteux* —comentó Aspásie—. Los franceses pueden ser el pueblo más elevado y más vulgar a la vez.

A Susie no le preocupaba demasiado la prensa francesa, pues sabía que la vida de Alice en Francia había terminado, lo que su hija no lamentaba. Eran los periódicos estadounidenses los que temía, aquellos espantosos y sensacionalistas suplementos dominicales, con titulares como «Otra joven estadounidense que compra un título». Por un momento deseó que el Mayor estuviese en París para hacer frente a la situación, pero tras reflexionar unos instantes comprendió que nada sería peor que la presencia de Gus, pues daría rienda suelta a su furia y a su desprecio y lo empeoraría todo. Solo Aspásie y ella podían encargarse del asunto.

No fueron al teatro por la noche. Alice ni siquiera se despertó para la cena y Susie la dejó dormir. Era como si el alivio de contar toda la historia le hubiese proporcionado una tranquilidad que no conocía desde hacía muchos meses y, con ella, el sueño del que no había gozado durante ese período.

Después de cenar, Susie y Aspásie trazaron su plan de acción, que incluía el gasto

de mucho dinero, la participación de personas sin escrúpulos, mucha experiencia del mundo en todos sus aspectos, sobornos y, sobre todo, rapidez. Decidieron que no podían perder ni un momento.

Al día siguiente Susie visitaría a los abogados que llevaban el caso y Aspasia se encargaría de buscar una casa o un piso y de contratar a cuatro o cinco detectives privados, los más desalmados que pudiese hallar. Sería fácil encontrarlos, pues abundaban en París. Más difícil era la tarea de Susie: tenía que concertar una entrevista con el duque. Alice debía guardar silencio y mantenerse al margen de todo.

Las dos mujeres se pusieron manos a la obra. Encontrar el piso fue fácil. Tras entrevistarse con los abogados de Alice, Susie comprendió que poco cabía esperar de ellos. Los letrados estadounidenses eran ancianos, sosos y respetables, y estaban más interesados por su posición en el Traveller's Club y en la embajada que por defender a su cliente; saltaba a la vista que hubieran deseado no participar en un asunto tan escandaloso, salvo por los elevadísimos honorarios que esperaban cobrar. Sus socios franceses, ancianos también, cordiales y con un aire de respetabilidad fúnebre, eran meros contables, que figuraban en la guía telefónica no solo como *avocats*, sino también como *hommes de lettres*. Era a los detectives a los que Susie necesitaba. Uno de ellos parecía el director de una funeraria y durante toda la primera entrevista no cesó de secarse las manos tras habérselas lavado, como si tuviese en el alma una mancha de la que no pudiese librarse. El otro era un hombre moreno y bajo, con semblante brutal y un tic nervioso. Uno se llamaba monsieur Blanc —un nombre de lo más inocuo—, y el otro, el director de la funeraria, se hacía llamar monsieur De Trevillac, un noble apellido bretón sobre cuya autenticidad ni Aspasia ni Susie se hacían ilusiones. Ambos prometieron que conseguirían lo que se les pidiera. Como su oficio los obligaba a pasar mucho tiempo entre los elementos más depravados de los bajos fondos parisienses, tenían ya, según dijeron, un considerable dossier sobre el duque. Solían recopilar tales informes y archivarlos, porque nunca se sabía cuándo serían de utilidad. Cuando aportaron todas las pruebas que habían recogido por casualidad, las dos mujeres las leyeron y Susie decidió que ya tenían todo lo que necesitaban para sus propósitos. En cuanto se hubieron marchado, tras dirigirse hacia la puerta de espaldas sin dejar de hacer reverencias, Susie se sentó para escribir con la ayuda de Aspasia una carta al duque solicitando una entrevista. La enviaron con un mensajero y un mensajero les llevó la respuesta.

El duque decía que estaría encantado de volver a saludar a su suegra y que nada le proporcionaría mayor placer, pero que no podía aceptar que ella lo cumpliera; la cortesía obligaba a que fuera él quien la visitara. Susie debía fijar la hora. A ella no le agradó la carta; no era el momento de andarse con sutilezas protocolarias ni con halagos.

El duque llegó a las cuatro de la tarde del día siguiente. Susie se hallaba sola en

casa. No deseaba que Alice estuviese presente, pero había otra razón más importante: se proponía hacer algo que la avergonzaba, que repugnaba profundamente a su naturaleza. Ya le resultaría bastante difícil hacerlo sola, cara a cara con su yerno, pero no podría llevar a cabo lo que pretendía en presencia de una tercera persona, ni siquiera de Aspásie, que conocía el plan con todo detalle.

Cuando entró en el salón del piso que había alquilado en la rue Tilsit, el duque estaba junto a la ventana, mirando a la calle. No la oyó llegar y ella se detuvo en el umbral, con el terrible dossier de monsieur Blanc y monsieur De Trevillac bajo el brazo. Al dirigirse a él, no le llamó «Jacques» ni «yerno», sino «monsieur le duc». Lo dijo en voz baja, con tono burlón y ofensivo.

Sin embargo, en cuanto él se volvió y ella vio su rostro, sintió que algo que escapaba a su dominio como mujer debilitaba su acritud; era un hombre atractivo, como suelen serlo los hombres disolutos. Daba la impresión de que su sola presencia, su sonrisa irónica y zalamera derribaban las barreras del rechazo y de los escrúpulos morales. No se trataba del irresistible atractivo físico de un hombre como el Mayor; el encanto del duque era más insinuante y maligno, más destructivo: el encanto de un hombre apuesto y disipado que no se detenía ante nada.

El duque cruzó la habitación para besarle la mano, diciendo:

—Estoy encantado de volver a verla, *belle-mère*. No pretendo lisonjearla cuando digo que es una de las mujeres a las que siempre deseo ver.

Susie se dio cuenta una vez más de que solo era unos años mayor que él y que resultaba un tanto grotesco que fuese su suegra. Y también se dio cuenta, avergonzada, de que se había esforzado por estar atractiva para la entrevista. De repente se sintió abochornada por ser femenina, vanidosa y frívola. Con todo, en el fondo le agradaba que él la encontrase atractiva.

—Gracias, Jacques. No necesita adularme. No es el momento adecuado.

Le rogó que se sentase y añadió:

—Este es un asunto penoso. No abrigaba la esperanza de que el matrimonio fuese feliz, pero confiaba en que al menos tuviese una apariencia de decoro. —Mientras hablaba, dejó el dossier en la mesa y advirtió que el duque observaba la acción.

—Le aseguro, *belle-mère*, que he intentado hacer todo lo posible en una situación bastante mala. Puede creerme o no.

—Pues ha fracasado por completo.

Él apartó la mirada y su rostro atractivo y disipado adoptó una expresión seria. La seriedad lo tiñó de tristeza.

—Lo he hecho lo mejor que he podido —aseguró—. Tal vez no haya sido suficiente. ¿Ha vivido alguna vez con Alice? ¿Ha pasado una tarde a solas con ella?

Susie adivinó adónde quería conducirla y decidió no caer en la trampa. Era imposible afirmar que Alice era brillante, divertida o siquiera cordial.

—Después de todo, es mi hija —dijo.

—Parece que pese una maldición sobre ella —continuó el duque—. Yo no odio a Alice. Si algo siento por ella es lástima, pero una lástima que quisiera que no hubiese despertado su presencia. La piedad puede ser una virtud estimable, pero también es una emoción dolorosa para quien la experimenta. No pretendo pasar por virtuoso. Solo creo una cosa: que no tengo más que una vida y he de vivirla. Tengo ya treinta y nueve años; muchos para un hombre que ha vivido como yo. No creo especialmente en la autoflagelación. Lo he intentado todo con Alice y uno de nosotros o los dos hemos fracasado. Nuestro matrimonio ha sido desdichado desde el comienzo y nada puede compensar eso.

—¿Ni siquiera cien mil dólares al año? —le preguntó Susie. Se esforzaba por ser desagradable, pero el mismo esfuerzo la llenaba de vergüenza.

—Quizá haya vendido mi cuerpo por esa cantidad, pero nunca mi alma.

Ella no dijo nada. «Al menos sus palabras son sinceras, por muy perversos que sean sus motivos, por muy depravado que sea su carácter». Resultaba difícil negar lo que decía de Alice.

—Alice es insensible al amor, *belle-mère* —le oyó decir—. No sabe cómo recibirlo ni cómo corresponder a él. No soy un hombre carente de atractivo. Ni inexperto; al menos las mujeres experimentadas no me consideran así. Sin embargo, cada vez que hacía el amor con su hija, ella reaccionaba no solo como si fuera una indignidad, sino, peor aún, un aburrimiento. Alice no quería un marido o un amante, sino alguien con quien pasar largas e interminables tardes sin hacer nada. Solo quería un hombre al que pudiera exhibir ante el mundo como su propiedad. Era intolerable, *belle-mère*. Créame, hice cuanto pude. Soy impaciente, pero lo intenté.

Susie percibió en su voz cierto honor y angustia, un atisbo de verdadero sufrimiento, que la conmovieron a pesar de la amargura que sentía, y comprendió que el doloroso egocentrismo y la falta de espíritu de Alice debían de haber sido una tortura para él. Lo mismo le habría ocurrido a ella si se hubiera casado con un hombre lerdo, pasivo y convencional en lugar de Gus. El hombre que tenía enfrente, pese a su falta de escrúpulos y su depravación, era de aquellos a quienes se había concedido ingenio e inteligencia, de aquellos que, en cierto modo, eran los elegidos.

—Si todo eso es cierto —dijo—, ¿por qué desea oponerse a la demanda de Alice?

El duque se cubrió la cara con las manos y reflexionó un momento.

—Es difícil contestar, y tal vez más difícil para usted, siendo estadounidense, entenderlo. Yo no odio a Alice. El divorcio me plantea un problema que apenas existe en su país. El hecho de que Alice no me haya dado un heredero, de que al parecer sea incapaz de concebir, tiene menos importancia para mí que para otros hombres. Hay en mi familia varones que podrían llevar el título. Tengo dos sobrinos, como usted sabe. No estoy seguro de si deseo traer hijos a un mundo que nunca me ha satisfecho

especialmente y que veo deteriorarse hasta un extremo en el que todos los hombres quedarán reducidos a una uniforme mediocridad. No creo en el divorcio. Aunque Alice lo consiga en los tribunales civiles, no significará nada para mí, porque solo la anulación de Roma podría liberarme. Por eso no necesito el divorcio. Pero por eso mismo, si he de serle franco, puede que se necesite dinero, tal vez mucho dinero.

Susie empezaba a comprender. El duque se mostraba extraordinariamente sincero, como solo los franceses sabían serlo. A pesar de todo, la satisfacía tratar con un hombre que carecía de hipocresía. «Ha llegado el momento —pensó—. Debo actuar».

—No habrá dinero, Jacques —dijo en voz baja—. Mi marido fue demasiado generoso con usted. El dinero no significa nada para él. Solo es algo que le rodea. Ni siquiera sabe cuánto tiene y por eso lo derrocha. No se da cuenta de cuánto bien puede hacer, ni de cuánto daño puede causar..., un daño colosal.

Observando al duque, adivinó lo que pasaba por su mente. Se había presentado alegremente creyendo que quería comprarlo, luego había visto el dossier en la mesa y se había alarmado. El cartapacio parecía fascinarlo, porque durante toda la conversación no dejaba de mirarlo. «Ha visto algún otro dossier en su vida —pensó—. ¡No es la primera vez que lo chantajean!».

Susie siguió hablando con el mismo tono de voz, que ahora reflejaba una especie de alegría maligna por lo que estaba haciendo.

—Quizá sería más barato comprarlo a usted, pero no es eso lo que pienso hacer. Comprenderá que el dinero no es ningún problema en este asunto. Seguro que mi marido tiene en este momento dos mil millones de francos a su disposición. No necesita guardarlos, porque no para de ganar dinero. Cada día se incrementa más su capital en todo el mundo. Entenderá usted que no le importaría gastar mil millones de francos para solucionar este caso.

Había descendido de manera deliberada al terreno de lo vulgar porque le convenía, y vio que la estrategia surtía efecto. Las cifras astronómicas que mencionaba estremecían aquel avaro corazón francés y aquella lógica mente francesa.

—Sin duda sabrá que con mil millones de francos se pueden comprar todos los periódicos de París y que la mayoría, sobre todo los más aficionados a los escándalos, están siempre en venta.

(La información se la había proporcionado Aspasia, que tan buenos consejos le había dado antes de la entrevista).

Al adivinar qué se proponía Susie, el duque esbozó una curiosa sonrisa de regocijo y admiración, y de nuevo ella pensó que le gustaba la perversa franqueza de aquel hombre; había planeado extorsionarla cortés y caballerosamente, y ahora se daba cuenta de que su plan había fracasado y de que se estaban volviendo las tornas. No le importaba demasiado. Disfrutaba con la entrevista y la conversación, y la

admiraba con sinceridad por lo que estaba haciendo. Era un caso perdido, pero simpático en cierto modo.

—Sí, *belle-mère* —contestó—, lo sé.

—Y también sabe que Alice no tiene la menor intención de permanecer en Francia. Nada de lo que suceda la afectará en lo concerniente a este país. Dudo incluso que vuelva a poner los pies aquí, ni siquiera como turista.

—Sí, *belle-mère*.

Había llegado el momento. Susie cogió el dossier y la sonrisa del duque se volvió más radiante.

—Eso —dijo él— debe de ser un dossier sobre mis iniquidades.

—Exactamente.

Susie desató el cordón muy despacio.

—Sabe jugar muy bien sus bazas —comentó él, y de nuevo sonrió con admiración, como si estuviese viendo una interpretación magnífica de una gran actriz.

—Lo malo de usted, Jacques —dijo ella—, es que no tiene moralidad.

—No, *belle-mère*, ni una pizca. —De repente su semblante se tornó serio—. La moralidad procede de un trasfondo moral, y yo he carecido de él. Mi madre era una mujer frívola y ni siquiera estoy seguro de quién fue mi padre. Jamás he pensado que no hubiera de pasarlo bien en esta vida. El cuerpo nos causa grandes dolores; es justo que a cambio extraigamos de él grandes placeres. Se marchita y muere demasiado pronto. Hay que disfrutar de él mientras todavía es capaz de proporcionarnos placer.

—¡Qué filosofía! —dijo Susie—. En ella no entra el amor propio.

—¿Y qué es el amor propio? Se funda solo en la conformidad con lo que otros han establecido como modelo de conducta. No me interesa. Yo soy un individualista, quizá un anarquista.

—Usted es un *voyou* —repuso Susie, que era consciente de que disfrutaba en su compañía mucho más de lo que debería.

Tenía el dossier abierto sobre el regazo. Monsieur Blanc y monsieur De Trevillac habían realizado un trabajo concienzudo. Hasta habían incluido referencias a las faltas y a los nombres de las personas implicadas. Era una hoja de servicios monstruosa pero bastante fascinante.

—Creo —añadió— que debemos seguir con nuestro asunto. ¿Conoce usted a una tal madame Lazare, que posee un extraño establecimiento en la rue Blanche?

El duque sonrió sin contestar y ella volvió la página.

—¿Y a una tal madame Célestine, de Marsella? Tiene allí un establecimiento y otro en Túnez. Sus negocios son ilegales con arreglo al Código Napoleónico y tanto ella como sus clientes pueden ser procesados y encarcelados. —Miró al duque—. Debe tener presente que no es usted el único implicado. Si esto saliera a la luz, arrastraría consigo a personajes importantes: banqueros y al menos un ministro. Sería

un escándalo monumental y usted sería el responsable. Perdería el aprecio de la gente y le resultaría casi imposible vivir en París. Para usted se habrían acabado el Jockey, el Traveller's y otras actividades.

La sonrisa del duque se ensanchó y ella advirtió que apenas la escuchaba y que se limitaba a observarla.

—*Suivez* —dijo él.

Susie pasó algunas páginas.

—Hay un *voyou* en la rue de Lappe conocido como *Pépé le Marteau*. Esta es una historia singularmente desagradable, sobre todo para un conquistador profesional en un país donde la seducción es una profesión.

El duque se puso en pie.

—No siga, Susie. Me hago cargo. Podría leerme algunos nombres más para demostrar cuán extensa es la lista, pero no quiero robarle más tiempo. Tengo que reconocer que sus dos investigadores son excelentes y han trabajado con suma rapidez.

Ella cerró el dossier.

—En efecto, hay mucho más en el informe. Al parecer, se dedican a recoger información sobre gente importante. De vez en cuando debería recordar, Jacques, que es usted duque de Brantès, un hombre distinguido, y que se casó con la hija de un multimillonario estadounidense. Lo que le he leído puede representar algún día un buen negocio para caballeros como monsieur Blanc y su amigo. Es como una inversión que depositan en una caja de caudales a la espera de una ocasión como esta.

—*Vous gagnez, belle-mère* —dijo él—. Y ha realizado usted una espléndida actuación. Mi abogado hablará con el suyo. —Sonrió de nuevo—. ¿Me permite preguntarle algo?

—¿De qué se trata?

—¿Cómo ha sabido lo que debía hacer? ¿Cómo ha sabido dónde podía encontrar a esos detectives privados?

Susie no contestó.

—¿Fue Aspasia quién los encontró?

—No importa quién los haya encontrado.

Él le besó la mano.

—Adiós, *belle-mère*. Lamento que las cosas no hayan sido distintas. Creo que usted y yo habríamos formado una pareja extraordinaria. Habríamos llegado muy lejos juntos. Le escribiré de vez en cuando.

—Adiós, Jacques. —Se colocó el dossier bajo el brazo—. Buena suerte.

Cuando el duque hubo salido, Susie se dio cuenta de que deseaba llamarle para decirle: «No se vaya todavía. Quédese un rato más y charlemos. Ahora que hemos resuelto este asunto desagradable, podemos pasarlo bien». No era corriente encontrar

a alguien como Jacques; la mayoría de la gente era aburrida y su conversación, tediosa, un mero balbuceo grandilocuente, insípido y vacío.

Oyó cómo se cerraba la puerta del piso y, al ver que el duque se había marchado, de pronto se sintió cansada e invadida por una sensación desacostumbrada de profunda soledad.

Esa fue la última vez que lo vio. Él le escribiría todos los años dos o tres cartas divertidas y aduladoras, hasta que murió en Verdún. No compareció en el pleito, pues ordenó a sus abogados que se allanasen a la demanda. Susie nunca supo si había abandonado su plan debido al chantaje o por ella misma. Era uno de esos episodios inacabados que la atormentarían el resto de su vida.

Pero «el verano terrible» no terminó con el divorcio. Susie embarcó con Alice y Aspasia a finales de septiembre. Fue un viaje aburrido, caracterizado por la apatía y el tedio, uno de aquellos períodos en los que no sucede nada y que más tarde parecen haber sido sustraídos por completo de la existencia.

El Mayor y su secretario subieron a bordo. Susie no los esperaba y por eso estaba en su camarote. Gus mandó llamar a Aspasia antes de verla, porque le faltaban las fuerzas y el valor para comunicar la noticia. Por primera vez en su vida, lo abandonaron su enorme vitalidad y su inmenso egocentrismo.

Ya no tenía ningún hijo varón, porque Eddie había muerto en una ciudad minera de Montana. Hasta un mes más tarde no supo Susie que su hijo se había suicidado, y varios años después descubrió que no había querido seguir viviendo porque tenía una enfermedad que en aquella época nadie nombraba entre personas decentes. Así terminó su desenfadado e histérico goce de la vida.

Tras el funeral Susie se marchó con Mattie a Portsmouth, al hotel Rockingham, para ocultarse, sola, como un animal herido, donde nadie la conociese. Tenía que afrontar muchas cosas, reflexionar largamente antes de volver a vivir con Gus. Cuando regresó, se dio cuenta de que poseía una fuerza que hasta entonces no había tenido; después de aquel verano sabía que ya nada en el mundo podría herirla.

Acostada en la soledad de su dormitorio, rendida e insomne en la confortante oscuridad, la señora Parkington supo que por fin las heridas habían cicatrizado, porque ahora, a sus ochenta y cuatro años, el recuerdo de aquel «verano terrible» había perdido el poder de causarle un dolor agudo, casi físico. Era algo remoto y confuso, como un paisaje distante velado por la niebla. En cierto sentido, incluso constituía una parte de la extraordinaria plenitud de su vida. «Tal vez un día vuelva a ver a Eddie, a Gus y a Herbert —pensó—. ¡Quién sabe! Tal vez en otro mundo los conozca como criaturas más perfectas. Tal vez yo misma sea en ese mundo una mujer mejor, menos vanidosa y dura, más comprensiva, fuerte e inteligente de lo que he sido en este».

Se quedó dormida al amanecer.



Se despertó cuando Mattie depositó la bandeja del té en la mesa junto a la cama. La criada le dio los buenos días y la señora Parkington la notó más alegre, lo que la agradó porque el talante de Mattie tenía un efecto extraordinario sobre ella, pese a lo que pudiese decir su razón. Cuando Mattie descorrió las cortinas vio que hacía un día hermoso, lo que también la animó. La esperaba un día ajetreado, pero en ocasiones era mejor afanarse que pensar demasiado. Ahí había residido la fuerza de Gus: nunca reflexionaba y se había mantenido ocupado hasta el fin de sus días. Entendía muy poco de negocios, pues ante todo era un jugador, pero sabía cuándo y cómo había que actuar.

Pese a lo poco que había dormido, la señora Parkington se sentía rebosante de energía, tal vez porque en las largas horas de vigilia en que había revivido las insoportables horas del «verano terrible» por fin había logrado liberarse del pasado. Se había despertado limpia y purificada, con una extraordinaria sensación de libertad. Era casi como si hubiera vuelto a nacer, como si sintiera lo mismo que sentía al despertarse largo tiempo atrás, cuando era una muchacha, antes de que tuviese un pasado que la llenase de malos presentimientos respecto al futuro.

—Será mejor que llame a la señorita Beasley —le pidió a Mattie— y le diga que venga a las diez en lugar de a las diez y media. Así tendré media hora más para atender a otros asuntos.

Mattie le lanzó una mirada inquisitiva, como si quisiera decir: «¿Qué le ha pasado esta noche?».

—¿Está segura, señora? —preguntó.

—Sí, Mattie. Esta mañana me encuentro muy bien. Casi alegre.

—Lo soporta usted todo, señora Parkington —dijo Mattie, y la señora sintió una gran satisfacción por haber logrado su aprobación siquiera una vez. El día comenzaba bien.

Las noticias de los periódicos no eran alegres. La guerra iba de mal en peor. «No hay forma de evadirse de esto —pensó—. Lo veíamos venir desde hace veinte años o más, sí, mucho más».

Al volver la vista atrás, le pareció reconocer señales de lo que iba a suceder ya en 1910 o 1911, o incluso antes, en la época de su amistad con el príncipe. Este también lo había visto venir, aunque no había entendido ciertas cosas que entonces no estaban claras, ni para él ni para nadie, pero que se habían despejado más tarde, mucho tiempo después de su fallecimiento.

Puesto que esa mañana se sentía excepcionalmente bien, la señora Parkington deseó, como en otras ocasiones, vivir por siempre para ver en qué desembocaba aquel caos deprimente y tormentoso. Quizá del sufrimiento naciese un mundo nuevo,

radiante de honradez y comprensión, y quizá mereciese la pena conocerlo. Otras veces, cuando se sentía menos animada, solo esperaba morir con tranquilidad en su lecho antes de que su país se viese arrastrado a la desdicha de la guerra y a la amargura y la confusión de la paz.

Esa mañana, en cambio, se sentía casi frívola, y ni las desalentadoras noticias de las nuevas derrotas de sus amigos británicos ni las penalidades de sus amigos franceses la deprimieron. En la actualidad, reflexionó, la gente se formaba una opinión demasiado rápida sobre todo. Bien sabía que era difícil no hacerlo, con todos aquellos noticieros, comentaristas y titulares cada hora. Sin embargo, para la historia lo importante no era lo inmediato, las derrotas y victorias presentes, sino las turbulentas oleadas que llevaban a pueblos enteros al éxito o a la destrucción. En ese mundo moderno y complejo, los árboles no dejaban ver el bosque. Durante un par de días todos creían que la pérdida de Creta o la retirada de Dunkerque eran importantísimas y decisivas, pero solo eran parte de un conjunto inmenso, guijarros en la gigantesca ola que rompía en la playa del tiempo, del mismo modo que la guerra no era en sí un fin, sino únicamente una manifestación de una revolución a gran escala que conmocionaba al mundo, una revolución de la que Amory no era sino una víctima diminuta e insignificante, como lo habría sido Gus de haber estado vivo.

Mientras bebía el té, se saltó las noticias de la guerra, dejó a un lado el grueso *New York Times* y tomó en su lugar los periódicos sensacionalistas que había pedido a Taylor que comprase después de que el juez le advirtiese de que debía leerlos para entender lo que sucedía. Sabía que en ellos encontraría el primer indicio de lo que iba a ocurrirle a Amory. Pero en sus páginas no encontró la menor noticia al respecto.

Mattie volvió para ayudarla a bañarse y a vestirse. Apenas había terminado, llegó la señorita Beasely, que pasó al *boudoir*.

Era una mujer nerviosa y rechoncha de treinta y ocho años, de buena familia, como Harriette Livingstone, y en consecuencia no muy eficiente, pero la señora Parkington la soportaba por amabilidad, pues sabía que su madre no tenía otro medio de subsistencia y era muy improbable que la señorita Beasely lograra conservar otro trabajo durante mucho tiempo. Su misma forma de vestir traicionaba su carácter. Había comenzado llevando trajes adecuados para una mujer masculina, enérgica y decidida, pero tarde o temprano se adherían a su fea persona volantes, cintas y encajes, de tal modo que la imagen final no era la de una mujer eficiente ni femenina, sino la de una mujer horriblemente vestida. La señora Parkington pensaba a veces que era casi tan tonta como lo había sido Harriette hasta que encontró una forma de expresión en la salvación de perros y gatos abandonados. La señorita Beasely, sobre todo en lo relativo a las cuentas corrientes, tenía la virtud de irritar a la señora Parkington, quien aun así la soportaba porque la pobrecilla intentaba con desesperación sobreponerse al sufrimiento y la confusión que le producía ver una

simple columna de números.

La señorita Beasely, vestida con una confusión de tweed y encaje, abrió la cartera, sacó el cuaderno y el lápiz y esperó órdenes. La señora Parkington empezó enumerando lo que debía hacer. Llamar al juez Everett para concertar una cita. Telefonar al South Street Settlement para averiguar si ya habían elaborado el presupuesto para el nuevo parque de recreo. Llamar a la señorita Janie para decirle que fuera a tomar el té. Encargar flores para la señora Sanderson y para la anciana señora Edgerton, que estaba moribunda en el hospital Doctor. Llamar al señor Montgomery, que estaba escribiendo una biografía de Eduardo VII y le había pedido impresiones y anécdotas, para comunicarle que le recibiría el viernes a las cuatro de la tarde. Extender los habituales cheques mensuales destinados a Ayuda Humanitaria para Gran Bretaña, la Fundación del Libro Británico (en la cuenta de Londres), la Fundación France Forever para las emisoras de onda corta y Ayuda a China. Telefonar al doctor Chung, en Hampshire House, para invitarle a que fuera a tomar el té el lunes.

Iba recitando todas esas tareas inacabables, tediosas y en ocasiones molestas, que consumían gran parte de su tiempo y de sus pensamientos, conforme le pasaban por la cabeza. Además estaba la gran pila de cartas por contestar, cartas de toda índole, desde las lisonjeras en las que le solicitaban ayuda para gente que no conocía, pasando por las de negocios, hasta las semipersonales, las más irritantes de todas, puesto que los remitentes se prevalían de su amistad para pedirle cosas imposibles.

La señora Parkington sabía que muchos decían que era una mujer extraordinaria y que resultaba admirable que a su edad siguiese tan interesada por cuanto la rodeaba, pero ella no se engañaba: no era una persona digna de admirar. Si hubiese sido más fuerte, habría arrojado todas las cartas a la papelera para olvidarlas e impedir que consumieran su vitalidad y perturbaran su placentera existencia. No era admirable, sino víctima de un impulso que no podía evitar.

En medio del trabajo matinal, Taylor llamó a la puerta y entró para decir que en el vestíbulo había una señora que deseaba verla. Alargó una carta que le había dado para que la entregase. La señora Parkington le indicó que esperase.

Abrió la carta y leyó lo que sigue:

*Estimada señora: Bien sé que mi proceder no es correcto, pero la situación es tan apremiante que he prescindido de las normas de etiqueta. Tengo que verla para exponerle un asunto concerniente al señor Stilham y a mí. Estoy desesperada y no sé qué camino seguir. Significaría mucho para mí que me concediera siquiera unos minutos. Le pido mil perdones por molestarla. Con la esperanza de que me dispense este favor, queda suya afectísimamente.*

ESTHER HOBSON(SRA de J. W. HOBSON).

Mientras leía la nota, imaginó a la señora Hobson. Supuso que era vulgar y apocada, que estaba asustada y que tenía un lamentable respeto a la riqueza. Seguramente ocupaba una posición en la vida que era a la vez segura y limitada. La señora Parkington no sabía quién era ni qué quería. De la carta deducía que era presuntuosa, servil y, sobre todo, pesada. Pero la curiosidad la obligaba a verla, y de todas maneras, dada la situación, tenía que ver a cualquiera que supiese algo de Amory. Si este podía salvarse, la salvación podía llegar por el camino más inesperado.

—Llévela al saloncito y dígame que bajo enseguida —le indicó a Taylor.

Despachó rápidamente los asuntos más urgentes con la señorita Beasely y bajó por la escalera.

La mujer era casi exactamente como había conjeturado, y la señora Parkington se sintió complacida por su sagacidad.

En cuanto entró en la habitación, la mujer se levantó y se dirigió hacia ella. Antes de que la señora Parkington tuviese oportunidad de hablar, le espetó:

—Le pido mil perdones por la molestia que le causo. —La frase procedía de la columna de una revista que daba consejos sobre cómo conducirse en sociedad—. Me llamo Esther Hobson.

—Encantada —contestó la señora Parkington, y de inmediato observó que la señora Hobson tenía los ojos enrojecidos por el llanto—. Siéntese, por favor.

La señora Hobson aparentaba cuarenta y tantos años y era bonita, aunque vulgar, con el rostro pequeño y tendencia a la obesidad. La señora Parkington supuso que de joven debía de haber sido extraordinariamente hermosa. Vestía lo que eran malas imitaciones de prendas elegantes, en las que algo fallaba en el corte, en el estampado y en la tela; el efecto no era bueno ni malo, sino mediocre.

Se sentó en el borde de la silla, nerviosa. La señora Parkington tomó asiento frente a ella y le preguntó:

—Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

La señora Hobson no la miró, sino que fijó la vista en el bolso rojo que llevaba y comenzó a toquetear el cierre.

—Soy una anciana —dijo la señora Parkington—. No tema decirme lo que sea.

La mujer dudó de nuevo y la señora Parkington, pensando en el día tan ajetreado que tenía por delante, tuvo ganas de espetarle: «No sea tonta y hable de una vez». Pero se contuvo.

—Le extrañará que haya venido a verla, pero estaba desesperada —dijo la señora Hobson.

—Eso decía en su carta. —La señora Parkington no quería mostrarse antipática, pero la mujer parecía una verdadera idiota.

—El señor Stilham ha sido amigo mío durante mucho tiempo —soltó de repente

la mujer, con un esfuerzo tan grande que hasta su rostro enrojeció.

—¡Oh! —exclamó la señora Parkington a su pesar. Conque se trataba de eso.

—Ahora todo ha terminado. —La señora Hobson se echó a llorar—. Y no puedo soportarlo. No me importa tanto el dinero como que me haya abandonado después de tantos años.

—Si yo fuera usted, no lloraría —dijo con calma la señora Parkington—. No sirve de nada. Procure serenarse y cuéntemelo todo.

—Es usted muy buena conmigo... dedicándome su tiempo.

—No se preocupe. Me gustaría conocer toda la historia. No podré entender lo que ocurre si no me lo cuenta. ¿Dónde vive usted?

—En New Rochelle. Tengo una casa bonita y pertenezco a varios clubes. Allí nadie sabe nada del asunto.

Por fin alzó la vista, un poco animada por la curiosidad de la señora Parkington, que confundía con simpatía.

—Nunca vino a casa. Como tenía que hacer muchos viajes de negocios, yo le acompañaba y nos alojábamos en el mismo hotel... en habitaciones separadas, desde luego..., en sitios como Rochester, Cleveland y Kansas City. Nunca estuvimos juntos en Nueva York, salvo unas pocas veces en que quiso verme, y tampoco era propiamente Nueva York, sino Newark o Brooklyn. Luego dejamos de hacerlo porque le parecía demasiado arriesgado.

—¿Está usted casada? —le preguntó la señora Parkington.

—No. Soy viuda. Enviudé hace catorce años, poco antes de conocer a Amory..., al señor Stilham, quiero decir.

—¿Cómo se conocieron?

La mujer miró de nuevo el bolso rojo.

—En Atlantic City —contestó—. Después de la muerte de mi marido fui a descansar allí. El señor Stilham asistía a un congreso y alguien nos presentó en el bar. —Lanzó un suspiro—. Era muy apuesto entonces.

«¡Qué estúpida!», pensó la señora Parkington.

—Todavía lo es... —dijo—, aunque se ha vuelto un poco fofo y demasiado rubicundo.

Mientras escuchaba a la mujer, la señora Parkington se representaba a Amory pasando el cepillo en Saint Bart los domingos, actuando de presidente de la escuela parroquial, apareciendo siempre como marido, padre y ciudadano modélico. No solo no era ninguna de esas cosas, sino que además era un gazmoño, siempre pontificando sobre la moral, la conducta... Había llegado incluso a censurar a Gus, quien bien sabía Dios que, pese a sus muchos defectos, jamás había sido hipócrita.

—¿Qué quiere que haga yo? —le preguntó—. ¿Pretende que le persuada de que vuelva con usted?

La señora Hobson se ruborizó otra vez.

—No, no espero eso. Sería demasiado. —Se llevó una mano enguantada a la boca y tosió—. Se trata de dinero. —Y calló. Dado que deseaba pedir un favor, resultaba extraño que forzase a su interlocutora a preguntar.

—¿Sí? —dijo la señora Parkington, que se planteó si aquella mujercilla lerda y vulgar tramaba un chantaje.

—No sé si está enterada de los problemas del señor Stilham. Lo ha perdido todo.

—Sí, ya lo sé.

La señora Hobson miró de nuevo el bolso.

—Ha sido un golpe muy duro para mí. Ya fue tremendo saber que me había abandonado. Pero esto casi acaba conmigo. —Pareció que la asaltaba una idea y se apresuró a añadir—: El señor Stilham nunca me ha dado dinero. No había nada de eso. —Volvió a enrojecer—. Me pagaba los gastos de los viajes y me hacía algún regalo de vez en cuando, pero nunca me dio dinero. No había nada de eso. —Parecía fervorosamente deseosa de asirse a las últimas hilachas de respetabilidad, de dejar claro ante la señora Parkington que no era una mantenida.

Mientras aguardaba con idéntico fervor a que revelara más cosas de Amory, la señora Parkington pensaba en cuán previsible era la mayoría de la gente. Si hubiese tenido que inventar una amante para Amory y establecer un código de conducta para ella, el resultado habría coincidido exactamente con la realidad. La señora Hobson, con su deseo apasionado de respetabilidad, su orgullo por la posición que ocupaba en New Rochelle y por sus clubes, no representaba ningún peligro. Jamás cometería una indiscreción ni lo amenazaría con el chantaje. Era la clase de mujer que elegiría Amory. Se dijo que la relación de la pareja debía de haber sido pedestre y vulgar. ¿De qué podrían hablar, sentados en rincones oscuros de los salones de té y bares de Harrisburg, Newark o Kansas City? Sin duda Amory había sido un amante lerdo y poco imaginativo, pero no más lerdo que la mujer que estaba sentada frente a ella.

—Mire —continuó la señora Hobson—, yo siempre he sido independiente. Mi marido me dejó la casa y una buena renta. No tenía por qué aceptar nada del señor Stilham aunque me lo hubiese ofrecido. Pero ahora he perdido mi capital y no sé qué voy a hacer. —Rompió a llorar de nuevo, incapaz de contenerse, como una niña dócil y poco inteligente—. Ahora tendré que vender la casa e irme de New Rochelle.

Su angustia era sincera. La señora Parkington pensó que Eva no había sufrido más por su expulsión del Paraíso que la señora Hobson ante la perspectiva de tener que dejar New Rochelle.

—¿Qué ha sucedido? ¿Cómo ha perdido usted su dinero?

—El señor Stilham me pidió que le entregara mis valores. Me dijo que ganaría una gran fortuna, y ahora todo se ha perdido y dice que no puede devolverme el dinero.

La señora Parkington procuró mantener la calma.

—¿Cuanto le confió usted? —preguntó.

—En aquella época estaban valorados en ciento cincuenta mil dólares. —La señora Hobson sacó un pañuelo y se sonó la nariz de la forma más refinada.

—¿Y por qué ha acudido usted a mí?

—He pensado que podría ayudarme. No sabía adónde ir. Estaba desesperada. Podría haberme casado de nuevo de no ser por el señor Stilham. Durante los años que estuvimos juntos, dos hombres, ambos de buena posición, me hicieron proposiciones y las rechacé por su culpa.

No cabía duda de que era tonta de remate, pero la señora Parkington sabía que eso no disculpaba la conducta de Amory ni hacía menos lamentable la situación de la señora Hobson. «Esta mujer —pensó de repente— es como los centenares de personas a las que Gus arruinó con sus manejos. Querían enriquecerse rápidamente y carecían de inteligencia, y cuando perdían el dinero se quedaban desvalidas». Pero Gus nunca había tratado con las mujeres a las que arruinaba; para él eran cifras, «viudas y huérfanos» remotos, nebulosos e irreales, que quedaban en la periferia de sus vastas maquinaciones. Y, por supuesto, nunca habría robado a su propia amante.

—Es un asunto de lo más desdichado, señora Hobson —dijo—. No sé qué sucederá. Quizá todo se resuelva de forma que podamos devolverle el dinero.

El rostro de la señora Hobson se animó.

—¿Lo cree usted posible?

—No lo sé.

—Como comprenderá, no puedo demandarle. Si lo hiciese, lo perdería todo también. Quizá recuperara el dinero, pero tendría que abandonar los clubes. Tendría que irme de New Rochelle. Y tendría que despedirme de todas mis amistades.

Con ella no había ningún peligro. Sin duda Amory había escogido con astucia. Junto a ella estaba tan a salvo como en una iglesia.

—Sé que me perdonará, señora Hobson, si no puedo concederle más tiempo —dijo la señora Parkington—. Tengo un día muy ocupado y se me hace tarde. Estoy segura de que podrá arreglarse de algún modo. Si estuviese en su lugar, volvería a casa y no me preocuparía demasiado. Creo que puedo asegurarle que recibirá sus valores u otros análogos. Si me da su tarjeta, se la enviaré a mi abogado para que se ponga en contacto con usted.

La señora Hobson abrió el bolso y comenzó a escarbar en el desorden de barras de labios, cerillas y cigarrillos que contenía.

—Ha sido usted muy buena conmigo —dijo sin levantar la vista—. Le estoy muy agradecida. —Encontró por fin la tarjeta y se la entregó. Algo parecía preocuparla todavía, y preguntó—: ¿Cree que puede hacerse algo para salvar al señor Stilham? No me gustaría que le sucediese nada malo..., nada desagradable, ¿me entiende?

—Sí, pero no puedo contestarle. Espero que todo vaya bien. En cualquier caso, creo que no tendrá que abandonar New Rochelle ni sus clubes.

—Significan mucho para mí —afirmó la señora Hobson—. Tengo amistades agradables y un hogar precioso. Si alguna vez pasa por allí, me encantaría que lo conociese.

—Gracias —repuso la señora Parkington cortésmente, pero con total insinceridad—. Quizá acepte su invitación. —Se levantó y preguntó—: ¿Tiene usted bastante dinero de momento?

—Sí —respondió la señora Hobson—. Sí. Lo que me preocupa es el futuro... Ya no soy joven.

La anciana le tendió la mano. La señora Hobson la tomó y, con un ademán rapidísimo, se llevó a los labios los dedos ensortijados y los besó.

—Ha sido muy buena conmigo..., muy generosa.

La señora Parkington retiró la mano con un gesto brusco.

—No haga usted eso —dijo con repentina ferocidad.

—No pretendía ofenderla. Ha sido usted muy buena y amable conmigo.

—No lo he sido —replicó la señora Parkington. Le pareció que jamás había odiado tanto el dinero de Gus como en aquel momento, porque tenía el poder de degradar a las criaturas humanas—. Sepa que no estoy enfadada con usted.

Acompañó a la señora Hobson a la puerta y observó cómo sus gruesas nalgas temblaban mientras bajaba por las escaleras con los zapatos de tacón demasiado alto. Luego se volvió y, en lugar de tomar el ascensor, subió por la escalinata, pues todavía no estaba preparada para ver a la señorita Beasely y a Mattie. Primero tenía que analizar y comprender la rabia y el desprecio que sentía. El gesto rastroso de la señora Hobson la había indignado, pero las revelaciones sobre Amory la habían repugnado. Pensó que Amory era el modelo del caballero al que habían enseñado que había que pagar las deudas de juego y dejar que los demás se ganaran su dinero. Pero Amory ni siquiera había pagado sus deudas de juego. Algo fallaba en un sistema que producía hombres como él. Habían disfrutado de todas las ventajas de la educación y habían acabado desarrollando la mentalidad de rufianes.

Cuando llegó al final de la escalera comenzó a sonar el teléfono, y al entrar en la habitación oyó a la señorita Beasely decir:

—Sí, doctor, la avisaré enseguida.

El doctor llamaba desde el hospital Saint Luke, adonde acababa de llevar a la señora Sanderson. Decía que esta presentaba síntomas de pulmonía y que creía que estaría mejor en el hospital. Por el momento parecía encontrarse bien, pero todavía era pronto para juzgar su gravedad.

La señora Parkington colgó el auricular y se volvió hacia la señorita Beasely.

—Telefonee al señor Brearly y comuníqueme que, por enfermedad de un familiar,



no podré asistir a la reunión de la junta de la Orquesta Sinfónica. Se trata de la señora Sanderson. Tiene pulmonía. —Después, dirigiéndose a la habitación contigua, dijo—: Mattie, póngase el sombrero y el abrigo y venga conmigo. Vamos al Saint Luke.

No quería ir sola. Necesitaba que la acompañara una amiga. En el fondo sabía que todo había terminado. La duquesa iba a conseguir al fin lo que deseaba. No volvería a necesitar alcohol ni sedantes.

La duquesa tuvo una muerte rápida y tranquila. Abandonó la vida sin dolor en una espesa niebla de delirio en el que no reconocía a nadie de los que la rodeaban. La señora Parkington permaneció junto a su lecho toda la noche, hasta el amanecer, sabiendo que nada podía hacerse y que no había esperanza. Al final, para que Alice pudiera morir sin sufrimiento, le dieron por última vez los medicamentos que durante tanto tiempo habían desdibujado los límites de su existencia cotidiana y borrado los desdichados recuerdos del pasado.

Mattie estuvo con su señora toda la noche. Daba cabezadas de vez en cuando y al despertarse pedía disculpas por haberse dormido. En dos ocasiones le aconsejó la señora Parkington que fuera a casa a acostarse, pero Mattie sabía que la anciana deseaba su compañía y nada del mundo la habría arrancado de su sitio. La señora Parkington no estaba asustada, ni siquiera angustiada, pues a medianoche ya sabía que nada —ninguna técnica, ningún conocimiento, ninguna suma de dinero— podría salvar a su hija de la muerte. Pero se sentía sola.

Mattie adivinaba y comprendía muchas cosas debido a la larga intimidad que las unía. Sentada en la incómoda silla, con la cabeza balanceándose sobre su cuerpo rechoncho, sabía, por ejemplo, que la señora Parkington estaba pensando que se moría el último de los hijos nacidos de su carne. Cuando la duquesa hubiese fallecido, la anciana se quedaría sola, porque ni siquiera Janie, a quien tanto quería, podría ocupar el lugar de la hija.

Poco antes de la medianoche la señora Parkington mandó llamar al doctor Fletcher. Este sabía poco de la enfermedad, pues su especialidad era la psiquiatría, pero Mattie comprendió que su señora no le llamaba con la esperanza de que pudiese salvar a la duquesa, sino porque era un viejo amigo y su presencia aliviaría su soledad y acallaría su conciencia, que la atormentaba con el reproche débil y tenebroso de que mucho tiempo atrás hubiera podido ayudar a la mujer que agonizaba en la habitación. Cuando llegó el médico, alto, canoso y un tanto encorvado, Mattie dijo:

—Voy a salir a tomar el aire. Solo daré la vuelta a la manzana. Volveré enseguida.  
—Intuía que su señora quería decirle algo al médico a solas.

No hubo necesidad de que dijera nada, porque el doctor Fletcher sabía qué quería la señora Parkington. La conocía muy bien desde hacía mucho tiempo. Habían cenado juntos en numerosas ocasiones y conversado sobre el oscuro y extraño laberinto de la mente humana, que él conocía tan bien, quizá mejor que nadie en el

mundo. Y también conocía la mente de la señora Parkington, su discreción y firmeza, su sinceridad, su rápida intuición y la larga experiencia y comprensión que latían bajo su brillante superficie. Durante largo tiempo había preferido su compañía a la de cualquier otra mujer, incluso la de su esposa, a la que veneraba.

Cuando Mattie cerró la puerta, dijo:

—Lo siento, Susie. Es un momento duro. A pesar de lo que se diga, la muerte es siempre un duro trance. Los médicos le han dicho la verdad: no se puede hacer nada. Hay otra verdad que quiero decirle: que es mejor así, sobre todo para la misma Alice. —Tomó la mano de la señora Parkington—. Para una madre es desgarrador sobrevivir a un hijo, pero Alice es una anciana..., mucho más anciana que usted, querida Susie. Hay ciertas cosas que usted sabe tan bien como yo; usted las conoce de forma intuitiva, y yo, porque me he esforzado por aprenderlas. Una de ellas es que Alice está muerta desde hace tiempo. Deseaba morir y nada le proporcionará tanta felicidad como la muerte. Es lo único que le dará paz. Durante mucho tiempo ha buscado la paz y el olvido. Era una mujer fatigada.

La señora Parkington permaneció en silencio. Volvió el rostro al notar que las lágrimas asomaban a sus ojos; no eran lágrimas de tristeza ni siquiera de compasión, porque Alice ya no necesitaba que la compadecieran, sino de gratitud por algo que no acababa de entender. En el silencio oía la respiración lenta y trabajosa de la mujer moribunda.

—Y, sobre todo, querida Susie —prosiguió Louis Fletcher—, no debe reprocharse nada. Usted no podía hacer nada contra lo que ha acabado con Alice. Se hallaba dentro de ella cuando nació, en sus mismas glándulas desde que vino al mundo. La maldición ya residía en ella, y también en el mundo en el que nació, un mundo hosco y duro, en el que solo los fuertes y los tenaces, los endurecidos o los inteligentes pueden sobrevivir.

La señora Parkington lo miró. Era una mujer de corta estatura y él un hombre alto y delgado.

—Ha sido muy amable al venir y yo una tonta por haberle llamado. No sé por qué lo he hecho. Le he llamado no como médico, sino como amigo. Siempre ha sido un buen amigo. —Retiró la mano que el doctor Fletcher tenía entre las suyas y añadió—: Vuelva a casa. Ya ha dicho cuanto necesitaba oír. Era algo que sabía, pero necesitaba que usted lo dijese para creerlo.

—Me conoce lo bastante bien para saber que no caería en el error de intentar hacerla creer algo que su inteligencia rechazase. Lo que he dicho es la pura verdad. Hay quien está condenado desde la cuna, mientras que otros, como nosotros dos, han recibido de Dios, o de lo que sea que controle el universo, favores especiales, reservas especiales de fortaleza y comprensión. Ni yo ni nadie sabe por qué es así, pero usted misma ha vivido lo suficiente para saber que lo que digo es cierto.

Las lágrimas corrían por las mejillas de la señora Parkington, que dijo con un hilo de voz:

—Váyase, Louis. Ha hecho lo que quería que hiciese.

Él cogió el sombrero y salió de la habitación sin decir nada más. Cuando se hubo marchado, Susie se acercó a la ventana y, de espaldas al lecho, como si le avergonzase que la mujer inconsciente y moribunda pudiese ver sus lágrimas, se las secó enseguida. En la calle, pasaron dos automóviles. En el portal de enfrente un marinero y una joven estrechaban sus cuerpos en el abrazo eterno que señala el principio de toda vida. Había llovido y los reflejos de la luz amarilla de las farolas se ahogaban en los charcos que se habían formado en la superficie irregular del asfalto. A lo lejos, en el río, la solitaria sirena de un carguero atravesaba la niebla, y de repente renació en el corazón de la señora Parkington la extraña y sobrenatural sensación de gratitud a la vida. No había palabras, ni siquiera pensamientos, que pudiesen traducir lo que sentía. Quizá solo la música hubiese podido esclarecerlo y darle forma.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, porque era uno de aquellos momentos de la vida en que no existe el tiempo, en que la propia existencia parece suspendida en el espacio.

Salió de su ensimismamiento cuando Mattie abrió la puerta sin hacer ruido. «Tal vez la muerte sea esto. Tal vez solo la muerte nos proporciona un conocimiento completo», pensó, porque en aquellos momentos le había parecido que comprendía cuanto le había sucedido; las tragedias, los placeres, las satisfacciones y los sufrimientos se habían unido en un magnífico tapiz, en el que cada fragmento y cada línea tenían un significado y una belleza que guardaban relación con el conjunto.

—¿Hace frío, Mattie? —preguntó.

—No, señora Parkington. El tiempo ha mejorado bastante.

Mientras, sentadas en la habitación, las dos ancianas reflexionaban y soñaban, entró la enfermera para tomar el pulso a la moribunda. No dijo nada. Era una mujer inteligente; aunque estaba acostumbrada a la muerte, todavía la respetaba. Era una de las pocas cosas de la vida que no carecen de dignidad. Mientras observaba a la enfermera con los ojos entornados, la señora Parkington pensó: «Todo lo que hace es inútil, pero tiene que hacerlo porque debemos seguir adelante y cumplir con las formalidades mientras el corazón lata, mientras haya aliento; cumplir con las formalidades pese al mismísimo destino».

Desde que se había ido Louis Fletcher, desde el momento de la extraña revelación junto a la ventana, reinaba la paz en la habitación. Las dudas y los temores se habían disuelto. Algunas personas tenían el poder de proporcionar paz. Louis Fletcher era una de ellas, y tal vez por eso había llegado a ser un gran médico.

Alice era el único de sus hijos a quien veía morir. De pronto le pareció extraño

que sus padres hubiesen muerto de forma violenta lejos de ella. Así habían muerto también sus hijos. Pensó en Gus, que había fallecido en un hotel de Cannes, en los brazos de una mujer a la que ella nunca había visto y cuyo nombre no conocía; un anciano que luchó hasta el final contra la vejez y la muerte.

La señora Parkington comprendió de pronto que la perspectiva de ser un viejo cansado era insoportable para Gus. Él no buscaba el sosiego, sino la violencia, la sensualidad y el poder. Con súbita claridad comprendió también que si el Mayor le había sido infiel no era porque no la amase; al principio no había podido evitar las infidelidades, y al final había querido desafiar la debilidad y la muerte con el gesto de un joven vigoroso. Louis Fletcher era la única persona capaz de entender que siempre había habido en Gus algo magnífico que la hacía perdonarle todo, y en ocasiones ella había agradecido el derroche y el esplendor con que el Mayor había rodeado la vida de ambos. Era una gratitud y un perdón que la mayoría de las mujeres nunca entenderían.

En el río sonó otra vez la sirena, esta vez más cercana, y casi al punto la señora Parkington se halló de nuevo a bordo del yate, anclado en la dársena de Cannes, muy de mañana, con la neblina todavía suspendida sobre la línea azul del Mediterráneo, y Mattie la despertaba para decirle algo acerca del capitán MacTavish. Tras arreglarse el cabello y ponerse una bata, salió del camarote. El capitán MacTavish, ruborizado e inquieto, la esperaba con un *sergent de ville* gordo, bajito y picado de viruela.

—Perdone que la moleste, señora Parkington —dijo el capitán MacTavish—, pero le ha ocurrido algo al Mayor.

Instintivamente ella se encaminó hacia la puerta del camarote de su esposo, pero MacTavish, ahora colorado como una amapola, dijo:

—No está aquí, señora. Está en el Carlton. —Era un hombre rudo, pero en esa ocasión actuó con sumo tacto—. Creo que estuvo jugando en el casino hasta muy tarde y luego fue al Carlton, a beber champán con unos amigos, y se quedó a pasar la noche.

Susie adivinó de inmediato lo que había ocurrido. Era lo que temía desde hacía tiempo. Sabía que había muerto y cómo había sucedido, y decidió que, cualesquiera que fueran los acontecimientos, debía fingir que no sospechaba nada, aunque solo fuera para ahorrar el mal trago al pobre capitán MacTavish.

Se vistió con celeridad, con la ayuda de Mattie, que le dijo:

—Si lo desea, puedo acompañarla, señora Parkington.

Rehusó el ofrecimiento porque la presencia de la doncella solo complicaría las cosas. «Tenemos que traerlo al barco para que nadie se entere», pensó. Miró el reloj y vio que faltaba poco para las cinco. No habría en los alrededores nadie a quien conocieran.

Entre la fría niebla de la mañana, se dirigió con MacTavish y el *sergent de ville* al Carlton. Fueron a pie, pues no podía esperar a que llegara el coche y, en cualquier caso, el chófer del Mayor no debía enterarse de lo sucedido. En el gran vestíbulo del hotel, dos mujeres fregaban el suelo. Allí estaba el gerente, sin afeitarse ni peinar, vestido con chaqué y pantalón de rayas. Retorciéndose las manos, habló en francés todo lo rápido que pudo.

Ella intentó interrumpir el impetuoso torrente de palabras.

—No sé cómo ha ocurrido —decía él—. Nunca había sucedido nada así. Es una desgracia. Nunca había sucedido nada semejante en el Carlton. Le pido mil perdones, señora. Mil perdones.

—No se preocupe —repuso ella con cierta frialdad. Había algo monstruoso y grotesco en el hecho de que el hombre se disculpara—. Me gustaría ir a la habitación.

MacTavish quiso impedirselo porque, pese a su hosquedad, era un hombre bueno,

pero la señora Parkington sabía que, con su francés defectuoso y su falta de tacto, no lograría entenderse con el obtuso *sergent de ville* ni con el histérico gerente. Tendría que hacerlo todo ella.

El gerente seguía retorciéndose las manos cuando de pronto se abrió la puerta de un despacho cercano y salió una mujer gorda, bajita y bigotuda de unos cincuenta años. Al abrirse la puerta se oyó el sonido apagado de una voz femenina que sollozaba convulsivamente.

—Llévese a esa *grue* —dijo furibundo el gerente a la mujer bigotuda—. ¿Qué hace todavía aquí?

La mujer entró en el despacho y los demás se encaminaron al ascensor. Cuando llegaron a la puerta de la habitación, Susie dijo: «Quiero entrar sola», y los otros se hicieron a un lado.

Solo cuando hubo cerrado la puerta a su espalda y lo vio, cobró realidad su muerte, y aun entonces lo que vio no era Gus. Gus era vida, vigor y alegría. Gus era buen humor y audacia, pasión y ternura. Gus no estaba allí. Allí solo había el cadáver de un hombre tendido en el suelo y cubierto con una sábana, un desconocido con el físico y la fuerza descomunales de Gus, frío y sin vida. No tenía nada que ver con Gus. No tendría que haber entrado en la habitación.

Se volvió rápidamente y abrió la puerta.

—¿Tiene una camilla? —le preguntó al gerente.

—No, señora. Solo tenemos una silla de ruedas —contestó él como un tonto.

—¿Podría conseguir una?

—Quizá en el hospital, señora.

—Hay que solicitarla de manera oficial —terció el *sergent de ville*.

Susie sabía lo que eso significaba: papeleo, tal vez una hora o más de la interminable burocracia sin la que los franceses parecían no saber vivir. No había tiempo.

—Debemos llevarlo al yate, a su camarote —dijo en inglés a MacTavish.

El capitán consideró que era una buena idea, pero difícil de llevar a cabo. El *sergent de ville* no le había permitido siquiera trasladar el cadáver del Mayor a la cama. Primero había que redactar un atestado, realizar una investigación.

Eso era justo lo que debían evitar.

Susie se volvió hacia el *sergent de ville* y le preguntó:

—¿No le vendrían bien cinco mil francos?

Los azules ojos se agrandaron en el rostro sonrosado.

—¡Cinco mil francos! Desde luego, señora. ¡Cinco mil francos! ¿Quién no los necesita?

—Se los daré a cambio de que no intervenga. Las circunstancias están claras. Quiero llevar el cadáver de mi marido al yate.

—Se puede hacer —dijo MacTavish—. Solo necesitamos una camilla.

—No tenemos camilla ni tiempo. Solo tenemos la silla de ruedas.

MacTavish tardó un momento en comprender.

—Sí... Entiendo —susurró.

El *sergent de ville* apenas les prestaba atención. Estaba en las nubes, tal vez pensando en lo que haría con la mayor cantidad de dinero que había visto en su vida.

—Nadie debe enterarse de nada —le dijo Susie al gerente.

La histeria del hombre se había trocado de pronto en admiración.

—Desde luego, señora. Desde luego. Nadie sabrá nada —repuso, y pareció que desfallecía de alivio.

—Yo regresaré al yate —le dijo Susie a MacTavish—. Usted irá a mi camarote y me despertará cuando vuelva. ¿Y la tripulación? ¿Habrá alguno levantado?

—Yo me ocuparé de eso. Me adelantaré y, si veo a algún tripulante, lo mandaré abajo. Si alguien pregunta, diré que el Mayor sufrió un ataque mientras jugaba en el casino.

Susie se despidió y corrió escaleras abajo y a lo largo del pasillo hasta el jardín. Al pasar ante la puerta del despacho vio que estaba abierta. Ni la mujer bigotuda ni la que lloraba estaban dentro.

Todo salió admirablemente. El barrendero y los dos jardineros que regaban las cinerarias plantadas alrededor de la reciente estatua de la reina Victoria vieron cómo un hombre con uniforme de capitán conducía a un inválido hacia la dársena. El inválido estaba reclinado en la silla de ruedas, con el sombrero sobre el rostro para protegerse de los rayos del sol naciente. El barrendero y los jardineros apenas se fijaron en ellos. En Cannes abundaban los inválidos; además, en pocos sitios del mundo la raza humana se comportaba de forma tan excéntrica como en aquella población.

Mattie nunca había rayado a mayor altura. Cuando su señora volvió al yate, la estaba esperando y aceptó la noticia de que el Mayor había muerto sin hacer ninguna pregunta. Cuando Susie dijo: «Me gustaría estar sola, Mattie», se retiró sin decir palabra. Aguardó en la pasarela a que llegara MacTavish y lo ayudó en su triste cometido. Después de meter el cadáver del Mayor en su lecho, el capitán bajó del barco la silla de ruedas, la llevó al final del embarcadero y la lanzó a las azules aguas. Luego volvió al Carlton y dejó un recado para el médico del hotel.

En su camarote, Susie se arrojó en la cama y hundió el rostro en las almohadas para no ver la luz. No lloró. Estaba muy cansada y experimentaba una sensación de gran vacío, como si solo viviera una parte de ella. La muerte no tenía todavía realidad. Solo sabía que había desaparecido de su vida algo magnífico, algo que había amado y que había iluminado toda su existencia; algo demasiado poderoso, que le había dado algunos disgustos y mucha felicidad, se había ido para siempre. Nunca

volvería a verlo. Durante el resto de su vida tendría la impresión de que solo estaba medio viva. En el camarote del Mayor solo había un cuerpo; Gus se había ido para siempre. Al final llegaron las lágrimas, silenciosas, y anegaron sus ojos. Brotaban de su corazón, de lo más profundo de su cuerpo, de su alma y de su espíritu, porque en cierto modo todo eso le había pertenecido a Gus.

Los periódicos de todo el mundo informaron de que el famoso mayor Parkington, dueño de una fabulosa fortuna, había muerto a los setenta y un años, a bordo de su yate *Navago*, en Cannes, Francia.

Vagamente oyó otra vez la sirena de un barco a través de la niebla y advirtió que había alguien delante de ella. Se dio cuenta de que había estado dormitando. Oyó la voz de la enfermera, que murmuraba:

—Puede volver a casa, señora Parkington. Ya no hay razón para que se quede. Acabo de telefonar para pedir su coche.

La señora Parkington le dio las gracias y miró a Mattie, dormida en la silla, con la cabeza hundida en su cuello corto y rollizo, el sombrero un poco inclinado sobre los ojos. «Tengo que comprarle un sombrero —pensó—. Su manía de no gastar, de guardarlo todo para su sobrina, es irritante». Se levantó y cruzó la habitación. Posó con delicadeza la mano sobre el brazo de Mattie y dijo con dulzura:

—Vamos, Mattie. Tenemos que volver a casa.



Su nieta Helen se encargó de todo. Helen era así. A pesar de su rictus de amargura y su lánguida infelicidad, era, aparte de la señora Parkington, el único miembro de la familia eficiente. Las bodas y los funerales se le daban especialmente bien. La señora Parkington pensaba a veces que gran parte de la insatisfacción de Helen se debía a que había nacido en la época y el ambiente equivocados. En un pueblo pequeño, en un mundo reducido, donde hubiese incontables motivos de murmuración y cabos sueltos de vidas, Helen quizá habría sido una mujer feliz y una ciudadana excelente. Estaba destinada a un mundo minúsculo, preocupado por menudencias, y había nacido en un mundo grande, cuyos deberes ni entendía ni aceptaba.

Ahora estaba en la casa realizando las tareas tristes y desagradables que entrañaban los funerales: las llamadas telefónicas, el aviso a los conocidos, la funeraria, las tarjetas, cartas y flores de las amistades. Se ocupaba de todo en silencio, absorta en su labor, con los labios un poco menos apretados debido a la satisfacción que le producía esa insustancial actividad. Hasta la señorita Beasely, que no aceptaba órdenes sino de la señora Parkington, se sometía a su autoridad. Y Janie la ayudaba; Janie entraba y salía, proporcionando alegría a la señora Parkington con su mera presencia.

Si el asunto hubiese dependido de la señora Parkington, habría preferido una incineración y un entierro sencillo y rápido, sin pompa. Sin embargo, no estaba por entero en sus manos. Saltaba a la vista que Helen y Amory opinaban que debía oficiarse un funeral suntuoso en Saint Bart. La señora Parkington encontraba chocante que personas cuya importancia estaba a punto de desvanecerse insistieran tanto en ella. Gus nunca había tenido que preocuparse por tal cosa; la importancia le había venido impuesta; todo lo que hacía era importante y estimulante.

Pero había otro elemento que contenía a la señora Parkington, y era la clase de funeral que le habría gustado a Alice. Nunca habían hablado del tema, pero sabía que su hija habría deseado que fuese tan importante como lo había sido su matrimonio con el duque. El nacimiento, el matrimonio y la muerte habían sido, después de todo, los únicos momentos importantes en la vida de Alice. Desde hacía mucho tiempo la señora Parkington consideraba que los funerales y las bodas públicas eran ritos bárbaros; vestigios de una época menos civilizada en que había espacio y tiempo para festivales y espectáculos primitivos. «Todo eso me resultará odioso —pensaba—. Recorrer el pasillo, la detestable exhibición, el fatigoso trayecto hasta Woodlawn; depositar los restos de Alice en la tierra junto a su padre y sus hermanos. Me resultará odioso, pero no importa; complacerá y satisfará a mucha gente». Sería como un bautizo, del que Gus había dicho tiempo atrás: «No hará ningún daño a la criatura y complacerá a mucha gente».

Sabía que a algunas personas les gustaban los entierros y asistían a ellos con una actitud casi profesional. Solo deseaba no tener que ser la figura central, poder asistir casi de incógnito para observar a los que saldrían de debajo de las piedras, a aquellas personas olvidadas que en el pasado habían sido importantes y cuyo contacto con el gran mundo se limitaba a los funerales; los residentes olvidados y empobrecidos de las oscuras casas de ladrillos acudirían a Saint Bart como si fuera a celebrarse una fiesta, pues sabían que el funeral de la hija de la rica y distinguida señora Parkington atraería multitudes. Así tendrían ocasión de ver a personas a las que quizá no veían desde hacía meses o años, desde el último entierro de un miembro de la buena sociedad. Por eso le dijo a Helen: «Querida, gustosamente lo dejo todo en tus manos».

Y Helen realizó un trabajo magnífico. Las notas necrológicas fueron espléndidas y ocuparon gran espacio, sobre todo las del *Times*, el *Tribune* y el *Sun*. Había retratos de Alice, retratos antiguos, extraídos de los archivos de los periódicos, y un resumen de sus matrimonios con el duque de Brantès, con Lionel Swinford, el expatriado aventurero, y con Alfred Sanderson, de Pasadena. Curiosamente, casi la mitad del espacio estaba dedicada al Mayor, que llevaba treinta años muerto, a sus éxitos, a su fama y a su espectacular historia. Incluso en la tumba, era más importante que la mayoría de los vivos, que cualquiera de sus descendientes.

Las flores llegaban en grandes ramos, en canastillas, en coronas. La señora Parkington, enojada por su gran número, se dio cuenta fríamente de que no iban destinadas a Alice ni a su memoria, sino a ella misma, porque era rica, importante y poderosa. Si ella hubiera muerto primero, a Alice, a quien el gran mundo había olvidado hacía tiempo, le habrían enviado muy pocas. Cuando ella falleciese, todo se desmoronaría; pocos años después de su muerte, la familia desaparecería en la oscuridad y solo el recuerdo del Mayor perduraría en la historia.

Amory fue una única vez a casa de la señora Parkington, quien se las ingenió para quedarse a solas con él un momento. La conmoción de la muerte la había hecho olvidar durante un tiempo breve el problema del marido de su nieta. Amory seguía bebiendo y, aunque tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre, y su agraciado rostro inexpresivo había adquirido el color de la caoba, parecía capaz de razonar.

Ignoraba qué decidiría el jurado de acusación y en qué punto se hallaba su causa, pero estaba claro que había abandonado toda esperanza. No hacía ningún esfuerzo por salvarse y solo confiaba en que un golpe de suerte lo sacase milagrosamente del embrollo. Estaba amargado y malhumorado.

—Ya no importa —dijo—. En cualquier caso, es el final de todo..., el final de nuestra clase. El mundo entero se viene abajo. Al menos en la cárcel estaré tranquilo.

—¿Qué significa eso de «nuestra clase», Amory? —preguntó la señora Parkington al oír semejante estupidez—. No sabía que perteneciéramos a ninguna

clase. Da la casualidad de que tenemos mucho dinero, pero eso es un mero accidente.

—Me refiero —contestó él despacio, buscando las palabras— a las personas que tienen moral, a las que educaron en la creencia de que la tradición, el decoro y un gobierno responsable eran importantes.

Ella no respondió. «Este hombre es un completo imbécil», pensó. No valía la pena hablar con él. Los términos que había empleado carecían de sentido para ella, o tenían un sentido tan retorcido que la conversación hubiese sido hueca e irrelevante.

Amory sonrió y, en uno de sus escasos rasgos de humor, dijo:

—Al menos Helen es feliz. Creo que debería haber sido organizadora de banquetes, directora de pompas fúnebres o algo parecido.

La víspera del funeral, Janie tomó el té con su bisabuela en el *boudoir*. La señora Parkington lo arregló para que pudiesen estar solas durante media hora.

—Bisabuela, ¿cree que la tía Alice fue feliz alguna vez? —le preguntó Janie de repente.

—No, hija mía. Quizá de tarde en tarde y durante poco tiempo. Una vez tuvo una cairn terrier a la que quería mucho; se llamaba Sally. —Tras una pausa añadió—: La felicidad es algo muy raro. Tal vez la gente que nunca la ha conocido no se sienta desdichada. No sé si Alice supo alguna vez que lo era. En ocasiones pienso que la vida le resultaba intolerablemente tediosa, y esa es una sensación que llevamos dentro. El exterior y los demás tienen poco que ver.

—¿Y fue feliz en sus matrimonios?

—No. Creo que no. En mi opinión, la gente realmente feliz lo es siempre en proporción a lo que da. A veces pienso que no importa demasiado lo que den, con tal de que den algo. Tu abuelo no siempre fue bueno, pero dio mucho. En cierto sentido dio más de lo que recibió de los demás, y no me refiero al dinero. Es fácil dar dinero, ya sea un penique a un mendigo o un millón para obras de caridad. No representa nada. Lo importante es lo que damos de nosotros mismos en materia de tiempo, diversión y estímulo. Tu tía abuela Alice nunca dio nada y por eso nunca pudo recibir nada a cambio. Se limitó a existir. Creo que no era feliz ni desgraciada. Quizá hubiera sido feliz, quizá hubiera sido distinta, de no ser por el dinero de su padre, que echó por tierra todas sus posibilidades y deformó su vida entera.

Janie permaneció en silencio unos instantes, observando cómo se consumía su cigarrillo. La señora Parkington la miraba de reojo preguntándose qué significaba todo eso para ella. Luego la muchacha la miró y dijo:

—Bisabuela, he reflexionado mucho últimamente y a veces he pensado lo mismo que acaba de decir. Creo que mi madre es desdichada porque nunca se ha divertido. Siempre se lo han dado todo hecho. Todo le ha resultado fácil. Jamás le ha pasado nada emocionante. Nunca ha tenido que luchar ni ha vivido nada que se pareciese a una aventura.

La anciana no dijo nada y Janie siguió hablando, atropelladamente, como si lo que decía lo hubiera llevado mucho tiempo guardado dentro.

—Bisabuela, no quiero dinero, solo el que ganemos Ned y yo. Puede dejárselo todo a los demás. Ellos lo necesitan porque no saben desenvolverse sin él. A mí me gustaría casarme con Ned, ocuparme de la casa o encontrar un empleo e irme con él a cualquier parte, a una ciudad pequeña..., como pioneros. Me gustaría alejarme de todo lo que he conocido. —Miró con timidez a su bisabuela—. Tal vez le parezca muy infantil.

La señora Parkington sonrió.

—No, nada de eso. Pero yo que tú no despreciaría tanto el dinero. Lo importante es cómo se usa, lo que se adquiere con él. No vale nada en sí mismo, sino por lo que se puede lograr con él. La mayoría de la gente lo cambia por tonterías que no les proporcionan sabiduría, satisfacción ni amor propio. No podemos comprar esas cosas, ni lo que sale de nuestra boca, ni lo que llevamos dentro. —La anciana dejó la taza—. ¿Has hablado alguna vez de esto con Ned? Quizá quiera que tengáis dinero. También él tiene algo que decir al respecto.

—Nunca hemos hablado directamente de esto, pero sé que le preocupa que un día pueda ser rica. No le gusta. Preferiría que trabajase para ganarme la vida, como todo el mundo.

Aquel día no pudieron seguir la conversación porque la madre de Janie llamó a la puerta y entró. Parecía tranquila y complacida por algo.

—Lo he conseguido —dijo—. El obispo Burchard oficiará la ceremonia. Creo que a la pobre tía Alice le hubiese gustado.

—Desde luego —convino la señora Parkington—. Estoy segura de que a Alice le hubiese gustado. Muchas gracias, Helen.

Pero en realidad no pensaba en si el obispo Burchard oficiaría o no el funeral. De repente se había acordado del abuelo del obispo, a quien Gus había comprado pagándole la calefacción y entregándole cincuenta mil dólares, y de su esposa de cara caballuna, que la había visitado mucho tiempo atrás en el Brevoort. Era una familia de timadores, que habían realizado sus estafas en la iglesia; tres generaciones de obispos. Gus había tenido razón al decir que el reverendo Burchard llegaría lejos. Su nieto estrechaba las manos con el mismo entusiasmo fingido, mostrando unos dientes que parecían falsos en la feroz intensidad de su sonrisa. Hablaba con la misma doblez... En algunos aspectos era divertido vivir mucho, aunque solo fuese para ver cómo se desarrollaban las cosas.

La tarde del funeral llovía, lo que no impidió que la multitud llenara Saint Bart y se apiñara en la acera para presenciar la llegada de la gente distinguida. La familia entró en la iglesia por la puerta de la sacristía. Cuando el coche de la señora Parkington pasó ante la entrada principal, la anciana se levantó un poco el velo para

ver a la muchedumbre. No había jóvenes; la mayoría eran mujeres ancianas o de mediana edad, que todavía recordaban que la persona por quien se oficiaba el funeral había sido duquesa de Brantès e hija del gran mayor Parkington. Sin duda algunas habían leído las noticias de la boda celebrada hacía mucho tiempo en la casa de Newport.

Agradecía llevar el velo de luto. Podía mirar a través de él sin que viesen su semblante. Nadie advertiría que no había lágrimas en sus ojos; no tenía por qué fingir un aire de tragedia y de dolor. Además, le permitía observar las caras sin que nadie se diese cuenta.

Mientras recorría el pasillo desde la puerta de la sacristía, cercana al centro de la iglesia, observó que todo era tal como había supuesto. El templo estaba lleno, sobre todo de gente que había acudido atraída por la curiosidad. Había toda suerte de personas: la anciana señora Sackville y su hija solterona. (Habían perdido su fortuna mucho tiempo atrás. La señora Parkington no sabía nada de ellas desde hacía años. En el pasado Annie Sackville había sido muy bella y elegante). Y las gemelas Manson, ambas viudas, que debían de tener cerca de setenta años. Y Jim Donaldson, un anciano indigente con la cara enrojecida por el whisky, a quien Gus había ayudado hacía tiempo cuando tuvo problemas en el negocio de la mina Hércules. Y Sarah Goodson, de quien se decía que solo salía de su casa, situada entre las tiendas de la Quinta Avenida, para asistir a los funerales. En los cincuenta pies que anduvo apoyada en el brazo de Amory, la señora Parkington vio una veintena de caras conocidas y una docena que le sonaban vagamente, y cada una de ellas le traía recuerdos del pasado, le evocaba historias que ya se habían convertido en leyendas.

Aquel era uno de los últimos funerales mundanos y lamentaba tener que ser uno de los actores principales; hubiese preferido estar entre el público, desde donde habría podido estudiar a los congregados. Comprendió de pronto que los supervivientes de un mundo que se estaba desvaneciendo, que casi había desaparecido ya, se habían reunido como ovejas para asistir a la ceremonia fúnebre por uno de sus últimos miembros. Al cabo de pocos años la mayoría de ellos estarían muertos, y sus casas, cerradas o derribadas. Los caballos y los yates de casi todos se habían esfumado ya, junto con el oropel y el relumbrón, la vulgaridad y la promiscuidad de su era. La vida los había arrumbado hacía tiempo; se había burlado de algunos, había arruinado a otros y sepultado en el olvido a la mayoría. Ella había vivido lo suficiente para haber visto nacer, florecer, languidecer y morir el mundo del que procedían aquellos vestigios. Había formado parte de él, pero había logrado escapar y entrar en un mundo nuevo que se hallaba fuera del alcance de la mayoría; un mundo en el que había personas como el juez Everett y Louis Fletcher; un mundo imperecedero e indestructible, porque estaba fundado en los valores eternos de la civilización humana.

En la lujosa y ostentosa iglesia, el espectáculo era una amarga nota marginal sobre la vileza de la humanidad. Alice había sido rica y duquesa, pero no habían acudido a su funeral por eso; habían ido porque la ocasión era un pretexto para reunirse una vez más. Apiñados como ovejas, se sentían menos solos. La señora Parkington pensó que, aunque Gus y ella habían pasado gran parte de su vida en ese mundo, en realidad ninguno de los dos había formado parte de él. Lo habían visto, habían vivido en él como huéspedes de un hotel, pero al final lo habían rechazado. Mucho antes de que Gus muriese, habían escogido otros mundos: él, uno alegre y disoluto poblado por personas *déclassés* pero humanas; ella, uno regido por la belleza y la inteligencia. Lo que ambos escogieron no tenía nada que ver con el dinero. Lo que consiguieron no podía comprarse; lo habrían tenido igualmente si hubieran sido pobres. Habían escapado de la suprema vulgaridad, que estribaba en comprar cosas. Al acercarse al banco, de repente se sintió orgullosa de Gus y de sí misma. Habían sido muy afortunados.

Había recorrido el pasillo del brazo de Amory porque así lo dictaban las convenciones y, puesto que el funeral era el culmen del convencionalismo, no había más remedio que aceptarlo, por muy desagradable que resultase. Cuando llegaron al banco, se las arregló para sentarse entre Mattie y Janie.

Pensó que era una lástima que Alice no pudiese admirar la magnificencia de las flores, aunque quizá pudiese verlas. Tenía la extraña sensación de que su hija no estaba lejos, de que se hallaba al otro lado de la cortina, participando en su propio funeral. Y se preguntó si acaso los ancianos, como ella, no temían a la muerte, no porque desearan que llegase, sino porque la contemplaban con indiferencia, como un hecho semejante a la salida y la puesta del sol. Quizá otras personas tuvieran, como ella en ese momento, la certeza de que la muerte del cuerpo no era el fin de la entidad espiritual, sino solo un alto en un viaje, como el cambio de un tranvía a otro en los viejos tiempos. Cuando era más joven, el dolor por el fallecimiento de sus hijos no había nacido del hecho físico de la muerte, sino de la certidumbre de que no volvería a disfrutar, en esta vida, del placer de verlos sonreír, de oír sus voces llamándola desde la escalera, las risas alegres de Herbert y las carcajadas sonoras de Eddie, tan parecidas a las de Gus. No había experimentado ese dolor cuando murió Gus. Entonces se había sentido sola, y una o dos veces, cuando estaba hastiada, hubiese agradecido la muerte. Sin embargo, en el funeral de Alice no sentía nada, ni por la muerte de Alice ni por la perspectiva de la suya, que no podía estar lejos.

Mientras esperaba a que el servicio comenzase, pensó que tal vez no abrigase el menor resentimiento porque su vida había estado tan repleta de experiencias humanas que, al igual que un buen libro con cuya lectura se ha gozado, al final había de llegar a la última página. Quizá experimentase esa serenidad porque en el pasado había conocido tanto placer como dolor, y sorprendentemente recordó la peculiar filosofía

que el duque había expuesto el día que lo chantajeó para que se comportara como un caballero: que «el cuerpo nos causa grandes dolores; es justo que a cambio extraigamos de él grandes placeres». Tal vez fuera también cierto en el caso de la existencia humana, es decir, que si una persona tenía demasiada felicidad y satisfacción, o demasiadas penas y sufrimientos, su espíritu se deformaba y llegaba al final con una falta de sosiego y un sentido de incompletitud que la llevaba a resistirse a la muerte. Ella había conocido en la vida los extremos tanto del sufrimiento como de la felicidad, y al volver la vista atrás se daba cuenta de que la balanza estaba equilibrada.

A través del velo vio que el obispo se dirigía hacia el púlpito y al mismo tiempo oyó el himno que tocaba el organista. Hasta entonces no lo había oído conscientemente, aunque había penetrado en su mente de algún modo y tal vez fuera la causa de sus extraños pensamientos. La magnificencia y el esplendor de la música le producían un sentimiento de elevación. No había himno más hermoso en su esplendorosa afirmación de la fe, ni tampoco más hermoso en el sentido musical. Le brincó el corazón al oír «Ein feste Burg ist unser Gott», pero ya no estaba en el funeral de su hija, en la elegante Saint Bart, sino en una iglesia barroca de Bad Gastein.

Era una iglesia —había pensado entonces— como debían ser las iglesias: toda ella rosada, azul y oro, con querubines dorados que agitaban sus alas hacia el espacio desde las cornisas.

Era un día soleado de otoño y ante el teclado estaba sentado Eric, cuyo cabello rubio dorado brillaba con los rayos del sol del atardecer. Había pedido permiso al sacerdote para tocar el órgano e interpretaba fugas de Bach, que le iba explicando, porque en aquella época ella empezaba a aprender algo de música. Y casi sin transición pasó de Bach a «Ein feste Burg» diciendo: «También esto es buena música, ¡la mejor!». Y mientras ella la escuchaba sucedió algo en su corazón. Supo, con una curiosa certeza, que lo que había entre ambos no era malo, sino algo hermoso y bueno, y que si lo negaba se arrepentiría hasta el fin de sus días. Era algo que una mujer quizá solo conociera una vez. No se parecía a lo que sentía por Gus. Lo que sentía por Eric era distinto, hasta el punto de que no le parecía malo ceder a ello, pues era algo que nunca podría dar a Gus porque él no lo hubiese entendido ni deseado, y ni siquiera era consciente de su existencia. No obstante, era algo que ella debía entregar para no traicionarse a sí misma y para conocer la plenitud de la existencia que debía conseguir.

No se decía estas cosas a sí misma, sino que se las transmitían el sol poniente y la belleza de la música. Una voz surgida de las notas, a la que prestaban oídos su cuerpo y su espíritu, le decía: «Este es un mundo hermoso, lleno de belleza creada para el placer humano. Quien construyó esta pequeña y alegre iglesia lo sabía. Quien tradujo el esplendor en la música que estás oyendo lo sabía. Los pintores y los artistas lo sabían. Aquellos a los que Dios quiere de manera especial lo han sabido siempre. Negar esta belleza es ruindad». Sabía que Eric la había llevado a la pequeña iglesia para cortejarla con la música porque todo lo demás había fallado y era un joven ardiente y estaba enamorado. Pero era extraño que fuese un himno lo que la sedujese.

Ella vio cómo se volvía en la silla para dirigirle una sonrisa extraña y envolvente, que en cierto modo parecía parte de la música cuyo eco flotaba todavía en la pequeña la iglesia. Vio su nariz recta, sus labios carnosos y sus ojos oscuros en un rostro atezado debido a su pasión por el alpinismo.

Volvieron al hotel dejando atrás el arroyo que dividía el pueblo. Aquella noche cenaron juntos, como en las tres precedentes, y después bebieron coñac en la terraza que daba al torrente de aguas rápidas. Luego, bajo luz de la luna, lo acompañó al pequeño hotel donde vivía el joven que escalaba montañas en verano y esquibaba en invierno.

Hasta ahora, sentada entre Mattie y Janie, no había entendido la locura de lo ocurrido aquella noche y en los días que siguieron. Más tarde, cuando se enteró de la



muerte de Eric, le pareció que en Bad Gastein había sido otra mujer, una desconocida; que ella, la señora de Augustus Parkington, esposa y madre, era incapaz de participar en cuanto había sucedido, e incluso que en cierto modo no le había pasado a ella. Ocurrió en una época en que Gus estaba mucho más interesado en sus manejos que en ella o en cualquier otra mujer; la única vez en su vida en que las mujeres existían para él solo en abstracto. Estaba en Bad Gastein porque él la había enviado allí a hacer una cura para quitarla de en medio, tal vez porque, avergonzado, deseaba ocultarle unos manejos que quizá fueran más despiadados y turbios que de costumbre. Ella nunca lo supo, ya que Gus jamás se lo había explicado, y ahora estaba muerto. Había llegado a Bad Gastein enferma y deprimida, con el temor de que tal vez lo que había entre ellos se estuviera desvaneciendo, al menos por parte de Gus. Durante el viaje había pensado (lo recordaba claramente ahora, sentada en el primer banco de Saint Bart): «Tal vez ya no me encuentre atractiva. Tal vez nuestro amor se basaba únicamente en la atracción física y en la pasión, que ahora comienzan a esfumarse, y con ellas, la confianza, el placer y la alegría que encontrábamos estando juntos».

Se equivocaba, porque esa parte de su amor había sobrevivido a todo, pero no lo supo hasta que abandonó a Eric y todo acabó entre ellos. Lo que entonces ignoraba y ahora sabía, porque era una mujer mucho más experimentada, era que los hombres —sobre todo los hombres excepcionales como Gus—, en ocasiones, cuando sus planes o sus ambiciones los obsesionaban, podían dejar a un lado el amor y las mujeres durante un tiempo, para volver a ellas, una vez conseguido lo que se habían propuesto, con la misma pasión que antes o incluso más. Las mujeres no eran capaces de actuar así, pues para una mujer enamorada el amor envolvía todo lo que hacía: sus planes, sus sueños, su trabajo, incluso su propio aliento. No era una cosa aparte. «El amor del hombre —pensó, recordando la vieja cita— es algo aparte en la vida del hombre...». Era sorprendente la verdad que encerraban esas trivialidades, tal vez porque contenían tanta experiencia humana.

Sin embargo, incluso ahora el recuerdo de Eric tenía el poder de caldear su anciano cuerpo. Eric era distinto de Gus: despreocupado y libre, sin más ambición que extraer alegría y placer sensual de cada día, de cada hora, de cada minuto. Ella había aprendido mucho de la aventura de Bad Gastein, había conseguido una sabiduría que Gus no le habría podido enseñar y que por sí sola no habría logrado adquirir. Aprendió que no había que trazar planes, sino aprovechar el placer y la belleza del momento, y en aquel corto espacio de tiempo Eric le enseñó a ver dentro de las cosas y que no se podía vivir solo con la mente o la voluntad, por muy inteligente que se fuese. Las personas más inteligentes que ella conocía eran a menudo las más vacías y las que menos extraían de los ricos manantiales de la satisfacción, de los que, si se sabía cómo, se podía beber hasta el hartazgo. Tal vez

gracias a lo que había aprendido de Eric no tuvo después remordimientos. Y gracias a él conocía la magnificencia que encerraban los compases esplendorosos de «Ein feste Burg».

No obstante, eran cosas de las que no se debía hablar, porque podían resultar peligrosas para quienes carecían de sabiduría o de gusto. Era como dar un vino exquisito a un borracho al que la bebida barata producía la misma satisfacción. Tal vez por eso existían las iglesias, los severos códigos de moralidad, las coerciones y las estúpidas prohibiciones: para proteger de una sabiduría y un conocimiento demasiado embriagadores a quienes no eran fuertes ni inteligentes. Recordó de repente una historia vulgar y obscena que Gus le había contado y que terminaba con las palabras «... es demasiado bueno para la gente corriente...», y al mismo tiempo oyó la voz del obispo Burchard, que leía: «Yo soy la resurrección y la vida...». Y pensó: «Soy una vieja mala, impenitente y depravada, pensando en tales cosas durante el funeral de mi hija». Sin embargo, una voz le dijo: «Todo eso es más importante que la esterilidad de la desventurada Alice, que al final deseaba morir porque en su vida no había ni la riqueza ni la pasión que aportan personas como Gus y Eric..., personas cuya relación con la vida y la naturaleza es sencilla, sana y directa. ¡Pobre Alice, por la que nunca pudo hacerse nada...!».

Como no le era simpático el obispo y aborrecía su mundanidad, no quiso seguir oyendo su voz y pensó de nuevo en Bad Gastein. Recordó a Eric tal como lo había visto la última vez, cuando fue a la estación de Salzburgo para verla partir en el Orient Express, vestido con *Lederhosen* y una camisa con el cuello abierto, porque pensaba ir luego a escalar la montaña donde más tarde Hitler tendría su guarida. No la besó, pues había gente en el andén y estaba Mattie, que fingía no sospechar nada; se limitó a estrecharle la mano y decir: «Iré a París en abril. Hasta entonces...».

Cuando llegó el tren, ella subió a su compartimento y se acercó a la ventanilla para ver por última vez al joven, que la miraba desde el andén, con un rizo caído sobre la frente. «Es inteligente, apuesto y sano. Jamás volveré a ver a alguien como él», pensó. Sabía que lo que había vivido no podría reanudarse tras una interrupción de semanas, meses o años. Cuando hubiese abandonado el hermoso y brillante mundo de Austria, no habría posibilidad de retornar a él. Lo que había sucedido era perfecto, pero había terminado para siempre. No volvería a ver a Eric, y si por casualidad lo veía, tal vez al cabo de meses o de años, lo saludaría como a un viejo amigo, porque la locura habría desaparecido y en su lugar solo quedaría una melancolía sentimental.

En cuanto arrancó el tren, fingió que estaba absorta en la contemplación del paisaje, porque no se atrevía a mirar a Mattie. Sin embargo, no pudo engañarla, pues, incapaz de contener las lágrimas, tuvo que enjugarse los ojos y sonarse la nariz. Las lágrimas no se debían tanto a la tristeza por la despedida como a la felicidad de haber vivido aquello. Y Mattie, que entonces tenía todavía un débil acento que ella

recordaba perfectamente, dijo: «Una copa de champán le sentará bien, señora Parkington».

Fue la única vez que Mattie reveló por un momento que sabía lo que había sucedido, que en cierto modo también ella veía dentro de las cosas. Desde entonces hasta ahora, sentada en el banco, ya anciana, jamás había pronunciado el nombre de Eric ni mencionado Bad Gastein. En las cenas de Navidad, cuando la orquesta comenzaba a interpretar vales vieneses, evitaba mirar a su señora. A veces desaparecía durante el tiempo que tocaba la orquesta y la señora Parkington no la llamaba ni trataba de encontrarla. La señora Parkington creía que Mattie había vivido de forma indirecta aquellos días radiantes de su adulterio, creyendo a medias que era ella a quien Eric amaba.

No volvió a verlo. Más tarde se enteró por casualidad, a través de una carta de Annie Pulsifer, quien nunca sospechó nada, de que había muerto escalando un pico del Tirol, cerca de Innsbruck. Entonces ella ya sabía que lo que la unía a Gus era indestructible y la figura de Eric había llegado a ser irreal, como un sueño.

Notó un leve codazo y oyó decir a Mattie: «Ha terminado, señora Parkington». La gente se había levantado y los empleados de la funeraria sacaban las grandes coronas de flores. Tuvo ganas de decirle a Mattie: «Nunca imaginarás dónde he estado durante el funeral», pero se reprimió. «Es magnífico haber tenido una vida llena de satisfacciones y alegrías —pensó—, para poder revivirlas en los momentos de aburrimiento».

Todavía quedaba la parte desagradable del trayecto hasta el cementerio y las últimas palabras ante la tumba. Estuvo a punto de decir: «Ven a ver lo que queda, Alice. Es desagradable, pero a muchos les gusta». Por supuesto, no podía decirlo en voz alta, porque la gente pensaría que había enloquecido.

El órgano seguía tocando, pero la magnificencia de «Ein feste Burg» ya no llenaba la iglesia. Era un himno evangélico insípido y vulgar, y pensó de nuevo: «Y el rey dijo: Esto es demasiado bueno para la gente corriente».

La muerte de Alice y su funeral fueron una especie de intermedio en el continuo y ajetreado fluir de la vida de la señora Parkington, y le proporcionaron una especie de descanso de sus responsabilidades. Durante aquellos tres días, las reuniones de los comités, las peticiones de ayuda para fundaciones y los problemas de la familia quedaron relegados y casi olvidados. Durante tres días, como la muerte había visitado su casa, se le permitió llevar una vida perezosa y libre de preocupaciones, sin la continua molestia del teléfono ni las buenas intenciones de la señorita Beasely. Odiaba el teléfono más que nada en el mundo y no lo utilizaba a menos que fuera necesario, y solo durante el tiempo preciso para comunicar u obtener una información. Decía que era un invento diabólico que permitía inmiscuirse en la intimidad de los demás, husmear en los asuntos privados y desquiciar la existencia. La gente tenía tanto derecho a confiar en que atendieran sus llamadas telefónicas como a esperar que les dieran la bienvenida si irrumpían en la habitación donde alguien se estaba bañando.

La mañana siguiente al funeral, todo comenzó de nuevo con la llegada de la señorita Beasely. Había una larga lista de tareas y, peor aún, regresó el problema de Amory, más amenazador que nunca. La señora Parkington pensó que no había hecho nada para afrontar la situación, y Amory, que parecía paralizado, se había dado por vencido y refugiado en el alcohol. Mientras desayunaba, repasó los periódicos, pero no encontró nada, ni siquiera un párrafo en las columnas de cotilleos, que guardase relación con el tema. Las noticias no eran alentadoras; el mundo estaba enfermo, y seguiría así hasta el fin de sus días, y tal vez también hasta el fin de los de una muchacha como Janie. Un poco más tarde le dijo a la señorita Beasely:

—Quiero dar una cena. Envíe invitaciones al doctor Fletcher y a su esposa, al juez y a la señora Everett, a Herbert Edmonds, que está ahora en Washington, en el Mayflower; al conde Sforza y al ministro holandés. Le daré otros nombres luego, cuando me vengan a la cabeza.

Le habría gustado excluir a las mujeres, pero no podía. Las esposas de los hombres eminentes a menudo padecían un complejo de inferioridad y, conforme envejecían, se empeñaban en hacerse valer de formas disparatadas y fastidiosas. «Me estoy volviendo descuidada y perezosa —pensó—. Debo hacer el esfuerzo de interesarme de nuevo por el mundo. Ya he aguantado bastante a la familia últimamente».

La señorita Beasely, que aguardaba con el lapicero en la mano, preguntó:

—¿Qué día, señora Parkington?

La anciana reflexionó un momento.

—Dentro de diez días. La gente está muy ocupada ahora. —Pasó las páginas del

calendario que tenía en la mesa—. A ver. Sí, el jueves veintitrés. Y, por favor, avise de que, puesto que estoy de luto, será una cena sencilla, sin etiqueta..., solo una reunión de amigos. —Le dio otras muchas instrucciones y finalmente dijo—: Llame al juez Everett y pregúntele si puede venir hacia las cuatro. Si me necesita, estaré arriba. Quiero retirar algunas flores. El olor llega hasta aquí.

Era la fragancia de los lirios, fuerte y penetrante, lo que la molestaba. La asociaba con los funerales y, ahora que había terminado aquel asunto triste y deprimente, sería mejor olvidarlo lo antes posible. A Alice no podría olvidarla; estaría siempre con ella, para recordarle que, a pesar de todo, no había logrado ayudar a su propia hija. Tenía la sensación extraña de que Alice se había mudado a su casa y la compartía con ella. Con la muerte, Alice había vuelto al hogar.

Habían enviado una enorme cantidad de tastos con flores, no para el funeral, sino a la señora Parkington, y Taylor, orgulloso de tal muestra de afecto, los había colocado por todas partes —en las mesas, en el suelo y en las chimeneas— mientras ella estaba ocupada en otras cosas. Eran flores bellas y caras, pero había tantas que la casa parecía una floristería y tenía un olor extraño y sofocante.

Abrió la puerta que comunicaba con las dependencias del servicio y le dijo a Taylor:

—Por favor, llame al florista y dígame que envíe la furgoneta. Quiero deshacerme de algunas flores, porque hay demasiadas. Ayúdeme a sacar esas de ahí, que quiero enviar a los hospitales. Algunos tastos pesan demasiado.

Taylor, un poco molesto, avisó al florista y después la ayudó a sacar las macetas más pesadas. No le parecía bien que la señora se desprendiera de ellas; era como si en cierto modo se desprendiera de su propio prestigio.

—Fue un funeral magnífico, señora —comentó mientras trabajaban—. Muy distinguido.

—Sí, muy distinguido. —Pero no sabía por qué.

Y súbitamente recordó que Madeleine y su vaquero no habían asistido. Madeleine había enviado un telegrama desde Nassau diciendo que tomaría un avión, pero no se había presentado. La señora Parkington lo lamentaba, no por la familia ni porque echara de menos a su nieta, sino porque quería ver de nuevo a Al. Cuando sacaron el último tasto de lirios, pensó que deseaba ver el rostro delgado y atezado de Al y sus ojos azul claro más que nada en el mundo; más incluso que a Ned y a Janie.

El juez Everett llegó a las cuatro en punto, pero no traía buenas noticias. Como abogado de la señora Parkington, había hablado con casi todos los clientes de cuyos valores había dispuesto Amory, y le sorprendió descubrir que la mayoría de ellos, incluso los antiguos compañeros de universidad de Amory, no le perdonaban lo ocurrido. De once, dos se encontraban fuera de la ciudad y no pudo comunicarse con ellos; cuatro estaban dispuestos a zanjar el asunto si la señora Parkington les

reembolsaba el dinero perdido, pero los demás querían que se celebrase un juicio.

—Ha sido desconcertante —comentó juez—. No esperaba tal actitud, sobre todo por parte de algunos. Imagino que habrían sido aún más duros de no ser por usted. Todos lamentan muchísimo que se vea envuelta en este asunto. ¿Qué les ha hecho Amory para que le tengan tal animadversión? Casi todos son amigos suyos o, al menos, conocidos.

—¿Conoce usted bien a Amory? —le preguntó la señora Parkington.

—No... Solo superficialmente.

—Creo que se debe a su fatuidad. Solo los necios son tan presuntuosos... Puede estar usted seguro de que un hombre fatuo, por muy elevada que sea su posición, es un estúpido que tarde o temprano acaba delatándose. Hace unos años Amory ganó mucho dinero y se volvió insoportable. César, Napoleón, Alejandro el Grande eran para él menos importantes que Amory Stilham. Ahora que se ve en este aprieto, se ha derrumbado por completo. Me temo que Amory es un hombre bastante molesto.

—Dick Weston —dijo el juez, con un brillo de humor en los ojos— ha sido el más duro. Dice que Amory debería ser castigado por haber deshonrado a toda su clase en un momento en que está siendo atacada.

—Eso suena a Harvard Club —repuso la señora Parkington.

Mientras hablaba, alguien llamó a la puerta. La anciana se volvió y dijo:

—Adelante.

La puerta se abrió y apareció Mattie. La señora Parkington vio que tenía el rostro encendido. Llevaba en la mano un perioduccho muy bien doblado que entregó a su señora diciendo:

—Lo ha traído la cocinera. Creo que debe usted verlo inmediatamente.

—Gracias, Mattie.

La criada salió cerrando la puerta tras de sí y la señora Parkington abrió el periódico. Sabía lo que iba a encontrar, pero no las palabras con que estaría formulado. El titular rezaba:

## EL JURADO DE ACUSACIÓN IMPUTA POR HURTO

### A UN FINANCIERO RICO Y PIADOSO

Debajo había una fotografía de Amory y Helen cruzando la adornada puerta de Saint Bart, probablemente tomada el domingo de Resurrección, con un pie que decía:

Amory Stilham, de la junta parroquial de Saint Bart, a quien el jurado de acusación ha imputado por robo, entrando en la iglesia el domingo de Resurrección, acompañado de su esposa. La señora Parkington tendió el periódico al juez Everett.

Había sucedido, y de inmediato se sintió disgustada, no por la deshonra, sino por

la vulgaridad del periódico y por no haber avisado a Janie antes de que sucediera. Debía encontrar cuanto antes a Janie, pues existía el riesgo de que en la calle, en una tienda o en un hotel alguien le dijera: «¡Acaban de imputar a tu padre!». Tenía que evitar que se enterara de esa forma. Se levantó y dijo:

—Tengo que dejarle, amigo mío. Debo ver a Helen y a Janie. Ahora mismo no podemos hacer nada. —A continuación le preguntó—: ¿Podría defenderle en el juicio?

—El derecho penal no es mi especialidad y Amory no ha requerido mis servicios. Cuente conmigo para todo lo que sea preciso.

—Sin duda su prestigio y su reputación serían de gran ayuda.

El juez meditó un momento.

—Preferiría no mezclarme en esto, Susie, pero si usted cree que mi nombre puede ser de alguna utilidad, lo haré por usted.

—Creo que sería decisivo.

—Tengo el coche fuera. La llevaré a casa de Helen.

—No, gracias. Prefiero ir sola. Tengo que reflexionar sobre muchas cosas.

Rehusó incluso que la acompañase Mattie. Esta vez se mostró tan firme que casi le costó una disputa.

En el vestíbulo de los Stilham la recibió una doncella a la que no conocía, pues Helen cambiaba continuamente de criados. La muchacha la miró con una expresión estúpida y asustada, como si se hubiese producido un asesinato en la casa, antes de correr escaleras arriba.

«Es una casa lúgubre —pensó la señora Parkington mientras esperaba—. Parece que esté llena de polvo y de telarañas invisibles. ¿Por qué es tan deprimente?». Comenzó a examinar el mobiliario, pieza a pieza. No había nada malo en él, pero el conjunto era horroroso. «¡Pobre Janie!», se dijo, y en ese momento regresó la doncella para comunicarle que la señora Stilham le rogaba que subiese a su gabinete.

Helen estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia la puerta abierta, con el rostro grisáceo aun a la luz de la lámpara. El rictus de sus labios era más amargo que nunca y daba la impresión que tenía nuevas arrugas en torno a la boca.

—Es increíble —dijo cuando entró la señora Parkington—. ¿Por qué ha hecho eso Amory?

Era llamativo que ni siquiera dudase de la culpabilidad de su marido.

—He venido lo antes posible —dijo la señora Parkington—. ¿Dónde está Janie?

—No lo sé. No ha almorzado en casa. No me dijo adónde iba. No me dice nada desde que conoció a ese joven.

—Quiero encontrarla.

—¿Por qué lo ha hecho? —insistió angustiada Helen—. ¿Cómo ha podido hacerlo sin pensar en nosotros? —Se sonó la nariz—. ¿Cree que de verdad es

culpable, abuela?

La señora Parkington se sentó.

—Me temo que sí, querida. Me lo confesó él mismo.

—¡Lo sabía! ¡Y no me lo dijo! —La angustia dio paso a la ira—. Al menos podría habernos preparado.

La señora Parkington se dio cuenta de que iba a ser difícil tratar con su nieta.

—Tranquilízate, Helen —dijo con firmeza—. La situación ya es bastante mala de por sí. No te dije nada porque esperábamos poder solucionarlo.

—Supongo que en Nueva York todos se habrán enterado antes que yo.

—Me temo que lo sabe mucha gente. Desde luego, los que perdieron el dinero, y no creo que se abstengan de contarlo. Hasta mi cocinera lo sabe. El juez Everett ha intentado resolverlo. Ha trabajado en el asunto hasta el último momento. Estaba conmigo cuando Mattie trajo el periódico.

Helen comenzó a pasear por la habitación.

—¡Es esa mujer! —gritó de repente—. ¡Ya sabía yo que sucedería! ¡Es esa maldita mujer!

—¿Qué mujer? —preguntó la señora Parkington con simulada inocencia.

—No sé cómo se llama. Se citaban en hoteles de sitios como Buffalo y Kansas City.

—¿Cómo lo sabes?

—Contraté unos detectives. Sospechaba que pasaba algo y me trajeron las pruebas.

—Qué vulgaridad. ¿Por qué lo hiciste?

—Tenía que saberlo. No podía aguantarlo por más tiempo.

—¿Querías divorciarte?

—Ya sabe que no creo en el divorcio.

—Entonces eres una tonta, además de vulgar. ¿Estabas celosa? ¿Quieres a Amory?

—No estaba celosa. Solo deseaba saber la verdad. —Helen se derrumbó en la *chaise longue* donde Janie la había encontrado leyendo a las cuatro de la madrugada—. No, no quiero a Amory ni creo que lo haya querido nunca.

Otra mujer que no había amado nunca, que jamás había dado ni perdonado nada. ¿Y si se hubiera casado con un hombre como Gus? Pero un hombre como Gus no hubiera tenido paciencia para soportarla y la hubiese abandonado.

—Nos estamos apartando de la cuestión —dijo la señora Parkington—. Tranquilízate. No es esa mujer quien le ha arruinado. Amory nunca le dio nada, sino que le quitó lo que tenía. Lo otro hubiese sido más decoroso. Todo ha sido sórdido y miserable.

Helen dejó de llorar y la miró de hito en hito.



—¿Cómo lo sabe?

—Porque he hablado con ella.

—¿Quiere decir que la ha recibido y ha tolerado su presencia sabiendo lo que sabía?

—«Tolerar» es una palabra sin sentido. Tolero a mucha gente peor que ella.

Helen se secó los ojos y se sonó la nariz. En aquel momento era una mujer amargada y carente de atractivo.

—¿Cómo es? —preguntó con un hilo de voz.

—Una mujer normal y corriente, bajita, tonta y provinciana, que en el pasado debió de tener una belleza más bien vulgar.

—¡Y la prefirió a mí!

—Quizá no la prefiriera, Helen. Supongo que ella era una persona apacible que lo satisfacía. Amory no es exactamente un intelectual. —Al cabo de un momento preguntó—: ¿Dónde está Amory?

—Con sus abogados.

—¿Sabes si habrá algún problema con la fianza? Es una de las cosas en las que tenemos que pensar.

—No lo sé. No sé nada ni quiero saber nada. Voy a irme de esta casa. ¿Puedo quedarme en la suya?

La señora Parkington acarició la mano de su nieta.

—No pierdas la cabeza, Helen. No puedes hacer eso. No puedes huir de él ahora que se encuentra en una situación difícil.

—No quiero verlo. ¿Cómo ha podido hacernos esto a mis hijos y a mí?

—Por otra parte, no puedo tenerte en casa. Soy demasiado vieja y cascarrabias. Además, tu sitio está aquí. Si no crees en el divorcio, no puedes dejar a Amory ahora.

—Esto es diferente.

—Si piensas así, el divorcio habría sido mucho más decoroso y honorable.

La señora Parkington se daba cuenta de que perdía el tiempo. Era a Janie a quien debía ayudar, no a aquella mujer malhumorada e irrazonable, cuya vida ya había acabado y que solo sabría desbaratar cuanto se hiciese por ayudarla y amargarse eternamente.

—Te diré lo que voy a hacer —dijo—. Primero llamaré a los abogados de Amory para saber cómo está la cuestión de la fianza y luego al novio de Janie, y después iré a buscarla a ella.

Vio que Helen no iba a serle de gran ayuda.

—¿Dónde tienes el listín telefónico? —preguntó.

—Está ahí, debajo de la mesita.

La señora Parkington lo cogió.

—¿Te importaría buscar el número?

Helen lo encontró y se lo leyó.

—Será mejor que marques tú —dijo la señora Parkington—. Yo quizá me equivoque. Nunca telefono si puedo evitarlo.

Antes de que Helen tomara el teléfono para marcar el número, sonó el timbre del aparato.

—¿Contesto? —preguntó la señora Parkington.

—Yo no lo haría. Deben de ser esos odiosos periodistas. Han llamado ya dos veces.

—Creo que sabré arreglármelas con ellos —repuso la señora Parkington—. Lo he hecho otras veces.

El teléfono sonó de nuevo, más insistente esta vez, y la anciana descolgó el auricular.

—¿Diga? Esta es la casa de los señores Stilham.

—¿Está la señorita Janie? —preguntó una voz conocida.

Al oírla sintió un gran alivio. Era la voz de Ned, grave y ansiosa, pero reconfortante a sus oídos porque hizo que sintiera que no estaba sola, que la responsabilidad no caía, como siempre, únicamente sobre sus hombros.

—¿Es usted Ned? Soy la señora Parkington.

—No sabe cuánto me alegro de hablar con usted. Estoy buscando a Janie.

—No está aquí. Yo también la busco. ¿Sabe dónde ha almorzado?

—Ha almorzado conmigo. La dejé sobre las dos. Es muy importante que la encontremos.

La señora Parkington vio que Helen la observaba y escuchaba con cierta concentración felina, ya que podía oír la resonante voz de Ned tanto como la suya. Sus ojos destilaban amargura.

—Es lo más importante del mundo. Ahora mismo iba a salir a buscarla —dijo la señora Parkington.

—¿Le ha dicho usted algo?

—No. Quería hablar con ella, pero no he tenido ocasión. ¿Puede usted salir ahora?

—Eso espero.

—Vaya a mi casa. Quizá Janie se dirija allí.

Vio que la amargura se acentuaba en los ojos de Helen y que sus labios se fruncían en una mueca de desprecio. No había tiempo para ocuparse de los sentimientos de Helen. Solo importaba Janie. Janie era joven y se sentiría herida, desconcertada y asustada.

—Dejaré aquí recado para que Janie me llame en cuanto llegue.

—Iré directamente a su casa..., o quizá pase antes por mi piso. Puede que Janie haya ido allí.

—Le esperaré.

Cuando colgó el auricular, Helen dijo:

—No sé por qué cree que no acudirá a su madre antes que a nadie.

La señora Parkington se sintió indignada.

—¿De veras piensas que acudirá primero a ti? —preguntó.

Helen no respondió de inmediato.

—Es aquí donde debería venir —dijo por fin—. Lo he hecho todo por ella. Siempre he tratado de ser una buena madre.

—Eso no tiene nada que ver —replicó la señora Parkington con tono seco. Podría haber dicho mucho más, pero supo contenerse. Si Helen quería ser melodramática, ella podía darle cien vueltas.

—Es culpa de ese joven —afirmó su nieta—. Janie no es la misma desde que perdió la cabeza por él. Ese muchacho solo nos ha traído desgracias.

La señora Parkington se puso en pie.

—Creo que esa actitud es estúpida, Helen. Ese joven va a ser tu yerno, y no conseguirás atraer a Janie hablando así. —Pero mientras lo decía comprendió que tras la irritación de Helen había algo más. Su nieta estaba asustada. Toda su vida, segura y vacía, se desmoronaba, y lo que veía más allá la aterraba. No era una mujer inteligente ni decidida. Por primera vez la señora Parkington sintió lástima de ella. Helen estaba sola y lo sabía; era consciente de que no podía contar con su marido, con su hijo ni con su hija. Por eso añadió—: Quiero que sepas que haré cuanto esté en mis manos por ayudar a Amory. El juez Everett lo defenderá si él lo desea, y devolveré todo el dinero, suceda lo que suceda.

Los ojos de Helen reflejaban estupor.

—¿Devolverlo ahora? ¿Devolverlo aun cuando no procesen a Amory?

—Eso no tiene nada que ver. Amory lo robó. Él mismo me lo confesó. Yo lo devolveré. Lo deduciré de vuestra parte de la herencia.

—Creo que no es justo.

—No esperarás que lo paguen Madeleine, Janie y Jack.

—No veo por qué no. Yo no robé el dinero.

Era un punto de vista absurdo, pensó la señora Parkington, pero no valía la pena seguir la conversación.

No obstante, Helen quería seguirla.

—No pensará devolver el dinero a esa mujer...

—Claro que sí. Amory le quitó cuanto tenía.

Helen apretó los labios.

—No la entiendo —dijo—. Si todos fuesen como usted, no habría moral.

La señora Parkington comenzó a hablar, pero se mordió la lengua. Era inútil continuar con el tema. ¿Qué había en el pasado de Helen, y en el mundo en que vivía,

que había pervertido su capacidad de razonar y su sentido común? Era casi tan arrogante y amoral como Amory, y estaba igual de amargada que él. ¿Por qué la gente que se buscaba problemas era la que se lamentaba más ruidosamente de ellos?

—Me voy, Helen —dijo—. Llama a los abogados de Amory y diles que estoy dispuesta a hacer lo que pueda para ayudarle. —A continuación preguntó—: ¿Dónde está Jack?

—No lo sé. Vive en su piso desde hace dos semanas. Apenas lo veo.

—¿Qué crees que hará?

—¿Cómo voy a saberlo? —replicó Helen—. Tal vez nada. Pero a él tampoco lo entiendo.

No había nada más que hacer ni que decir. La señora Parkington se dirigió hacia la puerta.

—Dile a Amory que puede contar conmigo para lo que sea. Creo que deberías iros de la ciudad hasta que vuestra presencia sea necesaria. Hacedme saber adónde vais y qué nombre usáis. Es la única manera de evitar a los periodistas y más disgustos. Dile a Amory que contrate a alguien para que se ocupe de eso. No estoy segura de que no cometa alguna tontería. —En el umbral se volvió para añadir—: Y, desde luego, te aconsejo que no le abandones. Tal vez esto os vuelva a unir. Piénsalo. Aún no tienes cuarenta y cinco años, te queda mucha vida por delante. No sería mala idea que la aprovecharas.

Y, antes de que Helen pudiese comprender el significado de cuanto había dicho, la señora Parkington salió de la habitación. Había callado muchas cosas. Podría haber añadido: «En cierto sentido eres tan culpable como Amory. Si hubieses sido una esposa alegre y divertida, si hubieses procurado complacerle, proporcionarle cosas agradables y disfrutar de ellas con él, no habría buscado a esa maldita mujer y tal vez se habría dado cuenta de que ganar dinero no lo es todo en la vida. Quizá no habría llegado a robar por encontrar la vida tan vacía que ganar dinero era su único interés. Podrías haberle enseñado muchas cosas, pero no lo has hecho. Sí, hay muchas cosas que no has hecho. Hasta tu hermana Madeleine, con todos sus matrimonios y sus amantes, ha aprovechado la vida mejor que tú. Al menos no vive de negaciones, sino de afirmaciones».

La doncella apareció desde el fondo de la casa para abrir la puerta, con una expresión más aterrada que nunca. «Supongo —pensó la señora Parkington— que es la primera vez que sirve en casa de un delincuente famoso».

Hicks, el chófer, estaba tan absorto en la lectura del periódico que no oyó cerrarse la puerta de la casa, de modo que no se apeó al instante del coche para abrirle la portezuela. La señora Parkington sabía lo que estaba leyendo. Sin duda Taylor, la cocinera y su ayudante hacían lo mismo en casa: leer las noticias sobre el escándalo de Amory y comentarlas.

Cuando el vehículo arrancó, pensó que ni Taylor ni Mattie sentían simpatía por Amory. Les molestaba la familiaridad y la suficiencia con que los saludaba y sus aires de superioridad cuando hablaba con ellos. Nadie percibía la insinceridad más rápidamente que un criado, y a nadie le indignaba tanto. La actitud de Amory era profesional: la que, según le habían enseñado en Saint Bart, debía mostrar un caballero hacia la servidumbre. Era falsa en todo momento, efusiva y postiza, porque no se basaba en la sencillez, sino en la afectación. Cada vez que la señora Parkington le veía hablar con Mattie o con Taylor, se sentía un poco consternada. Amory nunca había pensado que los sirvientes pudieran también ser amigos. Su visión de la sociedad era muy simple: estaba dividida en capas bien separadas. No, ni Taylor ni Mattie sentirían ninguna pena por el aprieto en que se hallaba Amory.

Una vez que estuvieron delante de la casa, Hicks descendió, le abrió la portezuela y la ayudó a bajar del coche, tras lo cual subió enseguida los escalones para pulsar el timbre. Ella nunca le había pedido tales atenciones. Jamás había pedido nada a Mattie, a Taylor ni a la cocinera. Hacían por ella muchas cosas pequeñas que nacían del afecto que le tenían. Eso la conmovía, pero no tanto como la certeza de que si tenían un problema acudían a ella antes que a cualquier otra persona. Lo habían hecho muchas veces. Eran inteligentes y buenos, pues jamás habían considerado que su fortuna crease una barrera entre ellos y su señora, como la gente vulgar pensaba. La riqueza no les impresionaba ni les inspiraba respeto.

—Siento mucho lo que le ha ocurrido al señor Stilham —susurró Hicks—. Estoy seguro de todo se arreglará.

—Gracias, Hicks. Yo también lo espero.

—Si puedo hacer algo para ayudar, señora Parkington..., algo especial, quiero decir, estaré encantado.

La señora Parkington le sonrió y dijo:

—Gracias otra vez. Ya sé que puedo contar con usted. —Cuando se volvió, tuvo un repentino pensamiento y añadió—: ¿Le gustaría realizar conmigo un largo viaje al Oeste más adelante?

—Sí, desde luego, señora Parkington.

—¿A su mujer no le importará que esté fuera dos o tres meses?

—No, señora Parkington.

—Bueno, todavía no es seguro. Es solo una idea que he tenido. Ya le informaré si decido llevarla a la práctica.

Cuando entró en la casa, Taylor le dijo:

—Lamento mucho lo sucedido, señora. La cocinera me ha pedido que le diga que también lo siente mucho.

—Gracias, Taylor. ¿No ha telefoneado nadie?

—Creo que no.

—¿Ha venido el señor Talbot?

—No, señora.

—Cuando llegue, hágale pasar al salón y avíseme.

Taylor la acompañó hasta el ascensor y, cuando estaba cerrando la puerta, ella le preguntó:

—¿Tenemos champán frío?

—Sí, señora.

—Cuando llegue el señor Talbot, sírvame una copa en el salón. Estoy un poco cansada. No sé qué querrá tomar él. Pregúnteselo cuando venga.

El mayordomo cerró la puerta y apretó el botón.

En el piso de arriba la esperaba Mattie, que fingía estar ocupada cambiando el papel de seda de los cajones. La señora Parkington adivinó por qué estaba allí en lugar de descansando. Deseaba hablar, por lo que la señora Parkington dijo, mientras se quitaba el sombrero y se ahuecaba el pelo ante el espejo:

—Es un asunto desdichado, Mattie. Dudo que podamos hacer nada por salvarlo.

Mattie siguió con su trabajo.

—Nunca he apreciado al señor Stilham —dijo—. Siempre lo he considerado un farsante presuntuoso. Pero la situación es muy difícil para los demás. El señor Stilham no tiene derecho a darles semejante disgusto, sobre todo a usted y a la señorita Janie.

—Creo que la gente no piensa eso antes de meterse en líos. Si lo hiciesen, no habría tantos.

Contemplándose en el espejo decidió que estaba pálida y tenía un aspecto cansado, por lo que discretamente, para que Ned no lo notara, se aplicó un poco de colorete en las mejillas y se empolvó la nariz. En el espejo vio que Mattie ya no fingía trabajar, sino que se había quedado parada junto a la mesa, observándola, y enseguida adivinó qué le preocupaba. Mattie se moría de curiosidad por saber quién era la mujer que la había visitado la mañana que Alice ingresó en el hospital. Desde entonces no había tenido oportunidad de inquirir ni de poner en práctica sus procedimientos, a veces sinuosos, para averiguar las cosas.

Por eso la señora Parkington, mientras se acicalaba, comentó como de pasada:

—La mujer que vino a verme poco antes de que fuésemos al hospital era una tal señora Hobson. Vive en New Rochelle. El señor Stilham ha tenido relaciones con ella por espacio de catorce años. —En el espejo vio que la cara de Mattie reflejaba satisfacción y alivio.

—Supongo que gastaría muchísimo dinero con ella —aventuró la criada.

—No. Al contrario: por su culpa ella ha perdido todo el dinero que tenía.

Mattie chasqueó la lengua.

—Es una historia curiosa —dijo—. El señor Stilham ha tenido todas las ventajas

en la vida y mire cómo ha acabado.

—Creo que han sido esas ventajas las que lo han arruinado, Mattie. La familia y el colegio le enseñaron a creer que tenía privilegios especiales. La mayoría de los hombres crecen y lo olvidan al cabo de un tiempo, pero ese no es su caso. Todavía cree que ser un Stilham y pertenecer a esos clubes es algo especial y maravilloso.

Mattie reflexionó unos instantes. Luego comentó:

—Debo decir que la mujer me pareció ordinaria y vulgar. Creía que el señor Stilham tendría mejor gusto..., que habría encontrado una mujer más llamativa. Siempre he pensado que quien tiene una mantenida quiere conseguir algo a cambio de su dinero. Por supuesto, una esposa es diferente.

—Creo —dijo la señora Parkington— que esa mujer estaba a tono con él. —Se volvió y se puso en pie—. De modo que nos espió aquella mañana.

—Sí —reconoció Mattie—. Pensé que tenía algo que ver con el asunto del señor Stilham.

Taylor llamó a la puerta y anunció que el señor Talbot estaba abajo.

Ver a Ned le produjo un gran placer, casi como si fuese una muchacha que se encontrase con el hombre al que amaba. Veía llaneza y amabilidad en él, en su rostro ahora ensombrecido por la ansiedad, en sus ojos azules, llenos de pena. Tenía un sobre en la mano.

—Janie ha pasado por mi casa —dijo—. He encontrado esta carta en el buzón. —Abrió el sobre y sacó una hoja de papel con el membrete del hotel Ritz. La carta decía así:

*Querido Ned: No está bien. No es posible ahora. No puedo seguir adelante. Perjudicaría tu carrera. No puedes casarte conmigo. Todo esto será un gran escándalo. No trates de localizarme. Te prometo que volveré para hablar contigo cuando me haya hecho a la idea. Intenta olvidarme, como si nunca nos hubiéramos conocido.*

Te quiere, JANIE.

—Parece sacado del *True Love Stories* —comentó la señora Parkington sin levantar la vista.

Cuando dejó la carta, miró los ojos azules de Ned, que la interrogaban y presionaban para que diera alguna respuesta.

—Es una carta infantil —afirmó—. A veces Janie se comporta como una niña.

—¿Cree que hará alguna locura? —preguntó él.

—No, creo que no. Janie no es así. Es una chica emotiva, pero equilibrada y con una gran capacidad para el sufrimiento. —No era eso lo que estaba pensando. En ese momento pensaba que su bisnieta se parecía mucho a ella y que, a la edad de Janie, sin duda ella habría actuado de la misma manera. Solo había que recordar con qué

rapidez había aceptado a Gus, con tal rapidez que él se casó con ella sin pretenderlo. Pero en aquel caso la suerte...—. Debemos encontrarla lo antes posible —añadió.

—¿Qué podemos hacer? He intentado pensar en todas las posibilidades. Tal vez usted tenga alguna idea de adónde ha podido ir. Me horroriza imaginarla sola en un tren o en una habitación de hotel.

—Lo que está claro es que la policía no debe enterarse. No podemos acudir a ella. Los periodistas se frotarían las manos ante un reportaje así: «Hija de caballero distinguido huye de la deshonra de su padre». No tengo la más remota idea de dónde puede estar.

Taylor llamó a la puerta y entró con el champán. Cuando le preguntó a Ned qué quería tomar, este contestó:

—Nada, muchas gracias.

—Qué tontería —intervino la señora Parkington—. Debe beber un poco de champán. —Y, sin esperar respuesta, le indicó a Taylor que le sirviese una copa. Cuando el mayordomo hubo salido, le preguntó a Ned—: ¿Cómo se siente con respecto a todo esto? —Pero enseguida se dio cuenta de que era una pregunta tonta.

—Tengo intención de casarme con Janie —contestó él—. Lo ocurrido no cambia nada. Janie tiene una serie de ideas bobas acerca de que el hecho de que sea rica representa un problema, pero eso no me preocupa. Antes me preocupaba porque parecía disgustarla. Janie se preocupa por nimiedades.

La señora Parkington sonrió.

—Uno de los dos tiene que evitar preocuparse. No puede haber en la misma familia dos personas que se angustian por todo.

Taylor entró con más champán y, cuando salió de nuevo, Ned dijo:

—No iré a trabajar hasta que la hayamos encontrado. Iré a todos los sitios donde crea que puede haberse escondido.

—¿No le dirán nada por no ir a la oficina?

—Enviaré recado de que estoy enfermo.

Una idea comenzó a surgir en la mente de la señora Parkington.

—¿Quién es su jefe en Washington? —preguntó.

—Holman Drury.

—¡Ah, sí, claro! —La anciana no dijo que conocía a Holman Drury para que Ned no recelara—. Claro, no sé cómo he podido olvidarlo. ¿Es muy severo?

—Siempre ha sido amable conmigo. Creo que me tiene simpatía.

—Entonces, si fuese necesario, supongo que no le costaría mucho conseguir un permiso para ausentarse..., si no encontramos a Janie enseguida, claro está.

—No, creo que no, pero preferiría no pedirlo hasta que no hubiese otro remedio.

Mientras hablaban, ella trataba de recordar todo lo que sabía de Holman Drury: que era desaliñado pero muy inteligente; que había estudiado en Princeton y que tenía



un padre rico. Por todo eso Amory siempre lo había distinguido con un desprecio y un odio especiales. Según él, Holman Drury había traicionado a su clase y, en consecuencia, era uno de los peores bichos de Washington. Recordó que la madre y los abuelos de Holman Drury pensaron que había perdido la cabeza cuando decidió convertirse en paladín de la reforma.

La ágil mente de la señora Parkington seguía trabajando, planeando lo que habría que hacer en cuanto encontraran a Janie. Sospechaba que su bisnieta se mostraría muy obstinada, como en ocasiones lo había sido ella con Gus.

—Creo que será mejor que contratemos los servicios de una agencia de detectives —propuso—. Pueden destinar tres o cuatro hombres a la tarea. A veces consiguen buenos resultados en casos como este.

Pareció que Ned se animaba al oír la idea y que la tristeza desaparecía de sus ojos.

—Dudo que podamos contar con los padres de Janie —continuó ella—. Están demasiado consternados con todo esto. Llamaré a mi abogado para que se encargue de ello. Usted se quedará a cenar conmigo.

—¿Le llamará ahora? —pregunto él—. ¿Prefiere que le llame yo?

—Sí. Es el juez Everett. Su número está apuntado en la libreta que hay junto al teléfono.

Mientras Ned buscaba el número, la señora Parkington añadió:

—Creo que sería buena idea que se quedara usted en la casa hasta que encontremos a Janie. Hay sitio de sobra y será lo mejor para ambos. —Por alguna razón, tal vez porque todavía le costaba pensar en sí misma como una anciana, se sentía cohibida y esperó a que él estuviese ocupado con el teléfono para lanzar la propuesta.

Ned marcó el número y, mientras esperaba, contestó:

—Gracias. Es una idea excelente. Así no tendremos que llamarnos el uno al otro a todas horas.

Un momento después la señora Parkington hablaba con el juez. Le pidió disculpas por molestarle siempre con problemas de la familia. El juez aceptó ir a cenar. Procuraría llegar pronto y llevar consigo al jefe de la agencia de detectives. Así podrían ponerse a trabajar enseguida; cuanto antes, mejor. ¿Tenía alguna idea de adónde podía haber ido Janie? Ninguna. Eso complicaría la investigación.

Era grato tener a Ned en casa. A Mattie también le complacía. Después de que el juez se hubiera marchado y Ned hubiera salido con la loca esperanza de encontrar en la ciudad a alguien que hubiese visto a Janie, la señora Parkington y Mattie estuvieron charlando largo rato. Nunca les faltaban temas de conversación, pero aquella noche ambas esperaban, sin querer reconocerlo ante la otra, que Ned volviese antes de que se hubieran acostado, por si traía noticias y para hablar con él. Era como si las dos ancianas hubiesen retrocedido cuarenta años, hasta la época en que Herbert

y Eddie llegaban tarde a casa y miraban si había un hilo de luz debajo de la puerta de su madre para entrar y contarle cómo lo habían pasado. Habían dejado entornada la puerta del *boudoir* para poder oír la de la calle cuando volviese Ned.

Mattie, preocupada por Janie, decía:

—Nunca lo hubiese esperado de ella. ¡Una muchacha tan sensata!

La señora Parkington sonrió al pensar en cómo era ella a la edad de Janie, en lo apacible y cándida que parecía.

—Así es en apariencia, Mattie —repuso—, pero por dentro bulle un torrente de romanticismo. Tiene demasiada imaginación. A usted y a mí nos cuesta entender hasta qué punto la ha afectado lo ocurrido. Somos viejas y en el fondo sabemos que, aunque Amory acabe en la cárcel, eso no influirá demasiado en la vida de Janie, si sabe dominar la situación. Está en la edad en que se sufre más, cuando las pequeñeces se antojan tragedias insoportables. Después de todo, no es fácil aceptar lo que está ocurriendo.

De pronto la señora Parkington deseó que Aspasia estuviese con ellas. Aspasia proporcionaba siempre una sensación de tranquilidad porque afrontaba cualquier problema de forma clara, aguda y realista. Sopesaba todos los elementos, los analizaba y actuaba con resolución, como había hecho cuando fallecieron sus hijos y cuando Alice se divorció y hubo que chantajear al duque.

Pero Aspasia había muerto hacía catorce años a consecuencia de un ataque repentino, en su lecho de la gran mansión de la Quinta Avenida. Con su muerte, desapareció de la vida de la señora Parkington algo que no podía reemplazarse, algo que guardaba relación con el ingenio, la inteligencia, la valentía y el refinamiento. Era extraordinario lo elegante que había sido siempre Aspasia, incluso siendo muy anciana; hasta cuando yacía en su ataúd, dejando a Susie Parkington una deuda que jamás podría pagar. En la vida de la señora Parkington había habido muchas cosas a las que no hubiese sobrevivido y que ni siquiera hubiese soportado de no haber sido por la inteligencia de Aspasia. Ella sostenía que ninguna mujer debía dejar todos los huevos en una sola canasta, puesto que, si esta se caía, se perdía todo; por eso Susie había aprendido a distribuir sus afectos en mucha gente y sus intereses en numerosos campos, y de ese modo había logrado, al igual que Aspasia, ver el mundo como un lugar maravilloso y fascinante en el que había tanto que gozar y conocer que las personas inteligentes jamás se desesperaban ni se sentían frustradas.

Mattie había comenzado a dar cabezadas en el sillón y la señora Parkington, considerando que no había razón para fingir que seguían levantadas porque les apetecía conversar, dijo:

—Voy a acostarme, Mattie. No vale la pena trasnochar. Ned no tendrá nada interesante que contar. Si hubiese averiguado algo, habría telefoneado.

Cuando Mattie la ayudaba a prepararse, oyeron pisadas en la escalera. Ned había

vuelto sin noticias. No había encontrado a nadie que hubiese visto a Janie.

Por primera vez, la señora Parkington se asustó, aunque logró disimularlo.

—Seguro que se ha escondido en algún lugar raro, como Filadelfia o Atlantic City —dijo animosamente—. Procure dormir. Sin duda mañana tendremos buenas noticias.

Cuando Ned se hubo retirado, pensó: «Janie no debe perderlo. No debe perderlo ni hacer tonterías. Y no debe volver a esa espantosa casa».

No recordaba, hasta que entró esa tarde en casa de Amory, cuán desagradable era, cuán hosca para los hijos que habían crecido y se habían visto forzados a vivir allí. Ella no iba nunca si podía evitarlo, y pensó que debería haber rescatado a Janie. Hasta que había visto a Helen, quejumbrosa, amargada y desprovista por una vez de todo fingimiento, no sabía lo terrible que era. Era espantoso hasta qué punto una casa podía verse afectada por quienes la habitaban y cómo, a su vez, podía afectar a sus moradores. Las viviendas tenían un halo creado por lo que había sucedido bajo su techo. Lo había descubierto con los años. La residencia de Inglaterra a la que Gus había llevado a Norah Ebbsworth tenía un halo desgraciado, como si pesara sobre ella una maldición. El «verano terrible» había comenzado entre sus paredes. Si hubiese sabido entonces lo que sabía ahora, no la habría alquilado. Nada más entrar en ella con Gus, habría comprendido que era, como la casa de Amory, una casa maligna.

Dio las buenas noches a Mattie.

—No me llame, Mattie —añadió—, a menos que haya noticias de la señorita Janie. Me levantaré tarde. Me vendrá bien dormir un poco.

—Me alegra que al fin muestre una pizca de sentido común.

Cuando se dirigía hacia la puerta, Mattie se volvió súbitamente y dijo con gran vehemencia:

—No permitiré que Janie lo deje, ¿verdad, señora Parkington? Sería una pena que perdiese a un muchacho que la quiere tanto. Se le nota hasta en los ojos. Usted puede solucionarlo. Ha solucionado muchas cosas a lo largo de su vida.

—Haré cuanto pueda, Mattie.

Se acostó y enseguida apagó la luz porque estaba muy, muy cansada..., como no lo había estado en toda su vida, pensó. Antes de dormirse deseó una vez más que Aspasia estuviese allí para ayudarla.

No tuvieron ninguna noticia al día siguiente. Por la mañana Helen, al parecer alarmada al fin, llegó para pasar una hora con la señora Parkington. Todavía estaba ofendida porque Janie hubiera preferido huir antes que acudir a ella. Cuando se disponía a marcharse apareció Jack, a quien no veía desde que se había producido la catástrofe.

—¿Dónde has estado? —le preguntó enseguida.

—En mi piso, casi todo el tiempo. No habría sido buena idea salir y dejarme ver.

—Adoptas una actitud extraña y desleal. No hay razón para suponer que tu padre sea culpable. Es víctima de una persecución.

La señora Parkington esperaba en silencio a que terminase la discusión. Jack no contestó a su madre, sino que se dirigió a su bisabuela.

—Creo que mi madre no lo entiende —dijo—. No debo nada a mi padre. Jamás me ha perdonado que no haya entrado en sus condenados clubes. Siempre me ha obligado a hacer cosas que no me gustan. No me dejó seguir con la música. Quería que jugara al fútbol y me apuntara a todos sus clubes. Nada de eso me interesa lo más mínimo. No me parezco a él. Soy como los chiflados Blair. De ahora en adelante pienso hacer lo que me plazca.

—¿Se da cuenta de cómo es? —dijo Helen.

—Solo he venido a despedirme de usted, bisabuela. Esta tarde me marcho a Canadá para alistarme en las fuerzas aéreas.

A la señora Parkington le dio un vuelco el corazón. ¡También él quería escapar antes de que fuese demasiado tarde! En aquella cara hermosa y decadente había un gesto de amargura y disipación que era horrible en un muchacho tan joven. «Quizá lo pierda más tarde», pensó. Tal vez Jack no fuera tan malo y ruin como parecía. Tal vez fueran Amory, Helen y el marco en el que lo habían forzado a vivir lo que lo había vuelto rebelde y depravado; aquel ambiente imbécil que había deformado a la generación de Amory y Helen con su esnobismo, con la imitación de los modelos ingleses, con su absoluto alejamiento de la realidad estadounidense. Todo eso era tan falso como el propio Amory y ahora se estaba desintegrando junto con toda la riqueza que había hecho posible tanta estupidez.

—Al menos irás a despedirte de tu padre —oyó decir a Helen.

—No pienso acercarme a él. No me importa no volver a verlo nunca más. Puede decírselo de mi parte. Puede decirle también que lamento estar emparentado con él.

—¡Jack! —susurró la señora Parkington.

—Es verdad, bisabuela. Jamás ha hecho nada por mí. Siempre ha sido un farsante, incluso cuando yo era un chiquillo y él dirigía las oraciones en la escuela y después, en mi habitación, me pegaba porque no había logrado entrar en el equipo de fútbol. Me gritaba: «Me avergüenza tener un alfeñique por hijo. Yo era un hombretón en el colegio. ¿Por qué no puedes serlo tú?». —Se volvió hacia su madre—. No lo sabía, ¿verdad? Pues hacía eso y mucho más. Y mírelo ahora. Yo sabía que acabaría así. —Apartó la mirada de Helen y añadió en voz baja—: Y usted también.

Miró a la señora Parkington.

—Nunca he tenido un verdadero hogar, bisabuela. Cuando visitaba a mis amigos veía que sus familias eran felices y que todos se divertían. En nuestra casa nadie sonreía. A veces nos sentábamos a comer y nadie abría la boca hasta que nos levantábamos de la mesa. Pero ante los demás fingíamos que teníamos una vida

tranquila y feliz, cuando no podía ser más desagradable.

Helen guardaba silencio. Al cabo de un momento la señora Parkington preguntó con un hilo de voz:

—¿Y Janie?

Vio que los ojos del muchacho se llenaban de rabia y de lágrimas.

—¿Se refiere a que se haya escapado? Volverá. Janie es más fuerte que yo. Y también tiene más sentido común. Siempre ha sabido hacer lo que ha querido sin consultar a nadie. Solo quisiera que me avisaran cuando aparezca. Telegrafiaré desde Canadá en cuanto sepa adónde me destinan. —Se acercó a la señora Parkington y se inclinó con timidez para besarla en la mejilla—. Adiós, bisabuela. Escríbame de vez en cuando. —A continuación tomó la mano de su madre y dijo—: Adiós, madre. Ya le comunicaré mi dirección. —Y salió rápidamente de la casa.

Cuando se hubo marchado, Helen comenzó a llorar de una manera extraña, infantil y desesperada, y de pronto se pareció a Alice, si bien esta no había tenido nunca mal genio, ni siquiera en sus momentos de mayor infelicidad.

La señora Parkington la observó en silencio, pensando. «Tal vez se desahogue llorando». Pero los sollozos aumentaron, hasta que la señora Parkington dijo:

—¿Qué vais a hacer Amory y tú?

—No podemos hacer nada hasta que encontremos a Janie. Después iremos a la finca de los Benson, en Adirondacks. Amory no puede salir del estado.

—No. Por supuesto que no.

—¿Cree que Janie puede haber cometido alguna locura?

—No. No sería propio de ella. —Sin embargo, no estaba tan segura después del estallido de Jack. El joven había descorrido una cortina para que entrara la luz y lo que ella había visto era aterrador—. Deberías irte a casa. ¿Está Amory allí?

—¡A casa! —repitió Helen con amargura—. ¿Mi casa? ¡Esa casa llena de tristeza, con Amory bebiendo en su habitación hasta perder el sentido!

—Lo superará.

—No me importa.

Helen hablaba con indiferencia glacial y la señora Parkington pensó: «No es posible que sea tan insensible como parece». Después comprendió qué había tras sus palabras: Helen, quien carecía de la franqueza necesaria para admitirlo, prefería que su esposo bebiera hasta morir antes que sufrir la deshonra de un juicio público. Había quien creía que las personas tenían su propio infierno en la tierra, y a la señora Parkington le pareció que era cierto en el caso de su nieta y su marido. «Nada de lo que me ha sucedido —pensó—, ni siquiera la muerte de mis hijos, ha sido tan duro como esto». La muerte era un golpe terrible y definitivo y al final se aprendía a aceptarla, pero esa situación era más espantosa todavía, porque seguía y seguía, devorando la felicidad, la salud, el decoro y el amor propio.

—Hice mal ayer diciéndote que no quería que vinieses a esta casa, Helen —se oyó decir—. Estaba preocupada y muy nerviosa. Te pido perdón. Si alguna vez deseas vivir aquí, puedes venir y considerarla tu casa, como cuando eras niña. Todo lo mío es tuyo. —No había podido evitarlo. La movía el mismo sentimiento que obliga a socorrer a un perro abandonado que yace herido en un arroyo.

Helen se la quedó mirando y después, con los ojos llenos de lágrimas, dijo:

—Gracias, abuela. No vendré de momento. Seguiré con Amory hasta que todo esto termine. Si..., si... ocurriera lo peor, me gustaría vivir con usted. Querría estar bajo su protección durante un tiempo. Es usted muy buena. —Se puso de pie y dijo —: Y ahora me voy a casa.

—Te avisaré en cuanto sepa algo de Janie.

—Gracias por preocuparse tanto por ella. Janie ha actuado de forma egoísta y en realidad es responsabilidad mía, pero agradezco lo que ha hecho.

—Yo no he hecho nada. Es Ned quien se ocupa de todo. —Se encaminaron hacia la puerta y la señora Parkington siguió hablando. Consideró que lo mejor era decir con naturalidad lo que tenía que decir—. Creo que deberías conocer mejor a ese muchacho, Helen. Janie es muy afortunada..., todo lo afortunada que puede ser una chica. Piensa que el mundo es muy distinto de como era cuando tú tenías su edad, y Janie vivirá en un mundo todavía más diferente. El antiguo se resquebraja. Lo que le ha sucedido a Amory tiene que ver con eso. Las ventajas de que disfrutaba, lo que la gente llamaba «ventajas», se han convertido en desventajas en este nuevo mundo.

—Tal vez —dijo Helen con cierto hastío, como si no deseara pensar en eso porque estaba harta del tema.

No valía la pena intentar razonar con ella. Era como si le hablasen en griego. La señora Parkington pensó que no había en el mundo nadie más provinciano que los neoyorquinos como Helen y Amory.

Llegó la noche sin que tuvieran ninguna noticia ni el menor indicio de qué había sido de Janie o adónde había ido. Fue un día ajetreado, lo que la señora Parkington agradeció. Vio de nuevo al juez Everett, le habló de la señora Hobson y le dio instrucciones para que le devolviese el dinero que Amory le había quitado, y hubo de ocuparse asimismo del desagradable asunto de la restitución del capital robado a los demás clientes y amigos. También tuvo que despachar numerosos asuntos con la señorita Beasely. Por un momento se planteó suspender la cena que tenía previsto dar, pero al final rechazó la idea. A pesar del escándalo, tenía que seguir viviendo como hasta entonces; por encima de todo, debía conservar el prestigio que se había ganado y la posición que había conseguido, pues servirían de amparo a Helen y de ayuda a Amory cuando llegase la hora de afrontar el amargo desenlace del asunto. Sabía perfectamente la penosa obligación que la aguardaba. Cuando llegara el momento, tendría que sentarse junto a Helen en la sala del tribunal día tras día, hasta que todo

terminase. Con independencia de lo que había hecho Amory, por muy hipócrita y bribón que fuese, era un miembro de la familia y el padre de Janie y Jack, en cuyas venas corría la sangre de Gus y la suya propia. Lo menos que podía hacer era aportarle tanta dignidad como fuera posible.

Y durante todo ese día ajetreado, mientras tenía entrevistas, trazaba planes y dictaba cartas, su mente volvía una y otra vez a lo mismo: ¿qué había desbaratado la vida de casi todos sus descendientes? Ella había hecho cuanto había podido, por poco que fuera, pero se daba cuenta de que había fracasado. Quizá Gus y ella hubieran malcriado a sus hijos día tras día. Todos los padres lo hacían desde el principio de los tiempos y, no obstante, en ocasiones los hijos malcriados se desenvolvían de forma satisfactoria y brillante. Sin duda era una pena que Alice se hubiese casado con el duque, pero quizá fuera una bendición que no hubiese tenido hijos. Y fue de lo más desafortunado que Herbert eligiera por esposa a una Blair, con la excentricidad y la melancolía que caracterizaba a toda su familia. No sabía cómo habrían llegado a ser Herbert y Eddie, puesto que el destino le había jugado una mala pasada aquel «verano terrible».

Por más que reflexionaba sobre su vida y la de sus descendientes, las pruebas apuntaban siempre hacia el dinero. De no ser por la fortuna y la ambición de Gus, Alice no hubiese conocido ni contraído matrimonio con el duque, ni este hubiese querido casarse con ella. De no ser por el dinero, Alice no se hubiera casado luego con un expatriado aventurero y después con un sujeto holgazán y débil. De no ser por el dinero, Alice tal vez hubiera llevado a la práctica su vocación de enfermera. Quizá hubiera encontrado el marido adecuado y llevado con él una existencia apacible y útil. De no ser por el dinero, Herbert no hubiera conocido a la hija de los Blair ni hubiese comprado el automóvil con el que se mató, en una época en que los automóviles constituían un lujo fantástico. De no ser por el dinero, Eddie no se hubiera desmadrado ni hubiera tenido una muerte trágica y amarga. De no ser por el dinero, Madeleine no hubiera llevado aquella vida desenfrenada, vacía y depravada ni hubiera satisfecho de forma tan vergonzosa su deseo insaciable de hombres. Y Helen no hubiera conocido a Amory, con todas sus «ventajas», ni se hubiera casado con él porque era el mejor partido de la temporada. Era siempre el dinero; cualquiera que fuese el camino por el que discurriera su mente a lo largo del día, todos desembocaban en el dinero. Todavía lo tenían, y se multiplicaba más rápidamente de lo que podían gastar ellos o comerse los impuestos. Era como un monstruo creado por Gus que había destruido todo lo que el hijo de un tendero de pueblo más habría querido para sí y sus descendientes. Gus había ambicionado ser un fundador, una gran figura que dejara tras de sí una dinastía distinguida y un nombre y un recuerdo gloriosos.

¡Y ahí estaba el resultado!

Se dijo que algo había fallado en la vida estadounidense durante el largo período que abarcaba su existencia; que algo fallaba en la educación norteamericana al crear una tradición que confundía los automóviles y los cuartos de baño con la civilización, que subvertía los principios morales y ensalzaba valores monstruosos. Por eso Amory pensaba que era distinguido ser agente de bolsa; por eso los fabricantes de automóviles creían que eran mesías y que habían traído la prosperidad; por eso los hombres creían que la inteligencia y el honor, la civilización y la sabiduría podían comprarse.

Comenzó a ver de manera confusa, como a través de la niebla, que había una relación lógica entre todo aquello y el penoso desmoronamiento del mundo basado en la falsedad que la rodeaba. «Me gustaría hablar de esto con personas más sabias e inteligentes que yo», pensó, y llamó a la señorita Beasley para pedirle que añadiera los nombres de un filósofo y un economista a la lista de los invitados a la cena. Todavía tenía mucho que aprender, y le quedaba muy poco tiempo.

Aquel día Ned llamó cuatro veces para decir que no tenía ninguna noticia ni ninguna pista y que los detectives no habían tenido más suerte que él. Su voz sonaba cansada y apagada, y la señora Parkington supo que, al igual que ella, comenzaba a abrigar dudas espantosas: quizá Janie hubiese cometido un disparate; quizá no encontrasen a Janie, sino un cuerpo flotando en el río. Pero ninguno de los dos mencionó sus dudas en las conversaciones telefónicas. Era sorprendente lo bien que se entendían. Mientras hablaban, a veces la señora Parkington tenía la impresión de que habrían podido entenderse asimismo sin palabras. Ned poseía una especie de sabiduría instintiva y una intuición que la anciana había visto en muy poca gente.

A las siete llamó para decir que los detectives habían encontrado a un empleado de la estación Pennsylvania que recordaba haber vendido un billete para Filadelfia a una muchacha que encajaba con la descripción de Janie. Se fijó en ella, según dijo, porque parecía que hubiera estado llorando.

—Estoy segura de que la encontraremos pronto —afirmó la señora Parkington por teléfono—. Tengo ese presentimiento.

Colgó el auricular y llamó a Taylor para decirle que cenaría en la cama.

Mientras cenaba, Mattie trajinaba en las dos habitaciones realizando toda clase de tareas inútiles. La señora Parkington sabía que era su manera de decir que también estaba preocupada y que comprendía la ansiedad de su señora.

—Cuando encuentren a la señorita Janie —dijo Mattie—, debe irse de viaje. Necesita salir de la ciudad y alejarse de su familia.

La señora Parkington se rió.

—Siempre habrá algo que me lo impida. Después de lo del señor Stilham ha pasado esto de Janie, y sin duda después de lo de Janie surgirá otra complicación.

—Tiene que ser fuerte. Debe alejarse de todos.



—No siempre es fácil, Mattie.

Mattie iba a comenzar de nuevo con sus lamentaciones.

La señora Parkington intentó no escucharla. «Solo deseo que Janie sea tan parecida a mí como creo —pensó—. Si es como yo, estará bien. Volverá». Era extraño que ni una sola vez en la vida, ni siquiera en los momentos de mayor infelicidad y amargura, hubiese pensado en el suicidio. Jamás se le había pasado por la imaginación..., probablemente porque tenía un hígado sano y unas glándulas bien equilibradas.

Oyó a lo lejos el timbre de la puerta. El sonido llegaba del exterior a través de las ventanas del jardín, como siempre que la cocinera dejaba abierta la puerta del servicio en las noches cálidas. El timbre sonó con insistencia una y otra vez antes de que Taylor abriese la puerta.

Incorporada en el lecho, la señora Parkington pensó: «Es algo relacionado con Janie. ¡Dios mío, que no sea nada malo! ¡Dios mío!». Y por primera vez en su vida se dijo: «Es lo único que no podría soportar». Si eran malas noticias, se quedaría en la cama y moriría porque no tendría fuerzas para seguir adelante.

Por la puerta abierta del *boudoir* vio que la curiosidad había vencido a Mattie, que estaba en el rellano, avizorando la escalera. Tal vez el rostro de la impasible y fiel criada le revelara lo que ocurría. Pasaron los segundos, insoportables, lentos, insufribles. Luego vio que Mattie se daba la vuelta y atravesaba corriendo el *boudoir* con una sonrisa de oreja a oreja. No pudo esperar siquiera a llegar al dormitorio y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Es la señorita Janie! ¡Es la señorita Janie, señora Parkington!

Estaba pálida y cansada y parecía un poco cohibida cuando cruzó la puerta seguida de Mattie. Fue hacia el lecho y, sin decir una palabra, besó a la anciana.

—Estoy avergonzada, bisabuela —murmuró.

—Siéntate aquí..., en la cama, a mi lado. Todo ha pasado ya.

—¿Dónde está Ned?

—¿Dónde crees que está? Pues por ahí, buscándote. No serás capaz de encontrarle. Ahora vive aquí. Llegará más tarde. Dame la mano.

La señora Parkington temblaba de pura emoción, como si en vez de una anciana experimentada fuese una jovencita atemorizada y un poco desconcertada ante la perspectiva de la vida que tenía por delante. También Mattie temblaba y lloraba como una vieja boba.

—Debe comer algo, señorita Janie —dijo—. Un sándwich y una taza de té. Se lo prepararé en un minuto.

Janie la miró sonriendo.

—Sí, por favor. No he comido nada. No tenía dinero.

—¡Pobrecilla! —exclamó Mattie.

—¡Vamos, vamos! —dijo la señora Parkington—. Cálmate, Mattie.

—Ahora mismo voy a buscarlo. La cocinera se llevará una alegría al saber que ha vuelto. Taylor también se ha puesto contento, ¿verdad que sí, señorita Janie?

La muchacha se echó a reír.

—Parecía que hubiera visto un fantasma.

—Corra, Mattie, tráigalo enseguida —la apremió la señora Parkington. Cuando salió la criada, dijo—: Bésame otra vez. —Rodeó con sus delgados brazos a la muchacha y la estrechó—. Ya sabía yo que no harías ninguna tontería. Sabía que eras mi Janie. Creo que ahora deberías llamar a tu madre.

—Bisabuela, no quiero volver a esa casa. No puedo. ¿Me dejará quedarme aquí con usted?

Había verdadero temor en su voz, y después de la conversación con Helen la señora Parkington comprendió la razón. La pobre muchacha no había revelado nunca lo que ocurría dentro de aquella casa sombría.

Janie descolgó el auricular y con la otra mano apretó la de su bisabuela, fina y surcada de venas azules.

Cuando su madre contestó, la muchacha dijo:

—Soy Janie, madre. Estoy bien. Estoy en casa de la bisabuela.

Helen dijo algo y Janie contestó:

—No. No iré esta noche. La abuela está en la cama y yo voy a bañarme y a acostarme también. Iré por la mañana.

De nuevo habló Helen, y Janie repitió:

—Estoy bien. No tiene por qué preocuparse. Iré mañana temprano. —Helen la interrumpió y Janie replicó—: No sea así, madre. Todo está bien. No empiece de nuevo, por favor.

La señora Parkington se figuraba lo que decía Helen. Suponía que su voz estaría llena de reproches y de orgullo herido. Lo importante ahora era que Ned y Janie siguiesen juntos. Nada debía impedirlo. La anciana asintió con la cabeza y susurró:

—No cedas.

Janie habló de nuevo.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó, y al cabo de un momento añadió—: Entonces les veré mañana. Buenas noches, y no se preocupe.

Cuando colgó el auricular, parecía desmadejada y exhausta, como si incluso a través del hilo telefónico su madre le hubiese absorbido toda la vitalidad.

—Supongo que no seguirás pensando en esa tontería de no casarte con Ned —dijo la señora Parkington.

—No lo sé. ¡Es tan raro! Quiere casarse conmigo aunque eso perjudique su carrera. Por eso he venido a verla. Quería hablar con usted. No deseo romper con él. No puedo, bisabuela... No puedo... No sé qué hacer.

—Huir ha sido una chiquillada. No has solucionado nada y has hecho sufrir a Ned.

Janie guardó silencio. Se quedó mirándose las manos, como una niña traviesa que recibe una regañina. La señora Parkington se dio cuenta de que en realidad era solo una chiquilla y que las particularidades de su vida le habían impedido crecer. «A su edad yo era ya una mujer —pensó—. Conocía la adversidad, el dolor y la responsabilidad. Sabía todo lo que pasaba en la calle de Leaping Rock, en las casas de juego y en los burdeles. Conocía a personas buenas y malas, duras y despreciables, decentes e inmorales. Podía mirar a la cara a un hombre o a una mujer y adivinar sus intenciones. En cambio Janie no sabe casi nada. Todo ha conspirado para ocultarle la realidad. Toda su vida ha estado envuelta en falsedad».

—Dime —continuó la señora Parkington—, ¿qué sucedió? ¿Cómo se te ocurrió marcharte?

Sabía que la respuesta causaría dolor a Janie, pero eso le haría bien, como la cauterización de una herida. Había que curar aquel impulso de huir ante las dificultades.

La muchacha tragó saliva y evitó mirar a su bisabuela.

—Almorcé con Ned —comenzó a explicar— y después fui a la oficina de Ayuda Humanitaria para Gran Bretaña, de donde salí hacia las cuatro para volver a casa y escribir algunas cartas. En la calle Cuarenta y cuatro oí a un vendedor de periódicos vocear algo sobre un «conocido financiero imputado», pero no le presté mucha atención. Apenas le oí. En Madison Avenue, mientras esperaba a que cambiara el semáforo, se me ocurrió mirar un quiosco de prensa y entonces vi un gran retrato de mi padre y de mi madre en la portada del *Globe*.

Se interrumpió y comenzó a llorar, y la señora Parkington le tomó la mano.

—Ya sé que es duro, querida —dijo—, pero continúa. Te ayudará a aclarar las cosas.

Con un gran esfuerzo, Janie prosiguió:

—Reconocí el retrato porque había aparecido en el *Times* por Pascua, pero no podía creerlo. Lo miré de nuevo y vi que, en efecto, eran mi padre y mi madre en la escalinata de Saint Bart. —Se interrumpió de nuevo y la señora Parkington le dio unas palmaditas en la mano—. Creía que iba a desvanecerme, y pensé: «No puedo hacerlo. Lo empeoraría todo». Entré en un bar y pedí un refresco. No sé si me lo bebí o no. Me quedé allí sentada, sin poder apenas reflexionar. Lo único que pensaba era: «Debo irme y esconderme donde sea, en cualquier parte». No sé cuánto tiempo estuve allí, pero al cabo de un rato decidí lo que debía hacer. Fui al Ritz, escribí una carta, la llevé a casa de Ned y la metí en el buzón. Luego fui a la estación Pennsylvania y decidí: «Iré a Atlantic City. A nadie se le ocurrirá buscarme allí». Y dondequiera que miraba veía la fotografía o había un vendedor de periódicos

pregonando lo del «conocido financiero», y tenía miedo de encontrarme con alguien que me conociese y se compadeciese de mí y quisiera hablar conmigo. No me crucé con nadie. Creo que nadie me vio. Subí al tren y fui a un vagón de segunda clase porque sabía que allí no me toparía con ningún conocido; además, no tenía mucho dinero. Cuando llegué a Atlantic City fui a un hotel. No comí nada. No podía comer. Fui a la habitación, cerré la puerta con llave e intenté reflexionar. Cuanto más cavilaba, peor me parecía la situación. No pensaba solo en lo de mi padre, sino también en Ned. No podía casarse con la hija de Amory Stilham. La prensa se cebaría con la historia. Sería vergonzoso y terrible, con periodistas, fotógrafos y demás. Quería morirme, pero no podía ser. Y no quería abandonar a Ned. ¡Oh, bisabuela, fue espantoso! Por la tarde llegué a la conclusión de que no tenía suficiente criterio para decidir por mí misma y que debía hablar con usted. Por eso estoy aquí.

Cuando terminó la historia, Mattie apareció en el umbral con una bandeja que contenía mucho más que el sándwich y la taza de té. Traía un tazón de caldo, tostadas con mantequilla, una tortilla, fiambre de pollo con lechuga y mayonesa, fruta y una gran porción de tarta.

Dejó la bandeja en la mesa que había junto a la cama.

—Aquí tiene, señorita Janie —dijo—. No llore. Todo se arreglará. Le he traído algo para que coma. La cocinera ha dicho que debía tomar algo caliente y le ha preparado esto. Tiene que comérselo para no herir sus sentimientos.

—Gracias, Mattie —repuso Janie—. Desde luego que me lo comeré. No he probado bocado desde ayer, aparte de una tableta de chocolate.

—Así me gusta —dijo Mattie—. Verá a su novio y todo saldrá bien.

La señora Parkington la observaba intentando no sonreír y, cuando la criada se disponía a retirarse, dijo:

—No se vaya, Mattie. Intentamos organizar las cosas y quizá pueda ayudarnos.

Contenta, Mattie se sentó a ver cómo comía Janie y a oír lo que iban a hacer.

—La cocinera ha dicho que si no tiene suficiente le preparará otra tortilla —dijo.

—No hace falta, gracias —repuso Janie.

Comía con avidez. «Eso está bien —pensó la señora Parkington—. Cuando haya comido tendrá la mente más clara».

Janie se detuvo un momento para preguntar:

—¿Vendrá pronto Ned?

—No lo sé, querida. Tal vez vuelva pasada la medianoche —respondió la señora Parkington.

«Tengo mucho que hacer —pensó—. Debo convencerla de que se case con Ned lo antes posible, mañana mismo. Y he de procurar que nadie se entere y que abandonen la ciudad enseguida».

—Debes casarte con Ned y dejarte de tonterías —dijo.

—No sé qué pensará él.

—Yo sí. Lo sé muy bien. No debes preocuparte por su futuro. Tendrás muchísimo dinero.

Janie la miró.

—No hable del dinero, bisabuela. Lo aborrezco. En aquel hotel sórdido pensé mucho, sobre todo en el dinero. Aborrezco nuestra fortuna. El dinero tiene la culpa de que mi padre se metiera en este lío. En cualquier caso, a Ned no le interesa. No es eso lo que quiere.

—Ya sé que no es eso lo que quiere, pero me limito a ser práctica. No puedes morirte de hambre ni dormir en la calle. El dinero no te ha importado nunca porque jamás te ha faltado, y ahora quieres deshacerte de él..., pero, por desgracia, lo tienes.

Había cierta aspereza en su voz, en parte debido a la irritación que le habían producido las pomposas palabras de Janie y en parte porque sabía que tenía que destruir su fantasioso punto de vista. Se acordaba de cómo era ella a la edad de Janie; entonces ya sabía lo que era el dinero y lo que valía. Sabía lo que eran las hipotecas, los intereses y las deudas, era consciente de que podía verse arrojada a la calle del Grand Hotel de Leaping Rock y sabía cuánto había que trabajar para conseguir el dinero; trabajar hasta que la espalda se doblaba, las manos se encallecían y la vista se nublaba. Recordaba que soñaba con mansiones, restaurantes, joyas y todo lo que proporcionaba el dinero.

—Si tuvieses que trabajar para ganarlo, sabrías lo que vale. —Y añadió—: No debes ser tan insensata.

—Ojalá pudiera trabajar —dijo Janie—. Siempre lo he deseado. Pero parece estúpido trabajar cuando se tiene tanto dinero que ni siquiera se sabe qué hacer con él.

—Sí —convino la señora Parkington—, tienes razón. Lo que dices es evidente, pero eso no soluciona nada. Es como otras muchas cosas... La gente dice que una desgracia previsible es previsible, pero con demasiada frecuencia no hacen nada para evitarla.

Fue Mattie, pese a su leve sordera, la primera que oyó sonar el timbre de la puerta bajo la ventana. Tal vez las otras dos no lo oyesen porque estaban disfrutando con la nueva intimidad que había nacido entre ellas. Durante mucho tiempo, desde que Janie había dejado de ser una niña, ambas habían tratado de acostumbrarse a la nueva Janie, que ya no era una chiquilla ni una adolescente, sino una mujer sensata y plenamente desarrollada. Las relaciones entre los muy jóvenes y los muy ancianos son bastante sencillas; los unos han adquirido sencillez y franqueza, y los otros aún no tienen corrompidas las suyas. Los adolescentes solo se entienden entre sí, porque los niños los consideran incomprensibles, y los adultos, cómicos o tontos. Sus sufrimientos, más trágicos y desesperados que cualquier sufrimiento que puedan tener

más adelante en la vida, parecen, como el parto, desdibujarse en una especie de niebla en el recuerdo de los adultos. Después, como les sucede a las mujeres tras el alumbramiento, a todos les gusta hablar de su adolescencia, tal vez porque en ambas aventuras hay una claridad definitiva, una autenticidad del sufrimiento que nunca más han vuelto a conocer.

Por eso la señora Parkington, al ver que Janie dejaba de ser una chiquilla para convertirse en una adolescente desgarrada y engreída, un poco llenita, con un aparato corrector en los dientes (los había heredado de los Blair), había tratado de comprender el sufrimiento reconcentrado y malsano de una criatura que era desgraciada sin saber por qué ni ser capaz de hacer nada para remediarlo. Sin embargo, pese a la sabiduría y la entereza de la señora Parkington, no era tarea fácil. Tenía la sensación de que en cierto modo había fracasado, como le había ocurrido hacía tiempo con Alice. Sabía que la adolescencia era en algunos aspectos la época más solitaria y triste de la vida, sobre todo para una mujer. A menos que la persona en cuestión se decantara por la frivolidad o la sensualidad. Sin duda Amory había tenido una adolescencia feliz y triunfal, tan satisfactoria que durante el resto de su vida se había aferrado a ella y había intentado regresar a aquel período en el que era un líder por su gran fuerza física, que le permitía intimidar a los demás. Y Madeleine, decantada hacia la sensualidad desde los diez años, había disfrutado de una adolescencia sin complicaciones porque su propósito en la vida siempre había sido simple y claro. Quería hombres, y los hombres serían toda su existencia. Por eso jamás se había sentido desgraciada ni había tenido más preocupación que pintarse los labios desde los doce años y citarse con los muchachos en las escaleras de incendios. La señora Parkington creía que una adolescencia despreocupada conducía a una vida caracterizada por la estupidez o la sensualidad. Nunca le habían interesado los éxitos de Amory ni el ataque directo de Madeleine a los hombres.

Pero Janie la había preocupado, y por eso, cuando la muchacha le dijo: «Lo siento mucho, bisabuela. He sido una estúpida», la anciana se alegró, porque comprendió al instante que su bisnieta emergía de la niebla de la incertidumbre y la infelicidad que la habían tenido cautiva durante largo tiempo. Janie se estaba convirtiendo en una mujer, y quizá aquella fuga hubiera sido su último acto infantil. Cuando Mattie dijo: «Llaman al timbre. Debe de ser el señor Ned», la señora Parkington pensó: «Todo está bien ahora. Puedo dejar que tome la decisión sin presionarla».

Janie se levantó de un salto, con el rostro radiante de felicidad, y dijo.

—¿Será él?

—Vaya a mirar, Mattie —indicó la señora Parkington.

Mattie, complacida por la posibilidad de dar la noticia del regreso de Janie, salió corriendo de la habitación y atravesó el *boudoir*.

—No seas tonta, querida —le dijo la señora Parkington a Janie (por si acaso la

muchacha necesitaba que la presionara un poco)—. Ned es lo más importante de tu vida... No solo por lo mucho que le quieres, sino porque también tienes la suerte de haber encontrado al hombre que te conviene. No pienses mucho en lo que tú deseas o en lo romántico que sería que te sacrificaras por él. Haz lo que él quiere. Ve a su encuentro. Estoy segura de que es Ned. Nadie más vendría a estas horas. Ahora voy a dormir. Os veré por la mañana. Tenemos que hacer algunos planes.

Reclinada sobre las almohadas, observó cómo Janie salía corriendo, y la oyó gritar: «¡Ned! ¡Ned!» desde lo alto de la escalera. A pesar de la alegría, sintió una pizca de envidia y recordó una vez más aquella primera noche en el Brevoort, las cortinas rojas y los baldaquinos dorados, las rosas blancas y el champán en la mesa de mármol, y la nieve que caía fuera. Había sido afortunada. A pesar de las desgracias, había sido afortunada. Solo deseaba que Janie pudiera tener tanta suerte... Tal vez ella y Ned pudieran empezar de nuevo... Quizá logran acabar con la maldición que pesaba sobre la familia.

Mattie regresó, con el rostro resplandeciente.

—Todo saldrá bien, señora Parkington. Creo que la señorita Janie ha recuperado el juicio.

—No es el juicio lo que ha recuperado, Mattie, sino el corazón. —Se incorporó en la cama y añadió—: Cierre las dos puertas, Mattie. Tengo algo que hacer. Voy a llamar al jefe de Ned en Washington y ninguno de los dos debe enterarse.

Cuando Mattie cerró las puertas, marcó el número de la central de llamadas de larga distancia y dijo:

—Deseo hablar con el señor Holman Drury, en Washington. Se aloja en el hotel Mayflower.

Lo que se proponía era una de las cosas más difíciles que había intentado en su vida. No solo corría el riesgo de un rechazo o un desaire; quizá tuviera incluso que humillarse, lo que no le resultaba fácil ni siquiera a sus ochenta y cuatro años. Ella, la viuda de Augustus Parkington, dueña de una inmensa fortuna, rodeada de riqueza, el vestigio de otra época, producto de un mundo feroz y sin escrúpulos, iba a hablar con el hombre que era el enemigo declarado de cuanto ella representaba, que se había propuesto destruirlo, para pedirle un favor para la hija del hombre al que había perseguido y dado caza. Mientras esperaba, intentó recordar cómo era Holman Drury y cómo se había comportado en las dos ocasiones en que habían coincidido en sendas cenas en Washington; porque eso era importante: saber algo de una persona, cómo es físicamente y cómo piensa, resulta de gran ayuda para obtener lo que se pretende.

Recordaba bien su rostro: un rostro atezado, de frente despejada, labios finos, mentón huidizo y ojos ardientes que denotaban fanatismo. No era una cara impresionante ni la de un hombre con grandes ideas y un poder de ejecución ilimitado. Era un rostro triste, casi femenino y huraño, el rostro de un resentido que

creía que había descendido sobre él el manto de Dios. Había muchos así en Washington, adonde habían llegado debido a lo que Gus y otros como él habían hecho hacía tiempo. El péndulo se había desplazado hacia el otro extremo desde los tiempos en que Gus solo tenía que ir a Washington con un talonario para conseguir lo que deseaba. Washington rebosaba ahora de pequeños mesías, cada uno con una fórmula para la salvación del mundo. El péndulo se había desplazado hacia el polo opuesto y los ciudadanos buenos, honrados y sanos quedaban siempre en medio.

Temía hablar con aquel mesías de bolsillo por otras razones. Sabía que si hubiese sido un granuja habría podido manejarlo a su antojo, lo mismo que si hubiese sido un hombre de orígenes humildes que había logrado una posición importante. Pero Holman Drury no era ni lo uno ni lo otro. Era un fanático sin escrúpulos y procedía del mismo ambiente que Amory, pero en algún momento —tal vez en el internado, donde quizá lo hubieran maltratado o hubiera sido impopular— se había rebelado, y de la amargura de su rebelión había nacido un pequeño mesías desalmado cuyo único objetivo era la destrucción de un mundo que aborrecía y que en cierto modo le había creado. Amory había tomado un camino y Holman Drury el otro, pero en el fondo eran lo mismo. Holman Drury, el reformador, era tan destructivo como Amory Stilham, el estafador.

Tales hombres —reflexionaba la señora Parkington mientras esperaba— podían ser peligrosos y eran difíciles de manejar, especialmente si quien hablaba con ellos era la viuda del mayor Parkington. En el fondo despreciaba a Holman Drury, no porque fuera el enemigo natural de Gus y un producto del sistema como Amory, sino porque era vengativo y, además, había algo traicionero y espurio en los radicales producidos por la rebelión contra los conservadores. El proceso en sí implicaba frivolidad, resentimiento e histeria, como si el motivo de la rebelión no fuese más profundo o digno que la persecución de quienes lo habían maltratado en el colegio.

Sonó el teléfono junto a la cama. Cuando contestó, la telefonista le dijo que tenía línea con el señor Drury. «Debo procurar que la voz no delate mis sentimientos —pensó rápidamente—. Debo mostrarme deferente. Le agradecerá pensar que tiene a la viuda de Augustus Parkington a sus pies».

Cuando oyó su voz, dijo:

—Soy la señora de Augustus Parkington. ¿Se acuerda de mí?

La voz de Holman Drury era grave y presuntuosa, falsa como una máscara.

—Por supuesto. Sí, desde luego. ¿Cómo está usted?

«Cree que he llamado para interceder por Amory —pensó ella— y me trata como a una vieja chiflada».

—Muy bien, gracias —contestó con exagerada viveza—. Perdone que le moleste a estas horas, pero se trata de algo urgente.

—Espero poder ayudarla.



Era lo bastante anciana e inteligente para saber que Drury había aceptado la llamada porque creía que tenía que ver con el caso de Amory. No había querido esquivarla porque entonces se hubiese privado del placer de decir «no»; ahora, además de la satisfacción de decir «no», tendría la oportunidad de soltarle un sermón. La señora Parkington debía explicar su propósito de inmediato.

—Tiene en su departamento a un muchacho llamado Edward Talbot —dijo.

—Así es. —La voz del hombre reflejaba entusiasmo—. Es uno de nuestros empleados más jóvenes y prometedores.

—Lo que quiero pedirle es muy sencillo. El señor Talbot iba a casarse con mi bisnieta, la hija de Amory Stilham, y este asunto desagradable ha estado a punto de desbaratarlo todo.

—Lo siento mucho.

—Mi bisnieta y Ned Talbot están enamorados y creo que solo hay una salida. Usted puede serles de gran ayuda.

—Estaré encantado de colaborar si es posible. ¿De qué se trata?

Estaba segura de que ya había pasado lo peor. Había dejado claro que no pedía nada para Amory y había descubierto que Holman Drury tenía en gran estima a Ned. Así pues, pasó a abordar la cuestión.

—Creo que deberían casarse cuanto antes, pero no en Nueva York. Ya sabe usted cómo son los periódicos. He pensado que si trasladaran a Ned a Kansas City, a San Francisco u otro sitio parecido, podrían contraer matrimonio con total discreción. Nadie se enteraría. ¿Me comprende?

—Sí, creo que sí. Quiere que destinemos a Ned a algún lugar donde nadie conozca a su mujer ni sepa quién es.

—Exactamente. ¿Es posible?

La señora Parkington notó que se le aceleraba el corazón, porque mientras hablaban aquello se había convertido en lo más importante del mundo. Era como si ella fuese Janie.

La voz de Holman Drury sonó más presuntuosa que nunca. «La voz —pensó ella— de un déspota concediendo un favor».

—Por supuesto. Nada más sencillo. De todos modos era algo que ya estaba previsto.

—Hay algo más. ¿Podría hacerse rápidamente, por telegrama, esta misma noche, para que Ned lo reciba por la mañana?

—Lo enviaré de inmediato.

—¿Le importaría dirigirlo a mi casa?

—Desde luego.

Tras darle las señas, añadió:

—No tengo palabras para decir cuánto se lo agradezco. Si hay algo que pudiera

hacer...

—Estoy encantado de hacerlo, señora Parkington —la interrumpió él—. Estaré encantado de hacer cualquier cosa por usted.

—Desearía que Ned no se enterara de que le he llamado.

—Cuenta con ello.

—Buenas noches, y gracias de nuevo.

—Buenas noches.

Todo estaba arreglado. Apagó la luz enseguida y se dejó caer sobre las almohadas, exhausta. Había resultado más fácil de lo que suponía.

Le parecía que los problemas de la familia iban a resolverse, que desaparecerían todas sus preocupaciones, en parte por obra del destino y en parte por sus propios esfuerzos. La idea de Mattie no era mala; una vez que Ned y Janie se hubiesen marchado, lo mejor sería realizar un viaje. Le proporcionaría la fuerza necesaria para soportar el calvario del juicio de Amory y la tristeza de tener que cuidar de Helen.

Le complacía cómo se había desarrollado la conversación. Lo que no sabía era que había tenido éxito porque Holman Drury la recordaba como la anciana más inteligente, encantadora y divertida que había conocido, y que había querido ayudarla para tener la oportunidad de volver a verla. Era uno de los dividendos de una vida larga, humana y a menudo sabia.

Ignoraba asimismo que Holman Drury tenía debilidad por las ancianas como ella. Seguía soltero y veneraba la memoria de su madre.

A la mañana siguiente, Mattie le llevó el desayuno y la despertó a las nueve. Al ver el aspecto del lecho dedujo que la señora Parkington había dormido bien y que tal vez estaría de buen humor. Por eso le preguntó:

—¿Ha vuelto a pensar en nuestro viaje, señora Parkington?

—Sí. Cuando se fije la fecha del juicio de Amory, sabremos de cuánto tiempo dispondremos.

—No se celebrará hasta dentro de tres o cuatro meses —afirmó Mattie. (Aquella mañana parecía saber muchas cosas y estaba muy segura de sí y ufana).

—¿Cómo lo sabe?

—Por el señor Ned. Dice que los abogados del señor Amory quieren que el juicio se retrase todo lo posible. —(Hablaban como un abogado).

—¿Ha visto al señor Talbot esta mañana?

—Sí, señora Parkington. Van a casarse.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Cuando todo se haya arreglado.

—Eso no es demasiado pronto.

—El señor Ned tiene una buena noticia.

—¿Qué noticia?

—Dice que se va a San Francisco.

La señora Parkington guardó silencio un momento.

—Es estupendo —dijo al fin—. Dígale a la señorita Janie que quiero verla en cuanto se haya vestido.

—Ya está vestida. Le diré que venga.

Cuando salió Mattie, la señora Parkington se preguntó cómo podría enviar un telegrama de gratitud a Holman Drury sin que nadie se enterase. Pensó que sería buena idea añadir una invitación para la cena, pero de inmediato comprendió que era imposible, ya que Drury había dirigido la investigación contra Amory. Era desagradable estar emparentada con Amory.

Janie se presentó casi al instante, pero no sola. Ned entró con ella, y la señora Parkington advirtió enseguida que habían tomado alguna decisión. Lo vio en sus semblantes, en su forma de andar, en el tono en que le dieron los buenos días.

Se puso una bata de encaje sin apenas escote para ocultar los huesos del cuello y dijo:

—Dice Mattie que vais a casaros.

—Sí —respondió Ned.

—¿Cuándo?

—En cuanto se haya olvidado el asunto, para que los periódicos no nos molesten.

—No es demasiado pronto —observó la señora Parkington. Miró a Ned—: Mattie me ha dicho que te han destinado a San Francisco.

—Sí. El telegrama llegó hace una hora. Lo han enviado aquí. No sé por qué. Nadie sabe que estoy en su casa.

—Qué raro —dijo la señora Parkington—. ¿Cómo lo habrán averiguado? —Y después añadió—: Sentaos. Tengo un plan mejor y quiero saber qué os parece.

Se sentaron como niños en el borde de dos sillas doradas.

—Propongo que cojáis el coche de Ned y os marchéis de la ciudad antes del mediodía si es posible. No diréis a nadie adónde os dirigís ni que os vais juntos. Y os casáis en Maryland si os apetece, o cuando lleguéis a San Francisco, o por el camino si encontráis un sitio donde se celebren matrimonios rápidos. Creo que en Kentucky es posible hacerlo. La cuestión es que salgáis de la ciudad sin que nadie se entere y lleguéis casados a San Francisco. Janie no dirá quién es y nadie sabrá nada. Seréis tan solo una pareja joven y atractiva que se traslada a San Francisco para trabajar. ¿Lo entendéis?

Ned lo entendía bien. Su rostro reflejaba felicidad, y al verlo la señora Parkington pensó: «Debe aprender a ocultar mejor sus sentimientos. No es prudente que los muestre así, como si se le hubiera encendido algo por dentro».

Janie estaba perpleja.

—¿Y qué dirán mis padres? —preguntó.

—Yo lo arreglaré. Les dirás que te he enviado a pasar unos días con unos amigos, con la señora Rodney, en Aiken. Hablaré con Molly Rodney para que te reenvíe el correo y los telegramas. No confío en que tu madre supiera guardar el secreto.

—No le parecerá bien.

—Eso da igual —repuso la señora Parkington. Y estuvo a punto de añadir: «Ella y Amory perdieron hace tiempo el derecho a que sus hijos les tengan en cuenta», pero se contuvo. Luego le dijo a Ned—: Tendrá usted que ir a la oficina para arreglar lo que sea preciso, de modo que más vale que se ponga en marcha. Y Janie debe ir a casa a preparar el equipaje. Ahora ven a darme un beso.

Janie la besó y dijo:

—Es usted maravillosa, bisabuela.

—No lo creo, pero algo he aprendido en ochenta y cuatro años.

Ned la besó con timidez.

—Gracias, señora Parkington —dijo.

—Escribidme cuando lleguéis a San Francisco para contarme cómo ha ido el viaje.

Cuando estaban a punto de salir, la señora Parkington les dijo:

—Decidle a Mattie que venga a charlar conmigo mientras me visto.

De pronto se sentía vieja y sola. Pero no estuvo a solas mucho tiempo, porque enseguida entró Mattie y le dijo:

—El marido de la señorita Madeleine está abajo.

—¿A esta hora?

—Sí. Dice que ha venido a despedirse.

—¿A despedirse? ¿Por qué?

—No me lo ha dicho —contestó Mattie, y fue a abrir el grifo de la bañera.

—¿Qué aspecto tiene? —le preguntó la señora Parkington.

—Está pálido..., un poco pálido —oyó decir a Mattie entre el ruido del agua, y pensó: «Supongo que es el final de ese matrimonio».

El vaquero estaba de espaldas a la puerta, contemplando los desnudos de Boucher colgados sobre la chimenea. Cuando ella le saludó con un «Buenos días, Al», se volvió sobresaltado y contestó: «Buenos días, señora Parkington». Apenas entraba la luz de la mañana en el saloncito, de modo que ella no pudo ver si se había ruborizado.

—Quizá haya venido demasiado temprano —añadió el vaquero—. Quizá debería haber telefoneado.

—No, de ningún modo. Me alegro de verlo.

Infundía confianza y tranquilidad contemplar su figura delgada y fuerte y sus francos ojos azules, que resaltaban en un rostro que no había cambiado de color bajo el sol de Miami y de Nassau. Se dio cuenta de que se desenvolvía con mayor naturalidad. Esto se debía, pensó, a que ya había visto mucho. Había descubierto

cómo era la gente que antes le intimidaba.

Al le manifestó su pesar por la muerte de Alice y por el desagradable asunto de Amory. Se expresó con dignidad y sentimiento, con palabras sencillas, y su sinceridad la conmovió.

—Todo ha terminado entre Madeleine y yo —dijo a continuación—. Me vuelvo a Nevada.

—Lo lamento. La verdad es que no ha durado mucho.

Él bajó la vista.

—No, no ha durado. No echo la culpa a nadie. El problema es el modo en que Madeleine quiere vivir y la gente con quien le gusta estar. Le dije que no soportaba ese género de vida y ella me contestó: «¿Qué género de vida?». No fingía, no. Simplemente, no me entendía. Madeleine era franca, decía lo que sentía. No veía nada malo en esa clase de vida. Esa es la cuestión. Lo lamento. Yo la quería. Todavía la quiero. Cuando la conocí en Nevada era distinta. Podía cabalgar todo el día y beber y tenía unas manos para el ganado como he visto pocas. Nunca se cansaba. Pensé que era una mujer estupenda y muy elegante y que juntos podríamos montar un rancho que fuese el mejor de la zona. Ella pondría el dinero y yo me ocuparía de la organización, de comprar y vender. Así tendríamos muchas cosas en común.

Mientras le escuchaba, la señora Parkington comenzó a comprender —ayudada por su experiencia y por una sabiduría que él, en su sencillez, no podía poseer— qué había ocurrido. Además, conociendo a Madeleine, entendió muchas cosas que a él le desconcertaban. Vio con toda claridad lo que había pasado. Adivinó cómo se había comportado Madeleine desde el principio. Nada más ver a Al, había decidido que lo quería, y la sencillez del hombre debió de confundirla. No comprendió que él tenía una visión sencilla de su relación, que consideraba que, si se sentían atraídos el uno por el otro y simpatizaban, el matrimonio era la única solución. Cuando vio que Al era difícil de poseer, llegó a apasionarse por él lo suficiente para recurrir a toda suerte de trucos y promesas que no pensaba cumplir. En todo momento, con las armas de la sofisticación y el engaño, Madeleine había sido la seductora, lo mismo que cuando de niña se citaba con los chicos en la escalera de incendios. Él no estaba a la altura de Madeleine, sobre todo al principio; solo al final había logrado imponerse gracias a su integridad y llaneza. No era un joven imberbe; era un hombre que sabía lo que quería y qué cosas valían la pena.

Se había resistido a las exigencias de Madeleine mejor que el argentino o cualquiera de los precedentes. Lo malo de Madeleine era que tenía una doble personalidad. Por una parte era una mujer cordial y animosa, que hubiese sido una magnífica cajera en un casino de Las Vegas. Desde ese punto de vista era bondadosa, vulgar e insaciable. Pero por otra parte era una loca, una Mesalina de pocas luces, con un gusto abominable para las amistades y para la vida.

Al seguía narrando su historia:

—En el Este cambió por completo... Era como si no la conociese. No parecía tener ni una pizca de sentido común. Quería trasnochar hasta el amanecer y quedarse en la cama hasta las seis de la tarde. Yo no sirvo para esa vida, señora Parkington. Creo que no podría acostumbrarme. He procurado ser un buen marido y proporcionarle todo lo que un marido puede ofrecer... dentro de lo razonable, pero no ha sido suficiente.

«No sé si intenta decirme discretamente lo que yo ya sé», pensó la señora Parkington. Al tenía un aire de estupefacción.

—Madeleine deseaba que yo fuera lo que no soy. Puedo decir que en algunos aspectos no soy un zoquete, señora Parkington, pero no lograba entender a Madeleine y a sus amistades. —Ladeó la cabeza y sonrió—. Jamás he conocido mujeres como sus amigas. Nunca había conocido mujeres que trataran de conquistar al marido de su mejor amiga. Una de ellas, quizá la conozca usted, una tal señora Posley, se me acercó con toda frescura y me dijo... —El rubor oscureció su atezado rostro—. Bueno, no puedo repetir delante de una señora lo que me dijo. «Pero si solo te conozco desde anoche», dije. «¿Y eso qué importa?», replicó ella. Y cuando le dije: «Pero si eres amiga de Madeleine», me contestó: «¿Y qué? ¿Crees que ella no me haría lo mismo a mí»? —Sus ojos se tornaron serios y reflejaron consternación—. Señora Parkington, he conocido mujeres bastante desvergonzadas en un lugar como Las Vegas, pero nunca me había pasado nada semejante.

La señora Parkington sintió el deseo irrefrenable de reír. Se limitó a sonreír y contestar:

—No lo dudo.

—Cuando le dije a Madeleine que íbamos a volver al rancho, me dijo: «De eso nada. Tenemos que pasar tres o cuatro semanas más en Nueva York». «¿Quién lo dice?», pregunté. «Yo», me contestó. «Muy bien, entonces te quedarás tú sola». Nos peleamos y yo hice el equipaje y me trasladé a otro hotel.

Se miró las manos. Cruzaba y descruzaba los gruesos dedos encallecidos, y eso era lo único que delataba sus emociones, pero la señora Parkington comprendió el gesto. Era una forma de revelar sus sentimientos, la vergüenza y la desilusión que experimentaba, la certeza de que había hecho el ridículo, de que Madeleine lo había utilizado hasta que hubo satisfecho su curiosidad. Su orgullo y su sentido del decoro habían quedado maltrechos.

—Será agradable volver al Oeste. Siento lo que ha ocurrido con Madeleine, pero supongo que ni ella ni yo podemos hacer nada. A veces me parece que hay algo enfermizo en ella. Quizá si tuviese que trabajar o tuviese hijos, podría aplicar toda su energía a algo bueno.

La señora Parkington se dio cuenta de que Al lo había comprendido todo, sencilla

y profundamente, y que estaba triste porque había querido a Madeleine y ahora sabía que era un caso perdido y que nada podría salvarla de un final en el que era mejor no pensar.

—Usted no cree que vuelva conmigo, ¿verdad? —preguntó—. No cree que vaya a cambiar.

—No —contestó la señora Parkington—. Es demasiado tarde. Empezó con mal pie.

Durante toda la conversación no había dejado de meditar sobre la tristeza de aquellos dos seres que habían deseado algo y no habían logrado encontrarlo, que esperaron conseguirlo, incluso Madeleine, durante algún tiempo, para al final llevarse una desilusión. Pensaba también en otra cosa, en una idea que anidaba, sin que apenas se diera cuenta, en las profundidades de su mente desde que la noche de Navidad Al cruzó la habitación para saludarla con un «Buenas noches, señora». La idea había cobrado claridad mientras contemplaba aquel rostro atezado y franco, los ojos azules y las manos, que Al no dejaba de retorcerse. Supo entonces lo que deseaba: volver atrás, muy atrás, más allá de los triunfos, las tragedias, la satisfacción, la amargura y el esplendor de su vida, regresar a los mismísimos orígenes. Lo sabía desde hacía mucho tiempo. Sin ser apenas consciente, había buscado la llave que abriese la puerta del pasado, el medio de escapar de la espesa maraña de sabiduría y cinismo, de conocimiento y experiencia, que la cercaba. Y, por un extraño giro de los acontecimientos, Madeleine, con su deseo insaciable, se lo había proporcionado. Era Al, sentado frente a ella, un hombre desdichado y herido. Al podía hacer mucho por ella, y tal vez ella pudiese a su vez ayudarlo a olvidar su orgullo herido y su desilusión. Sentía un gran aprecio por él. No había conocido a ningún hombre como Al en más de medio siglo, pues hasta sus mejores amigos, Louis Fletcher y el juez, carecían de aquella sencillez, parecida a la de un perro fiel y afectuoso. Desde el día que salió de Leaping Rock, no había visto hombres así hasta que Al apareció en la cena de Navidad. O habían desaparecido, o la vida la había conducido a mundos donde no podían encontrarse. No había duda de que le gustaba mucho Al. Hacía vibrar una parte de ella que había estado abandonada muchos años.

—¿Cuándo tiene previsto marcharse? —preguntó en voz baja.

—Lo antes posible. No sé qué hacer en la ciudad.

—Llevo mucho tiempo pensando que me gustaría volver a Leaping Rock.

Al sonrió, como si adivinase lo que abrigaba su corazón.

—Poco queda ya, señora. Unos cuantos edificios ruinosos y vacíos.

—Me lo figuro, pero no me desilusionará. —Se sentía tímida y tuvo que hacer un esfuerzo para continuar—. Tengo un proyecto que no sé si encajará en sus planes. Quiero que me conteste con total franqueza. Durante muchos años he deseado hacer un viaje a alguna parte, pero no lo he hecho porque no acababa de decidirme. He

estado en muchos lugares. Pero ahora sé adónde quiero ir: me gustaría volver a Leaping Rock y visitar su rancho.

—Nada me complacería más, señora Parkington. Quizá no sea tan comfortable como usted desearía, pero se está muy bien.

—Eso no me preocupa. Me gusta vivir con lujo cuando puedo, pero no lo echo de menos si no lo tengo, sobre todo si es por satisfacer un capricho. —Apartó la vista y añadió—: Eso no es todo. Me encantaría que viniese usted conmigo en mi coche. Es grande y muy cómodo. Me gusta viajar a buena velocidad. Podríamos salir dentro de dos días si a usted no le importa esperar hasta entonces.

Había tal ansiedad en su voz, como en la de una muchacha tímida, que Al se sintió conmovido.

—Por supuesto, señora —contestó sonriendo—. Puedo esperar dos días y más. Será un placer ir con usted. Podré mostrarle muchas cosas una vez que lleguemos a Denver. Me gustaría enseñarle aquellas tierras tan hermosas.

Le brillaban los ojos, de modo que la señora Parkington no pudo dudar de su sinceridad. «Quizá sea cierto que la edad no tiene nada que ver con los años... —pensó—, y que personas que se llevan varios años tienen la misma edad en el corazón».

—Tal vez —añadió— se sentiría menos solo si se instalase en esta casa.

Al rechazó la propuesta y ella supo por qué: el lujo hacía que se sintiera cohibido y torpe. «¡Qué estúpida ha sido Madeleine al dejar escapar a un hombre así!», pensó. Pero la desventurada Madeleine era un caso perdido. No estaba en su sano juicio desde hacía tiempo. Sin duda ya estaría buscando otro hombre.

—Entonces vendrá a comer una o dos veces.

—Sí, desde luego.

—Creo que podremos partir el viernes por la mañana. Ese mismo día llegaremos a Pittsburgh.

—Me parece bien, señora. Es un plan estupendo. —La cara curtida se arrugó en una expresión ceñuda—. Estoy preocupado por Madeleine, señora Parkington. Me gustaría ayudarla. De eso quería hablar con usted.

Se quedó pensativa un momento, tratando de encontrar la mejor respuesta. «Es un hombre sencillo y sincero, y no veo la necesidad de andarme con rodeos», reflexionó, de manera que se limitó a decir:

—No puede hacer nada por ella, Al. Nadie puede ayudarla. Yo me limito a cuidar de que no pierda su fortuna y siempre tenga lo suficiente para librarla de la pobreza. Es lo único que se puede hacer.

Al se levantó del sillón.

—Lo siento en el alma, señora. Lo mismo pensaba yo, pero temía estar equivocado. Es un caso lamentable.



En efecto, era un caso lamentable. Al lo había expresado con sencillez y precisión. Era lamentable que un alma se deformase, que una obsesión velase el juicio y el sentido del decoro, que un ser humano olvidara lo que eran la decencia y la vergüenza. No obstante, en ocasiones Madeleine era generosa y agradable.

—Quisimos venir cuando murió su hija —continuó Al—, pero el avión no pudo despegar debido al mal tiempo. No es una excusa. Era la única forma de llegar a tiempo para el funeral. Espero que lo comprenda.

—Desde luego, y le agradezco que lo haya dicho.

—Ahora debo marcharme. Le pido perdón otra vez por no haberla avisado por teléfono. No caí en ello, la verdad.

Eso era todo. Simplemente había pasado a verla, como hacía antes la gente en Leaping Rock. De repente, sin ninguna razón, la señora Parkington recordó la amabilidad de las dos prostitutas la mañana que sus padres murieron en la mina.

—¿Quiere venir a cenar esta noche?

—Sí, señora, con mucho gusto.

—Después podemos ir al teatro, si le parece bien.

—Sería magnífico.

La señora Parkington decidió que lo llevaría a ver una revista musical.

—Entonces tendremos que cenar a las siete.

—No faltaré.

Lo acompañó hasta la puerta.

—Ha hecho usted bien en venir y contármelo todo —dijo—. Si no hubiese venido, tal vez no habría vuelto a verlo, lo que habría sido una pena. —No añadió: «Habría sido una pena porque creo que nos hemos comprendido desde el primer momento, cosa rara en la vida. Es algo que hay que cuidar».

—Estuve a punto de no venir —confesó él—. Pensé que tal vez estaría enfadada conmigo y que no entendería lo que había sucedido. Después me dije: «Sí, sin duda lo comprenderá mejor que nadie». Además, quería verla para decirle adiós. Por eso he venido. —Tomó el elegante sombrero de fieltro gris que Madeleine le había obligado a llevar y que no le sentaba muy bien, pues quedaba extraño sobre aquel rostro curtido—. Entonces nos vemos a las siete —dijo con torpeza.

Cuando Al abrió la puerta, ella tuvo la extraña sensación de que en la calle Sesenta y siete debía de haber un poste con un caballo amarrado a él. Para eso lo había hecho Dios, no para Madeleine.

La señorita Beasely estuvo ocupadísima toda la mañana, mucho más de lo que podía soportar su cabeza, no muy despierta. En primer lugar, había que suspender la cena. La señora Parkington le había dictado el texto de las cartas que debía enviar, en las que lamentaba «tener que posponer la cena hasta su regreso del Oeste, por circunstancias que no podía evitar». La señorita Beasely tenía que llamar al juez y a

Louis Fletcher para decirles que la señora Parkington necesitaba verlos en el curso de las siguientes cuarenta y ocho horas. Y aún había que llamar a varios comités, preparar los cheques para organizaciones benéficas y declinar invitaciones.

La señorita Beasely estaba aturullada no solo por el exceso de trabajo, sino también por el hecho de que una anciana de ochenta y cuatro años pudiese cambiar tan rápidamente sus planes y emprender un viaje hasta el otro extremo del país como quien va a la floristería. No cesaba de importunar a la señora Parkington con observaciones como «Es usted extraordinaria, señora Parkington» y «No sé cómo puede hacerlo», con un brillo de admiración en los ojos. Como Harriette Livingstone en el pasado, la señorita Beasely era una mujer servil. Con su exagerada humildad, adoraba a la gente enérgica e inteligente. Era un ser insoportable porque no había en ella ni envidia ni malicia, lo que al menos hubiera añadido cierto interés a su carácter y la hubiera hecho menos molesta.

«Tengo que librarme de ella cuando vuelva —pensaba la señora Parkington mientras le dictaba y le daba instrucciones—. No aguanto la constante admiración de sus ojos bovinos. Pero tendré que buscarle algo que le interese, como hice con Harriette». La dificultad estribaba en que no se le ocurría nada que pudiera interesar a la señorita Beasely y sacarla de su apatía.

Cuando hubo terminado con la señorita Beasely, llamó a Hicks para hablarle del viaje. El chófer se mostró encantado con la idea.

—Mi mujer irá a Trenton con Johnny y se quedarán en casa de su madre. Deseaba visitarla desde hace tiempo.

—¿Está listo el coche grande?

—Sí, señora —contestó Hicks.

—No llevaremos demasiado equipaje. Solo tres o cuatro maletas y los perros.

Ante la mención de los pequineses, una sombra cruzó el rostro de Hicks. No le gustaban nada; aborrecía sus ladridos y le irritaba que de vez en cuando se lanzasen a morderle los pantalones con falsa fiereza. Había llegado a aceptarlos de mala gana, y eran lo único que enturbiaba su total devoción hacia la señora Parkington.

—Tengo que llevarlos, Hicks —dijo ella a modo de disculpa—. No puedo dejarlos con nadie. Ya sabe cómo son.

—Por supuesto, señora Parkington —concedió sin demasiado entusiasmo.

Mattie estaba entusiasmadísima con la noticia. Como sus antepasados, como su señora, tenía alma de viajera. Ante la perspectiva de un viaje, por muy penoso que fuese, le aumentaba la presión sanguínea, se le encendían las mejillas y parecía rejuvenecer. Nunca se sabía lo que podía ocurrir en un viaje, y llevaba mucho, mucho tiempo entre las cuatro paredes de la casa.

Taylor y la cocinera estaban asimismo complacidos, no solo por la perspectiva de unas vacaciones, sino porque opinaban que a la señora Parkington le convenía

cambiar de aires. No era que estuviese enferma ni demasiado vieja, pero a veces parecía cansada y sin fuerzas. Temían la muerte de la señora Parkington porque sabían que jamás encontrarían un empleo en el que fueran tan felices, en el que se sintieran como si estuviesen en su propia casa, en el que lo que les sucedía a ellos y a su señora tuviera la misma importancia. Hubiesen deseado que la señora Parkington viviera eternamente, porque era su amiga y, si moría, dejaría un vacío irreparable en sus vidas. Sabían también que, tal como estaba el mundo, en el futuro habría muy pocas señoras Parkington. En cierto modo, era el último vestigio de un mundo ya casi extinto; un mundo que lo era todo para ellos, pues representaba la dignidad, la solidez y la seguridad. Eran conscientes de que habían sido afortunados por haber tropezado con una mujer como ella. Hasta Taylor había dicho en cierta ocasión, empleando por una vez un lenguaje popular: «La señora Parkington se las sabe todas».

Cuando se marchase la señora Parkington, la cocinera iría a Bethlehem, a casa de su hermana, que estaba casada con el capataz de una fábrica, y Taylor pensaba visitar a un primo suyo que dirigía una granja en Carolina del Norte.

La casa quedaría a cargo del Mary Jenney, que había sido niñera de Janie y de Jack, y de su marido. No era solo que la señora Parkington fuera a hacer un viaje; era un cambio y unas vacaciones para todos. La decisión afectaba a todo un pequeño mundo.

Todo estaba preparado, salvo el asunto del testamento. Una vez que hubo encomendado a la señorita Beasely las tareas que debía realizar y se hubo ocupado ella misma de algunas, como escribir a Molly Rodney, en Aiken, para pedirle que guardase la correspondencia dirigida a Janie Stilham o al señor Edward Talbot, la señora Parkington se sintió increíblemente joven. Quedaban algunos deberes relacionados con comités y consejos de administración, de los que se cuidaría otra persona; obligaciones que la habían atado día tras día, semana tras semana, con ligaduras finísimas. Ahora una simple decisión las había roto todas y ella las olvidaría durante un tiempo porque Madeleine se había fijado en un vaquero y se había casado con él, lo había introducido en su vida y así le había hecho saber por fin lo que necesitaba.

En ocasiones su vida se parecía de un modo curioso a la vida de su propio país; con su carácter melodramático, su colorido, sus oportunidades y sus tragedias, era como la historia en miniatura de aquella nación inmensa, asombrosa y opulenta a la que había amado durante tanto tiempo. Tal vez algo parecido a Al podría ayudarla y liberarla, como el propio Al la había ayudado y liberado a ella, mostrándole el camino de regreso a las cosas sencillas en que se había basado su existencia, de las que había extraído la fuerza, la sabiduría y la inteligencia para sobrevivir y tal vez incluso para imponerse a la confusión, los desengaños, los miedos y las ilusiones perdidas.

El jueves fueron a cenar el juez y Louis Fletcher. Tanto la cena, en la que la cocinera se había esmerado, como la conversación fueron excelentes. Hablaron de política, de neurosis, de medicina y de la guerra, porque eran tres personas que valoraban la buena conversación; que siempre habían hecho el bien a sus semejantes, que eran justas y honradas, que jamás habían mentido ni rehuído una responsabilidad. Por encima de todo, ninguno de los tres había caído en el gran error nacional de engañarse a sí mismos y pertenecían al reducido núcleo de seres a quienes les era permitido conocer las interioridades de los acontecimientos y el esplendor del espíritu.

Fue una de esas raras ocasiones que elevaban el mero privilegio de respirar, pensar y hablar, e incluso toda la existencia, a un nivel que algún día tal vez consiguiera la humanidad entera. La señora Parkington, consciente de esto en un momento de satisfacción, comprendió que la base de toda felicidad era la sencillez. Los presuntuosos estaban irremediablemente excluidos de un mundo así. Observando a aquellos dos hombres a los que conocía desde hacía tanto tiempo, supo cuál era el secreto de su esplendor: que en el fondo no eran muy distintos de Al. Las circunstancias quizá les hubieran dotado de una inteligencia más brillante, y tal vez las oportunidades de que habían gozado y sus vivencias les habían brindado la sabiduría que solo se extrae de la experiencia, pero todo ello no sería nada si su bondad y su sencillez no hubiese dado solidez y dirección a sus propósitos.

Después de la cena se sentaron en el saloncito. Al cabo de un rato dijo la señora Parkington:

—Se está haciendo tarde y creo que deberíamos abordar el asunto del que quería hablar con ustedes. Deseo redactar un nuevo testamento antes de partir.

Los dos hombres, conscientes de lo que pasaba por su mente, no supieron qué decir y guardaron silencio, esperando a que continuase.

—Durante este último año he tenido unas cuantas ideas que quisiera llevar a la práctica. —Se levantó y sacó de un cajón de la mesa un cuaderno sin estrenar y un lápiz, que entregó al juez—. Le diré lo que deseo, para que usted lo tenga redactado cuando regrese del Oeste. —Sonrió—. Le ruego que, hasta que haya terminado, no me interrumpa diciendo que estoy chiflada o que soy una excéntrica. He meditado durante mucho tiempo lo que voy a hacer. En cierto sentido, casi puedo decir que durante toda mi vida me he encaminado hacia esto. Últimamente lo he visto con claridad.

Después se volvió hacia Louis Fletcher y se echó a reír.

—Supongo que no sabe usted qué papel desempeña en todo esto.

Fletcher sonrió.

—Desde luego que no, Susie. Yo no soy abogado.

—Quiero que extienda un certificado legal declarando que estoy en mi sano

juicio, en plena posesión de mis facultades mentales y libre de toda influencia indebida. Cree que así es, ¿verdad?

—No he conocido a ninguna persona con un juicio más sano ni que esté en mayor posesión de sus facultades mentales.

—Muy bien. Entonces podemos seguir adelante. ¿Está usted preparado, amigo Everett?

—Lo estoy, Susie.

La señora Parkington echó un vistazo al pedazo de papel que había extraído del cajón junto con el cuaderno y el lápiz.

—En primer lugar está mi familia, es decir, Helen, Madeleine y los hijos de Helen. Deseo crear dos fondos que renten treinta mil dólares al año cada uno para Madeleine y Helen. —Miró al juez Everett y advirtió su expresión de sorpresa—. Creo que es bastante. Pueden arreglárselas con esa cantidad. Si les dejase todo, lo perderían tarde o temprano y ninguna de las dos sería capaz de ganar quince dólares semanales si tuviesen que trabajar. Amory está acabado. Nunca ganará un céntimo, aunque la gente vuelva a confiar en él. Hay, pues, que velar por ellos. En cierto modo, son miembros inútiles de la sociedad. En parte es culpa mía y culpa de Gus y de la época en que nacieron y crecieron. Todo se conjugó para convertirlos en unos inútiles. Fue una época despreciable. Con treinta mil dólares al año podrán vivir bien y al mismo tiempo no podrán cometer estupideces. Y piense que Helen y Amory obtienen más en realidad, porque hay que restituir los setecientos mil dólares que Amory sustrajo... ¿Lo ha anotado?

—Sí —contestó el juez.

—¿Lo aprueba usted?

—A ellos les parecerá mal, teniendo en cuenta la fortuna que esperan heredar.

—No me importa. Si creyera que tienen la menor idea de cómo emplearla, no procedería así. Debo velar por ellos, pero no se les puede confiar ninguna suma de dinero. No saben lo que es ni cómo usarlo.

Volvió a mirar el pedazo de papel.

—Quiero dejarle diez mil dólares anuales a Jack. Tiene algún dinero procedente de los Blair. Quizá no lo necesite, quizá todo le salga bien. No lo sé y puede que me muera sin saberlo. Él también pertenece a otra época..., todo le supera. No sabe qué significa nada ni adónde se dirige, pero no es culpa suya. Hay muchos jóvenes estadounidenses como él.

Vio que el juez alzaba las cejas y que sus ojos brillaban de curiosidad. Louis Fletcher sonreía, como si comprendiera lo que estaba haciendo.

—Y Janie —continuó—. A Janie no voy a dejarle nada... hasta dentro de quince años. Entonces habrá cambiado todo. Habrá cumplido su capricho de trabajar y de conseguir algo por sí misma junto al hombre con el que va a casarse. Habrán

construido su vida juntos. Sabrá lo duro que es, los sacrificios, las economías y las realidades en que se funda. Sabrá cómo es la gente corriente. Habrá aprendido qué cosas no pueden comprarse, qué cosas el dinero le habría impedido adquirir.

Se volvió hacia Louis Fletcher.

—Usted sabe expresarse muy bien. Sabrá cómo escribir lo que intento decir. Me hará usted un gran favor si redacta este párrafo destinado a Janie. Ella comprenderá lo que quiero decirle, porque ya hemos hablado de ello. Comprende qué quiero expresar, ¿verdad, Louis?

—Creo que sí... perfectamente —contestó con gravedad. Ella supo que así era.

Se dirigió otra vez al juez Everett.

—Deseo crear para ella otro fondo que produzca treinta mil dólares anuales, pero no ahora, sino para cuando cumpla los cuarenta años. En ese momento entrará en posesión del capital. Entonces ya sabrá cómo emplearlo de manera juiciosa. —Con semblante severo, añadió—: Janie es la única que vale. Ahora está un poco perdida, pero intenta comprender. Y Ned, su marido, tiene bien puesta la cabeza sobre los hombros.

Mientras hablaba, pensaba en ellos, que en ese momento iban camino de San Francisco, juntos por fin, como debía ser, como Dios quería que estuviesen. Y otra vez sintió un leve alfilerazo de envidia, porque tenían por delante lo que para ella solo era pasado.

—Entonces usted desea que se constituya el fondo inmediatamente después de su muerte —dijo el juez Everett— y que los intereses se acumulen hasta que Janie cumpla los cuarenta años.

—Sí, eso es.

—¿Y si le sucediese algo a Janie antes de cumplirlos?

—Entonces quedará para su marido y sus hijos si los tienen.

El juez, que había hecho unas cuentas, claras y precisas, en el margen de una hoja, miró a la señora Parkington y preguntó:

—¿Y el resto? ¿Qué piensa hacer con el resto? ¿Todavía queda una fortuna!

—¿Cuánto?

—En la última declaración de enero, el capital ascendía a cuarenta y siete millones de dólares.

Ella sonrió.

—Sí, es mucho dinero... Tanto, que no significa nada para mí. Desde hace tiempo, desde hace cincuenta años, no he pensado en el dinero. Siempre he sabido que tenía todo lo que deseaba, más de lo que podía gastar, aun teniendo en cuenta lo mucho que derrochó Gus al final de su vida. Parecía que nos llegaba más rápidamente de lo que de lo que podíamos gastarlo, aun cuando Gus lo gastaba a manos llenas. A veces me daba miedo. Me parecía que había algo perverso en ese dinero, pero no

pienso preocuparme más por eso. Desde que Gus murió no he necesitado mucho. Poco significaban para mí las cosas en que Gus lo empleó. Me he limitado a gastarlo, y cuando muera volverá al lugar de donde vino.

—¿Adónde?

—Al país. Gus hizo mucho bien, pero también mucho daño. Expolió a muchos.

—¿Y cómo va usted a hacerlo?

—No lo sé. Para eso necesito la ayuda de ambos. Desprenderse de cuarenta y siete millones de dólares no es tarea fácil.

El juez bebió un trago de brandy y dijo:

—Lo más sencillo sería crear una fundación..., algo que se llamase la Fundación Parkington, en memoria de Gus y de usted misma.

Se puso seria y su voz se endureció.

—No, eso es exactamente lo que no deseo. Quiero entregar ese dinero sin placas de bronce ni gran pompa. A estas alturas no me interesa crear la leyenda de que Gus fue un gran estadounidense que consagró su vida al engrandecimiento del país. Gus hizo mucho bien, pero por casualidad. Ante todo pensaba en sí mismo, en adquirir poder y amasar una inmensa fortuna, como todos los hombres ricos de su época. No deseo idealizarlo. Sus socios lo intentaron cuando pagaron a aquel plumífero para que escribiese una biografía que lo presentara como un santo. No he podido leerla, porque me hubiese hecho vomitar. Si Gus hubiese sido así, no habría estado cuarenta años casada con él. Habría abandonado a un marido tan virtuoso al cabo de dos años. Seguí con él porque era un bribón de talla gigantesca y un hombre fascinante, aparte de que le quise hasta el fin. —Su voz adquirió un débil eco de risa ahogada—. Yo era como la mujer de un gángster. Es cierto, y usted lo sabe, amigo Everett. Le oí decir algo parecido una noche, hace mucho tiempo, en la casa de Newport. Quizá no lo recuerde. Fue cuando él le contrató para que fuera su abogado. Habíamos cenado los tres, y después usted y él fueron a hablar a la biblioteca, pero estaba la ventana abierta y les oí desde la terraza.

El juez sonrió.

—Recuerdo esa noche, y también recuerdo que pensé: «Si le hablo así, o pierdo mi empleo o Gus Parkington y yo nos entenderemos y nos llevaremos bien». Aquella noche pensé: «Con el camino que está tomando, necesitará buenos consejos. Quizá pueda ahorrarle algunos problemas, aunque solo sea por su esposa Susie, a quien tengo verdadero afecto». —Sonrió y añadió—: No sabía que nos estaba escuchado. Si hubiese sucedido más tarde, cuando la conocía mejor, habría sabido que, estando usted cerca, hasta las paredes tenían oídos. Yo apreciaba a Gus, a pesar de lo que sabía de él. Por eso seguí con él hasta el final. Ya no quedan hombres como él.

—Entonces comprenderá usted lo que quiero decir cuando afirmo que hay muy poco de Gus digno de recordar —repuso la señora Parkington—, pero que siempre

estuve enamorada de él. Supongo que él o yo, o los dos, teníamos lo que se llama «una doble personalidad». —Se volvió hacia Louis Fletcher—. ¿Me equivoco, Louis?

—Doble —contestó este—, contradictoria, sí, los dos.

—Lo que sabemos, sabido queda —continuó ella—, pero no hay ninguna razón para hacer creer a las generaciones futuras que Gus fue un santo y su época, la cumbre de la civilización estadounidense. Ya hay demasiadas fundaciones en recuerdo de hombres que fueron tan bandidos como Gus, tan desalmados y malos ciudadanos cuando vivieron. Dudo que ese proceso de idealización tenga éxito. Los historiadores sensatos serán hombres concienzudos a los que nadie podrá comparar como a cualquier escritorzuelo. —Levantó la copa de brandy y continuó—: Pero volvamos al asunto. Quiero dejar algo a la Orquesta Sinfónica, al hospital de Saint Mary y al asilo MacKenzie, y la cantidad necesaria para que el refugio para perros y gatos que fundó Harriette pueda seguir funcionando. En cuanto al resto, desearía que Louis y usted elaboraran una lista de lo que podría ser más beneficioso y de las instituciones más dignas de ayuda. Me gustaría que una parte se destinara a alguna acción que contradijese las dos grandes falsedades estadounidenses: que ganar dinero es distinguido y que los automóviles y los cuartos de baño tienen algo que ver con lo que llamamos «civilización». Ustedes dos pueden hacerlo, pues tienen más experiencia que yo. Quizá la fortuna de Gus pueda hacer algún bien, después de todo. A su propia familia le ha hecho más mal que bien durante casi sesenta años. Pueden enviarme la lista. Les telegrafiaré mis señas de vez en cuando por si las necesitan. La aprobaré o la modificaré si lo juzgo oportuno. Pero deseo que las donaciones sean anónimas.

Louis Fletcher sonrió.

—No piense que cuando muera los periódicos la dejarán en paz. Toda su vida es una historia sensacional.

—No. Supongo que no puedo esperar que se limiten a decir que fallecí y me enterraron, pero les ruego que hagan lo que puedan en este sentido. Solo quiero que me incineren y depositen mis cenizas junto a los restos de Gus, con el menor ruido posible. —Recordó la pompa y la vulgaridad del funeral de Alice y los espectros salidos de las casas de ladrillo y de pisos de tercer orden que aparecieron en él—. Supongo que habrá algún servicio religioso para complacer a Helen —añadió—, pero deseo que sea breve y modesto. Póngalo también en el testamento. —Se echó a reír—. Supongo que no importa. Me acuerdo de cuando la anciana señora Ogden se empeñó en que bautizáramos a Herbert y Gus dijo: «No hará ningún daño a la criatura y complacerá a mucha gente».

Louis Fletcher se rió.

—También podría usted dejar que se divirtiera la gente a la que le gustan los funerales. De todos modos, creo que nos enterrará usted a los dos, de modo que no



podremos decir lo que desea que se haga.

—Tal vez. —Miró la hora en su reloj de pulsera—. ¿Lo ha anotado todo, juez?

—Sí. Redactaré un borrador y se lo enviaré.

—Deberíamos retirarnos a descansar. Mañana tengo que emprender un largo viaje.

Los dos hombres se levantaron. Louis Fletcher sonrió a la señora Parkington y le dijo:

—Me gustaría hacerle una pregunta.

—¿De qué se trata?

—¿Va usted a Leaping Rock?

—Sí, desde luego. ¿Por qué? —Había cierta irritación en su voz, como si el médico hubiese descubierto algo que ella quería mantener en secreto.

—Sabía que volvería allí antes de morir.

—Entonces, ¿soy un caso clínico para usted?

—Sí —contestó Louis Fletcher muy serio—, como cualquier ser humano.

La señora Parkington guardó silencio un momento y luego comentó:

—Tal vez hubiese tenido usted gran éxito como vidente.

—Sí, y usted también. En ese sentido, estamos en el mismo campo, aunque usted ha sido siempre una aficionada.

El juez, sintiéndose excluido, los interrumpió diciendo:

—Buenas noches, Susie. Y gracias por la excelente cena y por esta velada tan agradable.

—Salude de mi parte a Margaret. Espero que haya comprendido que esta no era una reunión de placer, sino para tratar asuntos serios.

El juez sonrió.

—Estoy seguro de que lo ha entendido.

—Y usted debe decirle lo mismo a su esposa —indicó la señora Parkington a Louis Fletcher.

—Desde luego.

Cuando los dos caballeros se marcharon, subió despacio por la escalera diciéndose que casi todo se había resuelto de forma eficiente; todo menos el juicio de Amory. Al pensarlo suspiró. Nunca podría estar todo resuelto para ella hasta el día que muriera.

Mattie la estaba esperando.

—¿Ha sido agradable la velada, señora Parkington? —le preguntó.

—Mucho, Mattie. ¿Está todo preparado para el viaje?

—Todo está a punto desde las cuatro de la tarde.

—Muy bien. Entonces debe acostarse. Llámeme temprano mañana, sobre las siete. Tenemos que salir pronto para llegar a Columbus por la tarde. El señor Swann

tiene prisa por llegar al rancho, y a Hicks no le gusta conducir a más de cincuenta millas por hora. La velocidad le pone nervioso.



LOUIS BROMFIELD (Mansfield, Ohio, 27 de diciembre de 1896 - Columbus, Ohio, 18 de marzo de 1956) fue un escritor y reformador agrario estadounidense. Como novelista tuvo en su momento mucho prestigio y fue comparado con escritores de su generación como Francis Scott Fitzgerald, James Thurber o John Steinbeck. Ganó el premio Pulitzer en 1926 con su novela *Early Autumn* y perteneció a la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras. Bromfield nació en una granja del estado de Ohio. Su apellido original era Brumfield, pero firmó sus obras literarias como Bromfield. Era nieto de uno de los colonizadores pioneros de Ohio, Estado al que se sentía muy vinculado. Entre 1939 y 1956 vivió en una granja cercana a la población de Lucas, en el condado de Richland. Esta granja fue un lugar muy visitado por los amigos de Bromfield, que eran personalidades del mundo de la cultura y sirvió como lugar de boda para los actores Humphrey Bogart y Lauren Bacall.

Estudió agricultura en el Cornell Agricultural College (1914-1915),<sup>1</sup> y periodismo en la Universidad de Columbia (1916). En 1917, cuando los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial, Bromfield se unió al "Cuerpo de Ambulancias estadounidense" y prestó servicio desde 1917 a 1919. Recibió por ello la Cruz de Guerra (Italia) y la Legión de Honor (Francia). De regreso a Estados Unidos, se instaló en Nueva York, donde trabajó como reportero, crítico literario y colaborador de revistas de prestigio. En 1921 se casó con Mary Appleton Wood, una socialista neoyorquina, hija de un prestigioso abogado. Con Mary Appleton Wood

tuvo tres hijas, Ann Bromfield, Hope Bromfield y Ellen Bromfield.

Autor de más de treinta obras. Publicó en 1924 su primera novela, *The Green Bay Tree*, que tuvo un éxito inmediato. Dos años después, ganó el premio Pulitzer con otra, *Early Autumn*. Su carrera fue muy brillante y todos sus libros alcanzaron gran popularidad, especialmente aquellos que tuvieron adaptaciones cinematográficas, como *The Rains Came* o *Mrs Parkington*.